G. I. GURDJIEFF

DEL TODO Y DE TODO

Relatos de Belcebú a su nieto

Libro Primero

Para personas que estén interesadas en una síntesis creativa de las tradiciones espirituales de oriente y occidente, en la crisis del mundo moderno y en las posibilidades de ser humano. La redacción de este libro parece hecha a propósito para ahuyentar al lector ocasional, curioso o esporádico, está escrito de una forma suficientemente rara como para que su técnica sea también el «descolocar» los puntos de referencia habituales del lector y hacerle entrar en un nuevo estado de entendimiento. Esta edición cuenta con una excelente traducción del texto original. La riqueza del libro invita a una segunda lectura. Ésta es una de las obras más notables de la espiritualidad del siglo XX.

George Ivanovich Gurdjieff

Relatos de Belcebú a su nieto

Una crítica objetivamente imparcial sobre la vida del hombre

Del todo y de todo 01

ePub r1.2
juandiego 31.08.2019

Título original: *Beelzabub's tales to his grandson*
George Ivanovich Gurdjieff, 1946
Traducción: Nathalie de Salzmann & Castor S. Goa & Julio M. Diaz & Otros alumnos
Retoque de cubierta: juandiego

Editor digital: juandiego
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

Relatos de Belcebú a su nieto

Del todo y de todo Diez libros en tres series

Libro primero Capítulo 1 El Despertar del Pensamiento

Capítulo 2 Introducción Por qué vino a dar Belcebú a nuestro Sistema Solar

Capítulo 3 La causa que motivó el retraso en la caída de la nave «Karnak»

Capítulo 4 La ley de la caída

Capítulo 5 El sistema del Arcángel Jaritón

Capítulo 6 El movimiento continuo

Capítulo 7 Toma de consciencia de los auténticos deberes eserales

Capítulo 8 El impúdico Jassín, nieto de Belcebú, se atreve a llamar «zánganos» a los hombres

Capítulo 9 Causa de la génesis de la Luna

Capítulo 10 Por qué los «hombres» no son hombres

Capítulo 11 Un rasgo mordaz de la peculiar psiquis del hombre contemporáneo

Capítulo 12 El primer gruñido

Capítulo 13 Por qué la razón del hombre puede percibir la fantasía como realidad

Capítulo 14 Los comienzos de una perspectiva nada halagüeña

Capítulo 15 El primer descenso de Belcebú sobre el planeta Tierra

Capítulo 16 La comprensión relativa del tiempo

Capítulo 17 Los archiabsurdos según las aseveraciones de Belcebú: nuestro sol no da ni luz ni calor

Capítulo 18 El archipenúltimo

Capítulo 19 Relato de Belcebú sobre su segunda visita al planeta Tierra

Capítulo 20 Tercera visita de Belcebú al planeta Tierra

Capítulo 21 Primera visita de Belcebú a la India

Capítulo 22 Primera visita de Belcebú al Tíbet

Capítulo 23 Cuarto descenso personal de Belcebú sobre el planeta Tierra

Capítulo 24 Quinta visita de Belcebú a la Tierra

Capítulo 25 El Santísimo Ashyata Sheyimash: un enviado del cielo a la tierra

Capítulo 26 El «Legamonismo» referente a las meditaciones del Santo Ashyata Sheyimash, con el título «Horror de la situación»

Capítulo 27 La organización ideada por el Santísimo Ashyata Sheyimash para la existencia humana

Capítulo 28 El principal culpable de la destrucción de los santos trabajos de Ashyata Sheyimash

Sobre el autor

Notas

Del todo y de todo
Diez libros en tres series

- Primera Serie: *Tres Libros con el título de «Una Crítica Objetivamente Imparcial Sobre la Vida del Hombre» o «Relatos de Belcebú a su Nieto.»*
- Segunda Serie: *Tres Libros con el título genérico de «Encuentros con Hombres Notables.»*
- Tercera Serie: *Cuatro Libros con el título común de «La Vida es Real Solo Cuando Yo Soy»*.

Todos ellos escritos según principios totalmente nuevos de razonamiento lógico, tendiendo estricta y directamente a la solución de los tres siguientes problemas cardinales:

> **Primera serie**: Destruir implacablemente, sin compromiso alguno, las creencias y opiniones arraigadas durante siglos en la mente y en los sentimientos del lector, con respecto a todo cuanto existe en el mundo.
>
> **Segunda serie**: Familiarizar al lector con el material necesario para una nueva creación y poner a prueba su solidez y su calidad.
>
> **Tercera serie**: Contribuir al surgimiento, en la mente y en los sentimientos del lector, de una representación veraz y exacta, no del mundo ilusorio que ahora percibe, sino del mundo que existe en la realidad.

Un consejo amistoso

(Escrito espontáneamente por el autor al hacer entrega del libro

al editor, cuando ya estaba listo para ser publicado).

De acuerdo con las numerosas deducciones y conclusiones a que he llegado durante mis dilucidaciones experimentales referentes a la productividad de la percepción de las nuevas impresiones procedentes de cuanto se oye y se lee por parte de los hombres contemporáneos, y de acuerdo también con el pensamiento contenido en uno de los aforismos de la sabiduría popular que a través de varios siglos ha llegado hasta nuestros días y que acaba de hacerse presente en mi espíritu, el cual afirma:

> «Solo serán oídas y solo obtendrán respuesta de las Potencias Superiores, las plegarias que se pronuncien tres veces»:

- «La primera vez por la bienaventuranza y la paz de las almas de los propios padres».
- «La segunda vez, por la bienaventuranza del prójimo».
- «Y solo la tercera vez, por uno mismo.»

Considero necesario incluir en la primera página de este libro, ya listo para ser publicado, el siguiente consejo:

> - «Lee tres veces cada una de las exposiciones que he escrito»:
> - «La primera vez, por lo menos en la misma forma mecánica en que ya te has acostumbrado a leer los libros y los periódicos de tu tiempo».
> - «La segunda vez, como si estuvieras leyéndolo en voz alta a otra persona».
> - «Pero solo la tercera vez trata de sondear la médula de mis escritos».
>
> *Únicamente entonces podrás considerarte capaz de lograr un juicio propio e imparcial, válido para ti solamente, acerca de mi trabajo. Y solo entonces podrá materializarse mi esperanza de que logres, gracias a tu comprensión, los beneficios específicos que desde ahora te anticipo y que deseo para ti con todo mi ser.*

El Autor

El Autor

Libro primero
Capítulo 1
El Despertar del Pensamiento

Entre otras convicciones formadas en mi presencia común a lo largo de mi vida responsable y tan peculiarmente configurada, existe la convicción indudable de que en todo tiempo y en todo lugar de la tierra, entre personas de toda clase de evolución del entendimiento y de toda forma de manifestación de los factores que engendran en su individualidad todos los tipos de ideales, existe la tendencia adquirida, al emprender algo nuevo, de pronunciar invariablemente de viva voz, o si no, al menos mentalmente, esa definida expresión al alcance de todos, incluso de los menos instruidos, que en las distintas épocas ha encontrado formas acordes para su formulación y que actualmente expresamos con las siguientes palabras: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén».

Ésta es la razón por la cual yo también, ahora, al lanzarme a esta aventura totalmente nueva para mí —me refiero a la creación literaria— voy a empezar por pronunciar esta expresión y, lo que es más, por pronunciarla, no solo en voz alta, sino incluso con toda claridad y con una plena (según la definían los antiguos Tulusitas) «entonación totalmente manifestada»; con esa plenitud, por supuesto, que solo puede florecer en mi totalidad, de los datos ya formados y perfectamente arraigados en mí para dicha manifestación; datos que se forman generalmente en la naturaleza del hombre —dicho sea de paso— durante su edad preparatoria y que más tarde, durante su vida responsable, engendran en él la capacidad para la manifestación de la naturaleza y la vivificación de dicha entonación.

Habiendo comenzado así, pues, puedo ahora sentirme perfectamente tranquilo e incluso podría llegar a tener la seguridad de que, de acuerdo con las

ideas de «moralidad religiosa» aceptadas por mis contemporáneos, todo cuanto acontezca a partir de ahora en esta nueva aventura mía, habrá de desarrollarse armoniosamente y sin violencia o, como dicen algunos, «todo irá sobre ruedas».

En todo caso, éste es el comienzo; en cuanto al resto, por ahora solo puedo decir, como decía el ciego, «¡Ya veremos!».

Antes que nada, voy a poner mi propia mano, además la derecha, que —si bien se halla momentáneamente lesionada debido al contratiempo que no hace mucho me sobrevino— no deja por ello de ser realmente mi propia mano que nunca jamás en toda mi vida me ha abandonado, sobre el corazón —claro está que también el mío—, (sobre cuya constancia o inconstancia no considero necesario explayarme aquí) para confesar con franqueza que personalmente, no tengo el menor deseo de escribir, pero circunstancias imperiosas, totalmente ajenas a mí me han forzado a hacerlo y yo mismo no sé si esas circunstancias surgieron por accidente o fueron creadas intencionalmente por fuerzas extrañas. Lo que sí sé es que dichas circunstancias no me impulsan a escribir cualquier cosa, por ejemplo, una de esas lecturas que sirven para dormirnos después de habernos acostado, sino pesados y voluminosos tratados.

Pero sea como fuere, voy a comenzar…

¿Pero con qué comienzo?

¡Ah, demonios! ¿Será posible que otra vez se repita aquí la desagradabilísima y altamente extraña sensación que acerté a experimentar hace unas tres semanas, cuando ordenaba mis pensamientos a fin de elaborar el lineamiento general de las ideas destinadas a la publicación, y tampoco supe cómo habría de comenzar?

La sensación entonces experimentada solo podría expresarla ahora con estas palabras: «el temor de ahogarme en la marea de mis propios pensamientos».

A fin de poner término a esa indeseable sensación podría haber recurrido aun entonces a la ayuda de esa maléfica propiedad que también existe en mí, al igual que en mis contemporáneos, y que ha llegado a ser inherente a todos nosotros, la cual nos permite, sin que experimentemos el más mínimo remordimiento de consciencia, postergar cualquier cosa que debamos hacer, dejándola «para mañana».

En mi caso particular, esto podría haberme resultado sumamente fácil, puesto que antes de iniciar la elaboración efectiva de estos escritos, podía suponer que

contaba todavía con muchísimo tiempo: pero esto no es así ya, y debo, por consiguiente, comenzar sin desmayos y, como suele decirse, «aunque reviente».

¿Pero con qué comienzo…?

¡Hurra!… ¡Eureka!

Casi todos los libros que he acertado a leer en mi vida comenzaban con un prefacio. De modo que en este caso, también yo debo empezar con algo por el estilo.

Digo «por el estilo», debido a que, en general, en el transcurso de mi vida, desde el momento en que comencé a distinguir un varón de una niña, nunca hice nada, absolutamente nada, como lo hacen los demás, bípedos destructores de los bienes de la Naturaleza. Por lo tanto, debo ahora, al escribir —y quizás esté incluso, en principio, obligado a ello— comenzar en forma distinta a aquélla en que lo hubiera hecho cualquier otro autor.

En todo caso, dejando de lado el prefacio convencional, voy a comenzar simplemente con una advertencia.

Esta forma de iniciar la obra será sumamente juiciosa de mi parte, si no por otra razón, simplemente porque no se hallará en contradicción con mis principios —ya sean estos orgánicos o psíquicos— ni tampoco con ninguna de mis normas «arbitrarias» de conducta; al tiempo que también será honesta —claro está que honesta en el sentido objetivo— porque tanto yo mismo como todos los demás que me conocen a fondo, habrán de esperar con absoluta certeza que, debido a mis escritos, desaparezca por completo en la mayoría de los lectores, en forma inmediata y no gradual —como tarde o temprano ha de ocurrir con el tiempo a toda la gente— toda la «riqueza» que atesoran, ya sea que les fuera transmitida por herencia o que la hubieran ganado con su trabajo, bajo la forma de conceptos tranquilizadores que sugieran ensueños sencillos, así como hermosas representaciones de sus vidas en el momento actual y en los tiempos por venir.

Los escritores profesionales suelen redactar estas introducciones dirigiéndose al lector por medio de toda clase de frases grandilocuentes, «melosas» e «infladas».

Solo en este punto habré de seguir su ejemplo, empezando yo también con algunas frases dirigidas al lector, pero tratando de no hacerlas demasiado «azucaradas», como aquéllos suelen hacerlo por razón especialmente de su maligna sabihondez, mediante la cual deslumbran la sensibilidad de los lectores más o menos normales.

Por lo tanto… mis queridos, honorabilísimos, voluntariosos y —claro está— pacientes Señores y mis estimadísimas, encantadoras e imparciales Señoras —perdonadme, olvidaba lo más importante— ¡y mis de —ningún— modo histéricas Señoras!

Tengo el alto honor de informaros que si bien, debido a ciertas circunstancias surgidas en una de las últimas etapas del proceso de mi vida, me dedico actualmente a escribir libros, no solo jamás he escrito libro alguno durante toda mi vida ni trabajos de esos que llaman «artículos», sino que tampoco he escrito siquiera una carta donde fuera inevitable observar lo que se llaman «reglas gramaticales» y, en consecuencia, aunque estoy a punto de convertirme en escritor profesional, como no he tenido en absoluto práctica alguna en lo concerniente a todas las reglas y procedimientos profesionales establecidos, o en lo concerniente a lo que suele llamarse la «lengua literaria de buen tono», me veo forzado a escribir en forma totalmente distinta a la que los «escritores patentados» suelen usar, forma ésta con la cual el lector debe hallarse tan familiarizado como con su propia cara.

A mi entender, tu principal inconveniente, lector, en este caso, quizás se deba principalmente al hecho de que ya en la más temprana infancia, implantaron en tu ser, armonizándose más tarde en forma ideal con tu psiquismo general, un excelente automatismo funcional para percibir cualquier clase de impresiones nuevas; y gracias a esta «bendición» no necesitas ahora, durante tu vida responsable, realizar el menor esfuerzo individual en ese sentido.

Si he de hablar con franqueza, diré que yo, en mi interior, discierno personalmente el centro de mi confesión, no en mi falta de conocimientos, acerca de todas las reglas y procedimientos seguidos por los escritores, sino en mi carencia de lo que he llamado «lengua literaria de buen tono», invariablemente exigida en la vida contemporánea, no solo a los escritores, sino también a cualquier mortal ordinario.

En cuanto a aquélla, es decir, a mi falta de conocimientos acerca de las diferentes reglas y procedimientos literarios, debo declarar que no me preocupa mucho.

Y si no me preocupa, ello se debe a que esta «ignorancia» ya ha ingresado a la vida de la gente, entrando a formar parte de cierto orden de cosas. Así surgió esta bendición que ahora florece por toda la superficie de la Tierra, gracias a esa nueva y extraordinaria enfermedad que en los últimos veinte o treinta años, por

una u otra razón, ha hecho presa especialmente en la mayor parte de aquellas personas —pertenecientes a cualquiera de los tres sexos— que acostumbran a dormir con los ojos entreabiertos y cuyos rostros constituyen suelo fértil para el crecimiento de toda clase de granos.

Esta extraña enfermedad se manifiesta en que, si el paciente tiene algo de literato y se le pagan tres meses de sueldo por adelantado, él (ella o ello) empieza a escribir invariablemente, o bien un «artículo», o un libro entero.

Puesto que conozco perfectamente esta nueva enfermedad humana y su epidémica difusión sobre la Tierra, tengo derecho, como vosotros comprenderéis, a suponer que estaréis «inmunizados» —tal como dicen los «doctores»— y que, por lo tanto, no os indignaréis demasiado por mi ignorancia de las reglas y procedimientos literarios.

Puesto que así lo entiendo, me siento íntimamente inclinado a convertir mi ignorancia de la lengua literaria en el centro de gravedad de mi advertencia.

Como autojustificación, o quizás también para atemperar la censura de vuestra consciencia vigilante con respecto a mi desconocimiento de este idioma indispensable para la vida contemporánea, considero necesario declarar, con el corazón pleno de humildad y con las mejillas rojas por el rubor de la vergüenza, que si bien a mí me enseñaron este idioma en mi infancia, y si bien algunos de mis mayores que me prepararon para la vida responsable me obligaron constantemente —sin ahorrar ni perdonar ningún medio intimidatorio— a «aprender de memoria» la hueste de diversos «matices» que componen en su totalidad esta «delicia» contemporánea, no obstante, desgraciadamente —por supuesto— para vosotros, de todo aquello que aprendí de memoria, nada perduró para salir a la luz en mis actuales actividades de escritor.

Y nada perduró, según lo comprendí claramente hace poco tiempo, no por falta alguna de mi parte o por culpa de mis viejos y respetados —o no respetados — maestros, sino porque todo este trabajo humano fue realizado inútilmente debido a un suceso inesperado y completamente excepcional que aconteció en el momento en que hice mi aparición en esta Tierra de Dios; hecho que consistió en que —como cierto ocultista famoso en Europa me explicó después de una minuciosa investigación «psico-físico-astrológica», según se llaman estas investigaciones— en ese preciso momento, a través del agujero abierto en el vidrio de la ventana por nuestro chivo rengo enloquecido, cayó una lluvia de vibraciones sonoras procedentes del fonógrafo Edison de un vecino, mientras la partera paladeaba en la boca una tableta saturada de cocaína de origen germano

que, además, no era «*Ersatz*», saboreando la mencionada tableta alegremente, al compás de los sonidos que entraban por el vidrio roto. Aparte de este hecho, de por sí raro para la gente normal, mi situación actual se deriva también de que tiempo más tarde, durante las etapas preparatoria y adulta de mi vida —como llegué a saber después de largas reflexiones, debo confesarlo, siguiendo el método del profesor alemán *Herr Stumpfsinnschmausen*— siempre evité instintiva y automáticamente (a veces, incluso, conscientemente), emplear, por principio, ese idioma para el trato con los demás. Y semejante trivialidad, quizá no tan trivial, la manifesté gracias nuevamente a tres datos que se configuraron en mi totalidad durante la edad preparatoria, datos estos sobre los cuales pienso informaros más adelante en este mismo capítulo de mis escritos.

Como quiera que ello haya sido, el hecho real, iluminado por los cuatro costados como un anuncio publicitario norteamericano, y que no puede ya ser alterado por fuerza alguna, es que, repito, si bien hasta hace poco me consideraban un maestro bastante bueno de danzas sagradas, me he convertido ahora en escritor profesional y tengo el firme propósito de escribir en abundancia —ha sido característica mía desde la infancia hacerlo todo siempre «largo y tendido»—; sin embargo, pese a que carezco, como veis, de la práctica automáticamente adquirida y automáticamente expresada necesaria para la tarea, me veré forzado a escribir todo cuanto he meditado en el simple idioma ordinario de todos los días, impuesto por la vida, sin ningún rebuscamiento literario y sin «sabihondeces gramaticales».

¡Pero la medida no ha sido colmada todavía!… Puesto que todavía no he decidido la cuestión más importante de todas, a saber, en qué idioma he de escribir.

Aunque empecé a escribir en ruso, en ese idioma, sin embargo, según diría el más sabio de los sabios, Mulaj Nassr Eddin[1], en ese idioma, no se puede llegar muy lejos.

El idioma ruso, no puede negarse, es excelente. Hasta creo que me gusta, pero… solamente para contar anécdotas o para utilizarlo cuando uno alude a su parentela.

El ruso es como el inglés; este último es también excelente, pero solo para discutir en las «salas de fumar», sentados en un sillón con las piernas estiradas sobre otro, acerca de la carne congelada australiana o, en ciertas ocasiones, de la cuestión hindú.

Estos dos idiomas son como el plato conocido en Moscú con el nombre de «*solianka*», en el cual hay de todo salvo tú y yo; a decir verdad, todo lo que uno pueda desear e incluso, el *«Cheshma»*[2], de Scherezade.

También debo decir que a raíz de todo tipo de factores accidentales, o quizás no tan accidentales, que influyeron sobre mi juventud, tuve que aprender —por lo demás con la mayor seriedad y siempre, por supuesto, por autoimposición— a hablar, leer y escribir gran número de idiomas, llegando a dominarlos hasta tal punto, que si al seguir esta profesión tan inesperadamente impuesta sobre mí por el Destino, decidiese no sacar partido del «automatismo» que se adquiere con la práctica, quizás pudiera escribir en cualquiera de ellos. Pero si he de utilizar juiciosamente este automatismo automáticamente adquirido que tan fácil se ha vuelto gracias a una larga práctica, entonces deberé escribir en ruso o en armenio porque las peripecias de mi vida durante las dos o tres últimas décadas fueron tales que me vi obligado a usar en el trato social con la demás gente los dos idiomas, volviéndome por consiguiente, altamente diestro en su manejo automático.

¡Ah, diablos!… aun siendo así las cosas, uno de los aspectos de mi psiquismo peculiar, insólito para el hombre medio, ha empezado ya a atormentar todo mi ser.

Y la principal razón de esta infelicidad que se ha apoderado de mí en edad ya madura, proviene del hecho de que ya en la infancia recibí en mi peculiar psiquismo, junto con otras muchas inutilidades perfectamente superfluas para la vida contemporánea, un patrimonio tal que siempre, y en todas las cosas, me impulsa automática y unánimemente a actuar de acuerdo tan solo con la sabiduría popular.

En el caso actual, como siempre me sucede en otras ocasiones similares de la vida tan indefinidas como ésta, me viene a la mente ese aforismo de la sabiduría popular que ya regulaba las vidas de los pueblos más antiguos y que ha pasado de boca en boca hasta nuestros días, en la siguiente expresión:

«Todas las varas tienen siempre dos puntas».

Al tratar por primera vez de comprender el pensamiento esencial y realmente significativo oculto detrás de esta extraña fórmula verbal, debe surgir ante todo, a mi entender, en la consciencia de todo hombre más o menos sano mentalmente, la impresión de que, en la totalidad de las ideas sobre las que se

basa y de las que debe fluir la sensata noción de este dicho, reside la verdad —conocida por todo el mundo desde hace siglos—, de que toda causa que obre en la vida del hombre, procedente de cualquier fenómeno, como uno de los dos efectos opuestos de otras causas, se halla necesariamente estructurada, a su vez, en dos efectos completamente opuestos; es decir, por ejemplo, que si «algo» procedente de dos causas diferentes genera la luz, también deberá generar, inevitablemente, un fenómeno opuesto, esto es, la oscuridad; de este modo, si un factor genera en el organismo de un ser vivo un impulso de satisfacción palpable, también generará, necesariamente, una correspondiente insatisfacción, también palpable por supuesto, y así sucesivamente, siempre y en todas las cosas.

Teniendo pues, presente, en mi propio caso, este aserto popular formado a través de varios siglos y objetivado por la idea de una vara, la cual tiene en verdad, según se dijo, dos extremos, siendo el uno bueno y el otro malo, si me decido a valerme del automatismo antes mencionado adquirido por mí solo gracias a una larga práctica, claro está que será para mí un gran bien; pero de acuerdo con aquel aforismo, en el lector tendrá precisamente el efecto opuesto; y qué es lo contrario del bien, cualquiera que no sufra de hemorroides podrá comprenderlo fácilmente.

En suma: si valiéndome del privilegio, tomo la vara por el extremo bueno, entonces el extremo malo habrá de caer inevitablemente «sobre la cabeza del lector».

Y es bien factible que eso suceda, debido a que las —por así llamarlas— «filigranas» de los problemas de la filosofía no pueden expresarse en ruso, y es mi intención detenerme frecuentemente a considerar esos problemas en el curso de esta obra; en cuanto al armenio, si bien este idioma se prestaría bastante bien a este propósito, para desgracia de todos los armenios contemporáneos, el empleo de este idioma para los asuntos contemporáneos se ha vuelto ya completamente impracticable.

A fin de aliviar el dolor procedente de la íntima herida que este hecho me produce, debo declarar que en mi juventud, cuando comencé a interesarme en los problemas filológicos, dedicándoles a ellos todo mi tiempo, prefería el idioma armenio a cualquier otro, incluida mi lengua materna.

Este idioma era entonces mi favorito debido, principalmente, a su originalidad y a que no tenía nada en común con los idiomas vecinos y afines.

Como dicen los «filólogos» eruditos, todas sus tonalidades eran otras tantas

características peculiares del mismo y, a mi entender, incluso entonces concordaba perfectamente con la psiquis del pueblo que integraba aquella nación.

Pero el cambio sufrido por este idioma durante los últimos treinta o cuarenta años, del cual yo he sido testigo, ha sido tan profundo, que en lugar de poseer ahora una lengua independiente y original heredada desde un pasado remoto, tenemos en la actualidad una jerga que, si bien es original e independiente como su antecesora, constituye sin embargo una «especie de bufonesco popurrí de idiomas», la totalidad de cuyas consonancias, al ser percibidas por el oído de un interlocutor más o menos consciente y comprensivo, suenan exactamente como los «tonos» del turco, persa, francés, kurdo y ruso, en una confusión de ruidos inarticulados e indigeribles.

Casi otro tanto podría decirse de mi lengua materna, el griego, que hablaba en mi infancia y que todavía conserva para mí el «sabor del poder asociativo automático». Me atrevo a decir incluso, que actualmente podría expresar cualquier cosa en griego; pero emplearlo para escribir es para mí imposible, por la simple razón, bastante cómica por lo demás, de que es necesario que alguien traduzca luego mis escritos a otras lenguas. Pero si los escribiera en griego, ¿quién podría hacer esta tarea?

Se puede asegurar sin temor a equivocarse que incluso el mejor experto en griego moderno no comprendería absolutamente nada de lo que yo pudiera escribir en la lengua materna que aprendí en mi infancia, debido a que mis queridos «compatriotas», por así llamarlos, inflamados con el deseo de parecerse a toda costa a los representantes de la civilización contemporánea también en su conversación, han tratado a mi amada lengua materna durante estos treinta o cuarenta años exactamente de la misma forma en que los armenios, ansiosos de imitar a la aristocracia rusa, trataron a la suya.

La lengua griega, cuyo espíritu y esencia me fueron transmitidos por la herencia, y el idioma que actualmente habla el pueblo griego se parecen tanto como, según la expresión de Mulaj Nassr Eddin, «un clavo se parece a un réquiem».

¿Qué haremos entonces? ¡Ay, ay!… no te aflijas, estimado consumidor de mis «sabihondeces». Si tan solo dispusiera de abundante *Armañac* francés y «*basturmá de jaissar*», no tardaría en encontrar una salida incluso para situación tan difícil.

En esto soy zorro viejo.

Tan a menudo me ha tocado vivir situaciones difíciles y luego tuve que desembarazarme de ellas, que esto ya se ha convertido en una costumbre para mí.

En cuanto a mi dificultad actual, escribiré por ahora parte en ruso y parte en armenio, pues entre la gente que siempre tengo a mi alrededor hay varias personas capaces de «traducir» con bastante facilidad en ambos idiomas, por lo cual confío en que más adelante serán capaces de verter sin dificultades mis escritos a otros idiomas.

Sea ello como fuere, he de repetir una vez más —a fin de que el lector lo recuerde, pero no como suele recordar otras cosas y comprometer sobre esa base su palabra de honor ante los demás y ante sí mismo— que cualquiera que sea el idioma que emplee, siempre y en todos los casos, evitaré lo que he llamado «lengua literaria de buen tono».

Respecto a esto, el hecho más extraordinario y curioso y uno incluso de los más dignos de tu amor al conocimiento, lector, más digno quizás de lo que tú puedas concebir, es el de que en mi niñez, es decir, desde que nació en mí la necesidad de destruir los nidos de los pájaros y de molestar a las hermanitas de mis amigos, surgió en mi (como le llamaban los antiguos teósofos) «cuerpo planetario» y, lo que es más aun (aunque no sé por qué), principalmente en la «mitad derecha», una sensación instintivamente involuntaria que gradualmente —hasta la época en que me convertí en maestro de danzas— fue tomando la forma de un sentimiento definido, y entonces, cuando gracias a la profesión que por aquel tiempo ejercía trabé relación con numerosas personas de «tipos» diversos, también comenzó a formarse en mi «espíritu» la convicción de que estos idiomas habían sido recopilados por gente, o más bien por «gramáticos», que son con respecto al conocimiento de un idioma dado, exactamente iguales a esos animales bípedos a quienes nuestro muy estimado Mulaj Nassr Eddin ha caracterizado con las siguientes palabras:

«Todo lo que saben hacer es discutir con los cerdos sobre la calidad de las naranjas».

Este tipo de gente que se ha convertido, por así decirlo, en «polillas» destructoras de los bienes que nos fueron legados por nuestros antepasados, carecen de la menor idea o noticia del hecho estridentemente obvio de que,

durante la edad preparatoria, tiene lugar la adquisición en la función cerebral de todos los seres, incluido el hombre, de una propiedad particular y definida, cuya materialización automática era llamada por los antiguos *korkolanos* «ley de asociación», y de que el proceso de mentación de todos los seres, y en especial el hombre, se desarrolla en estricto acuerdo con esta ley.

En vista del hecho de haber acertado a tocar accidentalmente un problema que se ha convertido recientemente en uno de mis, digamos, «*hobbies*», es decir el proceso de la mentación humana, me parece posible afirmar —ya en este primer capítulo— y sin esperar a llegar al sitio asignado de antemano en este libro para la dilucidación de dicho problema, algo al menos relacionado con aquel axioma que accidentalmente llegó a mi conocimiento, de que en la Tierra, en la antigüedad, era habitual en todos los siglos que todos los hombres que habían tenido la osadía de adjudicarse el derecho a ser considerados por los demás, así como por sí mismos, «pensadores conscientes», fueran informados, ya en los primeros años de su existencia responsable, de que el hombre posee, en general, dos tipos de mentación:

- En primer término, la mentación por el pensamiento, con la participación de las palabras, dotadas siempre de un sentido relativo.
- Y en segundo término, aquella propia de todos los animales, así como del hombre, que denominaré aquí «mentación por la forma».

El segundo tipo de mentación, es decir, la «mentación por la forma», por medio de la cual, en rigor, debe percibirse también y asimilarse el sentido exacto de toda idea escrita tras la confrontación consciente con los datos previamente conocidos, tiene lugar en la gente, guardando una relación de dependencia con las circunstancias del medio geográfico, clima, época, etc., y en general, con el medio total en que se ha desarrollado la existencia del individuo hasta su estado adulto.

En consecuencia, se configuran en el cerebro de los individuos pertenecientes a diferentes razas y que habitan medios geográficos diversos, un vasto número de formas completamente independientes, acerca de una misma cosa o incluso una misma idea; formas que, durante su funcionamiento, es decir,

durante la asociación, recuerdan por su naturaleza a una u otra sensación que condiciona subjetivamente una representación definida, y esa representación es luego expresada por esta o aquella palabra, útil tan solo para su expresión subjetiva exterior. Ésta es la razón por la cual cada palabra para una misma cosa o idea, adquiere casi siempre para los individuos pertenecientes a medios geográficos diferentes y razas diversas, un «contenido íntimo», por así decirlo, perfectamente definido y completamente distinto.

En otras palabras, si en el ser total de un hombre dado que se hubiera desarrollado y formado en una determinada localidad, se hubiese configurado una «forma» como resultado de las influencias e impresiones locales específicas y esta forma evocara en él, por asociación, la sensación de un «contenido íntimo» definido y, por consiguiente la de una representación o noción definida para cuya expresión hubiera de emplear una u otra palabra que con el transcurso del tiempo terminara por volverse habitual y, como he dicho, subjetiva, para este individuo dado, cuando un oyente, en cuyo ser se hubiera formado, debido a las diferentes circunstancias que rodearon su educación y crecimiento, una forma de diferente «contenido íntimo» para aquella palabra determinada, escuchase dicha palabra, habría de percibirla siempre y comprenderla también invariablemente, en un sentido completamente distinto.

Este hecho, dicho sea de paso, puede establecerse con toda precisión mediante la observación atenta e imparcial, cuando uno presencia un intercambio de opiniones entre dos personas pertenecientes a razas diferentes o educadas y criadas en localizaciones geográficas distintas. De modo, pues, que, alegre y engreído candidato a receptor de mis sabihondeces, habiéndote ya advertido que voy a escribir, no como los «escritores profesionales», sino de forma totalmente distinta, te aconsejo ahora, antes de embarcarte en la lectura de mis exposiciones, que reflexiones seriamente, emprendiéndola tan solo, tras una profunda meditación. En caso contrario, mucho me temo que tu órgano del oído, así como otros órganos perceptivos y digestivos, tan y tan acabadamente automatizados con la «lengua literaria de la aristocracia intelectual» que habita actualmente sobre la Tierra, enfermen con la lectura de estos escritos en forma muy, pero muy cacofónica, con lo cual podría suceder que perdieras tu… ¿sabes qué?… tu deseo de engullir tu plato favorito y también esa particularidad psíquica que titila en tu «interior» y que se manifiesta en ti cuando ves a tu vecina, la morenita.

De esta posibilidad que emana de mi lenguaje, o mejor dicho, hablando con rigor, de la forma de mi mentación, estoy ya, con todo mi ser, y gracias a la frecuente repetición de mis experiencias pasadas, completamente convencido, exactamente del mismo modo en que un perfecto asno se halla convencido de la razón y justicia de su obstinación.

Una vez advertido el lector de lo más importante, no tendré que cuidarme especialmente de los demás aspectos de la cuestión. Aun cuando se produjera cualquier malentendido por causa de mis escritos, tú, lector, serías el único culpable y mi consciencia estaría tan limpia como por ejemplo… la del ex Kaiser Guillermo.

Es casi seguro que llegado a este punto, el lector estará pensando que soy, por supuesto, un individuo joven con un exterior auspicioso y, como dicen algunos, un «interior sospechoso» y que, como buen autor novel, estoy tratando con toda intención, evidentemente, de mostrarme excéntrico con la esperanza de hacerme famoso y, de este modo, rico.

Pero si verdaderamente piensa eso, está muy, pero muy equivocado.

En primer lugar, no soy joven; tanto he vivido que a lo largo de mi vida ya he pasado, como dicen, «no solo por el molino, sino por todas las muelas»; y en segundo lugar, no escribo en general para procurarme una carrera o para afirmarme personalmente sobre una base sólida mediante esta profesión, la cual, debo agregar, proporciona a mi juicio, muchas puertas para quienes quieran convertirse en candidatos directos a ingresar en el «Infierno». Suponiendo, claro está, que esa gente pueda, en general, perfeccionar su ser hasta ese punto. Pues aun sin saber ellos nada, escriben toda clase de tonterías y al adquirir automáticamente autoridad, desarrollan más cada año uno de los principales factores de debilitamiento del psiquismo de los hombres, ya bastante debilitado sin eso.

En lo que a mi carrera personal se refiere, gracias a todas las fuerzas de arriba y abajo, y, si tú quieres, incluso de derecha e izquierda, la he materializado ya hace tiempo, y también desde largo tiempo atrás vengo «pisando firme» y, lo que es más aun, tengo la certeza total de que esta firmeza habrá de durar todavía muchos años, pese a todos mis enemigos pasados, presentes y futuros.

Sí, creo que también debería contarte acerca de una idea que acaba de surgir en mi cerebro y es la de pedir especialmente al impresor, a quien he de entregar

mi primer libro, que imprima el primer capítulo de mis escritos de tal forma que pueda ser leído sin necesidad de cortar antes las páginas del libro, de modo tal que, una vez enterado el lector de que el libro no ha sido escrito de la manera habitual, es decir, con el propósito de producir en la mentación de uno, en forma sumamente suave y fácil, imágenes atrayentes y ensueños adormecedores, pueda, si así lo desea, sin necesidad de un intercambio inútil de palabras con el librero, devolverlo y recuperar nuevamente su dinero, ganado tal vez, con el sudor de su frente.

Y esto habré de hacerlo indefectiblemente además, porque precisamente ahora acabo de recordar lo que le aconteció a un kurdo transcaucásico, cuya historia me fue narrada en mi adolescencia y que, cuantas veces volví a recordarla en ocasiones similares en los años posteriores, me produjo un perdurable impulso de ternura. Creo que será sumamente conveniente para mí y también para ti, contarte esta historia con cierto detalle.

Será conveniente, especialmente debido a que ya me he decidido a hacer de la «sal», o como diría un negociante contemporáneo judío de pura sangre, el «*tsimes*», de este cuento, uno de los principios básicos de esta nueva forma literaria que estoy tratando de emplear para alcanzar el objetivo que me he propuesto con esta mi nueva profesión.

Este kurdo transcaucásico salió cierta vez de su pueblo, por uno u otro negocio, rumbo a la capital; una vez llegado a la misma, vio en el puesto de un frutero en el mercado, un colorido despliegue de toda clase de frutas.

En este conjunto, advirtió una sumamente hermosa, tanto por su color como por su forma, y tanto le cautivó su aspecto y tan grande fue su deseo de probarla, que, pese a no llevar casi dinero encima, decidió comprar por lo menos uno de estos magníficos bienes de la Gran Naturaleza para saborearlo.

Entonces, con gran ansiedad y con una osadía poco habitual en él, entró en el puesto y señalando la fruta con su calloso dedo le preguntó el precio al comerciante. A lo cual respondió éste que la libra de aquella «fruta» costaba dos centavos.

Convencido de que el precio no era en absoluto elevado para lo que en su opinión constituía un hermoso fruto, el kurdo de nuestra historia resolvió comprar una libra entera.

Una vez finalizados sus negocios en la ciudad, emprendió el viaje de regreso hacia su casa ese mismo día.

Mientras caminaba, a la hora del crepúsculo, por valles y montañas,

percibiendo, quieras que no, la visibilidad exterior de aquellos encantadores fragmentos del seno de la Gran Naturaleza —nuestra Madre Común— e inhalando el aire puro y sin contaminar (a diferencia de la asfixiante atmósfera de las ciudades industriales de hoy), nuestro kurdo sintió repentinamente, como es natural, el deseo de regalarse con una rápida merienda; de modo que, sentándose a un lado del camino, sacó de su bolsa un pedazo de pan y la «fruta» que lo había cautivado con su tentador aspecto en el puesto del mercado, y comenzó a comer alegremente.

Pero… ¡Horror de los horrores!… No bien había dado el primer bocado cuando todo su interior comenzó a arder. Pero a pesar del fuego que lo abrasaba, siguió comiendo.

Así pues, esta infortunada criatura bípeda de nuestro planeta siguió comiendo, gracias tan solo a aquella peculiar característica humana que mencioné más arriba; me refiero al principio que intentaba convertir, cuando me decidí a usarlo como base de la nueva forma literaria por mí creada, en, por así decirlo, la guía de todos mis actos, conducente a uno de los objetivos perseguidos; principio cuyo sentido y significación no tardará el lector, estoy seguro, en captar —claro está que de acuerdo con su grado de comprensión— en el transcurso de la lectura de cualquier capítulo posterior de mis escritos, si, por supuesto, se decide a correr el riesgo de seguir avanzando en la lectura del libro; o quizás, también podría suceder que incluso antes de finalizar este primer capítulo ya «olfateara» algo.

Así pues, precisamente en el momento en que nuestro kurdo se hallaba abrumado por las insólitas sensaciones que su extraña merienda procedente del seno de la Naturaleza le había provocado, se aproximó por el mismo camino un vecino de su pueblo, vecino éste altamente reputado por cuantos lo conocían como hombre de ingenio y de vasta experiencia; y así que advirtió cómo la cara del kurdo parecía abrasada por las llamas, y sus ojos inundados de lágrimas y que, pese a todo esto, proseguía comiendo como si se hubiese tratado del cumplimiento de un deber impostergable, le dijo:

«¿Pero qué estás haciendo, borrico de Jericó? ¡Te vas a quemar vivo! Deja ya de comer esos “pimientos picantes” a cuyo extraordinario sabor no está acostumbrada tu naturaleza». A lo cual replicó el kurdo:

«¡Jamás!; por nada del mundo los dejaría yo de comer. ¿No me gasté acaso mis últimos dos centavos en comprarlos? Aunque mi alma se separe aquí mismo de mi cuerpo seguiré comiendo hasta terminarlos».

Por lo cual nuestro decidido kurdo —claro está que no podemos dudar ya de su resuelto carácter— lejos de tirar los pimientos, siguió comiéndolos ávidamente.

Después de esto, espero que se haya producido, lector, en tu mentación, una correspondiente asociación mental que habrá de afectar en ti, como consecuencia, tal como suele suceder a veces a nuestros contemporáneos, aquello que generalmente llamas entendimiento, y en este caso habrás de comprender por qué yo, perfectamente familiarizado con esta peculiaridad humana —y apiadado de la misma— cuya manifestación inevitable consiste en que si alguien paga dinero por alguna cosa es probable que se sienta obligado a usarla hasta el final, me hallaba impregnado en la totalidad de mi ser con la idea, surgida en mi mentación, de tomar todas las medidas posibles a fin de que tú («mi hermano en el espíritu y en el apetito», según reza el dicho) —en el caso de que solo estés acostumbrado a la lectura de toda clase de libros, pero, escritos exclusivamente en la antes mencionada «lengua de la aristocracia intelectual»— habiendo pagado ya cierta suma de dinero por mis escritos y habiéndote enterado inmediatamente después de haberlos comprado de que no habían sido escritos en el cómodo y fácilmente legible idioma habitual, no te sintieras obligado como consecuencia de aquella mencionada peculiaridad humana, a leer mis escritos de cabo a rabo, cueste lo que cueste, del mismo modo que nuestro infortunado kurdo transcaucásico se creyó obligado a comer hasta el fin aquello que tanto lo había cautivado por su aspecto, es decir, los nobles y rojos pimientos picantes.

De este modo, a fin de evitar todo malentendido derivado de esta peculiaridad, para la que se han formado los datos necesarios en el ser total del hombre contemporáneo, gracias evidentemente a su habitual concurrencia al cinematógrafo y gracias, también, a que jamás pierde la oportunidad de mirar el ojo izquierdo del sexo opuesto, es mi deseo que este capítulo inicial haya de imprimirse de la forma antes mencionada, de modo que cualquiera pueda leerlo del principio al fin sin tener que cortar las páginas del libro.

De otro modo, el librero habría de, como suele decirse, «cavilar» y actuar, indefectiblemente, de acuerdo con el principio básico de todos los libreros en general, que, para formularlo según su propia expresión, reza en la forma siguiente: «Más que papanatas serás si, como el pescador, dejas escapar el pescado que ya se ha tragado el anzuelo», rechazando la devolución de un libro cuyas páginas habían sido abiertas. No me cabe ninguna duda acerca de esta

posibilidad; a decir verdad, tengo la absoluta certeza de esa falta de consciencia por parte de los libreros.

Y los datos necesarios para la génesis de mi certeza con respecto a la falta de consciencia por parte de los libreros se formaron acabadamente en mi personalidad cuando, durante el ejercicio de mi profesión de «Faquir hindú», tuve necesidad, para la completa dilucidación de cierto problema «ultrafilosófico», de familiarizarme también, entre otras cosas, con el proceso asociativo para la manifestación del psiquismo automáticamente configurado de los libreros contemporáneos y de sus dependientes, cuando venden los libros a sus clientes.

Sabedor de todo esto, y habiéndome convertido, desde que la desgracia cayó sobre mí, en justo y fastidioso en extremo, por regla general, no puedo dejar de repetir, o mejor dicho, no puedo dejar de advertirte nuevamente, de aconsejarte y de suplicarte fervorosamente, antes de que empieces a cortar las páginas de éste mi primer libro, que leas atentamente, del principio al fin, e incluso más de una vez, el primer capítulo de mis escritos.

Pero en caso de que, a pesar de esta advertencia, desearas conocer el contenido posterior de mi exposición, entonces todo cuanto me resta por hacer no es sino desearte con toda mi «auténtica alma» un gran, pero muy grande apetito, y que «digieras» todo cuanto leas, no solo para el bien de tu salud, sino también para el bien de la salud de todos aquellos que te rodean. He dicho «con mi auténtica alma» debido a que, por haber vivido en época reciente en Europa y haber establecido frecuentes contactos con determinadas personas que, en todas las ocasiones apropiadas e inapropiadas muestran una fuerte tendencia a tomar en vano todos los nombres sagrados que solo deben pertenecer a la vida más íntima de un hombre, es decir, con personas que juran en el vacío, y siendo yo, como ya he confesado antes, un fervoroso adherente, no solo de los dichos teóricos en general, sino también de los aforismos prácticos de la sabiduría popular afirmados a través de largos siglos, y por consiguiente, del dicho que en el caso actual corresponde a aquello que podría expresarse con las palabras: «Allí donde fueres, haz lo que vieres», decidí, a fin de no desentonar con la costumbre establecida aquí en Europa de jurar en el transcurso de cualquier conversación ordinaria y de actuar, al mismo tiempo, de acuerdo con el mandamiento enunciado por los sagrados labios de San Moisés:

«No tomarás el nombre de Dios en vano», decidí valerme de uno de aquellos ejemplos contenidos en los idiomas de moda «recién salidos del horno», esto es,

el inglés, y así, a partir de entonces, comencé en ciertas ocasiones necesarias a jurar por mi «alma inglesa».

El hecho es que en éste tan elegante idioma, las palabras «alma» (*soul*) y la palabra «suela» (*sole*), se pronuncian casi exactamente de la misma manera.

Yo no sé lo que tú, que ya eres en parte candidato a comprador de mis escritos, pensarás, pero mi peculiar naturaleza es incapaz incluso con el mayor deseo mental, de refrenar una gran indignación ante el hecho, puesto de manifiesto por individuos pertenecientes a la civilización contemporánea, de que lo más elevado del hombre, particularmente amado por nuestro PADRE CREADOR COMÚN, pueda realmente llamarse, y pueda llegar a comprenderse —con suma frecuencia, en verdad, e incluso antes de haberse hecho completamente claro su significado— como la parte que es la más baja y sucia del hombre.

Pero basta ya de «filologías». Volvamos ahora a la principal tarea de este capítulo inicial, destinado, entre otras cosas, a remover, por un lado, los adormilados pensamientos míos y del lector, y, por el otro, a advertir al lector sobre ciertas cosas.

De este modo, ya me he trazado mentalmente el plan general de las exposiciones pertinentes, pero qué forma habrán de tomar sobre el papel, si he de hablar francamente, yo mismo no lo sé en mi consciente, sino en mi subconsciente; de hecho, siento ya con bastante precisión que, en su totalidad, habrá de tomar la forma de algo que será, por así decirlo, «picante» y que tendrá un efecto semejante en la integridad de todos los lectores al del pimiento rojo en el cuento del desdichado kurdo transcaucásico.

Ahora que el lector ya conoce la historia de nuestro simple campesino, considero llegado el momento de realizar una confesión y, por consiguiente, antes de proseguir con el primer capítulo, que no es sino una a manera de introducción a mis trabajos posteriores, deseo llevar al conocimiento de lo que llamamos la «consciencia despierta pura» del lector el hecho de que en los escritos que siguen a ese capítulo de advertencia habré de exponer mis pensamientos deliberadamente, en tal sucesión y según tal confrontación lógica, que la esencia de ciertas nociones reales pueda pasar por sí misma, automáticamente, por así decirlo, de esta «consciencia despierta» —que la mayoría de la gente confunde, en su ignorancia, con la consciencia real, pero que yo afirmo y pruebo experimentalmente que solo se trata de una consciencia ficticia— a lo que se llama el subconsciente, que tendría que ser, a mi juicio, la

verdadera consciencia humana, produciendo en ese punto, mecánicamente, la transformación que debe tener lugar generalmente en la integridad del hombre y darle, a partir de su propia mentación consciente, los resultados que merece, propios del hombre y no de los meros animales mono o bicerebrados.

Así, me formé la resolución de hacerlo indefectiblemente, de modo tal que este capítulo inicial, destinado como ya dije a despertar, lector, tu consciencia, justificara plenamente su propósito y, alcanzando no solo tu, en mi opinión, ficticia «consciencia», sino también tu consciencia real, es decir, lo que tú llamas subconsciente, pudieras, por primera vez, llegar a reflexionar de forma activa.

En la totalidad de todo hombre, independientemente de cual sea su herencia y su educación, se forman dos consciencias independientes, que tanto en su funcionamiento como en sus manifestaciones casi nada tienen en común. Una de ellas se forma a partir de la percepción de toda clase de impresiones mecánicas, accidentales o deliberadas procedentes de los demás, entre las cuales están las «consonancias» de diversas palabras que se hallan, como hemos dicho, vacías; y la otra consciencia se forma a partir de los, por así llamarlos, «resultados materiales ya formados previamente» que le son transmitidos por la herencia, que se han mezclado con las partes correspondientes de la totalidad del hombre y también a partir de los datos que surgen de su evocación intencional de las confrontaciones asociativas de esos «datos materializados», que ya están en él.

La totalidad de la formación, junto a la manifestación de esta segunda consciencia humana, la cual no es otra cosa que lo que llamamos «subconsciente» y que se forma a partir de los resultados materializados de la herencia y de las confrontaciones originadas por las propias intenciones, debería, a mi juicio —formado después de muchos años de dilucidaciones experimentales llevadas a cabo en condiciones excepcionalmente favorables—, predominar en la presencia común del individuo.

Como consecuencia de esta convicción, que sin duda debe parecerte todavía el fruto de la fantasía de una mente alterada, no puedo ahora, como tú mismo podrás ver, pasar por alto esta segunda consciencia y, obligado por mi esencia, me siento forzado a elaborar la exposición general de incluso este primer capítulo de mis escritos, esto es, el capítulo a manera de prefacio de todo lo que habrá de seguir, teniendo en cuenta que debe llegar, e «inquietar» adecuadamente, a las percepciones acumuladas en esas dos consciencias tuyas.

Con esta consideración presente en el pensamiento, continúo pues mi exposición; debo ante todo informar a tu consciencia ficticia de que, gracias a los

tres datos peculiares precisos que cristalizaron en mi ser total a lo largo de diversos períodos de mi edad preparatoria, soy realmente único en el por así llamarlo, «trastrueque» de todas las ideas y de las convicciones que se suponían firmemente fijadas en el ser total de la gente con quienes entro en contacto.

¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!…

Desde ahora presiento que en tu «falsa» —pero según tú crees «real»— consciencia, comienzan a agitarse, como «mariposas», todos los datos de importancia que te han sido transmitidos por herencia desde tu tío y tu madre. La totalidad de dichos datos, siempre y en todas las cosas, engendra en ti el impulso, por lo menos —pero no obstante, extremadamente bueno— de la curiosidad, en este caso, curiosidad por descubrir lo más rápido posible por qué yo, es decir, un escritor novel cuyo nombre no ha sido jamás mencionado en los periódicos, me he vuelto de golpe tan único e irreemplazable.

¡No te preocupes! Personalmente me hallo sumamente complacido con el despertar de esa curiosidad, aun cuando ello ocurra tan solo en tu «falsa consciencia», puesto que ya sé por experiencia que a veces este indigno impulso del hombre puede llegar a pasar de esa consciencia a la propia naturaleza y convertirse en un impulso digno, es decir, el impulso del deseo de aprender, el cual, a su vez, facilita una mejor percepción e incluso una más estrecha comprensión de la esencia de cualquier objeto en el que, como suele suceder, pudiera concentrarse la atención del hombre contemporáneo y, por consiguiente, casi estoy deseando satisfacer, con sumo agrado, la curiosidad que acaba de nacer en ti en este momento.

Pues bien; es tiempo ya de que, prestando atención, trates de justificar y no defraudar mis esperanzas. Esta original personalidad mía, «olfateada» ya por ciertos individuos definidos de ambos coros de la Sede del Juicio Celestial, donde se lleva a cabo la Justicia Objetiva, y también aquí en la Tierra, por un número de personas todavía muy reducido, está basada, como ya dije, en los tres datos secundarios específicos configurados en mí en diversas épocas de mi edad preparatoria. El primero de estos datos, desde el comienzo mismo de su aparición, se convirtió, por así decirlo, en la principal palanca directriz de mi totalidad, y los otros dos, las «fuentes vivificantes», por así llamarlas, en los medios de alimentación y perfeccionamiento de este primer dato.

El surgimiento del mismo tuvo lugar cuando yo era todavía tan solo un «querubín regordete». Mi querida abuela, ya fallecida, vivía entonces y tenía

algo más de cien años de edad.

Cuando mi abuela —que la gloria de Dios sea con ella— estaba en su lecho de muerte, mi madre, como era costumbre entonces, me llevó a su lado y cuando yo le besé la mano derecha, mi querida abuela me colocó su moribunda mano izquierda sobre la cabeza y con un susurro apenas audible me dijo:

«¡Tú, el mayor de mis nietos!».

«¡Escúchame, escúchame y recuerda siempre éste, mi último deseo: nunca te comportes en la vida como lo hacen los demás!».

Así que hubo dicho esto, me miró el puente de la nariz y advirtiendo evidentemente mi perplejidad y mi escasa comprensión de lo que me había dicho, agregó algo irritada, con autoridad:

«O no hagas nada —ve a la escuela solamente— o si no, haz algo que nadie más que tú haya hecho».

E inmediatamente después, sin vacilación alguna y con una perceptible actitud de desdén por todo cuanto la rodeaba, así como con una admirable autoconsciencia, puso su alma directamente en las manos del Arcángel Gabriel.

Entiendo que será interesante e incluso instructivo para ti, saber que todo esto produjo en mí tan profunda impresión, que de pronto me volví incapaz de soportar la presencia de persona alguna a mi alrededor, de modo que, tan pronto como salimos de la habitación en que yacía el «cuerpo planetario» mortal de la causa de mi despertar, silenciosamente, tratando de no llamar la atención, me deslicé hacia el arca en que, durante la cuaresma, se guardaban el salvado y las cáscaras de patata para nuestros «auxiliares sanitarios», es decir, nuestros cerdos, y allí me quedé, sin comer ni beber, en medio de una tempestad de agitados y confusos pensamientos —de los cuales, por fortuna para mí, solo tenía entonces en mi aniñado cerebro un número extremadamente reducido— hasta que mi madre regresó del cementerio; pues sus llantos al descubrir que había desaparecido, tras una vana búsqueda, llegaron, por así decirlo, a «abrumarme», de modo que inmediatamente abandoné el arca y poniéndome en pie sobre el borde, corrí hacia ella con las manos extendidas y aferrándome a sus faldas, comencé involuntariamente a dar patadas al suelo e ignoro por qué, a imitar el rebuzno del asno de nuestro vecino el alguacil.

Por qué me produjo aquello una impresión tan fuerte y por qué tuve entonces casi automáticamente una conducta tan extraña, es cosa que no puedo decidir ahora, si bien en años recientes, especialmente en los días llamados de

«carnestolendas», medité largamente sobre este punto, tratando principalmente de descubrir su causa.

Se me presentó entonces la hipótesis lógica de que quizás ello se debió tan solo a que la habitación en que se desarrollara esta sagrada escena, que tan tremendo significado habría de tener durante el resto de mis días, se hallaba impregnada hasta el último rincón con el aroma de un incienso especial procedente del monasterio del «Viejo Athos», sumamente popular entre los adeptos a diversas sectas cristianas. Sea como fuere, el hecho es que así sucedió. Durante los días que siguieron a este suceso, nada de particular me aconteció, a menos que hubiese guardado alguna relación con lo anterior el hecho de que, en aquellos días, caminé más que de costumbre con los pies en el aire, es decir, sobre las manos.

Mi primer acto, evidentemente en desacuerdo con las manifestaciones de los demás, si bien verdaderamente ajeno a la participación, no solo de mi consciencia, sino también de mi subconsciente, tuvo lugar exactamente en el cuadragésimo día después de la muerte de mi abuela, en una ocasión en que toda nuestra familia, nuestros parientes y todos aquellos para quienes mi querida abuela —a quien todos amaban— se había convertido en verdadero objeto de estima, nos reunimos en el cementerio, según la costumbre, a fin de realizar sobre sus restos mortales, guardados en la tumba, lo que suele llamarse el «servicio de réquiem»; entonces, repentinamente, sin ton ni son, en lugar de observar la conducta convencional entre la gente de cualquier grado de moralidad tangible e intangible y de toda suerte de posición material, es decir, en lugar de quedarme en pie y en silencio, abrumado por el dolor, con expresión afligida en el rostro e incluso con lágrimas en los ojos, comencé a brincar alrededor de la tumba, en una especie de danza, cantando:

«Paz al alma».
«Paz al alma de la bella».
«Toda de oro y calma».
«La doncella».

Y así sucesivamente…

Y fue así, precisamente, como empezó a surgir en mi integridad un «algo» que, con respecto a toda clase de, por así llamarlas, «monerías», es decir, con respecto a las imitaciones de las manifestaciones automatizadas ordinarias de los

que me rodeaban, siempre engendró en mí lo que he de denominar ahora un «impulso irresistible» a no hacer las cosas como los demás. Daré algunos ejemplos de los actos que por entonces solía realizar con más frecuencia.

Si, por ejemplo, mientras me enseñaban a tomar la pelota con la mano derecha, mi hermano, mis hermanas y los niños del vecindario que venían a jugar con nosotros, arrojaban la pelota al aire, yo, con la misma intención antedicha, hacía rebotar primero la pelota en el suelo y solo una vez que había rebotado, me lanzaba, no sin hacer antes un salto mortal, hacia ella, para tomarla solo con el pulgar y el dedo medio de la mano izquierda; o bien, si todos los demás niños se dejaban deslizar por el suelo desde una cierta altura, cabeza abajo, yo a mi vez también trataba de hacerlo e incluso cada vez mejor, pero, para utilizar las palabras de los chicos, lo hacía «de culo»; o bien, si nos regalaban algunos pasteles de los llamados «*Abarania*», todos los demás niños, antes de llevárselos a la boca, les pasaban primero la lengua, evidentemente para probarlos y disfrutar la agradable sensación inminente, sin embargo yo empezaba oliéndolos por los cuatro costados, llegando a veces, incluso, a acercármelos al oído, escuchando atentamente; luego, casi inconscientemente, aunque con toda seriedad, murmuraba para mis adentros «No deberás comerlo, o reventarás», canturreando al mismo tiempo rítmicamente; a continuación, engullía por fin un trozo entero bruscamente y sin saborearlo, para luego recomenzar de nuevo, etc., etc., etc.

La primera vez que se manifestó en mí uno de los dos datos mencionados, convertidos más tarde en las fuentes «vivificadoras» para la nutrición y el perfeccionamiento de las instrucciones impartidas por mi abuela fallecida, coincidió con la edad en que dejé de ser un querubín regordete para convertirme en lo que se llama un «sabandija», habiendo empezado a ser ya, como a veces suele decirse, un «aspirante a joven caballero de agradable apariencia y dudoso contenido».

Éstas son las circunstancias que rodearon a dicho suceso y que quizás se hallen combinadas de algún modo con el propio Destino.

Junto con cierto número de sabandijas como yo, me hallaba un día colocando trampas para palomas en el techo de la casa de un vecino, cuando de repente me dijo uno de los chicos que estaban en pie a mi lado, mientras clavaba sus ojos en los míos fijamente:

«Me parece que el lazo de cerda tendría que estar dispuesto de tal modo que nunca apresara el dedo mayor de la paloma, pues, como nuestro profesor de zoología nos explicó recientemente, durante el movimiento, es precisamente en ese dedo donde la paloma concentra sus fuerzas y por consiguiente, si este dedo es atrapado por el lazo, la paloma podría, como es natural, romperlo fácilmente».

Otro muchacho, agachado precisamente enfrente de mí, y de cuya boca, dicho sea de paso, salía saliva en profusión y en todas direcciones siempre que hablaba, se abalanzó sobre esta observación del primero, embarcándose, con copiosa proyección de saliva, en la siguiente refutación:

«¡Cierra el pico, descendiente de hotentotes! ¡Eres un engendro, igual que tu maestro! Si fuera cierto que la mayor fuerza física de la paloma está concentrada en el dedo mayor, entonces, con más razón, tendríamos que tratar de atrapar ese dedo en el lazo. Solo entonces habría algún sentido para nuestro objetivo —es decir, el de cazar estas infortunadas criaturas— en aquella particularidad cerebral propia de todos los poseedores de ese suave y resbaloso “algo” que consiste en que, cuando, gracias a otras acciones, de las cuales depende su insignificante manifestabilidad, se origina una necesaria ley periódica conforme a lo que suele llamarse cambio de presencia, entonces, esta pequeña, por así llamarla “ley conforme a la confusión” que debe entrar en acción para animar otros actos en su funcionamiento general, permite inmediatamente que el centro de gravedad de la función total, en la cual este resbaloso “algo” desempeña un papel muy pequeño, pase momentáneamente de su lugar habitual a otro sitio, debido a lo cual se obtienen a menudo en la totalidad de su función general, inesperados y ridículos resultados que rayan en lo absurdo».

Descargó estas últimas palabras con tal profusión de saliva, que a mí me pareció como si mi rostro hubiera estado expuesto a la acción de un «atomizador» —no un producto «*Ersatz*»— inventado por los alemanes para teñir las telas con colorantes de anilina.

Esto era más de lo que yo podía soportar y, sin abandonar mi posición en cuclillas, me lancé sobre él de cabeza, golpeándolo con todas mis fuerzas en la boca del estómago; la intensidad del impacto fue tan grande que cayó al suelo sin conocimiento.

No sé, ni quiero saber, con qué ánimo habrá de formarse en tu mentación el resultado de las declaraciones relativas a la extraordinaria coincidencia —en mi opinión— de las circunstancias de la vida que pasaré a formular a continuación, si bien para mi mentación, esta coincidencia constituyó un material excelente

para asegurar la posibilidad de que este suceso por mí descrito, que tuvo lugar en mi juventud, no se desarrollara simplemente por pura casualidad, sino obedeciendo a la creación intencional de ciertas fuerzas extrañas.

El hecho es que esta destreza me fue acabadamente revelada solo unos pocos días antes de este suceso, por un sacerdote griego procedente de Turquía, quien, perseguido por los turcos a raíz de sus convicciones políticas, se había visto obligado a huir del país y que, a su llegada a nuestra ciudad, había sido contratado por mis padres para que me enseñara el griego moderno. Ignoro en qué datos apoyaba sus convicciones e ideas políticas, pero recuerdo perfectamente que en todas las conversaciones, incluso cuando me explicaba la diferencia existente entre las expresiones exclamatorias en el griego antiguo y en el moderno, proporcionaba ejemplos en los que claramente se manifestaban sus sueños y sus deseos de marcharse lo antes posible a la isla de Creta, revelando así ser un verdadero patriota.

Pues bien; al contemplar el efecto de mi acometida, me sentí, debo confesarlo, horriblemente asustado, dado que, ignorando la reacción natural que provocan los golpes en ese lugar, creía haberlo matado.

En el momento en que experimentaba este temor, otro muchacho, primo de aquel que se había convertido, por así decirlo, en la primera víctima de mi «aptitud para la defensa personal», poseído evidentemente por el sentimiento que llamamos de «consanguinidad», se abalanzó inmediatamente sobre mí, asestándome un violento puñetazo en la cara.

Este golpe, me hizo, lo que se dice, «ver las estrellas» y al mismo tiempo, se me hinchó la boca como si hubiera encerrado en ella la comida necesaria para la alimentación artificial de un millar de pollos.

Al cabo de cierto tiempo, y amortiguado ya el efecto de estas dos extrañas sensaciones, descubrí efectivamente la presencia de cierto objeto extraño en mi boca que, al extraerlo con los dedos, resultó ser nada menos que una muela de grandes dimensiones y extraña forma.

Al verme contemplar este extraordinario diente, todos los demás chicos se amontonaron a mi alrededor comenzando ellos también a examinarlo con gran curiosidad, en medio de un raro silencio.

Para entonces, el que había perdido el conocimiento, se había recobrado completamente y, uniéndose al grupo, comenzó a mirar el diente compartiendo la intriga general, como si nada le hubiese pasado.

Este extraño diente tenía siete puntas, y en el extremo de cada una de ellas

sobresalía en relieve una gota de sangre y a través de cada una de estas gotas brillaba nítida y definidamente, uno de los siete aspectos de la manifestación del rayo blanco.

Después de este silencio, insólito en un grupo de «sabandijas», nuevamente renació nuestra algarabía, y en medio de esta algarabía, decidimos ir a ver inmediatamente al peluquero, perito en la extracción de dientes, para preguntarle por qué era así ese diente.

De modo pues que, sin esperar un instante más, descendimos todos del tejado y nos marchamos hacia la peluquería, claro está que conmigo, el «héroe del día» orgullosamente en cabeza.

El peluquero, después de una rápida ojeada, declaró que se trataba tan solo de una «muela del juicio» y que todos los individuos pertenecientes al sexo masculino que son alimentados exclusivamente con la leche de la madre hasta que pronuncian por primera vez las palabras «papá» y «mamá» y que a primera vista pueden reconocer entre otros muchos rostros el de su propio padre, poseen una de estas muelas.

Como consecuencia de la suma total de los efectos de este suceso —mi pobre «muela del juicio» se convirtió en un sacrificio completo— no solamente comencé a tener, a partir de ese momento, una consciencia en perpetua absorción, con respecto a todas las cosas de la propia esencia de la esencia de la orden de mi abuela —que Dios la tenga en su gloria— sino que, debido a que no fui a un «dentista diplomado» para hacerme tratar la cavidad que había sido ocupada por el diente en cuestión, lo cual, a decir verdad, no pude hacerlo en razón de hallarse mi hogar demasiado alejado de todo centro cultural contemporáneo, comenzó a exudar en forma crónica de esta cavidad un «algo» que —como me explicó en época muy reciente un celebérrimo meteorólogo con quien nos hemos hecho «íntimos amigos» debido a las frecuentes reuniones en los restaurantes nocturnos de Montmartre— tenía la propiedad de despertar un gran interés por las causas de cualquier «hecho real» sospechoso, así como de estimular cierta tendencia a averiguar el origen del mismo; y esta propiedad, que no me había sido transmitida por herencia, me condujo de forma gradual y automática a convertirme finalmente en un verdadero perito en la investigación de todos los fenómenos anormales que me salían al paso, lo cual ocurría con suma frecuencia.

Recién formada en mi ser esta propiedad, después de este suceso —en que yo, claro está que con la cooperación de nuestro MAESTRO UNIVERSAL, EL

DESPIADADO «HEROPAS», es decir, el «fluir del tiempo», me transformé en el joven que ya he descrito— se convirtió para mí en una llama imperecedera y real de consciencia.

El segundo de los mencionados factores vivificantes, para la fusión completa, esta vez de las instrucciones de mi querida abuela con todos los datos que constituyen mi ser individual general, fue la totalidad de impresiones recibidas a través de la información que tuve la suerte de adquirir, en relación con el hecho que tuvo lugar entre nosotros, aquí, en la Tierra, revelador del origen de ese «principio» que, resultó ser de acuerdo con las dilucidaciones de Alan Kardec durante una sesión espiritista «absolutamente secreta», convirtiéndose después en todas las partes habitadas por seres como nosotros y sentando sus dominios por igual en todos los demás planetas de nuestro Gran Universo, en uno de los principales «principios vitales».

He aquí la formulación en palabras de este nuevo «principio de la vida universal y total»:

«Si estás de parranda, parrandea hasta el fin, incluyendo el franqueo».

Como este «principio», actualmente universal, surgió en el mismo planeta en que tú naciste y en que, además, transcurre tu existencia rodeada de rosas y con algún que otro *foxtrot* que bailas de vez en cuando, me considero sin derecho a ocultarte la información que poseo, y que arroja cierta luz sobre algunos detalles precisamente del surgimiento de ese principio universal.

Poco tiempo después de habérseme inculcado el nuevo patrimonio mencionado anteriormente, es decir, el impulso incansable hacia la dilucidación de las razones que explican la aparición de toda clase de «hechos reales», a mi primera llegada al corazón de Rusia, la ciudad de Moscú —donde me dediqué, no encontrando ninguna otra cosa para la satisfacción de mis necesidades psíquicas, a la investigación de las leyendas y proverbios rusos—, acerté a aprender —no sé si por accidente o como consecuencia de un encadenamiento causal objetivo regido por una ley que no conozco— lo siguiente:

Había una vez un mercader ruso que no era, por su aspecto exterior, sino eso: un simple mercader que debía viajar frecuentemente de su pueblo de provincias a la segunda capital de Rusia, la ciudad de Moscú, por un negocio u otro.

Sucedió un día que su hijo —el favorito del padre, pues se parecía extraordinariamente a la madre— le pidió que le trajera cierto libro de la capital.

Cuando este gran autor inconsciente del «principio de la vida» universal y total, llegó a Moscú, hizo, junto con un amigo, lo que era entonces y sigue siendo todavía habitual allí: emborracharse completamente con vodka.

Y así que estos dos habitantes de este vasto agrupamiento contemporáneo de criaturas bípedas hubieron bebido un número conveniente de vasos de esta «bendición rusa» y hubieron discutido lo que se llama la cuestión de la «educación pública» —con la cual ha sido de rigor, durante mucho tiempo, empezar todas las conversaciones— nuestro mercader recordó repentinamente, por asociación, la petición de su querido hijo, resolviéndose a salir inmediatamente en compañía de su amigo, en busca de una librería para comprar el libro.

Una vez en la librería, el mercader, después de revisar cuidadosamente el libro que había solicitado, preguntó el precio.

A lo cual el vendedor replicó que costaba sesenta kopeks.

Al advertir que el precio marcado en la cubierta del libro era de solo cuarenta y cinco kopeks, nuestro mercader comenzó a reflexionar de un modo extraño, inusitado en general en los rusos, y después, retrayendo los hombros, enderezándose casi como una columna y sacando el pecho como un oficial de la guardia, dijo, después de una corta pausa, con voz muy suave pero con entonación que dejaba apreciar una gran autoridad:

«Pero aquí marca cuarenta y cinco kopeks. ¿Por qué me pide sesenta?».

Ante lo cual, el librero, poniendo lo que se llama una cara «oleaginosa», propia de todos los vendedores, contestó que el libro costaba ciertamente nada más que cuarenta y cinco kopeks, pero que él debía venderlo a sesenta porque los quince kopeks de diferencia habían sido agregados para el franqueo.

Ante semejante respuesta, nuestro mercader ruso, perplejo frente a dos hechos tan completamente contradictorios, pero evidentemente conciliables, clavó la vista en el cielo raso y se entregó a una nueva meditación, pero esta vez como un profesor inglés que hubiera inventado una cápsula para el aceite de ricino; hasta que por fin, volviéndose bruscamente hacia su amigo, profirió por primera vez sobre la faz de la Tierra, la fórmula verbal que, puesto que expresa en su esencia una indudable verdad objetiva, ha asumido desde entonces el carácter de un aforismo.

Esto es, pues, lo que le dijo a su amigo:

«No importa, nos llevamos el libro. Total, hoy estamos de parranda y “si uno anda de parranda hay que parrandear hasta el fin, incluyendo el franqueo”».

En cuanto a mí, condenado, desgraciadamente, a experimentar en vida las delicias del «Infierno», tan pronto como tuve conocimiento de todo esto, algo sumamente extraño que nunca había experimentado antes ni volví a experimentar después, comenzó a manifestarse inmediatamente en mi interior. Era como si en mi ser se hubieran establecido toda suerte de «competencias», como las llaman los «*jivintses*» contemporáneos, entre asociaciones y experiencias procedentes de fuerzas diversas.

Al mismo tiempo, comencé a sentir una comezón casi intolerable en toda la región de la columna vertebral y un cólico, también intolerable, en el mismísimo centro del plexo solar, y todo esto, es decir, estas sensaciones de acción recíproca fueron reemplazadas súbitamente, después de cierto tiempo, por un estado de profunda paz interior que solo una vez volvió a repetirse más tarde en mi vida, cuando se me hizo objeto de la ceremonia de la gran iniciación en la Hermandad de los «Hacedores de mantequilla con aire».

Cuando «yo», es decir, este «algo desconocido» que soy, que en los tiempos antiguos lo definió un loco —llamado por quienes lo rodeaban, tal como también ahora llamamos a esas personas, «sabio»— como un surgir relativamente transferible, dependiente de la calidad del funcionamiento del pensamiento, del sentimiento y del «automatismo orgánico», y de acuerdo con la definición de otro sabio también antiguo y famoso, el árabe Mal-El-Lel, definición, dicho sea de paso, que fue tomada en el curso del tiempo y repetida bajo una forma diferente, por nada menos que el sabio griego Jenofonte, como «el resultado compuesto de la consciencia, la subconsciencia y el instinto»; de modo pues que cuando yo —este mismo «yo»— volví, en este estado, mi azorada atención sobre mí mismo, comprobé en primer término, claramente, que cada una de las palabras de aquel «principio de la vida universal y total» se había convertido en mi ser en una especie de particular sustancia cósmica y que, al fundirse con los datos ya cristalizados en mí desde mucho tiempo antes de la orden de mi fallecida abuela, había transformado estos datos en un «algo» y este «algo», impregnando en todas sus partes mi ser total, se había establecido para siempre en cada uno de los átomos que componen esta totalidad de mi ser, y en segundo término, éste mi malhadado yo sintió entonces, definidamente y con un impulso de sumisión, se volvió consciente del para mí, triste hecho, de que ya desde

aquel momento yo tendría que, quisiera que no, manifestarme siempre y en todos los casos sin excepción, de acuerdo con este patrimonio heredado y no de acuerdo con las leyes de la herencia, ni siquiera de acuerdo con las circunstancias del medio circundante, sino de las procedentes de mi integridad bajo la influencia de tres causas exteriores accidentales que nada tienen en común, a saber: gracias, en primer lugar, a la indicación de una persona que se convirtió sin el menor deseo de mi parte, en la causa pasiva de la causa de mi surgimiento; en segundo lugar, debido a la caída de una muela provocada por un sabandija, a causa principalmente de la «babosidad» de un tercero; y en tercer lugar, gracias a la formulación verbal practicada por un borracho que me es completamente ajeno, me refiero al mercader moscovita.

Si antes de haber trabado relación con este «principio de la vida universal y total» hubiera concretado todas las manifestaciones en forma diversa de la habitual a los otros animales bípedos semejantes a mí que conmigo vegetan y se desenvuelven en el mismo planeta, lo habría hecho automáticamente y a menudo solo a medias consciente; pero después de este episodio comencé a hacerlo conscientemente y además con una sensación instintiva de dos impulsos confundidos: la autosatisfacción y el autoconocimiento, al cumplir correcta y honorablemente mi deber para con la gran Naturaleza.

Debe hacerse hincapié en el hecho de que aun cuando ya antes de este suceso me comportaba de forma diferente a los demás, mis manifestaciones pasaban en general inadvertidas a los ojos de mis coetáneos; pero a partir de ese momento en que la esencia de este principio vital fue asimilada por mi naturaleza, todas mis manifestaciones, tanto las deliberadas y dirigidas hacia un objetivo dado como aquellas otras emanadas simplemente, como se dice, de la «pura casualidad», adquirieron cierta cualidad vivificante, facilitando la formación de «callos» en los órganos perceptivos de todas las criaturas semejantes a mí, sin excepción, que dirigían su atención directa o indirectamente hacia mis actos; esto por una parte, por la otra, yo mismo comencé a ejecutar todas estas acciones en conformidad con las instrucciones impartidas en su lecho de muerte por mi difunta abuela, tratando de llevarlas hasta su límite extremo; de modo que por fin adquirí automáticamente la costumbre de, al emprender cualquier actividad nueva, así como ante cualquier cambio —por supuesto en gran escala— proferir siempre para mis adentros o en voz alta:

«Si te vas de parranda, parrandea hasta el fin, incluyendo el franqueo».

Y ahora, por ejemplo también en este caso, dado que, por causas ajenas a mí, procedentes tan solo de las extrañas y azarosas circunstancias de mi vida, he acertado a dedicarme a escribir libros, me veo obligado a hacerlo también en conformidad con aquel mismo principio que gradualmente se ha venido haciendo más definido, gracias a diversas y extraordinarias combinaciones dispuestas por la propia vida y que han hecho que se confundiera con cada uno de los átomos que componen mi integridad.

Comenzaré ahora a poner en ejecución este principio psicoorgánico mío, eludiendo la práctica seguida por todos los escritores, y establecida a través de los tiempos desde el pasado más remoto, de tomar como tema de sus escritos hechos que se supone han ocurrido o están ocurriendo en la Tierra; yo habré de tomar, en su lugar, como escala de los hechos relatados en mis escritos, todo el Universo. De este modo, también en este caso habremos de cumplir aquello de que «Si te vas de parranda, parrandea hasta el fin, incluyendo el franqueo». Cualquier escritor puede escribir dentro de la escala terrena; pero yo no soy cualquier escritor.

¿Podría confinarme acaso, a ésta, en el sentido objetivo, «mezquina Tierra» nuestra? Es decir, ¿podría tomar por tema de mis escritos los mismos que en general han tomado los demás escritores? No debo hacerlo bajo ningún concepto, y si no por otras razones, tan solo simplemente porque lo que nuestros cultivados espíritus afirman, podría resultar cierto de buenas a primeras; y mi abuela podría enterarse de esto; y ¿comprendes lo que podría sucederle a ella, a mi bien amada abuela? Se revolvería en su tumba, pero no una vez, como suele decirse, sino —y ahora lo comprendo bien, especialmente debido a que actualmente me encuentro dotado de una particular «habilidad» para ponerme en el lugar de otro— lo haría tantas veces que casi, casi terminaría por transformarse en una «veleta irlandesa».

Por favor, lector, te lo suplico, ¡no te aflijas!… Claro está que también habré de escribir sobre la Tierra, pero con actitud tan imparcial que este planeta comparativamente tan pequeño, así como todo lo que contiene, habrá de guardar relación con el lugar que ocupa en la realidad y con el que, de acuerdo con tus propias conclusiones —alcanzadas por cierto, gracias a mi ayuda— debe ocupar en nuestro gran Universo.

También deberé hacer, por supuesto, que los diversos «héroes», como se los suele llamar, de mis escritos no sean del tipo preferido habitualmente por los

escritores de todo rango y de todas las épocas; es decir, esos Pedros, Diegos y Pablos que nacen por un malentendido y que no logran alcanzar durante el proceso de su formación hasta lo que se llama «vida responsable» nada en absoluto de lo que es propio del surgimiento de la imagen de Dios, es decir, de un hombre; y se limitan tan solo a desarrollar progresivamente en su interior, hasta su último suspiro, tales y tan diversos encantos, como por ejemplo la «lujuria», la «ruindad», el «amor», la «malicia», la «cobardía», la «envidia» y otros vicios similares indignos del hombre.

Es mi propósito incluir en mis escritos héroes tales que todo el mundo haya de percibir, quiera o no, y con todo su ser, como entes reales, capaces de hacer cristalizar inevitablemente en los datos de todos los lectores la idea de que son realmente «alguien» y no tan solo «nadie». Durante las últimas semanas —mientras guardaba cama por hallarme físicamente enfermo— esbocé mentalmente un resumen de mis futuros escritos, tratando de concebir la forma y la secuencia de su exposición, hasta que finalmente decidí convertir en héroe principal de la primera serie de mis escritos a… ¿Sabes a quién?… Pues al mismísimo Gran Belcebú; aun cuando esta elección pudiera provocar desde un principio en la mentación de la mayoría de mis lectores asociaciones mentales de tal naturaleza que generen en su ser interior toda clase de impulsos automáticos contradictorios, procedentes de la acción de esa totalidad de datos indefectiblemente configurada en la psiquis de la gente —debido a todas las condiciones anormales de nuestra vida exterior—, datos que aciertan generalmente a cristalizar en ellos, debido a eso tan famoso que suele llamarse «moralidad religiosa» y que está muy latente y arraigado en la vida que llevan; por consiguiente, deben configurarse inevitablemente en ellos datos tales que produzcan una inexplicable hostilidad hacia mi propia persona.

¿Pero sabes una cosa, lector?

Para el caso en que decidas, pese a esta advertencia, arriesgarte a continuar conociendo mis escritos y trates de asimilarlos, siempre con un impulso de imparcialidad, y de comprender la esencia misma de los problemas a cuya dilucidación he dedicado mi obra; y en vista también de la peculiaridad inherente al psiquismo humano de que nada puede oponerse a la percepción de lo bueno cuando se establece, por así decirlo, un «contacto de sinceridad y confianza mutua», he de hacerte ahora una franca confesión acerca de las asociaciones surgidas en mi ser y que, como resultado, han precipitado en la esfera

correspondiente de mi consciencia, los datos que decidieron a mi individualidad a escoger por héroe principal de mis escritos precisamente, al señor Belcebú y no a otro cualquiera.

Esta elección no estuvo, como se verá, desprovista de astucia. Mi astucia se basa simplemente en la suposición lógica de que si muestro cierta atención para con él, éste habrá de mostrarse, a su vez indefectiblemente —cosa que ya no puedo dudar— agradecido, ayudándome por lo tanto en la elaboración de mis escritos.

Si bien el señor Belcebú está hecho, como suele decirse «de otro paño», puede, sin embargo pensar y, lo que es más importante, posee —como aprendí hace mucho tiempo, gracias al tratado del famoso monje católico, el hermano Tontolón— una cola rizada, por lo cual yo, perfectamente convencido —como lo estoy por experiencia— de que lo que está rizado nunca es natural, sino que solo pueden obtenerse mediante diversas manipulaciones intencionales, concluyo, en conformidad con la «sana lógica» de la hieroscopia delineada en mi consciencia a través de la lectura de diversos libros, que el señor Belcebú debe poseer también una buena dosis de vanidad por la cual habrá de parecerle en extremo inconveniente no ayudar a quien va a publicar Su nombre.

No en balde nuestro renombrado e incomparable maestro Mulaj Nassr Eddin, dice con frecuencia:

«Sin untar la mano no solo es imposible vivir tolerablemente en lugar alguno, ni incluso respirar».

Y otro sabio también terreno, que si lo ha sido se lo debió tan solo a la crasa estupidez de la gente, llamado Till Eulenspiegel, ha expresado una idea semejante con las siguientes palabras:

«Si no engrasas las ruedas, el carro no anda».

Conociendo estos, y también otros muchos dichos de la sabiduría popular incorporados a través de los siglos a la vida colectiva de la gente, decidí pues, «untar la mano» precisamente del señor Belcebú quien, como todos comprenderán, tiene posibilidades y conocimientos más que suficientes para utilizar en cuanto se le antoje.

¡Suficientes, querido mío! Dejando de lado todas las bromas, incluso las de orden filosófico, podría parecer que, gracias a todos estos extravíos, hubieras infringido uno de los principios fundamentales arraigados en ti, echando los cimientos de un sistema proyectado previamente para la introducción de tus

sueños en la vida por medio de esta nueva profesión, principio que consiste en lo siguiente: tener siempre presente y en cuenta el hecho del debilitamiento de la mentación del lector contemporáneo, así como el hecho de que no debe fatigársele con la percepción de muchas ideas a un tiempo.

Además, cuando le pregunté a una de las personas que siempre me rodean, «ansiosas de entrar en el Paraíso indefectiblemente con los zapatos puestos», que me leyera en voz alta y desde el principio al fin todo lo que yo había escrito en este capítulo preliminar, lo que se llama mi «yo» —claro está que con la participación de todos los datos definidos configurados en mi psiquis original durante mis últimos años, datos que me dieron entre otras cosas la comprensión del psiquismo de las criaturas de tipo diferente aunque similar al mío— comprobé y supe con certeza que en la integridad de todo lector sin excepción habría de surgir inevitablemente, gracias tan solo a este primer capítulo, un «algo» que automáticamente engendraría cierta hostilidad definida hacia mi persona.

A decir verdad, no es esto lo que más me preocupa en este instante, sino el hecho de que una vez finalizada esta lectura también comprobé que en la suma total de todo cuanto en este capítulo se había expuesto, la totalidad de mi integridad en la cual tan reducido papel desempeña el «yo» antes mencionado, se manifestó decididamente en contra de uno de los mandatos fundamentales de aquel Maestro Común Universal a quien tanto y tan particularmente estimo, Mulaj Nassr Eddin, que podría formularse con estas palabras:

«Nunca atices con tu bastón un nido de avispas».

La agitación que se adueñó de todo el sistema relacionado con mis sentimientos debido al conocimiento del hecho de que en el lector habría de surgir necesariamente un sentimiento poco amistoso hacia mí, cedió inmediatamente, tan pronto como recordé el antiguo proverbio ruso que afirma:

«No hay ofensa que no pase con el tiempo»; pero la agitación que provocó en mi sistema la comprensión de mi negligencia para con el mandamiento de Mulaj Nassr Eddin, no solo me sigue preocupando seriamente, sino que un proceso sumamente extraño, que comenzó en mis dos «almas» recientemente descubiertas, manifestándose bajo la forma de una aguda comezón, empezó a aumentar progresivamente hasta llegar a provocar un dolor casi intolerable en la región situada un poco más abajo de la mitad derecha de mí ya, sin esto, maltratado «plexo solar».

¡Pero espera!… También este proceso parece estar cediendo, y en todas las profundidades de mi consciencia; y —permítaseme decir— «incluso debajo de mi subconsciente», comienzan ya a surgir todos los requisitos necesarios para la seguridad completa de que finalmente habrá de cesar por entero, pues he acertado a recordar otro fragmento de la sabiduría de la vida y este pensamiento llevó a mi mentación a reflexionar que si bien actuaba, en verdad, contra el consejo del altamente apreciado Mulaj Nassr Eddin, actuaba también, sin embargo, sin querer, de acuerdo con el principio de aquel simpático —poco conocido en el mundo, pero jamás olvidado por quienes lo conocieron— Karapet de Tbilisi: toda una verdadera joya. Puesto que este capítulo preliminar va siendo ya bastante largo, no importará demasiado que lo alargue todavía un poco más para contarte acerca del simpatiquísimo Karapet de Tbilisi. Debo aclarar ante todo, que hace unos veinte o veinticinco años, la estación de ferrocarriles de Tbilisi tenía un «silbato de vapor».

Todas las mañanas se le hacía sonar para despertar a los obreros ferroviarios y a los empleados de la estación; pero como la estación de Tbilisi se hallaba en un alto, el pito era oído prácticamente en toda la ciudad, despertando no solo a los empleados ferroviarios sino también a todos los demás habitantes de la población de Tbilisi.

En vista de lo cual, el gobierno local, si mi memoria no me engaña, llegó incluso a intercambiar unas notas con las autoridades ferroviarias acerca de la perturbación ocasionada por el mencionado pito en el sueño matutino de los pacíficos ciudadanos.

La tarea de hacer pasar el vapor por el silbato todas las mañanas, estaba a cargo de nuestro Karapet, quien trabajaba en aquella estación. De modo pues que, cuando día a día llegaba hasta la cuerda de la cual debía tirar para hacer pasar el vapor dentro del silbato, antes de tomarla, movía la mano en todas direcciones, pronunciando estentórea y solemnemente, como un Mulaj mahometano desde el minarete:

«Tu madre es una…, tu padre es un…, tu abuelo es más que un…; ojalá que tus ojos, tus oídos, tu nariz, tu bazo, tu hígado, tus callos…» y así sucesivamente; en resumen, pronunciaba con diversas variantes, todas las maldiciones que conocía; y solo después de haber terminado con esto, tiraba de la cuerda.

Cuando por primera vez me llegaron noticias de este Karapet y su peculiar práctica, decidí visitarlo un día, una vez finalizado el trabajo cotidiano, llevándole de regalo un pequeño barrilito de vino de Kachetía; y después de celebrar solemnemente con los indispensables brindis de rigor, le pregunté —claro está que de la forma adecuada y también de acuerdo con el complejo local de la «afabilidad» para las relaciones mutuas— por qué hacía aquello.

Una vez que hubo vaciado su vaso de un trago y cantado el famoso canto georgiano «Poco fue lo que bebimos», comenzó a explicármelo plácidamente:

«Puesto que tú bebes el vino, no como la gente de hoy día, es decir, tan solo por las apariencias, sino honestamente, esto me demuestra desde el principio que no deseas informarte acerca de mi práctica por simple curiosidad, a diferencia de nuestros ingenieros y técnicos, sino debido a una verdadera sed de conocimiento, por lo cual deseo e incluso considero mi deber confesarte sinceramente la razón exacta de estos ínfimos y sutiles escrúpulos, por así llamarlos, que me condujeron a comportarme en tal forma y que, poco a poco, llegaron a conformar en mí un hábito».

Entonces me relató lo siguiente:

«Tiempo atrás solía trabajar en esta estación de noche, en la limpieza de las calderas, pero cuando se inauguró el silbato a vapor, el jefe de estación, teniendo en cuenta evidentemente mi edad y mi incapacidad para realizar adecuadamente la pesada tarea que tenía encomendada, me ordenó que me ocupara tan solo de hacer sonar el pito, tarea para la cual tendría que trasladarme puntualmente a la estación todas las mañanas y todas las tardes».

Durante la primera semana en que presté este nuevo servicio, advertí en cierta ocasión que una vez cumplido mi deber, una especie de vago malestar se apoderaba de mí durante una o dos horas. Pero cuando ese extraño malestar, cada día más intenso, llegó finalmente a convertirse en una decidida enfermedad, que hasta me hizo perder el deseo de comer «sopa de cebollas», comencé a pensar continuamente, a partir de entonces, cuál podría ser la causa del mal. En todo ello pensaba, y con especial intensidad, por una u otra razón, durante el trayecto de ida a mi trabajo o de regreso del mismo, pero por mucho que me esforzaba no lograba sacar en limpio absolutamente ninguna conclusión de mis cavilaciones.

Esto prosiguió durante casi dos años hasta que finalmente, cuando las callosidades de mis manos se habían endurecido con el contacto diario de la

cuerda para hacer sonar el silbato, comprendí de pronto, casualmente, por qué había experimentado yo esa enfermedad.

El *shock* que produjo en mi mente la recta comprensión de lo que acontecía, como resultado de lo cual se formó en mí, al respecto, una inalterable convicción, fue cierta exclamación que acerté a oír involuntariamente en las siguientes y más bien peculiares circunstancias.

Una mañana en que me hallaba todavía medio soñoliento por haber pasado la primera mitad de la noche en el bautizo de la novena hija de un vecino mío y la otra mitad en la lectura de un interesantísimo y extraño libro que por casualidad había ido a parar a mis manos, llamado *Los Sueños y la Hechicería*, mientras avanzaba presurosamente camino de la estación para hacer sonar el silbato, vi de pronto, en la esquina, un perrero barbero cirujano conocido mío, perteneciente al servicio del gobierno local, que me hizo señas para que detuviera mi marcha. La tarea de este perrero barbero cirujano amigo mío consistía en recorrer la ciudad a ciertas horas acompañado de un ayudante y provisto de un carruaje construido especialmente al efecto, recogiendo todos los perros extraviados cuyos collares no ostentasen las patentes de metal distribuidas por las autoridades locales como testimonio del pago del impuesto correspondiente, y llevando a los mencionados perros al matadero municipal donde los tenían durante dos semanas por cuenta del municipio, alimentándolos con los desechos de la matanza; si, expirado este plazo, los propietarios de los animales no los habían reclamado, pagando la tasa correspondiente, los perros eran conducidos, con cierta solemnidad, por un determinado pasaje que llevaba directamente a un horno construido al efecto.

Transcurrido un corto tiempo, salía por el otro extremo de este famoso e higiénico horno, con un delicioso sonido de gorgoritos, cierta cantidad de una grasa transparente e idealmente limpia para el provecho de los padres de nuestra ciudad dedicados a la fabricación de jabón y quizás también a alguna otra cosa, y con un murmullo no menos delicioso para el oído, salía también una considerable cantidad de otras muchas y útiles sustancias usadas como abono. Este perrero barbero cirujano amigo mío empleaba el siguiente simple y admirablemente hábil procedimiento para atrapar a los canes:

Nuestro hombre se había procurado en alguna parte una red común de pescadores grande y vieja que, durante sus peculiares excursiones en pro del bienestar humano general a través de los arrabales de nuestra ciudad, llevaba consigo, dispuesta de forma adecuada sobre sus fuertes hombros, y cuando un perro sin su correspondiente «pasaporte» se ponía al alcance de su omnividente

y, para todas las especies caninas, terrible ojo, sin pérdida de tiempo, y con la cautela de una pantera, se aproximaba a la víctima caminando sobre las puntas de los pies y, aprovechando el primer momento favorable en que el perro se hallaba distraído o interesado en alguna otra cosa, arrojaba la red sobre el mismo apresándolo en ella y luego, al colocarlo en el carro, le sacaba la red de tal forma que quedaba automáticamente preso en la jaula del mismo.

Precisamente en el momento en que mi amigo el perrero barbero cirujano me hizo señas para que me parara, estaba a punto de arrojar la red, oportunamente, sobre una nueva víctima que en ese instante se hallaba moviendo la cola muy contento mientras miraba a una perra. Precisamente en el momento en que mi amigo iba a lanzar su red, súbitamente comenzaron a resonar las campanas de una iglesia vecina, llamando a los fieles para sus plegarias matutinas. Tan inesperado estruendo en el silencio de la madrugada, hizo que el perro se espantase y saltando hacia un costado, se diera a la fuga por la calle solitaria con su mayor velocidad canina.

Tanta fue a causa de esto la furia del perrero barbero cirujano, que se le pusieron todos los pelos de punta, incluso los de las axilas, y arrojando la red sobre la acera, exclamó a gritos, al tiempo que escupía sobre el hombro izquierdo:

«¡Demonios! ¡Qué horas de echar al vuelo las campanas!».

No bien hubo alcanzado la exclamación del perrero barbero cirujano mi aparato reflexivo, un enjambre de diversos pensamientos comenzó a bullir en torno mío hasta conducirme finalmente a la recta comprensión, a mi entender, de la razón por la cual se había producido en mí la enfermedad instintiva mencionada con anterioridad.

Tan pronto como se hizo patente en mí esta idea, experimenté una especie de resentimiento contra mí mismo por no habérseme ocurrido antes algo tan simple y tan claro.

Percibí con la totalidad de mi ser que mi efecto sobre la vida general no podía producir otro resultado que el proceso que en mí había venido desarrollándose.

Y en verdad, todos aquellos que se despiertan de madrugada al oír el ruido producido por el silbato de vapor, viendo así interrumpido su dulce sueño matutino, deben maldecirme sin duda «por todo lo que hay bajo el sol», a mí precisamente, la causa de este ruido infernal: en consecuencia, día a día, deben

fluir hacia mi persona, procedentes de todas direcciones, innumerables vibraciones malignas de toda suerte.

Esa significativa mañana, mientras me encontraba, después de haber cumplido mis deberes, en el habitual estado de depresión que seguía siempre a mi tarea, me dediqué a meditar —en un «*Dukhan*» y mientras comía un «*Hachi*» con ajo— sobre este problema, llegando finalmente a la conclusión de que si yo maldecía a mi vez a aquellos quienes el cumplimiento de mi tarea para el beneficio de cierta parte de la población parecía perturbar sobremanera, entonces, de acuerdo con las explicaciones contenidas en el libro que había leído la noche anterior, por mucho que aquéllos, que como podría llamárseles, «yacen en la esfera de la idiocia», es decir, en el adormilamiento intermedio entre el sueño y la vigilia, pudieran maldecirme, ningún efecto podrían tener esas maldiciones —según las explicaciones del mismo libro— sobre mí.

Y efectivamente, desde que comencé a hacerlo, no volví ya a sentir aquella enfermedad instintiva.

Pues bien, ahora, paciente lector, debo realmente dar fin a este capítulo preliminar. Solo me resta firmarlo.

EL QUE…

¡Un momento! ¡Gran error! Una firma no es cuestión de bromas; en caso contrario podría sucederle a uno lo mismo que a aquel ciudadano de uno de los imperios de la Europa central, que debió pagar el alquiler correspondiente a diez años por una casa que solo ocupó durante tres meses, únicamente porque había estampado su firma en un papel que lo comprometía a renovar el contrato por el alquiler de la casa todos los años.

Por ésta, así como por otras muchas experiencias perfectamente conocidas, deberé mostrarme sumamente cauteloso en lo que a mi firma se refiere.

Muy bien, entonces.

El que en su infancia se llamó «*Tatah*»; en la adolescencia «Moreno»; luego el «Griego Negro»; en su madurez, el «Tigre del Turquestán» y ahora, no cualquier cosa, sino el auténtico «*Monsieur* o *Mister* o señor Gurdjieff» en persona, o también el sobrino del «Príncipe Mujransky» o, para terminar, simplemente:

Un «Maestro de Danzas».

Capítulo 2
Introducción
Por qué vino a dar Belcebú a nuestro Sistema Solar

Sucedió en el año 223 después de la creación del mundo, de acuerdo con el cálculo cronológico objetivo, o, como diríamos aquí en la «Tierra», en el año 1921 después del nacimiento de Cristo.

Viajaba por el Universo la nave *Karnak* destinada a las comunicaciones «transespaciales».

Volaba procedente de los espacios «*Asuparatsata*», esto es, de los espacios de la «Vía Láctea», procedente del planeta *Karataz*, con rumbo al sistema solar «*Pandatznoj*», cuyo sol también se conoce por el nombre de «Estrella Polar».

En la mencionada nave transespacial se hallaba Belcebú, con familiares y servidores suyos.

Iba en viaje al planeta *Revozvrandendr* para asistir a un congreso especial en el que había prometido tomar parte por habérselo pedido ciertos amigos suyos.

Solo el recuerdo de la vieja amistad que con ellos lo unía lo había decidido a aceptar finalmente la invitación, puesto que ya no era joven y un viaje tan largo con todas las vicisitudes inherentes al mismo, no constituía en modo alguno tarea fácil para sus muchos años.

Cuando Belcebú recibió en el planeta *Karataz* la invitación para participar en el congreso, apenas hacía un corto tiempo que había regresado de un viaje que lo había mantenido, por circunstancias ajenas a su propia esencia, largos años alejado del hogar y en condiciones poco favorables para su naturaleza.

Esta azarosa y prolongada ausencia, junto con ciertas percepciones inusitadas para su índole particular y otras experiencias inadecuadas para la esencia en ella

involucrada, había impreso en su presencia común una huella bien perceptible.

Además, el mismo transcurrir del tiempo le había dado, como era de esperar, cierto aspecto de anciano, y las mencionadas condiciones insólitas de vida habían conducido a Belcebú, exactamente aquel Belcebú que había gozado de tan fuerte, ardiente y bella juventud, a una vejez no menos excepcional.

Mucho mucho tiempo antes, cuando todavía vivía Belcebú en su casa, en el planeta *Karataz*, había sido escogido, debido a su extraordinaria inteligencia siempre llena de recursos, al servicio del «Sol Absoluto», donde nuestro ETERNO SOBERANO SEÑOR posee la sede fundamental, su residencia y allí Belcebú, junto con otros como él, se había convertido en servidor de SU ETERNIDAD.

Fue precisamente entonces cuando, debido a su razón todavía no totalmente formada a causa de su extrema juventud, y a causa de su inexperta y por lo tanto, todavía impetuosa mentación dotada de un disímil fluir asociativo —esto es, debido a una mentación basada, como es natural en los seres que no han llegado a ser todavía completamente responsables—, en una comprensión limitada Belcebú acertó a ver una vez en el gobierno del Mundo algo que a su entender parecía «ilógico», y habiendo encontrado apoyo por parte de sus camaradas, seres que, como él, eran todavía inmaduros, introdujo sus narices en asuntos que nada le importaban.

La fuerza y el ímpetu de la naturaleza de Belcebú eran tales que su intervención, sostenida por sus compañeros, cautivó pronto todos los juicios y poco faltó para que hiciera estallar una revolución en el imperio central del Megalocosmos.

Enterado de esto, SU ETERNIDAD, pese a toda su inagotable Misericordia y Amor, se vio forzado a desterrar a Belcebú, con sus compañeros, a uno de los rincones más remotos del universo, es decir, al sistema solar «Ors» cuyos habitantes lo denominan simplemente, «sistema solar, —asignándole como lugar de residencia uno de los planetas de ese sistema, esto es—, Marte», con el privilegio de habitar también otros planetas, pero pertenecientes al mismo sistema solar.

Entre estos exiliados se contaban, aparte de los mencionados compañeros de Belcebú, cierto grupo de simpatizantes, sus familiares, así como servidores y subordinados de Belcebú y los de sus amigos. Todos ellos, con sus bienes personales, se trasladaron a este remoto lugar donde formaron, en poco tiempo, una verdadera colonia.

Toda esta población, extranjera para el planeta Marte, fue adaptándose poco a poco a su nueva morada, llegando algunos de sus miembros a encontrar, incluso, ciertas ocupaciones para acortar los largos años de exilio.

Estas tareas eran llevadas a cabo en el mismo planeta o en algún otro planeta vecino, es decir, en aquellos planetas que habían caído en un olvido casi completo debido a la enorme distancia que los separaba del centro del Gran Universo y a la pobreza de su estructura.

Con el paso de los años, muchos exiliados, ya sea por propia iniciativa o como reacción a las necesidades de carácter general, emigraron gradualmente del planeta Marte hacia otros planetas; sin embargo, Belcebú, junto con sus servidores más próximos, se quedó en aquel planeta, donde reorganizó su existencia de forma más o menos aceptable.

Una de sus principales ocupaciones consistió en el establecimiento de un «observatorio» destinado a la observación de los puntos más remotos del Universo, así como de las circunstancias de vida de los seres que habitaban en los planetas más próximos; y es de notar que este observatorio de Belcebú más tarde se hizo famoso en todo el Universo.

Si bien el sistema solar de «Ors» había caído en el olvido por la gran distancia que lo separaba del centro, así como por otras muchas razones, los muy Santos «Individuums» cósmicos que rodean a nuestro SOBERANO SEÑOR enviaron de tanto en tanto Mensajeros a los planetas pertenecientes a este sistema, para regular de forma aproximada las circunstancias de vida de los seres tricerebrados que en ellos habitaban, a fin de coordinar el proceso de su existencia con la Armonía Universal general.

Y sucedió así que cierta vez fue enviado a uno de los planetas de este sistema solar, llamado «Tierra», un Mensajero de nuestra ETERNIDAD, llamado Ashyata Sheyimash y, dado que Belcebú había cumplido una tarea indispensable relativa a su misión, el mencionado mensajero, una vez que hubo regresado al «Sol Absoluto», rogó solemnemente a SU ETERNIDAD que perdonara al antes joven y orgulloso Belcebú, agobiado ahora por los años.

En vista de esta solicitud de Ashyata Sheyimash, así como de la modesta y recatada existencia del propio Belcebú, nuestro CREADOR HACEDOR le concedió el perdón, permitiéndole regresar al lugar de su nacimiento.

Y así fue cómo Belcebú, tras tan prolongada ausencia, acertó a volver al centro del Universo, su influencia y su autoridad no solo no habían declinado

durante el exilio, sino que, por el contrario, habían aumentado considerablemente, dado que todos cuantos le rodeaban se daban perfecta cuenta de que, gracias a su prolongada existencia en las inusitadas condiciones ya aludidas, su conocimiento y su experiencia se habían vuelto mucho más vastos y profundos.

De manera que cuando tuvieron lugar ciertos acontecimientos de particular importancia en uno de los planetas componentes del sistema solar «*Pandatznoj*», los antiguos amigos de Belcebú decidieron dirigirse a él para invitarlo al congreso que habría de celebrarse con motivo de tales acontecimientos.

He aquí por qué Belcebú emprendía a bordo de la nave *Karnak*, ese lejano viaje desde el planeta *Karataz* con destino al Planeta *Revozvrandendr*.

La tripulación de la espaciosa nave era bastante numerosa, incluyendo, aparte de los individuos necesarios para el manejo de la nave, a varios familiares y servidores de Belcebú. Durante el periodo de tiempo a que se refiere nuestra historia, todos los pasajeros se hallaban ocupados, ya sea atendiendo sus obligaciones, o simplemente en la materialización de lo que se llama un «pensar eseral activo».

De todos los pasajeros a bordo de la nave, uno de los más notorios era quizás un muchacho bien parecido que nunca se separaba de Belcebú.

Era Jassín, el hijo de su hijo favorito, Tuluf.

A su vuelta al hogar después del exilio, vio Belcebú por primera vez a este nieto suyo, Jassín, y, debido a su buen corazón, así como a lo que suele llamarse una «inclinación de familia» sintió inmediatamente por él un gran afecto.

Y como acertó a suceder que ya por entonces era tiempo de que la razón del pequeño Jassín se desarrollase, Belcebú, disponiendo a discreción de tiempo libre, tomó personalmente a su cargo la educación de su nieto, siendo así que, desde entonces, ya no se separó Jassín de su lado.

Por esta razón, Jassín se hallaba ahora en la nave, haciendo compañía a Belcebú en su largo viaje.

Jassín, por su parte, amaba tanto a su abuelo que no se hubiera atrevido a dar un solo paso sin su asentimiento y cuando aquél hablaba, escuchaba ávidamente todas sus palabras, asimilando cuanto le decía y le enseñaba.

En el tiempo en que tuvo lugar esta historia, se hallaban Belcebú, con Jassín y su viejo y fiel servidor Ajún, que siempre lo acompañaba a todas partes, sentados en el «*Kasnik*» superior, es decir, en la cubierta superior de la nave *Karnak*, debajo del «*Kalnokranonis*», algo bastante parecido a lo que nosotros

llamaríamos una gran «campana de vidrio», charlando acerca de sí mismos mientras contemplaban el espacio sin límites.

Tenía la palabra Belcebú, quien hablaba del sistema solar donde le había tocado pasar tantos años. Explicaba entonces las peculiaridades de la naturaleza del planeta llamado «Venus».

Durante esa conversación, se le informó a Belcebú de que el capitán de la nave deseaba hablar con él, a lo cual accedió Belcebú.

Capítulo 3
La causa que motivó el retraso en la caída de la nave «Karnak»

Pocos instantes después se presentó el capitán y, después de ejecutar todas las ceremonias adecuadas al rango de Belcebú, dijo:

«Vuestra Recta Reverencia, permitidme que os demande vuestra autorizada opinión acerca de un obstáculo que nos es imposible evitar, y que aparece en la línea de nuestra trayectoria y se opone a nuestra caída en línea recta».

El hecho es que si continuamos el rumbo trazado, nuestra nave, dentro de dos «*Kilprenos*»[3], deberá pasar por el sistema solar «*Vuanik*».

Pero precisamente por el mismo sitio por donde debe pasar nuestra nave, también habrá de pasar, más o menos un «*Kilpreno*» antes, un gran cometa perteneciente a ese sistema solar conocido con el nombre de «*Sakur*».

De modo que si proseguimos por la ruta dispuesta, tendremos que atravesar inevitablemente el mismo espacio por donde habrá de pasar este cometa.

Su Recta Reverencia sabe que ese «loco cometa» siempre deja en su estela una gran cantidad de «*Zilnotrago*»[4] que al penetrar en el cuerpo planetario de los seres desorganiza la mayor parte de sus funciones mientras no se ha volatilizado completamente.

En un principio pensé, —continuó el capitán—, eludir la acción del «*Zilnotrago*» haciendo describir a la nave un círculo alrededor de esta esfera; pero para ello hubiera sido necesario dar un largo rodeo que habría alargado forzosa y considerablemente el tiempo de nuestro viaje. Sin embargo, por otro lado, esperar que el «*Zilnotrago*» se disipe hubiera requerido todavía más tiempo.

En vista de la difícil disyuntiva que se presenta ante nosotros, no he podido decidirme por mí mismo, por lo cual me he atrevido a molestaros, Recta

Reverencia, para solicitar vuestro competente consejo.

Una vez que el capitán hubo terminado su exposición, Belcebú meditó durante algunos instantes, para luego contestar lo siguiente:

«Realmente, querido capitán, no sé qué aconsejarle. ¡Ah, sí!… en aquel sistema solar en el que debí vivir durante tanto tiempo, existe un planeta que se llama "Tierra". Vivían entonces en ese planeta —y siguen viviendo todavía— ciertos seres tricentrados sumamente extraños. Y entre los seres pertenecientes a un continente de aquel planeta de nombre "Asia", nació y vivió un ser tricerebrado muy sabio a quien le daban los demás el nombre de Mulaj Nassr Eddin».

Para todas y cada una de las peculiares situaciones, grandes y pequeñas, que se presentaban en la existencia de los seres que allí habitan —siguió diciendo Belcebú—, tenía este sabio terrestre Mulaj Nassr Eddin unas profundas y adecuadas sentencias siempre justas y mordaces.

Como esas sentencias contenían todas, para los seres de allá, un fondo de verdad, yo también me serví siempre de ellas para guiarme en aquel lugar, a fin de armonizar mi existencia con la de los demás seres que habitaban el planeta.

Y en este caso también, mi querido Capitán, aprovecharé una de ellas.

Probablemente hubiera dicho este gran hombre en una situación semejante a la nuestra:

«Uno no puede saltar por encima de sus propias rodillas y es absurdo pretender besarse su propio codo».

Hago mías estas palabras y lo mismo le digo a usted, agregando además lo siguiente: No hay nada que hacer; cuando nos sale al paso un contratiempo procedente de fuerzas infinitamente mayores que las nuestras, debemos someternos.

El único problema consiste entonces en la elección de una de las dos alternativas que usted ha mencionado, es decir, esperar en alguna parte o alargar el viaje dando un «rodeo».

Usted dice, que un desvío habría de prolongar nuestro viaje, pero que la espera habría de prolongarlo todavía más. Pues bien, mi querido Capitán. Supongamos que haciendo ese rodeo ahorremos algún tiempo; ¿qué cree usted:

compensará esa pequeña diferencia de tiempo el desgaste y las averías que pueda sufrir nuestra nave al recorrer ese trayecto adicional?

Si ese desvío puede involucrar el más mínimo perjuicio para nuestra nave, entonces, a mi entender, sería preferible optar por la segunda alternativa, esto es, detenernos en cualquier parte hasta que se disipe ese nocivo gas «*Zilnotrago*». Habríamos ahorrado, de este modo, un daño inútil a nuestra nave.

Además, podremos tratar de llenar ese período de retraso imprevisto con algo útil para todos nosotros.

Por mi parte, me produciría sumo placer conversar con usted acerca de las naves actuales en general y de la nuestra en particular. Pues, durante mi prolongada ausencia fuera de estos territorios, se han hecho y se han descubierto muchísimas cosas nuevas de las cuales nada sé.

En mis tiempos, por ejemplo, estas espaciosas naves transespaciales eran tan complicadas y embarazosas que el mero transporte de los materiales necesarios para producir su movimiento requería la mitad de su potencia.

En cambio, las naves actuales, por su simplicidad y las facilidades, que brindan para todas las manifestaciones eserales, son modelos de «*felicitos kirno*». Uno hasta se olvida por momentos, de que no se halla en un planeta.

De modo pues, mi querido Capitán, que me gustaría saber cómo han llegado a realizar tales maravillas, así como la forma en que funcionan las naves actuales.

Pero antes vaya y haga todo lo necesario para detener la nave. Luego, cuando esté completamente libre, venga nuevamente a verme y entonces podremos pasar el tiempo de nuestra inevitable espera en una conversación útil para todos.

Una vez que el capitán se hubo retirado, Jassín se puso en pie de un salto, repentinamente, y comenzó a bailar y aplaudir, mientras gritaba:

«¡Oh, qué contento estoy, qué contento estoy por lo que sucede!». Belcebú miró con ojos complacidos estas eufóricas manifestaciones de su favorito, pero el viejo Ajún no pudo contenerse y, sacudiendo la cabeza con aire de reproche, le dijo al chico severamente que era un «egoísta en potencia».

Oyendo lo que Ajún le había dicho, Jassín se detuvo frente a él y, lanzándole una mirada torva, le respondió:

«No te enojes conmigo, viejo Ajún. No es por egoísmo por lo que estoy contento, sino tan solo por la coincidencia de circunstancias fortuitas que se han aunado para hacerme feliz. ¿No escuchaste acaso? Mi querido abuelo no solo ha

decidido que nos detengamos, sino que también prometió hablar con el Capitán…».

¿Y no sabes, acaso, que las conversaciones de mi amado abuelo suponen siempre la descripción de los lugares en que ha estado y una deliciosa exposición de verdades que siempre terminan enriqueciendo nuestro espíritu?

¿Dónde está, pues, el egoísmo? ¿No ha decidido él mismo, por su propia y libre voluntad, y una vez sopesadas por su prudente razón todas las circunstancias involucradas en este imprevisto suceso, detener nuestra marcha, detención que, evidentemente, no perjudica demasiado los planes trazados de antemano?

A mi entender, mi bien amado abuelo no tiene por qué apresurarse; en la *Karnak* no le falta nada para hallarse y descansar a gusto; además, no está rodeado más que por seres que lo admiran y lo aman y a quienes él, a su vez, también aprecia.

¿No recuerdas acaso lo que hace bien poco acaba de decir? ¡No debemos resistirnos a fuerzas superiores a las nuestras! ¿Y no recuerdas que agregó, además, que no solo no debemos oponernos a ellas, sino que debemos incluso, someternos y recibir todas sus consecuencias con respeto, sin dejar un momento de alabar y glorificar las acciones maravillosas y providenciales de Nuestro Señor el Creador?

La fuente de mi alegría no es el percance que nos ha acontecido, sino el hecho de que, como consecuencia de dicho suceso imprevisible proveniente de las altas esferas, podremos escuchar una vez más la sabia palabra de mi bien amado abuelo.

¿Es acaso culpa mía que estas circunstancias fortuitas acierten a ser para mí las más afortunadas y deseables?

No, querido Ajún, no solo no debieras censurarme, sino que también tendrías que unirte a mí para expresar las gracias a la fuente de la cual tan beneficiosos resultados han derivado.

Durante todo este tiempo, Belcebú había estado escuchando atentamente, con una sonrisa en sus labios, la charla de su favorito y, una vez que éste hubo concluido, se expresó de la siguiente manera:

«Tienes razón, querido Jassín, y puesto que tienes razón, te contaré lo que quieras antes de que vuelva el capitán».

No bien escuchó esto, el nieto se precipitó hacia Belcebú y sentándose a sus pies, le dijo, tras una breve meditación:

«Querido Abuelo; tanto es lo que me has contado acerca del sistema solar en el que te tocó pasar tantos años de tu vida, que quizás ya me hallara en condiciones de proseguir por mí mismo, mediante el auxilio tan solo de la simple lógica, la descripción detallada de la naturaleza de ese peculiar rincón de nuestro Universo».

Pero me gustaría saber si habitan en esos planetas de aquel sistema solar seres tricerebrados y si poseen o no, en su interior, «cuerpos eserales» superiores.

Sí —replicó Belcebú—, también en casi todos los planetas de aquel sistema solar habitan seres tricerebrados y casi todos ellos encierran cuerpos eserales superiores.

Los cuerpos eserales superiores, o «almas», como se los llama en algunos de los planetas de aquel sistema solar, se presentan en los seres tricerebrados que habitan en todos los planetas salvo aquellos situados a tal distancia que las emanaciones de nuestro «Más Sagrado Sol Absoluto» pierden gradualmente, antes de alcanzarlos —debido a los repetidos desvíos— la plenitud de su fuerza, hasta carecer por completo, finalmente, de todo poder vivificante capaz de producir cuerpos de existencia superior.

Por cierto, querido nieto, que en cada planeta separado de aquel sistema solar también los cuerpos planetarios de los seres tricerebrados se hallan recubiertos con una forma exterior conforme a la naturaleza de cada planeta particular, hallándose adaptados en todos sus detalles al medio circundante.

En aquel planeta, por ejemplo, en que se nos ordenó vivir a todos los exiliados, es decir, el planeta Marte, los seres tricerebrados se hallan recubiertos de cuerpos planetarios de una forma —¿cómo podría decirte?—, una forma semejante a un «*karún*», es decir, que tienen un tronco largo y ancho, abundantemente provisto de grasa, y cabezas dotadas de enormes ojos brillantes y salientes. En la espalda de este enorme «cuerpo planetario» poseen dos grandes alas y en el extremo inferior dos pies comparativamente pequeños provistos de zarpas sumamente fuertes.

Casi la totalidad de las fuerzas de este enorme «cuerpo planetario» ha sido adaptada por la naturaleza a la generación de energía para los ojos y las alas.

Resultado de ello es que los seres tricerebrados que viven en este planeta pueden ver perfectamente en cualquier parte, cualquiera sea el grado de

«*Kldatsajti*»[5], y también pueden moverse, no solo por la superficie del planeta, sino también a través de su atmósfera y algunos de ellos, incluso, más allá de los límites de dicha atmósfera.

Los seres tricerebrados que habitan otro planeta, a veces muy cercano a Marte, se hallan cubiertos, debido al intenso frío que allí reina, de una lana espesa y suave.

La forma exterior de estos seres tricentrados es semejante a la de un «*Tusuk*», esto es, semejante a una especie de «esfera doble», estando destinada la superior a contener los órganos principales de todo el cuerpo planetario, y la otra, la inferior, los órganos para la transformación de los «alimentos eserales primarios y secundarios».

En la esfera superior se observan tres aberturas que se abren hacia afuera, dos de ellas sirven para la vista y la tercera para el oído.

La otra, la esfera inferior, solo presenta dos orificios: el anterior sirve para recibir los alimentos eserales primarios y secundarios, y el otro, situado en la parte posterior, para la eliminación de las materias de desecho contenidas en el organismo.

La esfera inferior posee además dos pies nervudos sumamente fuertes y en cada uno de ellos existe un apéndice que utilizan en la misma forma en que nosotros usamos los dedos.

Existe todavía, querido nieto, otro planeta sumamente pequeño, conocido por el nombre de «Luna» en aquel sistema solar.

En ciertos puntos de su trayectoria este pequeño y peculiar planeta solía acercarse considerablemente a nuestro planeta Marte y a veces, durante «*Kilprenos*» enteros me pasaba observando a través de mi «*Tesskuano*»[6], desde mi observatorio, el proceso de la existencia de los seres tricerebrados que lo habitan.

Si bien los seres que habitan este planeta están dotados de cuerpos planetarios sumamente frágiles, tienen en cambio, un «espíritu» sumamente fuerte, debido a lo cual todos ellos poseen una extraordinaria perseverancia y capacidad de trabajo.

Por su forma exterior se asemejan a lo que podría llamarse «hormigas gigantes» y como éstas, andan siempre de un lado para otro, trabajando tanto en la superficie del planeta como dentro del mismo.

Los resultados de esta incesante actividad se han hecho ya visibles.

Cierta vez acerté a observar que durante dos de nuestros años habían realizado «túneles», por así decir, a través de todo el planeta.

Se habían visto forzados a realizar esta tarea debido a las condiciones climáticas anormales del lugar; tal anomalía obedece al hecho de que dicho planeta se formó en forma inesperada, por lo que la regulación de su armonía climática no había sido prevista de antemano por las Potencias Superiores.

El clima de este planeta es «loco», y por su extrema variabilidad podría dar puntos de ventaja a las mujeres más histéricas que habitan otro de los planetas pertenecientes a ese mismo sistema solar, del cual también habré de hablarte a su tiempo.

Caen a veces tales heladas en esta «luna», que absolutamente todo se congela, haciéndose imposible para los habitantes la respiración en la atmósfera abierta; luego, de pronto, hace tanto calor que, en un santiamén, podría cocerse un huevo puesto en contacto con la atmósfera.

Solo durante dos breves períodos, es decir, antes y después de una revolución completa en torno a su vecino —otro planeta próximo— el tiempo es tan glorioso que al cabo de varias rotaciones todo el planeta florece y produce diversos productos capaces de proveerles de los alimentos eserales primarios necesarios para su subsistencia en este peculiar reino espacial.

Muy próximo a este pequeño planeta se halla otro más grande, llamado «Tierra», que en ciertas ocasiones suele aproximarse también, excepcionalmente, a «Marte».

La «Luna» de que antes te hablé no es sino una parte de este planeta «Tierra», el cual debe mantener perpetuamente, la existencia de la Luna.

También en la Tierra habitan seres tricerebrados; y también ellos reúnen todas las condiciones necesarias que permiten a los «cuerpos eserales superiores» revestirse en ellos.

Pero por la «fuerza de espíritu» no pueden ni compararse con los seres que habitan el pequeño planeta antes mencionado. El aspecto exterior de estos seres tricerebrados residentes en la «Tierra», se asemeja considerablemente al nuestro; solo que, en primer término, su piel es algo más delgada que la nuestra; y, en segundo lugar, no tienen cola y sus cabezas carecen de cuernos. Lo peor de todo son sus pies, quiero decir, que no tienen cascos; cierto es que para protegerse de las influencias externas han inventado para su uso personal lo que llaman «zapatos»; pero tal invento no les sirve de mucho.

Fuera de lo imperfecto de su forma exterior, su razón es también absolutamente «única y extraña».

Su «razón eseral», debido a muchas causas acerca de las cuales habré de hablarte a su tiempo, ha degenerado paulatinamente y en la actualidad es muy, pero muy extraña y en extremo peculiar.

Belcebú hubiera dicho mucho más todavía, pero en ese momento volvió el capitán de la nave, por lo cual, después de prometerle al niño que le hablaría de los seres del planeta Tierra en otra oportunidad, comenzó a conversar con el capitán.

En primer término, Belcebú le pidió al capitán que le contase quién era, cuánto tiempo hacía que era capitán, y si le gustaba su trabajo, requiriéndole a continuación que le explicara algunos detalles de las naves cósmicas actuales.

Entonces tomó la palabra el capitán:

«Su Recta Reverencia; no bien alcancé la edad de la existencia responsable, fui destinado por mi padre a esta carrera, al servicio de nuestro INMORTAL CREADOR».

Habiendo comenzado por los cargos inferiores en la navegación espacial, se me permitió en época reciente desempeñar el puesto de capitán y en la actualidad hace ocho años que me dedico a ello a bordo de las naves espaciales.

Mi último puesto, es decir, el de capitán de la nave *Karnak* lo ocupé, en rigor, como sucesor de mi padre, en ocasión en que éste, después de largos años de irreprochable labor al servicio de SU ETERNIDAD en su carácter de capitán desde casi el principio mismo de la creación del mundo, fue considerado digno de desempeñar el cargo de Gobernador del sistema solar «*Kalman*», siendo designado a tal efecto.

En resumen —siguió diciendo el capitán—, me inicié con este servicio precisamente cuando su Recta Reverencia partía para el lugar de su exilio.

Entonces apenas era poco más que un «barrendero» a bordo de las naves espaciales de la época.

Sí…, ya ha pasado mucho mucho tiempo de eso. Todas las cosas han cambiado desde entonces; solo nuestro SEÑOR Y SOBERANO ha permanecido inalterable. ¡Sean las bendiciones de «*Amentzano*» con SU INALTERABILIDAD por toda la Eternidad!

Vos, Recta Reverencia, habéis condescendido a señalar con toda justicia que las primeras naves eran sumamente incómodas y embarazosas.

Sí; eran entonces, a decir verdad, extremadamente complicadas y difíciles de manejar. Yo también las recuerdo perfectamente. Existe una enorme diferencia entre las naves de aquella época y las de ahora.

En nuestra juventud, todas estas naves, tanto las usadas para la comunicación interior de los sistemas como las utilizadas para la comunicación interplanetaria, se movían todavía mediante la propulsión de la sustancia cósmica «*elekilpomagtistión*», la cual es un todo compuesto de dos partes separadas del omnipresente «*Okidanoj*».

Y era precisamente para obtener esa sustancia, para lo que se requerían tantos materiales a bordo de las primeras naves.

Sin embargo, aquellas naves no siguieron usándose durante mucho tiempo después que abandonasteis estos lugares, sino que poco después fueron reemplazadas por las naves del sistema de San Venoma.

Capítulo 4
La ley de la caída

El capitán continuó diciendo:

«Esto sucedió en el año 185, según el cálculo cronológico objetivo».

San Venoma había sido trasladado por sus méritos, del planeta «*Surte*» al planeta sagrado del «Purgatorio», donde, después de haberse familiarizado con sus nuevos deberes, así como con el nuevo ambiente, dedicó todo su tiempo libre a sus actividades favoritas.

Y consistían éstas en la investigación de nuevos fenómenos capaces de entrar en diversas combinaciones con los fenómenos regidos por las leyes ya existentes.

Y cierto tiempo después, en el transcurso de estas investigaciones, San Venoma descubrió en las leyes cósmicas lo que más tarde había de convertirse en un principio famoso, es decir: la «ley de la caída».

Ésta es la formulación que el propio San Venoma dio de esta ley cósmica por él descubierta:

> *«Todas las cosas que existen en el mundo "caen hacia abajo". Y lo "bajo", para cualquier parte del Universo, es su 'estabilidad' más próxima, y dicha 'estabilidad' es el lugar o punto sobre el cual convergen todas las líneas de fuerza procedentes de todas direcciones».*

Los centros de todos los soles y de todos los planetas de nuestro universo son precisamente esos puntos de «estabilidad». No son sino los puntos «bajos» de aquellas regiones del espacio hacia las cuales tienden definidamente las fuerzas procedentes de todas las direcciones de aquella parte dada del Universo.

También se concentra en estos puntos el centro de gravedad que permite a los soles y a los planetas mantener su posición.

Al enunciar su principio, San Venoma dijo además que al caer las cosas en el espacio, dondequiera que ello fuese, tendían a caer hacia uno u otro sol, o, hacia uno u otro planeta, según a qué sol o planeta perteneciera aquella parte dada del espacio en que caía el objeto, constituyendo cada sol o planeta en esa esfera determinada la «estabilidad» o lo «bajo» de la región dada.

Partiendo de esta base, San Venoma desarrolló en sus siguientes investigaciones, este razonamiento:

«Si esto es así, ¿no será posible emplear esta particularidad cósmica para la locomoción interespacial de nuestro Universo?».

Y a partir de entonces, trabajó siempre en este sentido.

Sus Santos trabajos posteriores revelaron que esto era posible en principio, pero que no podría aplicar plenamente con aquella finalidad la «Ley de la Caída» por él descubierta. Por la sencilla razón de que las atmósferas que circundan a la mayoría de las concentraciones cósmicas, obstaculizarían la caída en línea recta del cuerpo lanzado al espacio.

Habiendo comprobado esto, San Venoma dedicó por entero su atención al descubrimiento de algún medio para vencer dicha resistencia atmosférica ejercida sobre las naves diseñadas de acuerdo con el principio de la caída.

Y después de tres «*Lunia*», San Venoma halló, por fin, este medio, y tiempo más tarde, una vez finalizada bajo su dirección la construcción de una nave adecuada, comenzó a realizar pruebas prácticas.

La nave en cuestión tenía el aspecto de una vasta celda, estando hechas todas sus paredes de un material especial bastante semejante al vidrio.

Pues bien, en todos los lados de esta vasta celda había ciertos objetos a manera de «postigos» hechos de un material impermeable a los rayos de la sustancia cósmica «*elekilpomagtistión*» y estos postigos, aunque fuertemente fijados a las paredes de la mencionada celda, podían deslizarse libremente en todas direcciones.

Dentro de la celda se hallaba una «batería» especial, destinada a generar esta misma sustancia «*elekilpomagtistión*».

Yo mismo, Su Recta Reverencia, estuve presente en las primeras pruebas realizadas por San Venoma en conformidad con los principios por él descubiertos.

Todo el secreto del mecanismo radicaba en lo siguiente: cuando al desplazar las persianas se dejaban filtrar a través de este vidrio especial, los rayos de «*elekilpomagtistión*», en toda el área por ellos abarcada era destruido todo cuanto formaba parte normalmente de la atmósfera misma de los planetas, como por ejemplo, el «aire» y toda clase de «gases», «nieblas», etc. En consecuencia, esta parte del espacio quedaba completamente vacía, no ofreciendo ni resistencia ni presión alguna, de modo tal que si un niño hubiera empujado al enorme aparato, éste habría avanzado con tanta ligereza como una pluma.

En la parte exterior del aparato se hallaban sujetas ciertas aplicaciones semejantes a alas, que eran puestas en movimiento por medio de la misma sustancia «*elekilpomagtistión*» y que tenían por objeto propulsar la máquina en la dirección deseada.

Aprobados y bendecidos los resultados de estos experimentos por la Comisión de Inspección bajo la presidencia del Arcángel Adosi, se inició la construcción de una gran nave basada en esos principios.

Pronto estuvo ésta terminada y entró en servicio. Al cabo de poco tiempo, las naves de este tipo comenzaron a ser utilizadas con exclusión de todas las demás, en todas las líneas de comunicación entre los sistemas.

Aunque con el paso del tiempo su Recta Reverencia, los inconvenientes de este sistema se volvieron paulatinamente cada vez más evidentes, éste desplazó por completo a todos los que habían existido con anterioridad.

Si bien era cierto que las naves construidas de acuerdo con este método resultaban ideales en los espacios desprovistos de atmósfera, donde se trasladaban casi con la velocidad de los rayos «*Etsikolniunajianos*» procedentes de los planetas, cuando se aproximaban a algún sol o planeta, sin embargo, eran una verdadera tortura para los seres que las conducían, por la cantidad de complicadas maniobras necesarias.

La necesidad de estas maniobras obedecía a la misma «ley de la caída».

Así, cuando la nave entraba en el medio atmosférico de algún sol o planeta cuya área de influencia debía atravesar, comenzaba inmediatamente a caer hacia ese sol o planeta y, como ya he dicho, era necesario poner mucho cuidado y

poseer un conocimiento considerable para impedir que la embarcación se desviara de su curso.

Durante el paso de las naves por la proximidad de algún sol o planeta, su velocidad de traslación tenía que reducirse con frecuencia cientos de veces por debajo de su velocidad normal.

En esas zonas también resultaba particularmente difícil guiarlas debido a la considerable población de «cometas».

Por esta razón, había una gran demanda de seres capacitados para conducir dichas máquinas; los técnicos eran preparados para el cumplimiento de estas tareas por otros seres dotados de una elevada razón.

Pero pese a los inconvenientes ya mencionados, el sistema de San Venoma desplazó paulatinamente, como ya dije, a todos los sistemas anteriores.

Y ya hacía veintitrés años que las naves construidas según el sistema de San Venoma estaban en funcionamiento cuando se difundió el primer rumor de que el Gran Ángel «Jaritón» había inventado un nuevo tipo de embarcación para la comunicación interplanetaria e intersistemas.

Capítulo 5
El sistema del Arcángel Jaritón

Y efectivamente, poco tiempo después de la difusión de este rumor comenzaron a realizarse pruebas experimentales, nuevamente bajo la supervisión del gran Arcángel Adosi, con este nuevo invento destinado en breve a la fama.

Unánimemente se reconoció entonces que el nuevo sistema era el mejor, siendo adoptado muy pronto para el servicio general Universal, con lo cual, a partir de entonces, comenzaron a desaparecer por completo todos los sistemas anteriores.

En la actualidad, el sistema del Gran Ángel, hoy Arcángel Jaritón es empleado en todas partes.

La nave en que estamos volando en este momento también pertenece a ese sistema y su conducción es semejante a la de todos los navíos construidos según el método del ángel Jaritón.

Este sistema no es muy complicado.

Todo el mecanismo de este gran invento consiste tan solo en un único «cilindro» con la forma de un barril ordinario.

El secreto de este cilindro reposa en la disposición de los materiales de que está compuesta su parte interior.

Dichos materiales se hallan dispuestos según cierto orden y están aislados unos de otros por medio de «Ámbar». Sus propiedades son tales que si cualquier sustancia cósmica gaseosa dada penetra en el espacio por ellos abarcado, —ya consista ésta en «atmósfera», «aire», «éter», o cualquier otro «conjunto» de elementos cósmicos homogéneos—, se expande inmediatamente, gracias a la mencionada disposición de los materiales ubicados dentro del cilindro.

El fondo de dicho cilindro se halla herméticamente sellado, pero la tapa, aunque puede cerrarse firmemente, está dispuesta de tal modo sobre bisagras,

que mediante cierta presión ejercida desde el interior del aparato puede abrirse o cerrarse automáticamente.

De modo que, su Recta Reverencia, si este cilindro se llena de atmósfera, aire, o cualquier otra sustancia, debido a la acción de las paredes de este peculiar dispositivo, dichas sustancias se expanden hasta tal punto que la capacidad del cilindro resulta insuficiente para contenerlas. Esforzándose por encontrar una salida, tienden naturalmente a presionar contra la tapa del cilindro y, gracias a las bisagras ya mencionadas, esta tapa se abre y, después de permitir la salida de las sustancias en expansión, vuelve a cerrarse inmediatamente. Como la naturaleza aborrece, en general, el vacío, al producirse la salida del cilindro de las sustancias gaseosas en expansión, éste se llena simultáneamente con nuevas sustancias tomadas del exterior, con las cuales sucede lo mismo que con las primeras, y así sucesiva e indefinidamente.

De este modo, hay un perpetuo intercambio de sustancias, mientras la tapa del cilindro se abre y se cierra alternativamente.

Esta misma tapa se halla provista de una palanca sumamente simple que se mueve con el movimiento de la tapa y que pone en actividad, a su vez, varios «engranajes», también muy simples que, a su vez, hacen girar las hélices, colocadas a los lados y en la parte posterior de la nave.

De este modo, su Recta Reverencia, en los espacios en que no hay resistencia, las naves actuales como la nuestra, caen simplemente hacia el punto más próximo de «estabilidad» pero en aquellos espacios en que existen sustancias cósmicas capaces de ofrecer resistencia, dichas sustancias, cualquiera que sea su densidad y gracias al dispositivo cilíndrico, permiten el movimiento de la nave en la dirección deseada.

Es de interés notar que cuanto más densa es la sustancia elemento en una región dada del Universo, tanto mejor y más vigoroso es el cargar y descargar de este cilindro; por consiguiente, la velocidad del movimiento de las palancas se incrementa.

Sin embargo, vuelvo a repetirlo, toda esfera desprovista de atmósfera, esto es, cualquier espacio que solo contenga el *Ethernokrilno* universal, es el más adecuado tanto para las naves actuales como para las anteriores, debido a que en tales esferas no hay ninguna resistencia en absoluto y la «Ley de Caída» puede ser aprovechada, por consiguiente, sin necesidad de someter al cilindro a trabajo alguno.

Fuera de todo esto, las naves actuales también son sumamente buenas, debido a que pueden ser impulsadas, en los espacios desprovistos de atmósfera, en cualquier dirección, cayendo precisamente en el sitio deseado sin que sean necesarias las complicadas maniobras que exigían las antiguas naves de San Venoma.

En resumen su Recta Reverencia, la comodidad y simplicidad de las naves actuales hacen que éstas no puedan compararse de ninguna manera con las naves primitivas que no solo eran con frecuencia mucho más complicadas, sino que también carecían de las inmensas posibilidades de las naves actualmente en uso.

Capítulo 6
El movimiento continuo

¡Espere, espere! —dijo Belcebú, interrumpiendo al capitán—. Esto que acaba de contarme no debe ser otra cosa, con seguridad, que la idea llamada por los extraños seres tricerebrados de corta vida que habitan el planeta Tierra, «movimiento continuo, —por cuya culpa en cierta época—, enloqueció» —como ellos dicen— un gran número de terráqueos, llegando incluso, muchos de ellos, a morir.

Sucedió cierta vez en aquel malhadado planeta que a alguien, en una u otra forma, se le ocurrió la «descabellada idea» —como ellos dicen— de que podría construir un «mecanismo» capaz de funcionar perpetuamente sin consumir materiales del exterior.

Tanto cautivó esta idea a la fantasía de la gente, que la mayoría de los curiosos habitantes de aquel peculiar planeta comenzó a pensar en la forma de llevar a cabo en la práctica este aparente milagro.

¡Cuántos pagaron esta efímera idea con todo el bienestar material y espiritual que previamente habían adquirido con tantas dificultades!

Por una u otra razón, se hallaban todos ellos completamente decididos a inventar lo que a su juicio era una «cuestión sencillísima».

En los casos en que las circunstancias exteriores lo permitían, gran parte de estos individuos afrontó el invento del «movimiento continuo» careciendo de los datos interiores necesarios para la tarea; otros lo hicieron confiados en sus «conocimientos». Otros en su «suerte», pero la mayoría de ellos se puso a trabajar con ahínco por razón tan solo de su psicopatía.

En resumen, el invento del «movimiento continuo» estaba de «moda» —como ellos dicen— y no hubo chiflado que no se sintiera obligado a interesarse por la cuestión.

En cierta oportunidad visité una de las ciudades donde se exhibían modelos de todas clases e innumerables cantidades de «proyectos» de mecanismos destinados todos ellos a la consecución del «movimiento continuo».

¿Qué no habría allí? ¿Qué máquinas «ingeniosas» y complicadas no vieron mis ojos? En todos y cada uno de aquellos dispositivos, debe haber habido más ideas y «sabihondeces» que en todas las leyes de la creación y de la existencia del mundo.

Advertí entonces que en esos innumerables modelos y diseños de máquinas, predominaba la idea de aprovechar lo que se llama «la fuerza de la gravedad». Así es como ellos explicaban esta idea: un mecanismo sumamente complicado debía levantar «cierto peso», el cual tendría luego que caer por ley natural, poniendo en movimiento, por medio de su caída, todo un dispositivo que, al moverse, habría de levantar nuevamente el peso y así sucesivamente…

El resultado de todo ello fue que varios miles de personas fueron a parar al «manicomio»; otros muchos miles, habiendo convertido esta idea en su sueño dorado y su más cara ambición, o bien terminaron por abandonar incluso las tareas más esenciales para su existencia, o bien comenzaron a realizarlas de tal modo que «más hubiera valido» que no las hicieran en absoluto.

Ignoro cómo habría terminado todo, si cierto terráqueo completamente loco, con un pie ya en la sepultura, un «viejo chocho» como los llaman allí, pero que, en una forma u otra, había adquirido previamente cierta autoridad, no hubiera probado mediante ciertos «cálculos», que era absolutamente imposible inventar el «movimiento continuo».

Ahora, después de escuchada su explicación, alcanzo a comprender perfectamente cómo funciona el cilindro del método empleado por el Arcángel Jaritón. No es sino aquel utópico dispositivo con que tanto habían soñado los infortunados terráqueos.

A decir verdad, bien puede afirmarse que el «cilindro» del Arcángel Jaritón puede funcionar perpetuamente en medio de una atmósfera dada sin necesidad de consumir material alguno del exterior.

Y puesto que no puede existir un mundo sin planetas y, por lo tanto, sin atmósfera, se deduce entonces, que mientras exista el mundo y, por consiguiente, la atmósfera, el cilindro inventado por el gran Arcángel Jaritón, habrá de tener siempre ocasión de funcionar.

Ahora bien; se me ocurre una pregunta referente al material de que se compone este cilindro. Me gustaría en grado sumo, mi querido capitán, que me explicara aproximadamente de qué materiales se compone y cuánto duran estos, —expresó Belcebú—.

A lo cual replicó el capitán de la siguiente manera:

«Si bien el cilindro no dura eternamente, dura muchísimo tiempo».

Su parte principal está hecha de «ámbar» con flejes de platino, mientras que los paneles interiores de las paredes están hechos de «antracita, cobre y marfil» y de un «cemento» muy fuerte y a prueba del (1) «*peischakir*», (2) «*teiloner*» y de la (3) «*saliakuriapi*»[7] e incluso de las radiaciones de las concentraciones cósmicas.

Sin embargo, las demás partes, prosiguió el capitán, tanto las «palancas» exteriores como los «engranajes» deben ser renovadas de tiempo en tiempo pues, aunque están hechas del más fuerte metal, el uso prolongado las desgasta.

Y en cuanto a la estructura de la nave misma, ciertamente no puede garantizarse que tenga una existencia muy duradera. El capitán se proponía seguir hablando todavía, pero de pronto retumbó en toda la nave un sonido similar al producido por las vibraciones de las voces menores de una lejana orquesta de instrumentos de viento.

Al tiempo que se disculpaba, el capitán se levantó para retirarse, explicando que seguramente lo llamaban por un asunto muy grave, puesto que todos a bordo sabían que se hallaba con su Recta Reverencia y nadie se hubiera atrevido a perturbar los oídos de su Recta Reverencia por una trivialidad.

Capítulo 7
Toma de consciencia
de los auténticos deberes eserales

Una vez que el capitán se hubo retirado, Belcebú lanzó una mirada a su nieto, percibiendo su alterado estado, por lo cual le preguntó solícito y no sin cierta ansiedad:

«¿Qué te pasa, querido nieto? ¿En qué piensas tan profundamente?».

Levantando la vista hacia su abuelo con los ojos llenos de tristeza, Jassín respondió pensativo:

«Ignoro exactamente lo que me sucede, querido Abuelo, pero tu conversación con el capitán de la nave ha despertado en mí pensamientos en extremo melancólicos».

Se me han ocurrido cosas en las cuales jamás había pensado antes.

Gracias a tu conversación, se ha ido haciendo poco a poco cada vez más clara en mi consciencia, la idea de que en el Universo de NUESTRA ETERNIDAD, no siempre han sido las cosas tal como ahora las veo y las comprendo.

Antes de esta conversación, por ejemplo, nunca habría permitido que se hilvanaran tales pensamientos asociativamente en mi cerebro, como el de que la nave en que ahora navegamos no había sido siempre igual a lo que es en este momento.

Solo ahora comprendo bien a las claras que todo cuanto poseemos y usamos en el presente —en una palabra, todos los artículos actuales necesarios para nuestro bienestar y nuestra comodidad— no siempre han existido y no hicieron su aparición con tanta facilidad.

No parece sino que ciertos seres, en el pasado, han trabajado y sufrido durante largo tiempo para lograrlo, teniendo que realizar una serie de sacrificios que quizás pudieron haber sido inútiles.

De hecho, trabajaron y sufrieron solo para que nosotros pudiéramos luego disfrutar de todo ello y utilizarlo para nuestro bienestar personal.

Y todo esto hicieron esos seres, ya sea consciente o inconscientemente, nada más que para nosotros, es decir, para seres desconocidos y completamente indiferentes para ellos.

Y ahora, no solo no les estamos agradecidos sino que ni siquiera los conocemos, recibiendo sus conquistas como la cosa más natural del mundo y sin detenernos a considerar todo el trabajo que éstas requirieron.

Yo, por ejemplo, hace ya muchos años que existo en el Universo, y, sin embargo, nunca se me había ocurrido todavía que quizás hubiera habido un tiempo en que todas las cosas que ahora veo no hubieran existido; pues siempre había creído, por decirlo así, que todo había llegado al mundo tan sencillamente como mi nariz.

De modo pues, mi querido y bondadoso Abuelo, ahora que, gracias a tu conversación con el capitán me he dado cuenta gradualmente con toda mi presencia, de todo esto, se me ha impuesto paralelamente, al mismo tiempo, la necesidad de aclarar a mi Razón por qué poseo personalmente todas las comodidades de que ahora disfruto y cuáles son las obligaciones que por ellas deberé cumplir.

Ha sido precisamente por ello, y no por otra cosa, por lo que en este momento se ha producido en mí un «proceso de remordimiento».

Una vez dicho esto, Jassín dejó caer la cabeza guardando silencio; entonces Belcebú, mirándolo afectuosamente, comenzó a hablarle en la forma siguiente:

«Te aconsejo, querido Jassín, que no te plantees todavía estos problemas. No seas impaciente. Solamente cuando llegue aquella época de tu vida apropiada para que te des cuenta de estas cuestiones esenciales y reflexiones activamente acerca de ellas, podrás comprender lo que tú, a tu vez, debes hacer».

La edad que actualmente cuentas no te obliga todavía a pagar en retribución por los bienes de los que gozas.

No has alcanzado todavía la edad necesaria en que habrás de pagar por tu existencia, sino que por ahora debes prepararte para el futuro, es decir, para satisfacer cumplidamente las obligaciones que entonces caerán sobre ti como todo ser tricerebrado responsable.

Por ello, mientras tanto, deberás vivir como hasta ahora. Solo hay una cosa que no deberás olvidar y es ésta: que a tu edad es indispensable que todos los días, al salir el sol, mientras observes el reflejo de su resplandor, establezcas un

contacto entre tu consciencia y las diversas partes inconscientes de tu presencia general. Tratarás entonces de hacer que este estado dure y de convencer a las partes inconscientes —como si fueran conscientes— de que si ellas impiden tu funcionamiento general, jamás podrían gozar de los bienes que le son destinados en el período de la edad responsable, y que tu presencia integral, de la cual ellas son una parte, no estaría en condiciones de pagar dignamente por su nacimiento y su existencia y por consiguiente sería incapaz de ser un buen servidor de nuestro INMORTAL CREADOR COMÚN.

Te repito una vez más, querido nieto, que debes tratar mientras tanto de no pensar en estas cuestiones, para cuya consideración no te hayas todavía lo bastante maduro.

¡Todo a su tiempo!

Ahora puedes pedirme que te cuente lo que quieras, que tendré mucho gusto en complacerte. Como el capitán no ha vuelto todavía, es muy posible que esté ocupado con sus tareas y que no regrese aun hasta dentro de cierto tiempo.

Capítulo 8
El impúdico Jassín, nieto de Belcebú, se atreve a llamar «zánganos» a los hombres

Inmediatamente después, Jassín se sentó a los pies de Belcebú, y le dijo con tono implorante:

«Cuéntame lo que tú quieras, querido Abuelo; cualquier cosa que tú me digas será para mí la mayor alegría, tan solo por venir de tus labios».

«No —repuso Belcebú—, será mejor que tú mismo me preguntes acerca de aquello que más te interese. Será un gran placer para mí poder hablarte acerca de lo que más desees saber».

Querido y bondadoso Abuelo, cuéntame entonces algo acerca de esos… ¿Qué?… Esos… ¿Cómo se llaman?… Sí, acerca de esos «zánganos».

«¿Cómo? ¿Acerca de qué zánganos?», —preguntó Belcebú, sin comprender la pregunta del niño.

«¿Pero no te acuerdas, Abuelo? Hace poco, cuando hablabas de los seres tricentrados que habitan en los diversos planetas del sistema solar en que viviste tanto tiempo, acertaste a decir que en uno de los planetas —no me acuerdo cómo lo llamaste— existían seres tricentrados parecidos a nosotros en su aspecto general, pero cuya piel era un poco más delgada que la nuestra».

¡Ah!, —rio Belcebú—. Por lo que veo, me preguntas acerca de los seres que habitan el planeta «Tierra» y que se dan a sí mismos el nombre de «hombres».

Sí, Abuelo, esos mismos. Cuéntame acerca de esos «seres hombres» con más detalle. Me gustaría saber algo sobre esos «seres hombres» —dijo Jassín.

A lo cual replicó Belcebú:

«Mucho es lo que podría decirte acerca de ellos, pues el hecho es que visité con frecuencia ese planeta, viviendo largo tiempo entre ellos, e incluso llegando a hacerme amigo de muchos de los seres tricerebrados terráqueos».

Por cierto que habrás de encontrar interesante la información de que dispongo, relativa a estos seres, pues son en verdad muy peculiares.

Ocurren entre ellos muchas cosas que no podrían verse entre los seres de ningún otro planeta del Universo.

Yo los conozco muy bien, dado que su nacimiento, así como su posterior desarrollo y existencia a lo largo de muchos muchos siglos —de acuerdo con su cálculo cronológico— tuvieron lugar ante mis propios ojos.

No solo fui testigo de su nacimiento, sino también de la propia formación del planeta en que habitan.

Cuando llegamos por primera vez a ese sistema solar, estableciéndonos en el planeta «Marte», nada existía todavía en el planeta «Tierra», pues no había acabado siquiera de enfriarse por completo.

Desde su nacimiento mismo, este planeta fue motivo de serios problemas para Nuestra Eternidad.

Si así lo deseas, te contaré primero todo lo relativo a los acontecimientos de carácter cósmico general referentes a este planeta, que fueron la causa de dichos problemas.

«Sí, querido Abuelo —respondió Jassín—, cuéntame primero acerca de eso. Estoy seguro de que será tan interesante como todo lo que tú cuentas».

Capítulo 9
Causa de la génesis de la Luna

Y así es como Belcebú comenzó su relato:

«Una vez que llegamos al planeta Marte, donde se nos había destinado vivir, comenzamos a establecernos lentamente».

Nos hallábamos todavía completamente absorbidos por la compleja organización de todo lo exteriormente necesario para una existencia más o menos tolerable en medio de aquella Naturaleza absolutamente extraña para nosotros, cuando, uno de los días de mayor actividad, todo el planeta Marte fue sacudido por un violento temblor, mientras poco después se levantaba hasta nosotros un «hedor» tan insoportable que en un primer momento pareció que todo el universo se había mezclado de pronto con algo que solo podría expresarse como «indescriptible».

Solo mucho tiempo después de haberse disipado aquel hedor, pudimos recuperarnos, dándonos gradualmente cuenta de lo que había sucedido.

Advertimos entonces que la causa de ese terrible fenómeno no había sido otra que el mismísimo planeta «Tierra», que, de tanto en tanto, se acercaba considerablemente a nuestro planeta Marte, y que, por lo tanto, podíamos observar claramente, a veces incluso sin la ayuda del «*Tesskuano*».

Por alguna razón que no podíamos comprender todavía, este planeta —era evidente— había «estallado» y dos fragmentos desprendidos del cuerpo principal habían salido proyectados hacia el espacio.

Te he dicho ya que entonces este sistema solar todavía se estaba formando sin haber alcanzado aún lo que se llama «la armonía del recíproco mantenimiento de todas las concentraciones cósmicas».

Supimos más tarde que, en conformidad con esta «armonía cósmica general del mantenimiento recíproco de todas las concentraciones cósmicas», debía funcionar también en este sistema un cometa de los que llamamos ahora de «gran órbita», que existe todavía y que lleva el nombre de «*Kondur*».

Y precisamente este cometa, que acababa de concentrarse, realizaba su primer «paso pleno» por la zona.

Como ciertos *Individuums* Sagrados competentes nos explicaron más tarde de forma confidencial, la trayectoria del mencionado cometa debía cruzar la línea seguida por el planeta Tierra; pero a consecuencia de ciertos cálculos erróneos de un *Individuum* Sagrado experto en materia de leyes de creación y de conservación del mundo, los tiempos de transposición de estas dos concentraciones por el punto de intersección de sus respectivas trayectorias, coincidieron y, debido a este error, el planeta Tierra y el cometa «*Kondur*» chocaron, y con tal violencia, que a raíz de ese impacto, como ya te dije, se desprendieron del planeta Tierra dos grandes fragmentos que salieron proyectados hacia el espacio.

Este choque entrañó tan serias consecuencias debido a que, merced al reciente nacimiento de este planeta, su atmósfera que en otro caso podría haber servido de amortiguador, no se había formado todavía completamente.

Como es natural, nuestra ETERNIDAD fue informado inmediatamente de este desastre cósmico.

Como consecuencia directa de este informe, se envió una comisión completa compuesta por Ángeles y Arcángeles especialistas en materia de creación del mundo y de conservación del mundo, bajo la dirección del Altísimo Arcángel Sakaki, a este sistema solar de «Ors», desde el Sagrado «Sol Absoluto».

La Altísima Comisión vino a nuestro planeta Marte, puesto que era el más próximo al planeta Tierra, instalando allí la sede central de sus investigaciones.

Los sagrados miembros de la Altísima Comisión nos tranquilizaron inmediatamente, informándonos que no había peligro alguno de posteriores catástrofes en gran escala.

Y el Archi-Ingeniero Arcángel Alguematán tuvo la bondad de explicarnos personalmente que lo más probable era que hubiese sucedido lo siguiente:

«Los fragmentos desprendidos del planeta Tierra habrían perdido el impulso impartido por el choque antes de haber alcanzado el límite de aquella parte del espacio correspondiente a la esfera de este planeta y, en consecuencia, de

acuerdo con la Ley de la Caída estos fragmentos habrían empezado a caer hacia su cuerpo fundamental».

Pero no podían caer sobre el cuerpo fundamental, debido a que en el ínterin habían entrado bajo el dominio de una ley cósmica llamada «ley de recuperación», a cuya influencia estaban totalmente sujetos; por consiguiente, describían ahora órbitas elípticas regulares alrededor del cuerpo fundamental, exactamente del mismo modo en que este cuerpo fundamental, es decir, el planeta Tierra, describía y sigue describiendo todavía su órbita elíptica alrededor del sol «Ors».

Y así continuará siempre, a menos que una nueva e imprevista catástrofe cósmica en gran escala lo desvíe en un sentido u otro.

¡Alabado sea el azar por ello!… —concluyó su Grandeza Pentadimensional —, la armonía del movimiento del sistema general no fue destruida por este percance y así pudo restablecerse rápidamente una pacífica existencia en todos los planetas del sistema «Ors».

Sin embargo, querido mío, una vez que esta Altísima Comisión hubo calculado todos los hechos disponibles, y también todo lo que podía acontecer de ahí en adelante, llegó a la conclusión de que si bien los fragmentos desprendidos del planeta Tierra podían mantenerse durante cierto tiempo en las mismas posiciones que ocupaban, podían, en razón de ciertos «desplazamientos *Tastartunarnianas*» sospechados por la Comisión, abandonar en el futuro aquellas posiciones y ocasionar una larga serie de calamidades irreparables tanto en el sistema de «Ors» como en los demás sistemas solares vecinos.

Por ello, la Altísima Comisión decidió tomar ciertas medidas a fin de evitar tal posibilidad.

Y resolvieron así que la mejor medida en aquel caso sería hacer que el cuerpo fundamental, es decir, el planeta Tierra, enviara de forma constante a los fragmentos que de él se habían separado, para mantenerlos en su posición, las sagradas vibraciones conocidas con el nombre de «*Askokinas*».

Esta sagrada sustancia solo puede formarse en los planetas cuando las dos leyes cósmicas fundamentales que en ellos operan, la sagrada «*Heptaparaparshinoj*» como la sagrada «*Triamazikamno*» funcionan de la manera llamada «*Ilnosoparniana*», es decir, cuando estas dos leyes cósmicas sagradas se revelan y se manifiestan, en la superficie de la concentración cósmica dada, de manera independiente, —independiente solo dentro de ciertos límites, por supuesto—.

De modo pues, querido mío, que tal obra cósmica solo era posible con el asentimiento de SU ETERNIDAD, el Gran Arcángel Sakaki, acompañado por otros muchos miembros sagrados de la Altísima Comisión, partió inmediatamente hacia Su Eternidad para rogarle que le diera el asentimiento necesario.

Y más tarde, una vez que los *Individuums* Sagrados hubieron obtenido la sanción correspondiente por parte de Su Eternidad, para la realización del proceso *ilnosoparniano*, se realizó dicho proceso en la Tierra, bajo la dirección del mismo Gran Arcángel Sakaki. Desde entonces, todo surgió en ese planeta, conforme al *ilnosoparno* y esos fragmentos desprendidos, que todavía existen en nuestros días, dejaron de constituir una amenaza de catástrofe universal.

De esos dos fragmentos, el mayor llevaba el nombre de «*Lunderpertzo*» y el menor «*Anulios*», y así los llamaron en un primer momento los seres tricerebrados ordinarios que nacieron y vivieron más tarde en ese planeta; pero los seres que a estos sucedieron, tiempo después, les dieron otros nombres diferentes en épocas diversas y en los tiempos más recientes el fragmento mayor llevaba el nombre de «Luna», en tanto que el nombre del menor cayó gradualmente en el olvido. En cuanto a los seres que allí habitan en la actualidad, no solo no poseen nombre alguno para este fragmento más pequeño, sino que ni siquiera sospechan de su existencia.

Es interesante notar aquí que los seres residentes en un continente de aquel planeta llamado la «Atlántida», que pereció tiempo después, todavía tenían conocimiento de la existencia de este segundo fragmento del planeta madre, dándole también el nombre de «*Anulios*»; pero los seres que habitaron tiempo después en el mismo continente, en quienes ya se habían cristalizado e integrado en su presencia común, los resultados de las consecuencias de las propiedades de aquel órgano llamado «*Kundabuffer*» —acerca del cual, según parece ahora, tendré que explayarme todavía con más detalle— lo llamaron «*Kimespai*», lo cual significa «Nunca Te Deja Dormir En Paz».

Los seres tricerebrados actuales que habitan la superficie de este planeta peculiar ignoran la existencia de aquel primer fragmento de su planeta, debido principalmente a su tamaño relativamente pequeño y a la gran distancia que se encuentra, haciéndolo completamente invisible a la vista, y también debido a que ninguna «abuelita» les dijo nunca que había una vez un pequeño satélite de su planeta que los hombres conocían y llamaban, etc., etc.

Y en caso de que cualquiera de ellos acertara a verlo por casualidad, mediante el uso de esos juguetes excelentes, aunque muy infantiles que llaman «telescopios», seguramente habría de pasarlo por alto, confundiéndolo simplemente con un «aerolito» grande.

Probablemente nunca vuelvan ya a ver este fragmento los seres actuales, puesto que ya se ha vuelto propio de su naturaleza ver solo la irrealidad.

De hecho, en los últimos siglos estos seres se han mecanizado de forma verdaderamente «artística», acostumbrándose a no ver ya nada real.

Así pues, querido nieto, debido a todo lo que dije antes, nacieron en un principio en este planeta Tierra, tal como debían, los que se llaman «Analogías del Todo» o, como también se les denomina, «microcosmos» y además, originadas en estos «microcosmos», se formaron las vegetaciones que reciben el nombre de «*Oduristolnianas*» y «*Polormedérticas*».

Más tarde aún; como siempre ocurre, esos mismos microcosmos empezaron a agruparse, para constituir diversas formas de «*Tetartocosmos*» con tres sistemas de cerebro.

Entre estos últimos surgieron en primer término los «*tetartocosmos*» bípedos a quienes llamaste, hace un rato, «zánganos».

He de hablarte más adelante, en una ocasión oportuna, acerca de cómo y por qué surgen en los planetas, las «Analogías del Todo» durante la transición de las leyes sagradas fundamentales al «*ilnosoparno*», así como acerca de los factores que contribuyen a la formación de uno u otro de estos llamados «sistemas de cerebros eserales» y de todas las leyes relativas a la creación y el mantenimiento del mundo.

Mientras tanto, sabrás que estos seres tricerebrados nacidos en el planeta Tierra que tanto te interesan, tuvieron en sí mismos, en el principio de las cosas, iguales posibilidades para el perfeccionamiento de las funciones necesarias para la adquisición de la razón del Ser, que todas las demás formas de «*tetartocosmos*» existentes en todo el Universo.

Pero más tarde, precisamente en la época en que también ellos, al igual que en otros planetas semejantes de nuestro Gran Universo, empezaban gradualmente a espiritualizarse mediante lo que se llama el «instinto eseral», precisamente entonces, por desgracia para ellos, se produjo un malentendido, que no había sido previsto desde lo Alto y de lo más deplorable, que les acarreó serias calamidades.

Capítulo 10
Por qué los «hombres» no son hombres

Belcebú lanzó un profundo suspiro y continuó diciendo:

«Una vez cumplida en este planeta la realización del proceso "*ilnosoparno*", transcurrió, según el cálculo cronológico objetivo, un año».

Durante este período se habían ido coordinando gradualmente en el planeta los procesos correspondientes de involución y evolución de todas las cosas allí existentes.

Y claro está que también empezaron a cristalizarse gradualmente en los seres tricerebrados los datos suficientes para la adquisición de la razón objetiva.

En resumen, como en todos los demás, también en este planeta había comenzado el desarrollo normal de todas las cosas.

Y por ello, querido mío, si la Altísima Comisión —bajo la dirección suprema del mencionado Arcángel Sakaki—, no hubiera regresado nuevamente a aquel punto al cabo de un año, quizás no se hubieran producido todos los malentendidos subsiguientes relacionados con los seres tricerebrados que habitan aquel malhadado planeta.

Este segundo descenso de la Altísima Comisión al planeta se debió al hecho de que, pese a las medidas que habían sido tomadas —de las que ya te hablé—, no se había cristalizado todavía en las razones de la mayoría de sus miembros sagrados, la completa seguridad de la imposibilidad de toda sorpresa indeseable en el futuro, por lo cual deseaban ahora verificar personalmente, en el lugar, los resultados de aquellas medidas.

Fue precisamente durante este segundo descenso cuando la Altísima Comisión decidió, en todo caso, si no por otro motivo, por lo menos para tranquilizarse al respecto, concretar cierta medida especial, que tuvo consecuencias espantosas entre los seres tricerebrados que habitan aquel

desdichado planeta, y de la cual sufrió en lo sucesivo como de una llaga maligna, todo nuestro gran Universo.

Deberás saber que en el tiempo de este segundo descenso efectuado por la Altísima Comisión, ya se había desarrollado gradualmente en estos seres —como es lo normal en todos los tricerebrados— lo que llamamos «instinto mecánico».

Los sagrados miembros de esta Altísima Comisión razonaron entonces que si dicho «instinto mecánico» de los bípedos tricerebrados que habitaban el planeta había de desarrollarse hacia la obtención de la Razón Objetiva —como es regla que ocurre en todas partes entre los seres tricerebrados— sería perfectamente posible que hubieran de comprender prematuramente la causa real de su presencia en el mundo —que consiste en mantener, por medio de su existencia, los fragmentos separados de su planeta— provocando serios trastornos, pues habiéndose convencido así de ser esclavos de circunstancias totalmente extrañas, se negaran a continuar su existencia y se destruyeran a sí mismos por principio.

De modo pues, querido niño, que en vista de esto, la Altísima Comisión decidió entonces, entre otras cosas, implantar provisionalmente en la presencia común de los seres tricerebrados que allí vivían cierto órgano especial con una propiedad tal que, en primer término, les hiciese percibir la realidad deformada y, en segundo lugar, que todas las impresiones repetidas procedentes del exterior cristalizaran en su espíritu datos tales que generasen factores para la evocación de sensaciones de «placer» y de «goce».

Y entonces, de hecho, con la ayuda del principal Archifísicoquímico Común Universal Ángel Luisós, que se contaba también entre los miembros de la Altísima Comisión, se determinó el crecimiento en los seres tricerebrados, de manera especial, en la base de la columna vertebral, en la raíz de su cola —pues tenían una en aquel tiempo y esa parte de su presencia común conservaba aun su aspecto normal, que expresaba la «plenitud de su significación eseral»— hicieron crecer, digo «algo» que permitiera el surgimiento de dichas propiedades. Y por primera vez a ese «algo» le dieron el nombre, en un principio, de «órgano *Kundabuffer*».

Una vez determinado el crecimiento de este órgano en la presencia de los seres tricerebrados y una vez comprobado su funcionamiento, la Altísima Comisión integrada por los Sagrados «Individuums» y encabezada por el Arcángel Sakaki, tranquilizada y con la consciencia limpia, volvió al centro del

Universo mientras que allí, en el planeta Tierra que tanto te ha llamado la atención, el efecto de este sorprendente y maravillosamente ingenioso invento comenzó a hacerse sentir desde el primer día desarrollándose luego, crecientemente, como —para decirlo con las palabras de Mulaj Nassr Eddin— «a pleno son de las trompetas de Jericó».

Ahora bien; a fin de que puedas tener por lo menos una comprensión aproximada de los efectos provocados por las propiedades del órgano ideado y materializado por el incomparable ángel Luisós —bendito sea su nombre por toda la eternidad— es indispensable que sepas algo acerca de las diversas manifestaciones de los seres tricerebrados que habitan ese planeta, no solo en la época en que ese órgano *Kundabuffer*, se contó entre las distintas partes de sus presencias, sino también durante épocas posteriores cuando, si bien este sorprendente órgano y sus propiedades habían sido ya destruidas debido a diversas causas, habían comenzado a cristalizarse en sus presencias las consecuencias de sus propiedades.

Pero ya te explicaré esto más adelante.

Por ahora debo hacerte notar que hubo todavía un tercer descenso de la Altísima Comisión a aquel planeta, tres años después, según los cálculos cronológicos objetivos; pero esta vez se efectuó bajo la dirección del más grande Archiserafín Sevoteftra, dado que el más grande Arcángel Sakaki se había convertido, entretanto, en el Divino «Individuum» que sigue siendo todavía en la actualidad, es decir, en uno de los cuatro Tetrasustentadores de todo el Universo. Y precisamente durante este tercer descenso, una vez establecido claramente mediante acabadas investigaciones por parte de los sagrados miembros de esta tercera Altísima Comisión, que ya no era necesario para el mantenimiento de la existencia de los fragmentos desprendidos del planeta madre continuar la materialización de las medidas preventivas deliberadamente tomadas con anterioridad, se decidió, con ayuda del mismo Archifísicoquímico Ángel Luisós, destruir, conjuntamente con las medidas antes mencionadas, el referido órgano *Kundabuffer* en las presencias de estos seres tricerebrados, así como todas sus sorprendentes propiedades.

Pero volvamos al relato que había empezado. Y no te distraigas. Cuando se disipó nuestro desconcierto, provocado por la reciente catástrofe que había puesto en peligro todo el sistema solar, lentamente, después de esta inesperada

interrupción, reanudamos nuestra instalación en el nuevo lugar de residencia que nos habían asignado.

Poco a poco, todos nosotros nos familiarizamos con la naturaleza local, adaptándonos a aquel medio de vida.

Como ya dije antes, muchos de nosotros nos establecimos definitivamente en el planeta Marte; mientras otros, gracias a la nave *Ocasión* que había sido puesta a disposición de los seres de nuestra tribu para la comunicación interplanetaria, se marcharon o bien se prepararon para marcharse hacia otros planetas del mismo sistema solar.

Pero yo, junto con mis familiares y algunos de mis servidores más cercanos, seguí viviendo en el planeta Marte.

Debo hacerte notar que en la época a la que se refiere mi relato, ya había sido instalado mi primer *tesskuano* en el observatorio construido en el planeta Marte, por lo cual me hallaba dedicado por completo a la organización y al desarrollo de este observatorio destinado a la observación detallada de las remotas concentraciones de nuestro gran Universo y de los planetas de este sistema solar.

En consecuencia, entre los muchos objetos de mis observaciones también se contaba el planeta Tierra. Pasó el tiempo.

También en este planeta comenzó gradualmente a establecerse el proceso de la existencia y, según todo lo hacía presumir, en la forma que es habitual en todos los planetas.

Pero la estrecha observación demostró, en primer lugar, que el número de seres tricerebrados había aumentado gradualmente y, en segundo término, que de vez en cuando daban lugar a manifestaciones sumamente extrañas, jamás observadas en los demás seres tricerebrados que habitan otros planetas; quiero decir que, repentinamente, y sin razón aparente, comenzaban a destruirse entre sí.

En ocasiones, esta mutua destrucción de vidas no tenía lugar solamente en una región sino en varias, durando, no ya un «*Dianosk*»[8] sino varios «*Dianosks*» y a veces, incluso, «*Ornakres*»[9] enteros.

En ciertas oportunidades se hacía evidente que a raíz de estos horribles procesos disminuía rápidamente el número de terráqueos; pero durante otros períodos, en cambio, el número de habitantes aumentaba considerablemente.

Paulatinamente nos fuimos acostumbrando a esta última peculiaridad de los seres que habitan la Tierra, aceptando como explicación de los hechos que,

evidentemente, por ciertas consideraciones de naturaleza superior, estas propiedades debían haber sido dadas deliberadamente al órgano *Kundabuffer* por la Altísima Comisión; en otras palabras, en vista de la fecundidad de estos bípedos, supusimos que la misma había sido concebida intencionalmente, debido a la necesidad de que existiesen en crecido número a fin de poder mantener el «Movimiento cósmico de armonía común».

De no haber sido por esta extraña peculiaridad, nunca se le hubiera ocurrido a nadie que había algo «raro» en ese planeta.

Durante el periodo a que me he referido anteriormente, visité personalmente la mayoría de los planetas de aquel sistema solar, recorriendo tanto los habitados como los todavía sin poblar. Por mi parte, los que más me agradaron fueron los seres tricentrados que habitan en el planeta que lleva el nombre de Saturno, cuyo aspecto exterior es completamente distinto al nuestro, pareciéndose, por el contrario, a los seres pájaros llamados «cuervos».

Es interesante notar, dicho sea de paso, que por una u otra razón, que los seres pájaros llamados «cuervos» no solo existen en casi todos los planetas de este sistema solar, sino también en la mayoría de los demás planetas de nuestro Gran Universo, en los cuales habitan seres de diversos sistemas de cerebros, revestidos de cuerpos planetarios de distintas formas.

La comunicación verbal usada por estos seres cuervos, del planeta Saturno, es bastante semejante a la nuestra.

Pero en lo que a su pronunciación se refiere, es, a mi juicio, la más hermosa de cuantas he oído.

Podría compararse con la modulación de nuestros mejores cantantes cuando con todo su Ser cantan en un tono menor.

En cuanto a sus relaciones con los demás, son… no sé como describírtelas. Solo pueden llegar a ser conocidas viviendo con ellos y compartiendo su existencia.

Todo lo que puede decirse es que estos seres pájaros tienen un corazón exactamente igual al de los ángeles más próximos a nuestro ETERNO HACEDOR Y CREADOR.

Estos seres viven en estricta conformidad con el noveno mandamiento de nuestro CREADOR que dice:

«Haz con los demás lo que quisieras que hicieran contigo».

Más adelante, tendré por cierto que contarte todo lo referente a estos seres tricerebrados que habitan el planeta Saturno, puesto que uno de mis mejores amigos que me acompañó durante todo mi exilio en aquel sistema solar, fue precisamente un ser de aquel planeta, quien tenía el aspecto exterior de un cuervo, y cuyo nombre era «Jarjar».

Capítulo 11
Un rasgo mordaz de la peculiar psiquis del hombre contemporáneo

Pero volvamos ahora a los seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, puesto que son ellos los que más te han interesado, mereciendo que los llamaras «zánganos».

Por lo pronto, me apresuraré a manifestarte cuan contento estoy de que te halles a una gran distancia de aquellos seres tricentrados a quienes osaste llamar con un nombre tan «injurioso para su dignidad», y también celebro que sea altamente improbable que lleguen a enterarse de ello alguna vez.

¿Sabes acaso, por ventura, tú, un niño apenas; tú, pequeño «nadie» todavía inconsciente de ti mismo, lo que ellos te habrían hecho, especialmente los seres de hoy, si hubieran oído lo que de ellos dijiste? ¿Lo que te hubieran hecho si hubieras estado con ellos y hubieran podido capturarte? El mero hecho de pensarlo me llena de horror.

En el mejor de los casos te habrían dado tal zurra, que, como dice nuestro Mulaj Nassr Eddin, «no hubieras recobrado tus sentidos antes de la primera cosecha de abedules».

En todo caso, te aconsejo que en cualquier ocasión que emprendas algo nuevo bendigas siempre al Destino y le ruegues que se muestre misericordioso contigo y que siempre te proteja, impidiendo que los seres del planeta Tierra lleguen a sospechar nunca que tú, mi bienamado y único nieto, osaste llamarlos «zánganos».

Sabrás que durante el tiempo en que tuvieron lugar mis observaciones desde el planeta Marte, así como en los períodos en que viví entre ellos, tuve ocasión de estudiar la psiquis de estos extraños seres tricerebrados en forma sumamente

completa, de modo que sé perfectamente lo que ellos harían con cualquiera que se atreviese a ponerles tal mote.

Claro está que solo fue por ingenuidad infantil por lo que los llamaste así; pero los seres tricerebrados que habitan aquel planeta peculiar, especialmente los de hoy en día, no discriminan esas pequeñas sutilezas.

Quién los injurió, por qué, y en qué circunstancias es todo lo mismo para ellos. Se les ha dado un nombre que ellos consideran injurioso y eso basta.

Detenerse ante tales cuestiones es, ante los ojos de la mayoría de ellos, (para expresarlo con sus propias palabras), «perder el tiempo».

Sea como fuere, en todo caso te apresuraste un poco, al darles tan ofensivo nombre a los seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra; en primer lugar, porque me has hecho temer por ti, y en segundo lugar, porque te has granjeado una permanente amenaza para el futuro.

La cuestión es ésta: pese a que, como ya dije, te encuentras a gran distancia de ellos y, por lo tanto, no pueden apoderarse de ti para castigarte personalmente, bien podría suceder que de alguna forma imprevista llegaran a saber, incluso de vigésima mano, que los habías insultado, no escaparías a su auténtico «anatema»; en cuanto a las proporciones que adquiriría este «anatema» dependerían de los intereses del momento.

Quizá valga la pena que trate de enseñarte cómo se hubieran comportado los del planeta Tierra si hubieran sabido el insulto de que los habías hecho objeto. Esta descripción será un excelente ejemplo para ayudarte a comprender el extraño carácter del psiquismo de estos seres tricerebrados que han despertado tu interés.

Irritados por el incidente, es decir, por la impensada injuria de que los habías hecho víctimas y siempre que ningún interés igualmente absurdo los hubiera preocupado en esos momentos, seguramente habrían decidido efectuar, en un lugar elegido de antemano, con individuos invitados de antemano, todos ellos vestidos, por supuesto, con trajes especialmente diseñados para tales ocasiones, lo que se llama un «consejo solemne».

En primer lugar, hubieran elegido para este «consejo solemne», un individuo de entre ellos, llamado «presidente», encargado de dirigir el «juicio».

Para empezar, te hubieran «despedazado», como dicen allí, y no solamente a ti sino también a tu padre, a tu abuelo y al resto de tus antepasados, sin parar hasta Adán.

Si ellos hubieran decidido entonces —como siempre, por supuesto, por una «mayoría de votos»— que eras «culpable», te habrían sancionado con arreglo a las disposiciones contenidas en un código de leyes, basadas en «pantomimas» anteriores semejantes, realizadas por seres llamados «viejos fósiles».

Pero si llegara a suceder que, «por mayoría de votos», no encontraran nada delictivo en tu actitud —aunque esto solo raramente ocurre entre ellos— entonces todo este «juicio» terrestre, asentado detalladamente por escrito y firmado por la totalidad del consejo, sería despachado… ¿Quizás creas que al cesto de los papeles? ¡Pues no!; lejos de ello, sería enviado inmediatamente a los peritos pertinentes; en este caso, a lo que se llama un «Santo Sínodo» donde habría de repetirse el mismo procedimiento, solo que ahora serías juzgado por individuos «importantes» del planeta.

Y solo después de este verdadero «perder el tiempo» habrían de llegar al punto principal, es decir, que el acusado está fuera de su alcance.

Pero es precisamente en este punto donde surgiría el principal peligro para tu persona; pues cuando ellos supieran «con toda certeza» que no pueden apoderarse de ti, habrían de decidir unánimemente el de castigarte, ni más ni menos, con el «anatema» del cual acabo de hablarte.

¿Y sabes tú lo que eso significa y cómo se lleva a cabo? ¿No?…

Entonces escucha y tiembla.

Los individuos más «importantes» decretarían que todos los demás seres, en los establecimientos destinados a ese efecto, como por ejemplo las llamadas «iglesias», «capillas», «sinagogas», «alcaldías», etc., atendiesen las ceremonias realizadas por ciertos funcionarios especiales que habrían de desearte en el pensamiento algo por el estilo de esto: Que perdieses tus cuernos, que tus cabellos encanezcan prematuramente, o que los alimentos contenidos en tu estómago se convirtieran en clavos, o que la lengua de tu futura mujer triplicara su tamaño, o que, cuando quiera que acertases a tomar un bocado de tu pastel preferido, se convirtiese éste inmediatamente en «jabón», y así indefinidamente.

¿Comprendes ahora los peligros a que te exponías cuando llamaste «zánganos» a estos lejanos farsantes tricerebrales? Concluyendo así su discurso, Belcebú dedicó una cariñosa sonrisa a su nieto favorito.

Capítulo 12
El primer gruñido

Un rato después, Belcebú reanudó su charla de este modo:

Recuerdo cierta historia relacionada con estos «anatemas» que puede proporcionarnos un material sumamente útil para comprender el extraño psiquismo de estos seres tricerebrados que habitan aquel planeta que tanto te interesa; y lo que es más, esta historia puede tranquilizarte en cierta medida y brindarte alguna esperanza de que, aun cuando estos peculiares seres terrestres llegaran a tener conocimiento casualmente de tu injuria y te «anatematizaran» no te ocurriera, después de todo, nada «demasiado malo».

La historia que voy a narrarte tuvo lugar hace muy poco tiempo entre los seres tricerebrados de allá, y se originó en la forma siguiente:

Vivía en una de esas grandes «comunidades», un pacífico ser ordinario, de profesión «escritor», según se la llama en aquellos lugares.

Sabrás que en edades remotas podían encontrarse todavía ocasionalmente, seres pertenecientes a esa profesión capaces de inventar y describir cosas realmente propias de ellos; pero en épocas más recientes los «escritores» que entre los terráqueos pululan, especialmente entre los actuales, se han limitado a copiar toda clase de ideas de los muchos libros ya existentes y, uniéndolas todas en una nueva disposición, hacen así «libros nuevos».

Para esta tarea, estos «escritores» han preferido los libros procedentes de sus antepasados lejanos.

Es necesario notar que los libros escritos por los contemporáneos constituyen en su conjunto la causa principal de que la razón de todos los demás seres tricerebrados se vuelva día a día y cada vez más —como dice el venerable Mulaj Nassr Eddin— «pura tontería».

De modo pues, querido nieto, que…

El escritor contemporáneo de quien comencé a hablarte no era sino uno de tantos, sin ningún rasgo distintivo particular.

Una vez terminado uno u otro libro, comenzaba a pensar en lo que habría de escribir a continuación y con esta perspectiva se dedicaba a buscar alguna «idea» nueva en los libros de su llamada «biblioteca», provisión ésta de «ideas» de la que ningún escritor actual puede carecer.

Mientras hacía esto, llegó a sus manos un libro llamado «Evangelio».

«Evangelio» es el nombre que allí le dan a un libro escrito en épocas pasadas por ciertos individuos llamados Mateo, Marcos, Lucas y Juan, sobre Jesucristo, un Mensajero de nuestra ETERNIDAD enviado a aquel planeta.

Este libro se halla ampliamente difundido entre aquellos seres tricentrados que siguen supuestamente las enseñanzas de este Mensajero.

Habiendo caído este libro en manos de nuestro escritor, a éste se le ocurrió de pronto: ¿Por qué no habría yo también de escribir un «Evangelio»?

Como pude comprobar por otras investigaciones que debí realizar por otras razones completamente ajenas al caso, resultó ser que después de esta primera idea nuestro terráqueo siguió razonando de esta forma:

«¿Soy yo acaso peor que aquellos antiguos bárbaros Mateo, Lucas, Marcos y Juan? En todo caso, yo poseo más cultura que la que ellos nunca poseyeron, de tal modo que podría escribir para mis contemporáneos un ‘Evangelio’ muy superior a los de ellos».

«Decididamente, es absolutamente necesario que escriba un ‘Evangelio’, puesto que los pueblos contemporáneos llamados ‘ingleses’ y ‘norteamericanos’ tienen una gran debilidad por este libro y las libras y los dólares que ellos utilizan se cotizan actualmente muy bien».

«Entonces, dicho y hecho».

Y a partir de ese día se dedicó a trasladar su «sabiduría» al nuevo «Evangelio». Pero cuando éste estuvo terminado e impreso, solo comenzaron todos los demás hechos vinculados con el nuevo «Evangelio».

En cualquier otra ocasión, quizás nada hubiera pasado y este nuevo «Evangelio» habría dormido inadvertido en algún estante de alguna biblioteca de algún bibliómano, indiferenciado entre la multitud de libros que en aquellos lugares contienen «verdades» semejantes.

Pero afortunada o desafortunadamente para este escritor, sucedió que ciertos seres dotados de «influencia», pertenecientes a aquella gran comunidad en la que

él vivía, venían precisamente de tener una negra suerte con lo que se llama allí «ruleta» y «*baccará*», reclamando, por consiguiente, cada vez más «dinero» —como ellos dicen— de los seres ordinarios de la comunidad, por lo cual, gracias a estas insólitas y desmedidas exigencias de dinero, los seres ordinarios de la comunidad despertaron por fin de su letargo habitual y empezaron a «rebelarse».

En vista de ello, los otros seres «dotados de influencia» que se habían quedado en su tierra, se alarmaron considerablemente, decidiendo tomar las «medidas» correspondientes.

Y entre las «medidas» por ellos tomadas se contó también la de destruir inmediatamente y borrar de la superficie del planeta cualquier publicación reciente que surgiese en su comunidad, capaz de impedir a los seres ordinarios que retornasen al mencionado letargo.

Y fue precisamente en ese momento cuando el citado «Evangelio» hizo su aparición.

También en el contenido de este nuevo «Evangelio» creyeron ver estos seres «dotados de influencia» un instrumento capaz de impedir que los seres ordinarios de la colectividad retomaran su sueño de costumbre, por lo cual, resolvieron casi inmediatamente «librarse» tanto del escritor como de su «Evangelio», y digo «librarse» porque por entonces ya se habían convertido en verdaderos expertos en «librarse» de esos «advenedizos» que se metían en lo que no les incumbía.

Pero por ciertas razones no pudieron aplicar ese tratamiento a nuestro escritor, de modo que grande fue su alarma, deliberando todos agitadamente acerca de lo que deberían hacer.

Algunos propusieron encerrarlo simplemente en aquellos lugares donde pululan las «ratas» y los «piojos»; otros propusieron enviarlo al «*Timbuktu*», y así sucesivamente; pero en definitiva, decidieron castigar al escritor y su «Evangelio», de forma pública y solemne, según las reglas tradicionales y lo que es más aún, con exactamente el mismo «anatema» con que sin duda te habrían castigado a ti si hubieran llegado a saber cómo los habías insultado.

Y así, querido niño, el extraño psiquismo de estos seres tricerebrados contemporáneos que habitan aquel peculiar planeta, quedó puesto de manifiesto en este caso, en el hecho de que, una vez que este escritor y su Evangelio fueron públicamente castigados, con el anatema, el resultado fue para nuestro escritor —como dice el muy estimado Mulaj Nassr Eddin— «solo un lecho de rosas».

Esto es lo que ocurrió:

Los seres ordinarios de aquella comunidad, en vista del escándalo despertado en torno a este escritor por los «seres influyentes», se interesaron considerablemente en aquél, comprando y leyendo ávidamente no solo éste su nuevo «Evangelio», sino también todos los libros que había escrito con anterioridad.

Por ello, como siempre sucede con estos seres tricentrados que habitan aquel peculiar planeta, todos los demás intereses de los seres pertenecientes a la mencionada comunidad, cedieron gradualmente su lugar a éste más reciente, pensando tan solo en este escritor.

Y como siempre sucede también, mientras unos lo alabaron, elevándolo por los cielos, otros lo condenaron, y el resultado de estos juicios exaltados y contradictorios fue que el número de personas interesadas en él y su obra siguió en aumento, no solo entre los seres de su misma comunidad, sino también entre otros seres pertenecientes a otras colectividades.

Y tal ocurrió porque algunos de los «seres influyentes» de esta comunidad, por lo general con los bolsillos repletos de dinero, prosiguieron todavía, a su vez, visitando otras comunidades donde se jugaba a la «ruleta» y al «*baccará*», llevando hasta allí la polémica relativa a este escritor y contagiando, de este modo, paulatinamente, su mismo desmesurado interés por el asunto a los seres pertenecientes a otras comunidades.

En resumen, debido a lo extraño de su psiquis, resultó entonces que incluso mucho tiempo después de haberse olvidado este «Evangelio», el nombre de su autor sea conocido en casi todas partes como el de un excelente escritor.

En la actualidad, cualquier cosa que escribe es arrebatada por el público que la devora ávidamente, tomándola por la verdad definitiva.

No hay, en la actualidad, quien no mire sus obras con la misma veneración con que los antiguos *Kalkianos* escuchaban las predicciones de sus sagradas «pitonisas».

Es interesante notar aquí que no sería posible encontrar actualmente una persona que no conociese a este escritor y que no lo alabase como a un ser extraordinario.

Pero si preguntáramos a cualquiera de estos cuáles son sus obras, comprobaríamos —claro está que si se decidiesen a confesar la verdad— que en su gran mayoría no han leído uno solo de sus libros.

No obstante, todo el mundo habla de él, y discuten echando espumarajos por

la boca, insistiendo en que se trata de un ser con una «mente extraordinaria» y muy conocedora del psiquismo de los seres que habitan el planeta Tierra.

Capítulo 13
Por qué la razón del hombre puede percibir la fantasía como realidad

Mi bien amado y bondadoso Abuelo, sé bueno y explícame, aunque sea de modo general, ¿por qué aquellos seres del planeta tierra son de tal naturaleza que toman lo «efímero» por Real?

A lo cual respondió Belcebú:

Solo en épocas recientes comenzaron los seres tricerebrados del planeta Tierra a manifestar esta particularidad en su psiquis, particularidad que solo se presentó debido a que su parte esencial formada en ellos al igual que en todos los demás seres tricerebrados, permitió gradualmente que las otras partes de su presencia total percibiesen todas las impresiones nuevas sin lo que llamamos los «deberes eserales de *Partkdolg*», sino simplemente en la forma en que, en general, son percibidas esas mismas impresiones por las localizaciones independientes y separadas que existen con el nombre de «centros eserales» en los seres tricerebrados o, como podría expresarlo en el lenguaje que ellos utilizan, estos seres creen cualquier cosa que se les diga y no solamente aquello que por sí mismos hayan aprendido con ayuda de su propia reflexión; en otros términos, aquello de lo que hubiesen podido convencerse por los resultados de un «debate confrontador» entre todos los datos ya depositados en ellos, y que han formado diferentes nociones en cada una de sus localizaciones de naturaleza diversa.

Por regla general, todo nuevo hecho del entendimiento cristaliza en la presencia de estos extraños seres solo si cierto señor Pérez habla de alguien o de algo de cierta manera, y si un señor Gutiérrez dice lo mismo; de este modo el interlocutor se convence cabalmente de que eso es así y no podía ser de otro modo.

Gracias tan solo a esta particularidad de su psiquis y al hecho de que mucho se habló del mencionado escritor en esa forma, la mayoría de los seres que habitan en el momento presente aquel planeta, se hallan completamente convencidos de que se trata en verdad de un gran psicólogo y de que posee un incomparable conocimiento del psiquismo de los habitantes de aquel planeta.

Pero, a decir verdad, cuando estuve en aquel planeta por última vez y habiendo tenido noticias del mismo escritor, decidí ir cierta vez personalmente a visitarlo por otro motivo completamente distinto, y pude comprobar que no solo no se diferenciaba en absoluto de todos los demás escritores contemporáneos, como yo suponía, es decir, que era en extremo limitado y como nuestro querido Mulaj Nassr Eddin diría: «incapaz de ver más allá de su nariz» sino que, en lo que al conocimiento de la verdadera psiquis de los seres que habitan el planeta se refiere, podría haberse afirmado sin temor a equivocarse, que el hombre en cuestión era «un perfecto ignorante».

Vuelvo a repetir una vez más que la historia de este escritor constituye un ejemplo característico de esta particular índole terráquea y muestra hasta qué punto, en los seres tricerebrados que han captado tu interés, especialmente en los contemporáneos, se halla ausente la comprensión de los «deberes eserales de *Partkdolg*» y la forma en que sus propias convicciones eserales subjetivas, configuradas según sus propios razonamientos lógicos, no cristalizan nunca en ellos, —a diferencia de cuanto sucede normalmente entre los demás seres tricerebrados—, sino que tan solo cristalizan aquellas que dependen en forma exclusiva de lo que otros han dicho acerca de una cuestión determinada.

Y es porque han dejado de realizar los «deberes eserales de *Partkdolg*» —los únicos que pueden dar al ser el conocimiento de una realidad efectiva—, que han creído ver en ese escritor ciertas cualidades inexistentes.

Esta extraña característica de su psiquismo general, —que consiste en declararse satisfechos tan solo con lo que digan el señor Pérez o el señor Gutiérrez, sin tratar de conocer más—, hace ya largo tiempo que se arraigó en ellos y por eso ya no se esfuerzan en absoluto por conocer cosa alguna que pueda llegar a ser comprendida solo por medio de reflexiones activas personales.

En relación con todo esto, podemos decir que ni ha de echarse la culpa al órgano *Kundabuffer* que sus antepasados poseyeron, ni a las consecuencias del mismo, las cuales, debido a un error de apreciación por parte de ciertos *Individuums* Sagrados, cristalizaron en sus antepasados empezando a transmitirse más tarde a los descendientes de generación en generación.

No son sino ellos quienes han de ser personalmente culpados por esto, al establecer poco a poco unas condiciones anormales de existencia eseral exterior, que han establecido en su presencia común, justamente lo que hoy es su «Maligno Dios» interior, el cual lleva el nombre de «Autotranquilizador».

Pero ya habrás de entender perfectamente por ti mismo todo esto, más tarde, cuando te haya proporcionado, tal como te prometí con anterioridad, ciertas informaciones acerca de aquel planeta que tanto ha cautivado tu interés.

En todo caso, te aconsejo vehementemente que tengas sumo cuidado en el futuro en tus alusiones a los seres tricerebrados de aquel planeta, procurando no ofenderlos en modo alguno; de lo contrario —como dicen allí, «¿de qué no habrá de mofarse el Diablo?»— podrían llegar a tener conocimiento de tus injurias y, para usar otra de sus expresiones, te harían una «mala jugada».

Y no estará de más, en el presente caso, recordar nuevamente una sabia frase de nuestro estimado Mulaj Nassr Eddin:

«¡Cierto! ¿Qué no habría de suceder en este mundo? Una pulga podría tragarse a un elefante». Belcebú se proponía agregar algo más, pero en ese momento un servidor de la nave entró en la habitación y, aproximándose a él, le alcanzó un «heterograma» a su nombre.

Una vez enterado del contenido de este «heterograma», Belcebú despidió al sirviente y aprovechando la pausa, Jassín le dirigió las siguientes palabras:

«Querido Abuelo, por favor sigue hablando de los seres tricentrados que habitan en ese interesante planeta llamado Tierra».

Belcebú dirigió entonces a su nieto una tierna sonrisa y, tras hacer un ademán sumamente extraño con la cabeza, siguió hablando de la forma siguiente:

Capítulo 14
Los comienzos de una perspectiva nada halagüeña

Debo decirte, en primer lugar, que los seres tricerebrados de aquel planeta también poseyeron en un principio presencias similares a las que poseen en general todos los seres tricentrados conocidos con el nombre de «*Kestchapmartnianos*» que habitan en todos los planetas correspondientes de nuestro Gran Universo, y también tenían la misma «duración eseral», como se dice, que todos los demás seres tricerebrados.

Los diversos cambios producidos en sus presencias empezaron en su mayor parte después de la segunda desgracia padecida por este planeta, en la cual el principal continente del infortunado astro, conocido entonces con el nombre de la «Atlántida» se hundió en el seno del planeta.

Y a partir de entonces, dado que poco a poco se fueron creando para sí toda suerte de condiciones de existencia exterior, gracias a las cuales la calidad de sus radiaciones fueron invariablemente de mal en peor, la Gran Naturaleza fue obligada paulatinamente a transformar sus presencias comunes por medio de grandes componendas y cambios, a fin de regular la calidad de las vibraciones por ellos irradiadas y que hacían falta principalmente para la buena conservación de los antiguos fragmentos de su planeta.

Por esta misma razón, la Gran Naturaleza gradualmente aumentó tanto el número de pobladores del astro, que actualmente no hay una sola comarca del mismo que esté deshabitada.

La forma exterior de sus cuerpos planetarios no difiere de unos individuos a otros, ni en lo que respecta al tamaño y a sus demás particularidades subjetivas, claro está que cada uno se halla recubierto, exactamente al igual que nosotros, de acuerdo con las normas de la herencia, y con las condiciones predominantes en

el momento de la concepción, con inclusión, asimismo, de todos los demás factores que participan generalmente en la formación de todo ser.

También difieren entre ellos en el color de la piel y en el color del cabello; esas últimas particularidades se hallan determinadas en sus presencias, exactamente al igual que en todos los demás aspectos, por los factores predominantes en aquella parte de la superficie planetaria en que han nacido y donde se forman hasta que alcanzan la edad de los seres responsables o, como ellos dicen, hasta que se vuelven «adultos».

En lo que se refiere a su psiquis general en sí misma y a sus rasgos fundamentales, nada importa la parte de la superficie del planeta en que hayan nacido, pues estas características se presentan en igual grado en todos ellos, así como la propiedad gracias a la cual únicamente en aquel extraño planeta, a diferencia del resto del universo, tiene lugar el horrible proceso de «destrucción» de las existencias ajenas, es decir, como se la llama en aquel malhadado planeta, la «guerra».

Además de esta particularidad principal de su psiquismo común, se cristalizan completamente en cada uno de ellos, —independientemente de dónde pueden haber nacido y vivido— hasta volverse partes integrantes de su presencia común, ciertas funciones conocidas con los nombres de:

- Egoísmo.
- Amor propio.
- Vanidad.
- Orgullo.
- Engreimiento.
- Credulidad.
- Sugestionabilidad.

Y otras muchas propiedades completamente anormales e inadecuadas a la esencia de los seres tricerebrados de todo tipo.

De entre todas estas anómalas particularidades del ser, la más terrible para ellos, personalmente, es la llamada «sugestionabilidad».

Ya te explicaré alguna vez, en qué consiste ésta tan extraña y en extremo singular característica psíquica.

Una vez dicho esto, Belcebú se quedó pensativo durante largo tiempo, más del habitual, hasta que por fin, volviéndose nuevamente hacia su nieto, dijo:

Por lo que veo, estos seres tricerebrados que habitan aquel planeta peculiar llamado «Tierra», te interesan considerablemente; pues bien, ya que durante nuestro viaje en la nave *Karnak*, tendremos, quieras que no, que hablar de multitud de cosas para pasar el tiempo, habré de contarte todo cuanto sé acerca de estos seres tricerebrados.

Yo creo que lo mejor para que llegues a tener una clara comprensión de lo extraño del psiquismo de estos seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, será narrarte mis visitas personales a dicho planeta en su sucesión cronológica, además de los hechos que acontecieron allí durante estos descensos y de los cuales fui testigo.

Visité la superficie del planeta Tierra seis veces en total, y cada una de estas visitas obedeció a diferentes circunstancias.

Comenzaré por mi primer descenso.

Capítulo 15
El primer descenso de Belcebú sobre el planeta Tierra

Descendí sobre el planeta Tierra —comenzó a narrar Belcebú—, la primera vez, por causa de un joven perteneciente a nuestra tribu que había tenido la desgracia de vincularse profundamente con un ser tricerebrado de aquellas comarcas, lo cual había tenido como consecuencia el que se viera finalmente mezclado en un enredo sumamente estúpido.

Sucedió una vez que cierto número de seres pertenecientes a nuestra tribu, también radicados en Marte, vinieron a mi casa, para formularme la siguiente solicitud:

Según se me informó, uno de sus jóvenes parientes había emigrado, trescientos cincuenta años marcianos antes, al planeta Tierra para instalarse en éste, y acababa de sucederle allí un incidente sumamente desagradable para todos sus allegados.

Asimismo me dijeron:

«Nosotros, sus familiares, tanto los que vivimos en el planeta Tierra como los que habitamos el planeta Marte, tratamos en un primer momento de afrontar tan desagradable incidente por nuestra cuenta, con nuestros propios recursos. Pero pese a todos nuestros esfuerzos y a las medidas que tomamos, no hemos podido solucionar el problema. Convencidos ahora, finalmente, de que no somos capaces de solucionar este desagradable enredo por nuestra propia cuenta, nos hemos atrevido a molestaros, ¡oh, Recta Reverencia!, y a rogaros vehementemente que tengáis la bondad de no privarnos de vuestro sabio consejo a fin de que podamos hallar una salida adecuada a esta desgraciada situación».

Pasaron entonces a informarme con detalle en qué consistía tal infortunio.

De todo cuanto me contaron pude deducir que el incidente no solo era desagradable para la parentela del joven, sino que también podría resultar inconveniente para todos los seres de nuestra tribu.

De modo que no vacilé en hacerme cargo inmediatamente de la tarea de solucionar el problema que así me habían planteado.

Al principio, traté de ayudarlos desde mi residencia en Marte pero cuando me convencí de que sería imposible hacer nada efectivo desde aquel planeta, me decidí a descender al planeta Tierra para buscar allí, en el mismo lugar del hecho, la posible solución. Al día siguiente de esta decisión, me procuré las cosas más necesarias que tenía a mi alcance y emprendí el viaje en la nave *Ocasión*.

Recordarás que esta nave *Ocasión* no era sino aquélla en que habían sido trasladados todos los seres de nuestra tribu a aquel sistema solar y que, como ya te dije antes, había sido dejada allí para el uso particular de los miembros de nuestra tribu en sus viajes interplanetarios.

El puerto permanente de esta nave se hallaba en el planeta Marte y su comando supremo me había sido confiado desde lo Alto.

De este modo, fue en esta nave *Ocasión* en la que realicé mi primer descenso al planeta Tierra.

En esta mi primera visita, la nave aterrizó precisamente en las costas de aquel continente que durante la segunda catástrofe sufrida por aquel planeta desapareció por completo de su superficie.

Este continente era conocido por el nombre de la «Atlántida» y la mayoría de los seres tricerebrados, así como la mayoría de los miembros de nuestra tribu que habitaban aquel planeta, residían en este continente.

Apenas hube descendido, me dirigí directamente de la nave *Ocasión* a la ciudad de «*Samlios*», situada en aquel continente, donde residía el infortunado miembro de nuestra tribu que había motivado mi descenso.

«*Samlios*» era por entonces una ciudad muy grande; era la capital de la mayor comunidad del planeta Tierra.

También residía en esta ciudad el jefe del país, llamado «Rey Apolis».

Y era precisamente con este rey «Apolis» con quien nuestro joven e inexperto compatriota se había enredado.

Y fue también en esta ciudad de «*Samlios*» donde conocí todos los detalles del asunto.

Supe así, por ejemplo, que con anterioridad al incidente nuestro desgraciado compatriota se había hallado por una u otra razón en excelentes términos con el rey «Apolis», haciéndole frecuentes visitas en su casa.

Según trascendió más tarde, nuestro joven compatriota efectuó, en el curso de una conversación, durante una visita a casa del rey «Apolis», una «apuesta» que fue la causa original de todo cuanto sucedería más tarde.

Sabrás, ante todo, que tanto la comunidad cuyo jefe era el rey «Apolis», como la ciudad de «*Samlios*» donde éste residía, eran entonces las más grandes y ricas de todas las comunidades y poblaciones existentes en la Tierra.

Para la conservación de toda esta riqueza y esplendor, el rey «Apolis» necesitaba grandes cantidades de lo que se conocía con el nombre de «dinero», además de gran cantidad de trabajo por parte de los seres ordinarios que integraban la comunidad.

Es necesario precisar aquí que, en el tiempo de mi primer descenso personal a aquel planeta, el órgano *Kundabuffer* ya no formaba parte del organismo de estos seres que tanto te han interesado.

Y solo en una reducida parte de los seres tricerebrados que allí habitaban, habían empezado ya a cristalizar diversas consecuencias de las propiedades de aquel órgano, para ellos maléfico.

En la época en que se desarrolló la historia que te estoy contando, una de las consecuencias de las propiedades de este órgano que ya se habían cristalizado cabalmente en cierto número de terráqueos, era la de aquella propiedad que, mientras el órgano *Kundabuffer* funcionaba todavía en ellos, les había permitido con suma facilidad y sin ningún remordimiento de conciencia no realizar voluntariamente ninguna de las obligaciones a ellos encomendadas u ordenadas por un superior. En su lugar, los deberes eran cumplidos solamente por temor a las «amenazas» y a posibles «castigos» exteriores.

Y fue precisamente en esta misma consecuencia de aquella propiedad ya cristalizada cabalmente en algunos de los seres que por entonces habitaban la Tierra, donde residió la causa de todo el incidente.

De modo pues, querido nieto, que así sucedieron las cosas. El rey «Apolis», que se había mostrado en extremo consciente con respecto a las obligaciones que sobre sí había tomado para la conservación de la grandeza de la comunidad a él confiada, no había escatimado ni esfuerzos ni bienes en la tarea y, por consiguiente, exigió otro tanto por parte de todos los demás miembros de la comunidad.

Pero sucedió, como ya te he dicho, que habiendo ya cristalizado cabalmente las mencionadas consecuencias del órgano *Kundabuffer* en cierta parte de sus súbditos, el rey «Apolis» tuvo que emplear toda suerte de «amenazas» a fin de conseguir de cada uno lo que se necesitaba para forjar la grandeza de la comunidad confiada a su dirección.

Tan variados eran sus métodos y al mismo tiempo, tan razonables, que incluso aquellos «seres súbditos» en quienes ya se habían cristalizado las mencionadas consecuencias no pudieron evitar respetarlo, si bien le pusieron, a sus espaldas, el apodo de «Archiastuto».

De modo pues, querido niño, que los medios de que se sirvió el rey «Apolis» para obtener de sus súbditos lo necesario para el mantenimiento de la grandeza de la comunidad confiada a su dirección, le parecieron a nuestro joven compatriota, por una u otra razón, injustos, y, según se dice, a menudo era presa de la mayor indignación e inquietud, cada vez que se enteraba de un nuevo recurso ideado por el rey «Apolis» para conseguir lo que se proponía.

Y en cierta oportunidad, mientras conversaba con el propio rey, nuestro joven e ingenuo compatriota no pudo contenerse y le dijo en su propia cara la indignación que sus medidas le habían provocado, manifestándole su acerba censura a lo que consideraba una conducta «inconsciente» hacia los súbditos del rey.

El rey «Apolis» no solo no se encolerizó, como suele suceder en el planeta Tierra cuando alguien mete la nariz en lo que no le importa, sino que condescendió a discutir pacíficamente las razones que habían influido sobre su «severa» decisión.

Así hablaron largo tiempo, siendo el resultado de toda la conversación una «apuesta», es decir, que realizaron un acuerdo y así lo dejaron sentado en un documento, que ambos firmaron con su propia sangre.

Entre otras cosas comprendidas en este convenio, el rey «Apolis» se comprometía a emplear, de ahí en adelante, para obtener lo que consideraba necesario de sus súbditos, solo aquellas medidas y medios que le fuesen indicados por nuestro compatriota.

Y en el caso de que sus súbditos no lograsen contribuir en la medida en que las circunstancias lo requerían, nuestro compatriota sería el responsable absoluto del perjuicio por ello implicado, comprometiéndose a proporcionar al tesoro del rey «Apolis» todo lo necesario para la conservación y posterior engrandecimiento de la capital y de la comunidad.

Y sucedió entonces, querido niño, que el rey «Apolis» cumplió, efectivamente, desde el día siguiente, en todos sus puntos, la obligación que por el acuerdo había contraído, conduciendo todo el gobierno del país en estricta conformidad con las instrucciones impartidas por nuestro joven compatriota. Los frutos de semejante política, sin embargo, no tardaron en resultar precisamente todo lo contrario de lo que nuestro simple congénere había esperado.

No solo dejaron de pagar los súbditos de aquella comunidad —principalmente, por supuesto, aquéllos en quienes las tristes consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* habían ya cristalizado cabalmente— al tesoro del rey «Apolis» las sumas requeridas, sino que incluso llegaron a arrebatar gradualmente lo que antes habían cedido.

Dado que nuestro compatriota se había comprometido a contribuir con lo que fuera necesario, y, lo que es más, había firmado el compromiso con su sangre —y tú sabes, por supuesto, lo que significa un compromiso voluntario, especialmente cuando ha sido firmado con la propia sangre— debió empezar a procurar al tesoro, a la mayor brevedad, el dinero del déficit producido.

Al comienzo, bastó con que colocara todos los bienes de su pertenencia personal, pero pronto debió recurrir a sus más próximos allegados que habitaban en el mismo planeta. Y cuando estos hubieron dado todo lo que podían dar, recurrió entonces en demanda de auxilio a sus parientes radicados en el planeta Marte.

Pero pronto también los bienes del planeta Marte se agotaron y todavía el tesoro de la ciudad de «*Samlios*» seguía pidiendo más y más; no parecía sino que el fin se alejaba cada vez más con cada nuevo depósito.

Fue entonces, precisamente, cuando cundió la alarma entre los allegados de este compatriota nuestro, decidiendo de común acuerdo dirigirse a mí en demanda de ayuda para ver qué podía hacer en aquel asunto.

Así pues, querido nieto, cuando llegamos a aquella ciudad, me salieron al encuentro todos los miembros de nuestra tribu, jóvenes y viejos por igual, que se habían establecido en aquel planeta.

En la noche de aquel mismo día se convocó a una asamblea general a fin de discutir la posibilidad de encontrar alguna salida a la situación planteada.

A esta conferencia fue invitado el propio rey «Apolis» con quien ya nuestros mayores habían celebrado previamente varias conversaciones sobre el mismo problema.

En esta primera asamblea general de nuestros compatriotas, el rey «Apolis»

se dirigió a todos nosotros de la forma siguiente:

«¡Amigos imparciales!».

«Personalmente, lamento profundamente lo ocurrido, así como todas las dificultades que esto ha acarreado a quienes se hallan ahora reunidos en este lugar; y no lamento menos que se halle completamente fuera de mis posibilidades la solución de estos problemas».

«Sabréis, sin duda, —prosiguió el rey "Apolis"— que la maquinaria del gobierno de mi comunidad, establecida y organizada después de muchos siglos de trabajo, ha sufrido, en la actualidad, cambios radicales. Pues bien; el retorno al viejo orden de cosas resulta ahora imposible debido a las serias consecuencias que esto acarrearía, a saber, una irrefrenable indignación por parte de la gran mayoría de mis súbditos».

«La situación presente es tal que yo solo me siento totalmente incapaz de superar las dificultades creadas sin provocar la ira de mis súbditos, por lo cual os pido, en el nombre de la Justicia, que me ayudéis en esta embarazosa situación».

«Más aún —agregó después—, me acuso amargamente a mí mismo, en presencia de todos vosotros, puesto que yo también soy en gran parte culpable de los infortunios que mi comunidad padece».

«Y yo soy culpable, pues debí haber previsto lo que ocurriría, dado que viví mucho más tiempo entre mi pueblo, conociendo a fondo sus características, que el desafiante de vuestra familia, es decir, aquél con quien realicé el acuerdo que todos vosotros conocéis».

«A decir verdad, es imperdonable que yo me haya arriesgado a aceptar semejantes condiciones por parte de un ser que, aunque puede estar dotado de una razón mucho más elevada que la mía, sin embargo, no conoce tan a fondo como yo la particularidad de mi pueblo».

«Una vez más os pido a todos vosotros y a vuestra Recta Reverencia, en particular, que me perdonéis, prestándome vuestro auxilio en este pleito, permitiéndome hallar una salida a la dificultosa situación planteada».

«Dado el actual estado de cosas, no puedo hacer sino lo que vosotros me indiquéis».

Una vez que el rey «Apolis» se hubo retirado, decidimos esa misma noche elegir de entre nosotros a varios miembros maduros y de vasta experiencia para que sopesaran conjuntamente, esa misma noche, todos los datos que obraban en nuestro poder, a fin de elaborar un plan adecuado de acción.

El resto de la asamblea se separó entonces con la consigna de volver a reunirse la noche siguiente en el mismo lugar; pero el rey «Apolis» no fue invitado a esa segunda conferencia. Éste es el informe presentado por uno de nuestros mayores que había sido elegido la noche anterior para el estudio de los datos conocidos, referentes a la situación creada.

«Toda la noche meditamos y conferenciamos, sin descuidar un solo detalle de este lamentable suceso, llegando unánimemente a la conclusión de que la única solución posible consistía en la vuelta al antiguo sistema de gobierno».

Además, todos nosotros, también de forma unánime, hemos coincidido en que el retorno al antiguo sistema de gobierno habrá de provocar inevitablemente una revuelta por parte de los ciudadanos de la comunidad y que, por supuesto, habrá que padecer en este caso, todas las consecuencias propias de una rebelión.

Y, claro está, como se ha hecho frecuente aquí, por otra parte, muchos de los seres llamados «influyentes» pertenecientes a esta comunidad habrán de sufrir terriblemente, incluso probablemente hasta su destrucción total; pero, sobre todas las cosas, nos ha parecido imposible que el rey «Apolis» pudiera librarse de ese destino.

A continuación, pasamos revista de forma ordenada a todos los medios posibles de desviar estas desdichadas consecuencias por lo menos de la persona del rey «Apolis».

Y como es natural, era nuestro mayor deseo encontrar algún medio satisfactorio, dado que en nuestra asamblea general de la noche anterior, el propio rey «Apolis» se manifestó de forma sumamente franca y amistosa con nosotros, por lo cual se nos hacía más penoso cualquier padecimiento que éste pudiera sufrir.

Tras nuevas y prolongadas deliberaciones, llegamos a la conclusión de que sería posible salvar al rey «Apolis» de las funestas consecuencias de este enredo, solo si durante la referida rebelión se lograse que la furia de los revoltosos se dirigiese no contra el rey mismo, sino contra quienes lo rodeaban, es decir, contra aquellos que forman lo que se conoce con el nombre de Administración.

Pero se nos planteó entonces la pregunta —lógica por otra parte— de si aquellos que rodean al rey habrían de aceptar de buen grado la responsabilidad de todo este asunto.

Pues bien; nosotros llegamos a la categórica conclusión de que ninguno de estos habría de acceder, por la consideración de que, indudablemente, era el rey

el único responsable de tan calamitosos sucesos y por lo tanto, el único que por ellos debía pagar.

Habiendo llegado pues a las referidas conclusiones, decidimos finalmente, también de forma unánime, lo siguiente:

«A fin de salvar por lo menos al rey “Apolis” de lo que se supone será una consecuencia inevitable de nuestra decisión, debemos, con el consentimiento del rey, reemplazar a todos los miembros de esta comunidad que desempeñan actualmente cargos de responsabilidad, sustituyéndolos por miembros de nuestra tribu y cada uno de estos, durante el apogeo de esta “psicosis” de las masas deberá hacerse cargo de una parte de las consecuencias previstas».

Una vez que este miembro de nuestra familia hubo así finalizado su informe, rápidamente nos formamos una opinión al respecto.

Y, con una unánime resolución, decidimos hacer exactamente lo que nuestros mayores nos aconsejaban.

A continuación, comenzamos por enviar a uno de nuestros miembros más ancianos ante el rey «Apolis» a fin de exponerle nuestro plan de acción, con el cual aquél estuvo de acuerdo, repitiendo una vez más su promesa de proceder en todo con arreglo a nuestras instrucciones.

A fin de no demorarnos un día más, nuestro segundo paso consistió en decidir el reemplazo inmediato de todos los funcionarios por miembros de nuestra tribu.

Pero dos días después se comprobó que el número de miembros de nuestra tribu residentes en el planeta Tierra no era bastante para reemplazar a todos los funcionarios de la comunidad, por lo cual resolvimos enviar inmediatamente a la nave *Ocasión* al planeta Marte para traer nuevos miembros de los que allí residían.

Entre tanto, el rey «Apolis», guiado por dos de nuestros mayores, comenzó a reemplazar, con diferentes pretextos, a diversos funcionarios, en la capital de «*Samlios*».

Algunos días después, a la llegada de nuestra nave *Ocasión* procedente del planeta Marte y portadora de los miembros marcianos de nuestra tribu, se procedió a reemplazos similares también en las provincias y pronto la totalidad de los cargos responsables fueron desempeñados en toda la comunidad por miembros de nuestra tribu.

Y, cuando todo hubo cambiado en ese sentido, el rey «Apolis», siempre bajo la dirección de nuestros mayores, inició la restauración del código de

disposiciones anteriormente vigente para la administración de la comunidad.

Casi desde el principio mismo de la restauración del antiguo código, comenzaron a manifestarse los efectos previstos en la psiquis general de aquellos seres de la comunidad en quienes las consecuencias de la referida propiedad del maléfico órgano *Kundabuffer* ya se habían cristalizado cabalmente.

De esta forma, se acentuó, de día en día, el esperado descontento de las masas, hasta que por fin, poco tiempo después, ocurrió lo que desde entonces ha sido característica distintiva de la presencia de los seres tricerebrados que habitaron aquel malhadado planeta en todas las épocas subsiguientes, y fue ello lo que actualmente se conoce con el nombre de «revolución». Y durante aquella revolución también tuvieron lugar otros hechos que desde entonces se han hecho, asimismo, característicos de los seres tricerebrados de esta parte de nuestro Gran Universo, es decir, que destruyeron una inmensa cantidad de bienes que habían venido acumulando durante siglos, aniquilando, incluso, gran parte del «conocimiento» que habían alcanzado con el largo transcurrir de los siglos, perdiéndolo así para siempre, y destruyendo también para siempre, la existencia de aquellos otros seres semejantes a ellos que habían acertado a liberarse de las maléficas consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*.

Es en extremo interesante recalcar aquí un hecho asombroso e incomprensible.

Y es éste, que durante las últimas revoluciones de este tipo, casi todos los seres tricerebrados del planeta Tierra, o por lo menos una abrumadora mayoría de los que cayeron víctimas de tal «psicosis», han destruido por una u otra razón, la existencia de sus semejantes, así como la de aquellos que habían logrado liberarse de las consecuencias de las propiedades de aquel maléfico órgano *Kundabuffer* que, para infortunio de los terráqueos, poseyeron sus antepasados.

Así pues, querido niño, mientras seguía su curso el proceso de esa revolución, el rey «Apolis» trasladó su residencia a uno de los palacios suburbanos que poseía en la ciudad de «*Samlios*».

A nadie se le ocurrió atentar contra el rey, dado que nuestros miembros habían conseguido, por medio de su ingeniosa propaganda, que toda la culpa de los desastres recayese no sobre el rey «Apolis» sino sobre quienes lo rodeaban, es decir, sobre su administración.

Además, incluso los seres que cayeron víctimas de la mencionada psicosis se «apiadaron» de su rey, afirmando que éste (su «pobre rey») se había rodeado de súbditos tan inconscientes e ingratos que tan solo por culpa de ellos se habían producido todas las calamidades que los asolaban.

Cuando el encono revolucionario se hubo disipado por completo, el rey «Apolis» volvió a la ciudad de «*Samlios*», donde nuevamente con la ayuda de nuestros mayores, comenzó gradualmente a reemplazar a nuestros compatriotas por los antiguos funcionarios que todavía vivían, o bien por otros nuevos de su absoluta confianza.

Y cuando la vieja política del rey «Apolis» para con los súbditos se hubo restablecido nuevamente, los ciudadanos de la comunidad comenzaron a aportar una vez más sus bienes para el enriquecimiento del tesoro y bajo la dirección de su rey, los asuntos de la comunidad marcharon otra vez al magnífico ritmo anterior.

En cuanto a nuestro inocente y desafortunado compatriota, que había sido la causa de todo aquello, el episodio le resultó tan doloroso que ya no quiso permanecer más en aquel planeta, para él tan nefasto, por lo que regresó al planeta Marte donde posteriormente llegó a ser un excelente jefe de todos los seres de su tribu.

Capítulo 16
La comprensión relativa del tiempo

Tras una breve pausa Belcebú reanudó su relato de esta forma:

Antes de seguir contándote todo lo referente a estos seres tricerebrados que tanto han cautivado tu fantasía y que habitan el lejano planeta Tierra, es a mi juicio absolutamente necesario, para una clara representación de lo extraño de su psiquismo y, en general, para una mejor comprensión de todo lo relativo a este peculiar planeta, poseer ante todo, una noción exacta de su cálculo del tiempo y que sepas cómo la sensación eseral de lo que se llama el «proceso del fluir del tiempo» ha cambiado gradualmente en la presencia de los seres tricerebrados de aquel planeta, para convertirse en lo que es actualmente.

Es necesario que comprendas esto claramente, pues solo así tendrás la posibilidad de representarte ajustadamente y de comprender los sucesos del planeta Tierra que ya te he mencionado y los que habré de narrarte a continuación.

Antes que nada es necesario que sepas que para definir el tiempo, los seres tricerebrados de aquel planeta toman el «año» como unidad básica de medida cronológica, exactamente de la misma forma en que lo hacemos nosotros y, también al igual que nosotros, definen la duración de este «año» por el tiempo requerido por cierto movimiento de su planeta en relación con otra concentración cósmica definida; es decir, que ellos consideran el período durante el cual su planeta, en su trayectoria —esto es, en el proceso de «Caída» y «Recuperación»— describe lo que se conoce con el nombre de una «revolución *Krentonalniana*» en torno a su sol.

Esto es semejante al cómputo cronológico que llevamos en nuestro planeta *Karataz*; pues como sabes, en este planeta un «año» equivale al tiempo comprendido entre las dos mayores aproximaciones que tienen lugar entre los

soles «Samos» y «Selos» durante el curso de sus trayectorias. Los terráqueos llaman «siglo» al conjunto de cien «años» terráqueos. Este año terráqueo se halla dividido en doce partes, recibiendo cada una el nombre de «mes».

La duración de este «mes terráqueo» es definida de acuerdo con el tiempo empleado por el fragmento de mayor tamaño —desprendido del planeta en épocas antiguas y conocido actualmente con el nombre de «luna»— en recorrer, obedeciendo a las mismas leyes cósmicas de la «Caída» y de la «Recuperación», una «revolución *Krentonalniana*» completa en torno al planeta madre.

Debo hacerte notar que las doce «revoluciones *Krentonalnianas*» de la referida luna no corresponden exactamente a una «revolución *Krentonalniana*» del planeta madre alrededor de su sol, por lo cual, han debido hacer ciertos ajustes en el cálculo de estos meses a fin de que su suma total coincidiera aproximadamente con la realidad.

Además, estos meses se hallan divididos en treinta partes conocidas con el nombre de «días». Cada uno de estos «días» coincide con el tiempo empleado por el planeta para efectuar una «rotación completa» sobre sí mismo, en conformidad con las referidas leyes cósmicas.

Te diré, de paso, que siempre habrás de tener presente que también le llaman «día» al momento en que la atmósfera de su planeta —tal como sucede generalmente en todos los demás planetas en que, como ya te he dicho antes, se materializa el proceso cósmico de «*Ilnosoparno*»— tiene lugar el proceso «trogoautoegocrático» que nosotros llamamos «*kshtatsavajt*»; a este fenómeno cósmico también lo suelen llamar «es de día».

En cuanto al otro proceso, es decir, el proceso inverso, que nosotros llamamos «*Kldatsajti*», recibe el nombre de «noche; —y dicen entonces—: es de noche».

De modo pues que estos seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, denominan al mayor período del flujo cronológico «siglo» y este «siglo» consta de cien «años».

Un año tiene doce «meses». Un «mes» tiene, de término medio, treinta «días». Cada «día» se halla dividido en veinticuatro «horas», y cada «hora» en sesenta «minutos». La comprensión relativa del tiempo. Un «minuto» se halla dividido a su vez en sesenta «segundos».

Pero como en general, querido nieto, no estás familiarizado con la excepcional peculiaridad de este fenómeno cósmico —me refiero al Tiempo—

tendré que explicarte primero la formulación que la auténtica Ciencia Objetiva ha hecho del mismo:

> El Tiempo como tal no existe; no es más que un conjunto de resultados provenientes de todos los fenómenos cósmicos presentes en un lugar dado.
>
> Al Tiempo, como tal, ningún ser puede comprenderlo ya sea por medio de la razón, ni sentirlo por medio de una función eseral interna o externa, sea cual fuere. Ni siquiera puede ser percibido por el instinto, presente en toda formación cósmica más o menos independiente, sea cual fuere el grado de ese instinto.
>
> Solo es posible evaluar el Tiempo si se comparan los fenómenos cósmicos reales que se desarrollan en el mismo lugar y en las mismas condiciones en que el Tiempo ha sido tomado como objeto de consideración.
>
> Es necesario notar que en nuestro Gran Universo todos los fenómenos en general, sin excepción, dondequiera que surjan o se manifiesten, no son sino «Fragmentaciones» sucesivas conformes a las leyes de un fenómeno total que tiene su origen primero en el «Sagrado Sol Absoluto».
>
> Y, en consecuencia, todos los fenómenos cósmicos, dondequiera que se produzcan, tienen un significado «objetivo».
>
> Y esas sucesivas «Fragmentaciones» conformes a las leyes, se materializan en todos sus aspectos incluso en el sentido de su involución y evolución, según la ley cósmica fundamental sagrada de «*Heptaparaparshinoj*».
>
> Solo el Tiempo carece de sentido objetivo debido a que no es el resultado de la Fragmentación de ningún fenómeno cósmico determinado. Y si no procede de cosa alguna, pero identificándose siempre con todo y permaneciendo soberanamente independiente; es solo él, en todo nuestro vasto Universo, quien puede merecer la denominación de «Fenómeno Idealmente Único y Subjetivo».

De modo pues, querido niño, que únicamente el Tiempo o, como se lo llama a veces, el «*Heropás*», es el único fenómeno cuya aparición no depende de ninguna fuente; a la imagen del «Amor Divino», fluye perpetuamente de sí

mismo, como ya te dije, con independencia de sí mismo, identificándose proporcionalmente con todos los fenómenos presentes en el lugar dado y en las condiciones dadas de nuestro Gran Universo.

Una vez más vuelvo a decirte que solo podrás entender cabalmente lo que antes te he narrado acerca de los terráqueos, cuando te explique —tal como te prometí hacerlo— más adelante, todo lo relativo a las leyes fundamentales de la creación y el mantenimiento del Mundo.

Mientras tanto, recuerda también esto: que puesto que el Tiempo no tiene origen y no se puede, a diferencia de todos los demás fenómenos cósmicos de todas las esferas cósmicas, establecer su presencia exacta, la ya mencionada Ciencia Objetiva posee, en consecuencia, para el estudio del Tiempo, una unidad uniforme, semejante a la usada para la definición exacta de la densidad y calidad de las vibraciones de todas las sustancias cósmicas generalmente presentes en todo lugar y en todas las esferas de nuestro Gran Universo.

Y para la evaluación del Tiempo la unidad básica escogida desde antiguo es el instante de lo que se llama la «sensación *Egokulnatsnarniana* sagrada» que siempre se da en los más Sagrados «Individuums» Cósmicos que habitan el Sagrado «Sol Absoluto», cada vez que la visión de nuestra ETERNIDAD UNIEXISTENTE se dirige hacia el espacio tocando directamente sus presencias.

La Ciencia Objetiva ha establecido esta unidad patrón para hacer posible la definición y comparación exactas de las diferencias existentes entre las gradaciones de los procesos de las sensaciones subjetivas de los *Individuums* Conscientes, así como de lo que conocemos con el nombre de «diversidad de ritmos» en los distintos fenómenos cósmicos objetivos que se manifiestan en diversas esferas de nuestro Gran Universo y que se materializan en todos los orígenes de los procesos cósmicos, grandes y pequeños por igual.

La característica principal del proceso del fluir del tiempo consiste en que éste es percibido en la misma forma y en la misma secuencia por la presencia de todas las formaciones cósmicas de diferentes escalas.

A fin de que puedas por ahora representarte, al menos aproximadamente, lo que acabo de decirte, tomemos como ejemplo el proceso del fluir del Tiempo que se da en una de las gotas de agua de esa jarra que está sobre la mesa.

Cada gota de agua de esa jarra constituye por sí misma un mundo independiente y completo, un «Microcosmos».

En ese pequeño mundo, al igual que en otros cosmos, también nacen y existen «individuums» o seres infinitesimales, relativamente independientes.

También para los seres de ese infinitamente pequeño mundo, el Tiempo transcurre en el mismo orden en que fluye el Tiempo percibido por todos los individuos de todos los cosmos. Estos seres infinitesimales poseen también, al igual que los seres que habitan otros cosmos correspondientes a otras «escalas», una experiencia de la duración definida de todas sus percepciones y manifestaciones y también como ellos, captan el fluir del Tiempo por la comparación entre las diversas duraciones de los fenómenos que entre ellos tienen lugar.

Exactamente igual que los seres de otros cosmos, ellos nacen, crecen, se unen y se separan para obtener lo que se conoce con el nombre de «resultado sexual» y también se enferman y sufren y, por fin, al igual que todas las cosas que existen donde la Razón Objetiva no ha sido fijada, son destruidos por siempre jamás.

Para ellos el Tiempo tiene una duración definida y proporcionada al proceso completo de la existencia de estos seres infinitesimales que habitan en ese mundo diminuto, y su idea del Tiempo es puesta de manifiesto por los fenómenos circundantes dentro de esa «escala cósmica» dada.

También ellos necesitan un tiempo de duración definida para los procesos de su nacimiento y formación, así como para los diversos sucesos que integran los procesos de su existencia, hasta su completa destrucción final.

En el curso del proceso eseral de los seres de esta gota de agua, son necesarios también lo que se llaman «intervalos» del fluir del Tiempo.

Hace falta un Tiempo definido para sus alegrías y para sus penas, y en suma, para cualquier clase de experiencia del ser, desde lo que se llama «rachas de mala suerte», hasta los «períodos de avidez de autoperfeccionamiento».

También entre ellos, te repito una vez más, el proceso del flujo cronológico sigue una sucesión armoniosa, y esta sucesión depende del conjunto de todos los fenómenos circundantes.

La duración del proceso del flujo cronológico es percibida y registrada generalmente de la misma forma por todos los individuos cósmicos antes mencionados y por las unidades provistas de «instinto» y ya definitivamente formadas, con la única diferencia referida a la calidad de su presencia y a su estado general en el momento dado.

Sin embargo, debes advertir, querido nieto, que si bien para los diferentes individuos que existen en una misma unidad cósmica independiente, la

definición del flujo cronológico no es objetiva en el sentido general, adquiere no obstante para ellos el sentido de la objetividad, puesto que el fluir del tiempo es percibido por ellos según el grado de realización de su propia presencia.

Esta misma gota de agua que hemos tomado por ejemplo puede servirnos para una mejor comprensión de esta idea que te vengo exponiendo.

Aunque en el sentido de la Objetividad Universal general, el período total del proceso del flujo cronológico en esa misma gota de agua es en su totalidad subjetivo, para los seres que existen en la gota de agua dicho flujo cronológico es percibido por ellos como si fuera objetivo.

Para aclarar este concepto nos resultarán útiles ciertos individuos llamados «hipocondríacos» que habitan entre los seres tricerebrados del planeta Tierra, que tan gran interés ha despertado en ti.

A estos hipocondríacos terrestres les parece con suma frecuencia que el Tiempo transcurre de forma infinitamente lenta, como ellos mismos dicen, que «se arrastra tediosamente».

Y así, exactamente del mismo modo, podría parecer alguna vez también a alguno de los seres infinitesimales que existen en esa gota de agua —suponiendo, claro está que también entre ellos hubiera hipocondríacos— que el Tiempo se arrastra con increíble lentitud, y «tediosamente».

Pero en realidad, desde el punto de vista de la sensación de la duración del Tiempo experimentada por tus favoritos del planeta Tierra, la duración total de la existencia de los «seres microcosmos» solo dura unos pocos de lo que ellos llaman «minutos» y a veces, incluso, no más de pocos —también como dicen ellos— «segundos».

Ahora bien; a fin de que puedas entender todavía mejor el Tiempo y sus características, será conveniente comparar tu edad con la correspondiente de un habitante del planeta Tierra.

Y a fin de llevar a cabo esta comparación nosotros también deberemos tomar la misma unidad patrón de Tiempo que emplea la Ciencia Objetiva, como ya te dije, para esos cálculos.

Deberás recordar, ante todo, —que de acuerdo con los datos que más tarde aprenderás cuando yo te haya explicado especialmente las leyes de la creación y del mantenimiento del Mundo—, ha sido también establecido por esta Ciencia Objetiva que, en general, todos los seres tricerebrados normales —incluyendo asimismo entre ellos, por cierto, también a los seres que habitan nuestro Planeta *Karataz*— perciben la sagrada acción «*Egokulnatsarniana*» para la definición

del Tiempo cuarenta y nueve veces más despacio de lo que esa misma acción sagrada es percibida por los Sagrados «Individuums» que habitan el Santísimo «Sol Absoluto».

En consecuencia, el proceso del flujo cronológico para los seres tricerebrados de nuestro planeta *Karataz*, fluye cuarenta y nueve veces más rápido que en el «Sol Absoluto» y otro tanto habrá de ocurrir con los habitantes del planeta Tierra.

Y se ha calculado también que durante el espacio de Tiempo requerido por el sol «Samos» para alcanzar el punto más cercano al sol «Selos», período éste tomado como unidad equivalente al «año» en el planeta *Karataz*, el planeta Tierra efectúa en relación a su Sol «Ors», trescientas ochenta y nueve revoluciones «*krentonalnianas*».

De donde se desprende que nuestro «año», de acuerdo con el cálculo cronológico objetivo convencional, es trescientas ochenta y nueve veces mayor que el período considerado un «año» por tus favoritos del planeta Tierra.

No puede carecer de interés para ti saber que todos estos cálculos me fueron explicados parcialmente por el Gran Archiingeniero del Universo, Su Mesurabilidad, el Arcángel Alguematán, «QUIERA LA DIVINIDAD QUE SE PERFECCIONE EN EL SAGRADO *ANKLAD*». Me lo explicó con ocasión de la primera desgracia que azotó al planeta Tierra, cuando visitó el planeta Marte en calidad de uno de los Sagrados Miembros de la tercera Altísima Comisión; y también el capitán de la nave transespacial *Omnipresente*, con quien compartí varias charlas amistosas durante ese viaje, me explicó en parte la naturaleza de estos cálculos, durante el viaje de regreso a casa.

Debes advertir también que tú, como ser tricerebrado nacido en el planeta *Karataz*, solo eres en el momento actual un niño de doce años y, con respecto al Ser y a la Razón, eres exactamente igual a un niño de doce años nacido en el planeta Tierra que no se ha formado todavía completamente ni tiene plena consciencia de sí mismo; es decir, que tú pasas ahora por la edad del ser por la que han de pasar todos los seres tricerebrados en el transcurso de su crecimiento, cuya etapa final es la del Ser Responsable.

Todos los «rasgos» de tu psiquismo —lo que llamamos «carácter», «temperamento», «inclinaciones», y, en una palabra, todas las características del psiquismo que se ponen de manifiesto exteriormente— son exactamente iguales a los de un ser tricerebrado terráqueo todavía inmaduro de doce años de edad.

De modo que, según se desprende de todo cuanto hemos dicho, si bien de

acuerdo con nuestros cálculos cronológicos eres todavía igual a un niño de doce años del planeta Tierra —todavía no formado y sin consciencia de ti mismo— de acuerdo con la comprensión terráquea subjetiva y sus sensaciones eserales del flujo cronológico, ya has vivido, según sus cálculos del tiempo, no doce años sino nada menos que cuatro mil seiscientos sesenta y ocho años.

Gracias a todo lo que te he explicado tendrás ahora material suficiente para aclarar ciertos conceptos relativos a los factores que fueron más tarde la causa de que la duración normal media adecuada de su existencia comenzara a disminuir gradualmente hasta reducirse, en la actualidad, a prácticamente «nada».

En rigor, esta disminución gradual de la duración media de la existencia de los seres tricerebrados que habitan aquel malhadado planeta que ha terminado por reducir la duración total de su existencia a «nada», no solo produjo este efecto sino otras muchas y variadas consecuencias y entre estos múltiples y variados efectos el primero y el principal fue, por supuesto, que la Naturaleza tuvo que adaptarse a su vez, gradualmente, a fin de transformar su presencia en las que ahora ostentan.

Y en cuanto a todos los demás efectos, exige la Justicia que destaque ante todo que estos efectos nunca hubieran surgido en el malhadado planeta si la primera causa no hubiera tenido lugar, pues de ésta, por lo menos a mi juicio, se derivaron principalmente todas las demás; aunque claro está que muy paulatinamente.

Ya comprenderás todo esto perfectamente después de escuchar otras explicaciones complementarias referentes a estos seres tricerebrados; solo te hablaré, por ahora, acerca de la primera causa fundamental, es decir, por qué y cómo la Gran Naturaleza misma se vio forzada a reformar su presencia dándoles otras nuevas.

En primer lugar debo decirte que existen generalmente en el Universo, dos «clases», o dos «principios», de la duración de la existencia del ser.

La primera clase o «principio» de existencia del ser llamado «*Fulasnitamniano*» es propia de la existencia de todos los seres tricerebrados que habitan todos los planetas de nuestro Gran Universo, y el objetivo fundamental, así como el sentido de su existencia, es que a través de estos seres ha de producirse la transmutación de las sustancias cósmicas necesarias para lo que se conoce con el nombre de «Proceso Trogoautoegocrático Cósmico Común».

El segundo principio de la existencia del ser, es aquel al que están sometidos todos los seres uni y bicerebrados, dondequiera que aparezcan. Y el sentido y objetivo de la existencia de estos seres consiste también en que a través de los mismos tiene lugar la transmutación de las sustancias cósmicas requeridas, no a los fines de un carácter cósmico común, sino tan solo para los fines de aquel sistema solar o incluso, exclusivamente, del planeta en que estos seres uni y bicerebrados habitan.

En todo caso, a fin de que puedas comprender lo extraño del psiquismo de estos seres tricerebrados que a tal punto han cautivado tu fantasía, deberás saber también que en un principio, una vez que el órgano *Kundabuffer* con todas sus propiedades inherentes hubo sido eliminado de sus presencias, la duración de su existencia pasó a ser regida por el principio «*Fulasnitamniano*», es decir, que ellos también debían existir hasta que se hubiera revestido en ellos, y completamente perfeccionado en razón, lo que se conoce con el nombre de «cuerpo *Kesdyan*» o, como ellos comenzaron a llamar más tarde a esta parte de su ser —que, dicho sea de paso, los seres actuales solo conocen de oídas— el «cuerpo Astral».

De modo pues, querido niño, que cuando más tarde, por razones que más adelante habrás de conocer, comenzaron a existir ya en condiciones excesivamente anómalas, es decir, en forma totalmente impropia de seres tricerebrados y cuando como consecuencia de esto habían dejado de emanar, por un lado, las vibraciones requeridas por la Naturaleza para el mantenimiento de los fragmentos separados de su planeta y, por otro lado, habían empezado, debido a la peculiaridad de su extraña psiquis, a destruir a los seres de otras formas que habitaban su mismo planeta, disminuyendo de este modo el número de fuentes requeridas para esta finalidad, entonces la propia Naturaleza, se vio obligada gradualmente a materializar las presencias de esos seres tricerebrados en conformidad con el segundo principio, es decir, el principio «*Itoklanotz*», esto es, a materializarlos de la misma forma en que ella materializa a los seres uni y bicerebrados a fin de que puedan alcanzar el requerido equilibrio de las vibraciones, de acuerdo con la calidad y con la cantidad.

En cuanto a la significación del principio «*Itoklanotz*», también te la habré de explicar más adelante.

Por ahora recuerda que, si bien los motivos fundamentales de la disminución de la duración de la existencia de los seres tricerebrados que habitan este planeta derivaron de causas independientes a ellos, no obstante, después, la principal

razón de todos los tristes resultados posteriores fue —y sigue siendo todavía— las condiciones anormales de existencia eseral ordinaria que ellos mismos establecieron.

Gracias a estas circunstancias, la duración de su existencia ha seguido reduciéndose cada vez más en los tiempos actuales, hasta alcanzar un punto tal, que la diferencia entre la duración del proceso de la existencia de los seres tricerebrados de los demás planetas situados en el resto del Universo y la duración del proceso de la existencia de los seres tricerebrados del planeta Tierra ha llegado a equivaler a la diferencia existente entre la duración real de su existencia y la duración de la existencia de los seres infinitesimales que habitan esa gota de agua que tomamos como ejemplo.

¿Comprenderás ahora, querido nieto, por qué hasta el Gran «*Heropás*» mismo, o sea el tiempo, se ha visto obligado realizar este absurdo evidente en la presencia de estos desgraciados seres tricerebrados que pueblan el malhadado planeta Tierra?

Ahora, gracias a todo lo que te he explicado, podrás enfocar el problema desde el ángulo adecuado para comprender la justicia con que aquí actuó «*Heropás*» pese a su inflexibilidad habitual.

Una vez que hubo pronunciado estas palabras, Belcebú guardó silencio, y cuando nuevamente volvió a dirigir la palabra a su nieto, exclamó con un profundo suspiro:

—¡Ah…, mi querido niño! Más adelante, una vez que te haya hablado más extensamente de los seres tricerebrados y del infortunado planeta Tierra, tú mismo podrás comprender todo lo referente a su azarosa existencia, formándote tu propia opinión al respecto.

Tú mismo podrás comprender entonces, que si bien las causas fundamentales de todo el caos actualmente imperante en el desdichado planeta Tierra derivaron de cierta «imprevisión» por parte de diversos *Individuums* Sagrados de lo Alto, no obstante, las causas principales del desarrollo de ciertos males posteriores no fueron sino las condiciones anormales establecidas paulatinamente en la existencia del ser ordinario por ellos mismos, y que siguen prevaleciendo todavía en la actualidad.

En todo caso, querido niño, cuando hayas reunido mayores conocimientos acerca de estos, tus favoritos, no solo —te repito— habrás de ver con toda claridad cuan lamentablemente pequeña se ha tornado la duración de la

existencia de estos desdichados en comparación con la duración normal de la existencia que desde los más remotos tiempos ha sido establecida uniformemente como una ley para todo tipo de seres tricerebrados en todos los dominios del Gran Universo, sino que también habrás de comprender cómo, por iguales razones, han empezado a desaparecer gradualmente en estos infortunados seres, hasta faltar por completo, todas las sensaciones normales del ser referentes a los fenómenos cósmicos.

Si bien los seres de este infortunado planeta surgieron de acuerdo con el cálculo cronológico objetivo convencional hace ya muchas décadas, no solo no poseen actualmente en absoluto sensación eseral alguna de los fenómenos cósmicos —tal como es propio de todos los seres tricerebrados en el resto de nuestro Universo—, sino que no hay en la Razón de estos desdichados ni siquiera una representación aproximada de las verdaderas causas de estos fenómenos.

Ni siquiera tienen noción, por poco justa que sea, de los fenómenos cósmicos que se producen a su alrededor en su propio planeta.

Capítulo 17
Los archiabsurdos según las aseveraciones de Belcebú:
nuestro sol no da ni luz ni calor

A fin, mi querido Jassín, de que puedas formarte por ahora una representación aproximada de lo lejos que la función conocida con el nombre de «percepción instintiva de la realidad» propia de todos los seres tricerebrados que habitan en el Gran Universo, se halla de actuar en las presencias de los seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, y en especial, aquellos de los períodos más recientes, bastará, para empezar —según creo— que te explique tan solo la forma en que ellos comprenden y se explican a sí mismos las causas de los fenómenos cósmicos que periódicamente tienen lugar en el planeta que habitan, a los cuales han dado los nombres de «luz solar», «oscuridad», «calor», «frío», etc.

Todos los seres tricerebrados, sin excepción, que han alcanzado la edad del ser responsable, e incluso todas las «múltiples sabihondeces» que ellos llaman «ciencias, —dan categóricamente por sentado que todos los fenómenos mencionados proceden por completo—, prefabricados», por así decirlo, y «*directamente*, —de su propio Sol… y, como diría Mulaj Nassr Eddin en estos casos—: basta ya de tonterías».

Lo más peculiar en este caso, es que, con excepción de ciertos seres que existieron en la Tierra antes de la segunda perturbación Transapalniana, nunca jamás terráqueo alguno ha experimentado la menor duda con respecto a la verdad de estas afirmaciones.

No solo ninguno de ellos —pese a poseer una Razón que, si bien extraña, no deja de tener sin embargo cierto parentesco con la recta lógica— ha puesto nunca en duda las causas de estos fenómenos, sino que tampoco ninguno ha

manifestado, con respecto a estos fenómenos cósmicos, ni siquiera la extraña propiedad especial de su psiquismo común, propia exclusivamente, por otra parte, de los seres tricerebrados de aquel planeta, conocida con el nombre de «fantasía».

Al pronunciar estas últimas palabras, Belcebú sonrió amargamente y después de unos instantes reanudó su explicación en los términos siguientes:

Tú tienes, por ejemplo, la presencia normal de un ser tricerebrado y dentro de tu presencia te ha sido «implantado» deliberadamente desde el exterior el «*Oskianno*» o, como dicen en la Tierra, la «educación», la cual está cimentada en una moralidad basada exclusivamente en los mandamientos e indicaciones del PROPIO UNIEXISTENTE y de los Santísimos «Individuums» próximos a él. Y aun así, si acertaras por casualidad a hallarte entre ellos, te verías incapacitado de impedir el proceso interior a ti del «*Parjitrogul eseral*», esto es, el proceso que recibe en la Tierra el nombre de «irrefrenable risa interior», quiero decir, que no podrías reprimir esa risa si, de una u otra forma, ellos hubieran de percibir claramente de pronto el hecho indudable de que no solo no hay ninguna «luz, oscuridad, calor», etc., que llegue a su planeta desde el sol, sino que la supuesta «fuente de luz y calor» está casi siempre tan helada como el «perro pelado» de nuestro muy estimado Mulaj Nassr Eddin.

En realidad, la superficie de esta pretendida «fuente de calor» al igual que todos los soles ordinarios de nuestro Gran Universo, se halla recubierta con más hielo probablemente que la superficie de lo que ellos llaman «Polo Norte».

Con toda seguridad, esta «fuente de calor» lejos de producirlo, ha de absorberlo —si bien en cantidad reducida— de alguna otra fuente de «sustancias cósmicas»; de todos modos, es absolutamente imposible que envíe la menor cantidad de calor a planeta alguno, cuanto más a este planeta que, si bien pertenece a su sistema, se convirtió, como consecuencia del desprendimiento de un costado entero del mismo, en una «deforme monstruosidad», constituyendo actualmente, por lo tanto, una fuente permanente de ridículo y de vergüenza para el pobre sistema de «Ors».

¿Pero tienes idea por ventura, querido nieto, de cómo y por qué, en la atmósfera de ciertos planetas durante el proceso Trogoautoegocrático, tienen lugar esos «*Kshtatsavajt, Kldatsajti, Teinoler, Peishakir*», y otros fenómenos por el estilo que tus favoritos denominan «luz solar, oscuridad, frío, calor», etc.? —le preguntó Belcebú a Jassín.

Si no lo comprendes perfectamente, te daré en seguida una breve

explicación.

Si bien he prometido explicarte más tarde todas las leyes fundamentales de la Creación y del Mantenimiento del Mundo detalladamente, se nos ha hecho necesario ya ahora detenernos, aunque tan solo sea brevemente, a examinar las cuestiones relativas a estas leyes cósmicas, sin esperar esa explicación especial que te había anticipado.

Y se ha hecho necesario para que puedas asimilar lo mejor posible todas estas explicaciones que ahora te estoy dando y también para que todo lo que te expliqué antes sea «digerido» por ti de la forma adecuada. Debo decir, ante todo, que todas las cosas del Universo, tanto las creadas deliberadamente como las que surgieron más tarde de manera automática, existen y se mantienen sobre la base exclusiva de lo que llamamos el Proceso Trogoautoegocrático Cósmico Común.

Este Gran Proceso Trogoautoegocrático Cósmico Común fue materializado por nuestro ETERNO UNIEXISTENTE, cuando nuestro Altísimo y Santísimo «Sol Absoluto» ya existía, y en él poseía y sigue poseyendo todavía su lugar principal de residencia NUESTRO MISERICORDIOSO Y ETERNO CREADOR.

Este sistema en el que todas las cosas se mantienen en existencia armónica, fue ejecutado por nuestro CREADOR ETERNO, con el propósito de que lo que se conoce con el nombre de «intercambio de sustancias» o «Alimentación Recíproca» de todo cuanto existe, pudiera desarrollarse en el Universo y, de este modo, no pudiera el despiadado «*Heropás*» producir su maléfico efecto sobre el «Sol Absoluto».

Este mismo Gran Proceso Trogoautoegocrático Cósmico Común cobra forma siempre, y en todas las cosas, sobre la base de dos leyes cósmicas fundamentales, la primera de las cuales recibe el nombre de «Sagrada Ley Fundamental de *Heptaparaparshinoj*», y la segunda el de «Sagrada Ley Fundamental de *Triamazikamno*».

Por la acción de estas dos sagradas leyes cósmicas fundamentales se originaron, en primer término, a partir de la sustancia llamada «*Ethernokrilno*», en ciertas condiciones, las llamadas «cristalizaciones» y a partir de estas cristalizaciones, pero tiempo más tarde, y también en ciertas condiciones, se originaron diversas formaciones cósmicas definidas grandes y pequeñas y de mayor o menor importancia.

Es precisamente dentro y sobre estas formaciones cósmicas definidas, donde tienen lugar los procesos de la llamada involución y evolución de las concentraciones ya formadas y también de las referidas cristalizaciones —claro

está que también en conformidad con las dos leyes sagradas fundamentales antes mencionadas— y todos los resultados obtenidos como consecuencia de estos procesos en las atmósferas, así como consecuencia de la actividad de estas atmósferas mismas, se confunden cooperando en la materialización del mencionado «intercambio de sustancias» para los fines necesarios al más Grande Trogoautoegócrata Cósmico Común.

El *Ethernokrilno* es la sustancia primaria que llena todo el Universo y que constituye la base necesaria para el nacimiento y el mantenimiento de todo cuanto existe.

No solo constituye este *Ethernokrilno* la base necesaria para el nacimiento de todas las concentraciones cósmicas sin excepción, grandes y pequeñas por igual, sino también el de todos los fenómenos cósmicos en general que tienen lugar durante las transformaciones de esta misma sustancia cósmica fundamental, al igual que durante los procesos de involución y evolución de las diversas cristalizaciones —o, como dicen tus favoritos, de esos elementos activos— que han obtenido y siguen todavía obteniendo su forma primordial a partir de esta misma sustancia cósmica fundamental y primaria.

Ten en cuenta que es precisamente por esto por lo que la mencionada Ciencia Objetiva afirma que «todas las cosas que hay en el Universo, sin excepción, son materiales».

Debes recordar, también, que solo hay una cristalización cósmica, conocida con el nombre de «*Okidanoj* Omnipresente» capaz de obtener su nacimiento primario —aunque también se cristaliza a partir del *Ethernokrilno*— a partir de las tres Santas fuentes del sagrado *Teomertmalogos*, esto es, a partir de la emanación del Santísimo «Sol Absoluto».

En todos los puntos del Universo, este «*Okidanoj* Omnipresente» o «Elemento Activo Omnipresente» toma parte en la formación de todos los procesos, ya sean estos grandes o pequeños, y constituye, en general, la causa fundamental de la mayoría de los fenómenos cósmicos y, en particular, de los fenómenos que tienen lugar en las atmósferas.

A fin de que puedas comprender, por lo menos aproximadamente, lo referente a este *Okidanoj* Omnipresente te diré, ante todo, que la segunda ley cósmica fundamental —el Sagrado *Triamazikamno*— consta de tres fuerzas independientes, es decir, que esta ley sagrada se manifiesta en todas las cosas sin excepción y en todos los mundos del Universo con tres aspectos separados e independientes.

Y estos tres aspectos se dan en el Universo bajo las siguientes denominaciones:

1. «Santa Afirmación»
2. «Santa Negación»
3. «Santa Conciliación».

Y también es por esto por lo que, en lo referente a esta sagrada ley y sus tres fuerzas independientes, la mencionada Ciencia Objetiva posee, entre sus muchas formulaciones referentes a esta ley sagrada, la siguiente:

> *«Una ley tal que siempre determina una consecuencia y se convierte en la causa de otras consecuencias posteriores y funciona siempre por medio de tres manifestaciones características independientes y completamente opuestas, latentes en su naturaleza íntima y cuyas propiedades no son percibidas ni vistas».*

También nuestro sagrado «*Teomertmalogos*», esto es, la emanación primordial de nuestro Santísimo «Sol Absoluto», adquiere precisamente esta misma legalidad en su nacimiento primario y, durante sus materializaciones ulteriores, produce resultados acordes con ello.

De modo, pues, querido niño, que el Omnipresente *Okidanoj*, obtiene su nacimiento primario en el espacio exterior del Santísimo «Sol Absoluto», a partir de la fusión de estas tres fuerzas independientes en una sola, y durante sus involuciones posteriores cambia, de forma consecuente, con respecto a lo que se conoce con el nombre de «Vivificación de las Vibraciones», en conformidad con su paso a través de los llamados «*Stopinderes*» o «centros de gravedad» de la Sagrada ley fundamental Cósmica Común de «*Heptaparaparshinoj*». Vuelvo a repetirte una vez más: en el gran número de las demás cristalizaciones cósmicas ya definidas, el *Okidanoj* Omnipresente participa siempre, indefectiblemente, tanto en las formaciones cósmicas de grandes dimensiones, como en las pequeñas, dondequiera que ellas surjan y cualesquiera que sean las circunstancias exteriores circundantes.

Esta «Cristalización Única Cósmica Común» o «Elemento Activo», presenta varias características peculiares propias, exclusivas de este elemento, y es

principalmente gracias a estas particularidades que le son naturales, como la mayoría de los fenómenos cósmicos tienen lugar, incluyendo, entre otras cosas, los referidos fenómenos que se producen en la atmósfera de ciertos planetas.

Entre estas características peculiares tan solo del Elemento Activo Omnipresente existen muchas de suma importancia, pero para los efectos de nuestra conversación, será suficiente que aprendas lo relativo a dos de ellas.

La primera peculiaridad consiste en que, cuando una unidad cósmica nueva se halla en vías de concentración, el «Elemento Activo Omnipresente» no se funde, en su totalidad, con ese nuevo producto ni tampoco se transforma en su totalidad en lugar correspondiente alguno, a diferencia de lo que sucede en todas las demás cristalizaciones cósmicas en todas las formaciones cósmicas mencionadas, sino que inmediatamente después de ingresar en su totalidad a una unidad cósmica dada, tiene lugar en él mismo lo que se conoce con el nombre de «*Dyartklom*», es decir, que se dispersa en las tres fuentes fundamentales de las cuales obtuvo su nacimiento primario y solo entonces producen esas fuentes, cada una por separado, el comienzo para una concentración independiente de estas tres correspondientes formaciones separadas, dentro de una unidad cósmica dada. Y de esta forma el Elemento Activo Omnipresente materializa, desde el principio mismo, en todo lo que surge nuevo, las fuentes de la posible manifestación de su propia sagrada ley del *Triamazikamno*.

Debes notar también, y es imprescindible que lo hagas, que en todas las formaciones cósmicas, las referidas fuentes separadas, tanto para la percepción como para la posterior utilización de esta propiedad del «Elemento Activo Omnipresente» a los efectos de la correspondiente materialización, existen y siguen teniendo la posibilidad de funcionar en tanto exista la unidad cósmica dada.

Y solo una vez que esta unidad cósmica es completamente destruida vuelven estas santas fuentes del sagrado *Triamazikamno*, localizadas en el «Elemento Activo Omnipresente *Okidanoj*» a fundirse, transformándose nuevamente en «*Okidanoj*», pero presentando ahora otra cualidad con respecto a la Vivificación de las Vibraciones.

En cuanto a la segunda peculiaridad del «*Okidanoj* Omnipresente», exclusiva también de este ente, y como la primera, necesaria para la comprensión de los problemas que nos hemos planteado en nuestra conversación, solo podrás comprenderla si sabes algo acerca de la ley cósmica fundamental de segundo grado, conocida en el Universo con el nombre de «Sagrada *Aieioiuoa*».

Y esta ley cósmica establece que en todo lo nacido, grande o pequeño, al ponerse en contacto directo con las emanaciones provenientes del «Sol Absoluto» o bien de cualquier otro sol, tenga lugar lo que se llama «Remordimiento», que consiste en un proceso en el que las partes nacidas como consecuencia de la actividad de cualquier Fuente Sagrada o del Sagrado *Triamazikamno*, se «rebelan», por así decirlo, y «censuran» a las anteriores percepciones inadecuadas y a las manifestaciones impropias del momento de otra parte de su todo, parte ésta resultado de la actividad de otra Sagrada Fuente de la misma ley cósmica sagrada y fundamental de *Triamazikamno*.

Y este sagrado proceso de la *Aieioiuoa* o Remordimiento, se presenta siempre también con el Elemento Activo Omnipresente *Okidanoj*.

La característica peculiar de este último durante este sagrado proceso consiste en que, durante la acción directa del *Teomertmalogos* Sagrado o bien de la emanación de cualquier sol ordinario sobre el medio circundante de su presencia total, este Elemento Activo se dispersa en sus tres partes primordiales, que pasan a existir entonces casi independientemente, y cuando cesa la mencionada acción directa, estas partes se funden nuevamente para seguir existiendo luego como un todo único.

En este momento podría hablarte también, creo, acerca de un interesante hecho que ha llamado mi atención, registrado en la historia de la existencia de los seres tricerebrados que habitan aquel planeta que tan considerablemente despertó tu interés, y que se refiere a lo extraño de su configuración psíquica y a lo que ellos denominan sus «especulaciones científicas».

Resulta que, durante el período de mis seculares observaciones y estudios del psiquismo terráqueo, tuve ocasión de comprobar varias veces que si bien la «ciencia» surgió entre ellos casi desde el comienzo mismo de su existencia para luego alcanzar periódicamente —como todas las demás cosas en aquel punto del Universo— un grado más o menos elevado de perfección, y que si bien durante estos y otros períodos deben haber nacido para ser luego destruidos nuevamente muchos millones de seres tricerebrados conocidos con el nombre de «hombres de ciencia», no obstante, con la única excepción de cierto terráqueo chino llamado Chun-Kil-Tes —acerca del cual te hablaré detalladamente más adelante — ni una sola vez se le ha ocurrido a uno solo de estos seres la idea de que entre estos dos fenómenos cósmicos que ellos llaman «emanación» y «radiación» no existe diferencia alguna.

Ni a uno solo de sus «tristes científicos» se le ha ocurrido nunca que la

diferencia entre estos dos procesos cósmicos no es mayor que la expresada por el muy estimado Mulaj Nassr Eddin, con las siguientes palabras:

«Son tan parecidos como la barba del famoso inglés Shakespeare y la del francés no menos famoso Armañac».

Para la posterior comprensión de los fenómenos que tienen lugar en las atmósferas y referentes en general al «Elemento Activo Omnipresente», debes saber y recordar también que durante los períodos en que, debido al sagrado proceso de la *Aieioiuoa* el «*Dyartklom*» se manifiesta en el *Okidanoj*, es entonces temporalmente liberada del mismo la proporción del *Ethernokrilno* puro —esto es, sin fusión alguna en absoluto— que participa indefectiblemente de todas las formaciones cósmicas y que sirve, por así decirlo, para vincular todos los elementos activos de estas formaciones, restableciéndose más tarde, cuando estas tres partes fundamentales se vuelven a fusionar nuevamente.

Es necesario tratar también, ahora —claro está que una vez más, solo brevemente— otro problema, es decir, qué relación guarda el elemento activo omnipresente *Okidanoj* con la presencia común de toda clase de seres y cuáles son los resultados cósmicos que por su causa se materializan.

Es necesario que nos detengamos a considerar este punto, principalmente debido a que, de este modo, dispondrás de otro hecho altamente útil para la mejor comprensión de la diferencia existente entre los diversos sistemas cerebrales de los seres, es decir, los sistemas «unicerebrados, bicerebrados y tricerebrados».

Sabrás, en primer lugar, que, en general, todas las formaciones cósmicas de este tipo llamadas «cerebros» reciben su formación de aquellas cristalizaciones para cuyo surgimiento la fuente afirmativa, de acuerdo con el sagrado *Triamazikamno*, es una u otra de las santas fuerzas que se corresponden con el *Triamazikamno* sagrado fundamental, localizado en el *Okidanoj* omnipresente.

Y las materializaciones posteriores de las mismas santas fuerzas se desarrollan por medio de las presencias de los seres, precisamente a través de esas localizaciones.

Ya te dedicaré más adelante una explicación especial acerca del proceso mismo del nacimiento de estos cerebros eserales en las presencias de los seres correspondientes, pero por ahora hablemos, si bien no detalladamente, sobre los resultados materializados por el omnipresente *Okidanoj*, mediante estos cerebros del ser.

El elemento activo omnipresente *Okidanoj* penetra en la presencia de los

seres a través de las tres clases de alimentos eserales.

Y tal ocurre debido a que, como ya te he dicho, este mismo *Okidanoj* toma parte necesariamente en la formación de todo tipo de productos utilizables como alimentos eserales, estando siempre contenido en la presencia de dichos productos.

De modo pues, querido niño, que la principal característica del omnipresente *Okidanoj*, en este caso dado, es que el proceso del «*Dyartklom*» se desarrolla en sí mismo en la presencia de todos los seres, pero no por hallarse en contacto con las emanaciones de una concentración cósmica de magnitud considerable, sino que los factores determinantes de este proceso en las presencias de los seres, o bien son resultado de los procesos conscientes de los «deberes de *Partkdolg*» por parte de los propios seres —procesos acerca de los cuales ya habré de hablarte más adelante— o bien de aquel proceso de la propia Gran Naturaleza que se conoce en el Universo con la denominación de «materialización *Kerkulnarniana*», significando este proceso «la obtención de la totalidad de vibraciones necesarias mediante la adaptación».

Este último proceso se desarrolla en los seres sin que haya participación alguna de sus consciencias.

En ambos casos, en que el *Okidanoj* penetra en la presencia de un ser y tiene lugar el proceso del «*Dyartklom*», se funde cada una de sus partes fundamentales con aquellas percepciones que a éste le corresponden, en conformidad con las llamadas «Vibraciones afines» y que se hallan presentes en el ser en ese momento, y luego estas partes se concentran en la localización correspondiente, esto es, en el cerebro correspondiente.

Y estas fusiones reciben el nombre de «*Impulsacri*» del ser. Es necesario notar, además, que estas localizaciones o cerebros de los seres no solo sirven como aparatos para la transformación de las sustancias cósmicas correspondientes a los efectos del Altísimo Trogoautoegócrata Cósmico Común, sino también como el medio necesario para posibilitar el autoperfeccionamiento consciente de los propios seres.

Este último objetivo depende de la calidad de la presencia del «*Impulsacri* del ser» concentrado o, como suele decirse también, depositado, en estos cerebros eserales correspondientes.

En cuanto a las cualidades del *Impulsacri* del ser, se cuenta entre los mandamientos directos de nuestra ETERNIDAD TODO ABARCANTE, uno especial,

rigurosamente cumplido por todos los seres tricerebrados de nuestro Gran Universo y que puede expresarse con las siguientes palabras:

«Cuídate siempre de aquellas percepciones que puedan manchar la pureza de tu cerebro».

Los seres tricerebrados tienen la posibilidad de perfeccionarse a sí mismos personalmente, gracias a que poseen en su presencia común tres centros o cerebros localizados, sobre los cuales, posteriormente, cuando el proceso del «*Dyartklom*» se produce en el *Okidanoj* omnipresente, son depositadas las tres santas fuerzas del sagrado *Triamazikamno*, adquiriendo así, esta vez, la posibilidad de efectuar posteriores materializaciones independientes.

Es precisamente en este punto que los seres poseedores de este sistema tricerebrado pueden, mediante el cumplimiento consciente y deliberado de los deberes eserales de *Partkdolg*, utilizar en este proceso de «*Dyartklom*» en el *Okidanoj* omnipresente, sus tres santas fuerzas para sus propias presencias, llevando sus presencias a lo que se conoce como «estado *Sacronulantsakniano*»; es decir, que pueden convertirse en individuums dotados de su propia ley sagrada del *Triamazikamno*, adquiriendo, de este modo, la posibilidad de procurarse conscientemente y recubrir su presencia común con el elemento «Sagrado», lo cual, además, ayuda a la materialización del funcionamiento en esas unidades cósmicas de la Razón Objetiva o Divina.

Pero lo más terrible, querido niño, reside precisamente en esto, en que si bien en esos seres tricerebrados que tanto te han interesado y que habitan el planeta Tierra, disponen igualmente hasta la época de su completa destrucción, de estas tres localizaciones independientes o tres cerebros eserales, por intermedio de los cuales se transforman terminando en materializaciones posteriores correspondientes a las tres santas fuerzas del sagrado *Triamazikamno* que ellos podrían utilizar para su propio perfeccionamiento, no obstante, debido principalmente a las anormales circunstancias de existencia ordinaria establecidas entre ellos, estas posibilidades se ven truncadas en su propia raíz.

Es interesante notar que los mencionados cerebros eserales se encuentran en las mismas partes del cuerpo planetario de estos seres tricerebrados que habitan la Tierra que en nosotros, a saber:

1. El cerebro predestinado por la Gran Naturaleza a la concentración y posterior materialización de la primera santa fuerza del sagrado *Triamazikamno*, llamada la Santa Afirmación, se halla localizado en la cabeza.
2. El segundo cerebro, encargado de transformar y cristalizar la segunda santa fuerza del sagrado *Triamazikamno*, es decir, la Santa Negación, se halla, al igual que en nosotros, a lo largo de su espalda, en lo que se denomina la «médula espinal».
3. Pero en cuanto al lugar de concentración y fuente de la posterior manifestación de la tercera santa fuerza del sagrado *Triamazikamno*, es decir, la Santa Conciliación, he de decirte que la forma exterior de este cerebro eseral en los individuos tricerebrados que habitan la Tierra, no guarda parecido alguno con el nuestro.

Debo hacerte notar que en los primeros seres tricerebrados que habitaron aquel lejano planeta, dicho cerebro eseral se hallaba localizado en la misma parte de su cuerpo planetario que en el nuestro y su forma exterior era exactamente igual también al nuestro; pero por muchas razones que tú mismo podrás comprender más adelante en el curso de mis explicaciones, la Gran Naturaleza se vio obligada a alterar gradualmente este cerebro, dándole finalmente la forma que ahora ostenta en los seres contemporáneos.

Este cerebro eseral no se halla localizado, en los individuos contemporáneos tricerebrados de aquel planeta, en una masa común, según es propio de las presencias de todos los demás seres tricerebrados de nuestro Gran Universo, sino que está localizado en distintas partes, en conformidad con lo que se llaman «Funciones Específicas», y cada una de estas partes se encuentra situada en un lugar distinto del cuerpo planetario total.

Pero si bien en su forma exterior este centro eseral terráqueo posee actualmente múltiples concentraciones diversamente ubicadas, todas sus funciones separadas se hallan no obstante vinculadas entre sí, de modo que la suma total de esas partes dispersas puede funcionar de forma exactamente igual a la propia del cerebro unitario.

Los terráqueos denominan a estas localizaciones independientes de su presencia común: «haces nerviosos».

Es interesante notar que la mayoría de las partes separadas de este cerebro eseral se hallan localizadas precisamente en aquel lugar de su cuerpo planetario en que debiera estar el cerebro normal, es decir, en la región del pecho; por su parte, la totalidad de estos «haces nerviosos», reciben el nombre de «plexo solar».

De modo pues, querido niño, que el proceso del «*Dyartklom*» en el *Okidanoj* omnipresente puede desarrollarse en la presencia de tus favoritos terráqueos y también en ellos las tres santas fuerzas se funden independientemente con otras cristalizaciones cósmicas, pasando a materializarse en forma correspondiente, pero, dado que, por causa principalmente de las ya mencionadas circunstancias anormales de existencia que paulatinamente establecieron ellos mismos, han dejado por completo de cumplir sus deberes eserales de *Partkdolg*, de las santas fuentes existentes, la única que puede en consecuencia, transubstanciarse en su propia presencia es la fuente de la negación.

Las cristalizaciones surgidas en sus presencias, de la primera y la tercera santas fuerzas están destinadas casi por entero al servicio del proceso Trogoautoegocrático cósmico común, en tanto que para el recubrimiento de sus propias presencias solo quedan las cristalizaciones de la segunda parte del *Okidanoj* omnipresente, es decir, la Santa Negación, y esto es lo que explica que la mayoría de ellos posean en sus presencias el solo cuerpo planetario, que como tal será aniquilado para siempre.

En cuanto a todas las peculiaridades propias exclusivamente del Elemento Activo *Okidanoj* omnipresente y omniabarcante y también en cuanto a los resultados posteriores que se materializan como consecuencia de estas peculiaridades, estarás en condiciones de formarte una acabada representación de las mismas, una vez que te haya explicado más o menos detalladamente —como ya te he prometido— las leyes fundamentales de la creación y del mantenimiento del mundo.

Pero mientras tanto, te hablaré de los experimentos dilucidatorios referentes a la cristalización cósmica Omnipresente, de los que yo mismo fui testigo presencial.

Pero te diré que, si bien presencié personalmente los referidos experimentos dilucidatorios, no fueron en el planeta Tierra que tanto ha cautivado tu fantasía —ni tampoco fueron tus favoritos sus autores— sino desde el planeta Saturno, donde fueron llevados a cabo por aquel ser tricerebrado que durante casi todo el período de mi exilio en aquel sistema solar estuvo íntimamente ligado a mí por

una estrecha amistad y acerca de quien, no hace mucho, te prometí hablarte más detalladamente.

Capítulo 18
El archipenúltimo

Y Belcebú continuó así:

El motivo de mi primer encuentro con aquel ser tricentrado que habría de convertirse más tarde en un amigo íntimo y gracias a quien pude ver los referidos experimentos con el *Okidanoj* omnipresente, fue el siguiente:

Para que puedas representarte mejor los hechos que en mi historia se refieren, deberás saber, ante todo, que en los primeros tiempos de mi exilio en aquel distante sistema solar, ciertos amigos íntimos míos que no habían tomado parte en aquellos sucesos que motivaron mi exilio, ejecutaron, con respecto a mi personalidad, aquel sagrado proceso conocido en el Universo con el nombre de «Sagrado *Vznushlitzval*», es decir, que fue implantada en la presencia de esos seres tricerebrados, con respecto a mi personalidad y por medio de otro sagrado proceso denominado «*Askalnuazar*» eso que la Ciencia Objetiva define con la fórmula «Tener confianza en su semejante como en sí mismo».

Pues bien, después de mi llegada a aquel sistema solar de Ors, cuando empecé a visitar los diversos planetas que formaban parte del mismo, efectuando mi primer descenso en la superficie del planeta Saturno, resultó ser que, en relación con lo anterior, uno de los seres que había experimentado la sagrada acción del «*Vznushlitzval*» con respecto a mi persona, era lo que allí se llama el «*Jarajrajrujrí*» de todos los seres tricerebrados que habitan el planeta Saturno.

En el planeta Saturno, se le da el nombre de «*Jarajrajrujrí*» al jefe supremo de todos los demás seres que integran la comunidad.

Existen jefes similares en todos los demás planetas habitados por seres tricerebrados; en los diferentes planetas reciben distintos nombres; en la Tierra, por ejemplo, se llaman «Reyes».

La única diferencia es que mientras en todas las demás partes del Universo, e incluso en todos los otros planetas de ese mismo sistema solar, existe uno de estos reyes para todo el planeta, en el peculiar planeta Tierra —que ha captado tu atención— hay un rey distinto para cada grupo segregado independientemente del resto y a veces, incluso, hasta más de uno para cada grupo.

Pues bien. Cuando descendí por primera vez sobre la superficie del planeta Saturno, mezclándome con los seres tricerebrados que allí habitan, acertó a suceder que al día siguiente tuve oportunidad de encontrar en persona al «*Jarajrajrujrí*» del planeta Saturno, y durante lo que se llama un «Intercambio de opiniones subjetivas», me invitó a hacer de su propio «*Jarjujrí*» esto es, su propio palacio, el principal lugar de mi existencia durante toda mi estancia en su planeta. Y eso fue lo que hice.

De modo pues, querido niño, que en cierta oportunidad en que hablábamos de diversas cosas sin un tema fijado de antemano, rigiéndonos tan solo por lo que se denomina «mentación asociativa eseral», acertamos a tratar, entre otras cosas, cierto problema referente a los extraños resultados materializados en las manifestaciones de las particularidades del *Okidanoj* omnipresente, y entonces el venerable «*Jarajrajrujrí*» del planeta Saturno declaró en primer lugar que uno de sus súbditos expertos en la materia, de nombre *Jarjar*, había ideado recientemente, para la dilucidación de muchas propiedades de la sustancia cósmica inexplicada todavía, un dispositivo en extremo interesante a cuyo aparato principal llamaba «*Jrajartsajá*».

Y a continuación se ofreció a tomar, si yo así lo deseaba, todas las disposiciones necesarias para mostrarme ese nuevo invento y para darme todas las explicaciones pertinentes al respecto.

El resultado de todo ello fue que al día siguiente, escoltado por un miembro de la venerable corte del «*Jarajrajrujrí*» me dirigí al lugar de residencia de aquel Gornajur Jarjar, donde pude ver por primera vez aquellos novísimos experimentos dilucidatorios con el *Okidanoj* omnipresente.

El Gornajur Jarjar, que más tarde se convirtió, como ya te he dicho, en mi amigo íntimo, era considerado por entonces entre los seres tricerebrados ordinarios de todo el universo, uno de los más prominentes científicos y todas sus comprobaciones, así como los aparatos dilucidatorios que había ideado, se hallaban ampliamente difundidos por todas partes, siendo su uso cada vez más frecuente en los demás planetas, por parte de los expertos que en ellos habitaban.

No estará de más destacar aquí que, gracias tan solo a su sabiduría, pude

disponer más tarde, en mi observatorio instalado en el planeta Marte, de aquel *Tesskuano* que me permitió percibir las concentraciones cósmicas remotas o, como también suele decirse, «aproximar su visibilidad» siete millones doscientas ochenta y cinco veces.

En rigor, fue precisamente gracias a este *Tesskuano*, como mi observatorio llegó a ser considerado más tarde una de las mejores instalaciones de su tipo en el universo entero y, lo que es aun más importante, fue por medio de ese *Tesskuano* como yo mismo pude ver y observar con relativa facilidad, incluso sin moverme de mi casa en el planeta Marte, los procesos eserales que tenían lugar en la superficie de aquellas partes de los demás planetas de aquel sistema solar que, de acuerdo con lo que se llama el «Movimiento Armonioso cósmico común», podían ser percibidas por la vista del ser en el momento oportuno.

Cuando el Gornajur Jarjar tuvo conocimiento de quiénes éramos y por qué habíamos venido, se aproximó a nosotros amablemente y, sin más, comenzó sus explicaciones.

Antes de iniciarlas, considero oportuno advertirte de una vez por todas que todas mis conversaciones con los diversos seres tricentrados que habitan en los muchos planetas de aquel sistema donde me vi obligado a residir por los «Pecados de mi juventud» —como por ejemplo en el caso actual, las conversaciones con este Gornajur Jarjar que te contaré dentro de algunos instantes mientras nos desplazamos por los espacios espaciales en nuestra nave *Karnak*— tuvieron lugar en dialectos que todavía te son completamente desconocidos y algunas veces incluso, en dialectos tales que las consonancias de los mismos eran absolutamente «indigeribles» para la percepción de las funciones eserales normales destinadas a ese fin.

De modo pues, querido niño, que en vista de todo esto no he de repetirte estas conversaciones palabra por palabra, sino que solo me limitaré a darte el sentido de lo que en ellas se dijo, continuando, claro está, con el empleo de aquellos términos y «nombres específicos», o mejor dicho, de aquellas consonancias producidas por lo que se conoce con el nombre de «cuerdas vocales eserales», consonancias que son utilizadas por tus favoritos del planeta Tierra, por lo cual ya te has familiarizado perfectamente con ellas, gracias a la continua repetición de las mismas durante mis relatos terráqueos.

Sí… debo hacerte notar aquí que la palabra Gornajur implica en el uso lingüístico de los seres tricerebrados que habitan el planeta Saturno, un

tratamiento de cortesía; los habitantes de Saturno pronuncian esta palabra delante del nombre del individuo a quien se dirigen.

Lo mismo sucede con tus favoritos del planeta Tierra.

También ellos han agregado al nombre de todo el mundo la palabra «Señor» o a veces, toda una frase sin sentido para expresar una idea que nuestro honorable Mulaj Nassr Eddin ha formulado de la manera siguiente y que dice así:

«No obstante lo cual, hay en ella más realidad que en las sabihondeces de un experto en monerías».

Pues bien, entonces querido nieto…

Cuando el que más tarde habría de ser mi amigo íntimo, el Gornajur Jarjar, fue informado de lo que deseábamos de su parte, nos invitó con una seña a que nos aproximáramos a uno de los dispositivos especiales que había construido y que, según supe más tarde, se llamaba «*Jrajartsajá*».

Una vez que nos hubimos acercado a aquel extraño aparato, lo señaló con una aguda pluma de su ala derecha, diciendo:

«Este dispositivo especial es la parte principal de mi nuevo invento pues es precisamente en éste donde se muestran las manifestaciones de casi todas las peculiaridades de la Omnipresente Sustancia del Mundo, el *Okidanoj*».

Y, señalando todos los demás accesorios especiales presentes también en el Jrj o taller, agregó:

«Gracias a todos estos accesorios especiales e independientes de mi invento, logré realizar importantísimas dilucidaciones acerca del *Okidanoj* omnipresente y omniabarcante, obteniendo, en primer término, las tres partes fundamentales del *Okidanoj* Omnipresente a partir de toda clase de procesos subplanetarios e intraplanetarios, fundiéndolas luego artificialmente en un todo único y disociándolas luego, en segundo término, con medios artificiales, a fin de establecer las propiedades específicas de cada parte por separado en sus manifestaciones naturales».

No bien hubo dicho esto, volvió a señalar el *Jrajartsajá*, y agregó que por medio de este aparato revelador, no solo podía comprender claramente cualquier ser ordinario los detalles de las propiedades de las tres partes absolutamente independientes —que nada tienen en común en su manifestación— de todo el Elemento Activo Único, cuyas particularidades constituyen la causa principal de todo cuanto existe en el Universo, sino que también cualquier ser ordinario podía convencerse categóricamente de que ningún resultado de ninguna clase, obtenido

normalmente como consecuencia de los procesos que se desarrollan mediante esta sustancia universal omnipresente podría jamás ser percibido o captado por ningún ser; existen sin embargo, ciertas funciones eserales capaces de percibir solo aquellos resultados de los mencionados procesos que se desarrollan, por una u otra razón, de forma anormal, debido a causas que tienen su origen en el exterior y que pueden proceder de fuentes conscientes, o bien de resultados mecánicos accidentales.

La parte del nuevo invento del Gornajur Jarjar llamada *Jrajartsajá* y considerada por su creador como la más importante, tenía un aspecto muy semejante a nuestro «*Tirzikiano*», o, como tus favoritos dirían, a una «enorme lámpara eléctrica».

El interior de esta estructura especial era bastante semejante al de una pequeña habitación cuya puerta pudiera cerrarse herméticamente.

Las paredes del dispositivo original estaban hechas de cierto material transparente y su aspecto me recordó lo que en tu planeta llaman «Vidrio».

Como supe más tarde, la principal característica de dicho material transparente era que, si bien mediante el órgano de la vista podía percibirse a través del mismo la visibilidad de toda clase de concentraciones cósmicas, ningún otro rayo, de ninguna naturaleza, podía atravesarlo, ya fuera del interior hacia el exterior o viceversa.

Mientras contemplaba dicha parte de esta sorprendente invención, pude distinguir perfectamente a través de sus translúcidas paredes, en el centro mismo del aparato, una mesa y dos sillas; por encima de la mesa colgaban tres objetos exactamente iguales análogos a las «lámparas eléctricas» terrestres y semejantes a «*Momonoduares*».

Sobre la mesa y a sus lados había diseminados varios aparatos diferentes e instrumentos que yo no conocía.

Más tarde se hizo evidente que los objetos contenidos en este *Jrajartsajá*, así como todo lo que después tuvimos que ponernos, estaban hechos de materiales especiales inventados por el mismo Gornajur Jarjar.

También en lo referente a estos materiales tendrás que esperar el tiempo oportuno para que te proporcione otras explicaciones más detalladas.

Por ahora, ten presente que en el enorme «Jrj» o taller del Gornajur Jarjar había, además del *Jrajartsajá* ya mencionado, otros muchos accesorios

independientes de considerable tamaño y, entre ellos, dos «*vida tchajanes*» bien raros, que el Gornajur llamaba con el nombre de «*Jrijirjís*».

Quizás te interese saber que tus favoritos terráqueos, también poseen algo parecido a estos «*vida tchajanes*» o «*Jrijirjís*». Allí le dan el nombre de «dínamo».

También había allí, aparte de esto, otro considerable aparato independiente que, según pudimos comprobar más tarde, no era otra cosa que un «*Solujnorajuna*» de construcción especial o, como dirían tus favoritos, una «Bomba de construcción compleja para la reducción de la atmósfera al punto del vacío absoluto».

Mientras yo observaba todas esas máquinas con la sorpresa que es de imaginar, el Gornajur Jarjar en persona se acercó a la referida bomba de construcción especial y con su ala izquierda movió una de sus partes, como resultado de lo cual comenzó a funcionar cierto mecanismo en el interior de la bomba. Entonces se acercó a nosotros nuevamente y, señalando con la misma pluma del ala derecha de la primera vez el «*vida tchaján*» mayor o *Jrijirjí* o dínamo, prosiguió con sus explicaciones:

Por medio de este dispositivo especial son *succionadas* por separado, de la atmósfera o de cualquier otra formación intraplanetaria o supraplanetaria, en primer término, las tres partes independientes del Elemento Activo Omnipresente *Okidanoj* que en ellas se encuentran, y solo después, cuando mediante cierto procedimiento estas partes independientes vuelven a fundirse artificialmente en el *Jrijirjí* formando un todo único, el *Okidanoj*, ahora en su estado habitual, fluye y se concentra allí, en ese a manera de contenedor, dijo el Gornajur Jarjar y luego, nuevamente con aquella pluma especial del ala derecha, señaló algo muy parecido a lo que suele llamarse un «condensador».

Y entonces desde allí, dijo, el *Okidanoj* fluye hacia otro *Jrijirjí* o dínamo donde sufre el proceso del «*Dyartklom*» y cada una de sus partes separadas se concentra luego en aquellos otros contenedores —y esta vez señaló ciertos dispositivos con el aspecto de «acumuladores». «Y solo entonces tomo de estos segundos contenedores, por medio de diversos dispositivos artificiales cada parte activa del *Okidanoj* por separado, a los fines de mis experimentos».

«Primero os demostraré, —continuó— uno de los fenómenos que ocurren cuando, por una u otra razón, una de las partes activas del *Okidanoj*

omnipresente, se halla ausente durante el proceso de su impulso a fusionarse ‘nuevamente’, en un todo único».

«En este momento, esta estructura especial contiene en su interior un espacio que consiste realmente en un vacío absoluto; éste ha sido obtenido solo gracias, en primer lugar, a la estructura especial de la bomba de succión y a los materiales de calidad especial de que están hechos los instrumentos utilizados, sin lo cual los experimentos de obtención de un vacío absoluto no serían posibles, y, en segundo lugar, a las propiedades y a la fuerza del material de que están hechas las paredes de esta parte de mi nuevo invento».

No bien dijo esto, movió otra palanca, reanudando sus explicaciones:

«Con el movimiento de esta palanca se inicia un proceso en este vacío mediante el cual se obtiene, en las partes separadas del *Okidanoj* omnipresente lo que denominamos el ‘impulso a fusionarse nuevamente en un todo único’».

«Pero ya que una ‘Razón poderosa’ —en este caso concreto, la mía— ha excluido deliberada y artificialmente la participación de aquella tercera parte del *Okidanoj* que se conoce por el nombre de ‘*Parijrajatnatius*’ de dicho proceso, éste se desarrolla ahora solo entre dos de sus partes, es decir, entre aquellas dos partes independientes designadas por la ciencia con los nombres de ‘*Anodnatius*’ y ‘*Catodnatius*’. Y en consecuencia, en lugar de obtenerse los resultados necesarios conforme a las leyes de dicho proceso, se materializa ahora aquél no conforme a las leyes que ha sido denominado ‘el resultado del proceso de fusión recíproca de dos fuerzas opuestas’ o para expresarlo con las palabras de los seres ordinarios ‘la causa de la luz artificial’».

«El ‘impulso a fusionarse nuevamente en un todo único’ de dos partes activas del *Okidanoj* omnipresente que tiene lugar en este momento en el vacío producido por la bomba, posee una fuerza equivalente, según los cálculos de la ciencia objetiva, a tres millones cuarenta mil ‘voltios’, como suele llamárselos, y esta fuerza es indicada por la aguja de aquel accesorio especial que se ve allí».

Señalando cierto objeto muy semejante a un aparato que también existe en la Tierra —donde se conoce con el nombre de «voltímetro»— declaró:

«Una de las ventajas de este nuevo invento para la demostración del fenómeno que nos ocupa es que, pese al inusitado poder del proceso de la ‘fuerza de impulso’, que tiene lugar en este momento, las llamadas ‘vibraciones *Salnitchisinuarnianas*’ que la mayoría de los seres consideran como ‘rayos’ y que se obtienen por inercia a partir de este proceso, se quedan en el interior del

dispositivo destinado a dilucidar las características del *Okidanoj* Omnipresente y en el cual ellas se han originado».

«Y a fin de que los seres situados en el exterior de esta parte de mi invento tengan también la posibilidad de apreciar la fuerza de dicho proceso, determiné deliberadamente que en cierto punto el material de que está hecha la pared fuera tal que permitiese el paso de las mencionadas 'Vibraciones *Salnitchisinuarnianas*' o 'rayos'».

No bien dijo esto, se acercó al *Jrajartsajá* y oprimió cierto botón. El resultado fue que el enorme «Jrj» o taller, en todas sus vastas dimensiones, fue iluminado repentinamente con tanta intensidad que nuestros órganos de la vista dejaron de funcionar temporalmente y solo después de un tiempo considerable pudimos, si bien con gran dificultad, levantar los párpados y mirar alrededor.

Una vez que nos hubimos recobrado y el Gornajur Jarjar movió otra palanca, como resultado de lo cual todo el espacio circundante volvió a recobrar su aspecto anterior, aquél, con su habitual voz angelical, volvió a atraer nuestra atención, hacia el «voltímetro», cuya aguja indicaba constantemente alguna cifra, retomando entonces el uso de la palabra:

«Como veis, si bien continúa todavía el proceso de choque de dos partes componentes opuestas del *Okidanoj* Omnipresente de la misma potencia o 'fuerza de impulso', y también la parte de la superficie de esta estructura dotada de la propiedad de permitir el paso de dichos 'rayos' permanece abierta todavía, no se produce ya el fenómeno que los seres ordinarios llaman 'luz artificial'».

«Y este fenómeno ha cesado de producirse tan solo debido a que mediante mi último movimiento de la palanca, introduje en el proceso de choque de las dos partes componentes del *Okidanoj* una corriente del tercer componente independiente del *Okidanoj*, el cual comenzó a fusionarse proporcionalmente con las otras dos partes, debido a ello el resultado obtenido de este tipo de fusión de las tres partes componentes del *Okidanoj* Omnipresente —a diferencia del proceso de la fusión no conforme a la ley de sus dos partes— no puede ser percibido por los seres tricerebrados con ninguna de sus funciones eserales».

Después de todas estas explicaciones el Gornajur Jarjar propuso entonces que probara a entrar con él en la parte demostrativa de su nuevo invento, a fin de que pudiera ser testigo, allí dentro, de múltiples manifestaciones particulares del Elemento Activo Omnipresente y Omniabarcante.

Claro está que sin detenerme a reflexionar largo tiempo, me decidí inmediatamente, dándole mi consentimiento.

Y si me decidí sin más fue, principalmente, porque esperaba obtener de aquella experiencia una inalterable e imperecedera «satisfacción esencial objetiva» para mi ser.

Una vez que hube dado mi consentimiento al que había de ser íntimo amigo mío en un futuro cercano, éste impartió inmediatamente las instrucciones necesarias a uno de sus ayudantes.

Al parecer, era indispensable realizar diversos preparativos antes de poder alcanzar la materialización de lo que el sabio se proponía.

En primer término, los ayudantes nos colocaron al Gornajur Jarjar y a mí unos trajes muy pesados, semejantes a los que tus favoritos del planeta Tierra llaman «traje de buzo», pero con muchas pequeñas cabezas como «tuercas», sobresaliendo, y una vez que nos hubimos colocado tan extraños trajes, sus ayudantes ajustaron las cabezas de dichas tuercas siguiendo cierto orden.

En el lado interno de estos trajes de buzo, en los extremos de las como tuercas, había, al parecer, una especie de platillos especiales que presionaban contra ciertas partes de nuestro cuerpo planetario de un modo determinado.

Más tarde pude comprender claramente por qué era esto necesario. De este modo se impedía que nuestros cuerpos planetarios sufrieran lo que se conoce con el nombre de «*Taranuranura*» o, como también podría expresarse, que nuestros cuerpos planetarios quedaran destruidos, como suele acontecer a las formaciones interplanetarias de cualquier naturaleza cuando aciertan a caer en espacios privados de atmósfera.

Además de esos trajes especiales, nos colocaron en la cabeza cierto objeto semejante a lo que se conoce con el nombre de «escafandra», pero dotado de ciertos «conectores» en extremo complicados.

Uno de estos conectores llamado «*Jarinjrarj*», lo cual significa «sustentador del pulso», era de considerable longitud y semejante a un tubo de goma. Uno de sus extremos se hallaba herméticamente adherido por medio de complicados accesorios colocados a la escafandra misma en el punto correspondiente a los órganos de la respiración, en tanto que el otro extremo, una vez que hubimos penetrado en el extraño *Jrajartsajá* fue atornillado a cierto aparato, el cual fue conectado a su vez con el espacio, cuya «presencia» correspondía al alimento eseral secundario.

Entre el Gornajur Jarjar y yo existía también un conector especial a través

del cual podíamos comunicarnos fácilmente mientras nos hallábamos en el interior del *Jrajartsajá*, de donde la atmósfera era extraída por la bomba para obtener el vacío.

Un extremo de este conector, asimismo, por medio de ciertos dispositivos situados en la escafandra, se hallaba adecuado en cierta forma a mis órganos del oído y del habla, en tanto que el otro extremo se hallaba adecuado a los mismos órganos del Gornajur Jarjar.

De este modo, por medio de este conector tendido entre el que tiempo después habría de ser mi más íntimo amigo y yo, se estableció, como tus favoritos del planeta Tierra dirían, una especie de peculiar «teléfono».

Sin este dispositivo no hubiéramos podido comunicarnos de ninguna manera, principalmente debido a que el Gornajur Jarjar era por entonces todavía un ser dotado de una presencia perfeccionada tan solo al grado del «Inkotzarno Sagrado»; y como tú sabrás, un ser con una presencia de este tipo no solo no puede manifestarse a sí mismo en un espacio absolutamente vacío, sino que ni siquiera puede existir en el mismo, aun cuando le sean introducidas artificialmente las tres categorías de alimentos eserales.

Pero el más «curioso» y, como suele decirse, el más «ingenioso» de todos los conectores instalados con diversos fines en aquellos trajes y escafandras como de buzo, era el conector creado por el gran sabio Gornajur Jarjar para permitir al «órgano de la vista» de los seres ordinarios la percepción de la visibilidad de toda clase de objetos circundantes en un «espacio de vacío absoluto».

Uno de los extremos de este sorprendente conector se hallaba adherido en cierta forma también, por medio de accesorios existentes a las escafandras, en tanto que el otro extremo se unía a lo que se conoce por el nombre de «*Ams conmutador*», el cual, a su vez, estaba unido de cierta manera particular, por medio de lo que se conoce con el nombre de «alambres» a todos los objetos situados dentro del *Jrajartsajá*, así como a los del exterior, es decir, a todos aquellos objetos cuya visibilidad era necesaria durante la ejecución de los experimentos.

Es sumamente interesante notar aquí, que a cada extremo de ese dispositivo —creación ésta casi increíble tratándose de la Razón Ordinaria de un ser tricerebrado— llegaban dos conectores independientes, también de alambre, a través de los cuales fluían desde el exterior ciertas «corrientes magnéticas» especiales.

Como me explicaron más tarde, estos conectores y dichas «corrientes

magnéticas» especiales habían sido creadas, al parecer, por ese verdaderamente gran sabio Gornajur Jarjar, a fin de que las presencias de los seres tricerebrados educados —aun aquéllos, sin embargo, que no se habían perfeccionado todavía hasta la etapa del *Inkotzarno* sagrado— pudieran, gracias a cierta propiedad de la «corriente magnética» «reflejarse» sobre sus propias esencias y, de que, gracias a otra propiedad de esta corriente, pudiera también «reflejarse» la presencia de los objetos mencionados, de modo tal que, de esta forma, la percepción de la realidad de dichos objetos se materializase por medio de los imperfectos órganos de la vista eseral en un vacío desprovisto de todos estos factores y de aquellos productos de las diversas concentraciones cósmicas que han recibido aquellas vibraciones, sin cuya materialización es totalmente imposible el funcionamiento de órgano eseral alguno.

Una vez que nos hubieron equipado con los pesados accesorios mencionados, destinados a permitir la vida de los seres en una esfera inadecuada para ellos, los ayudantes de éste todavía no superado sabio universal Gornajur Jarjar, mediante la ayuda, nuevamente, de accesorios especiales, nos condujeron al interior del propio *Jrajartsajá*; y una vez que hubieron atornillado todos los extremos libres de los conectores situados en el interior de nuestro equipo y que correspondían a las máquinas contenidas en el *Jrajartsajá* mismo, salieron, cerrando herméticamente detrás de ellos la única salida por donde podía establecerse todavía contacto con lo que se llama el «Mundo unitario omnirepresentado».

Una vez que estuvimos solos en el *Jrajartsajá*, el Gornajur Jarjar, después de apretar un «botón», dijo:

«La bomba ya ha empezado a funcionar y pronto habrá extraído todos los productos sin excepción que aquí se encuentran, derivados de los procesos cósmicos cuyos resultados en conjunto representan la base y la significación, así como el propio proceso del mantenimiento de la existencia de todo cuanto existe en este Mundo unitario omnirepresentado».

Y agregó entonces en un tono a medias sarcástico: «Pronto nos hallaremos absolutamente aislados de todas las cosas que existen y actúan en el Universo entero; pero, por otro lado, debido en primer término a mi nuevo invento y, en segundo término, al conocimiento que ya hemos alcanzado de nosotros mismos, no solo poseemos ahora la posibilidad de regresar a dicho mundo para volvernos nuevamente una partícula más de todo cuanto existe, sino que también pronto

tendremos el honor de convertirnos en testigos presenciales y neutros de ciertas leyes que gobiernan este Mundo, las cuales, para los seres tricentrados ordinarios no iniciados, constituyen, según su expresión, los grandes insondables misterios de la Naturaleza, que no son en realidad más que consecuencias naturales y simples, automáticamente encadenadas las unas a las otras».

Mientras así hablaba, podía advertirse que la bomba —otra parte también sumamente importante de su nuevo invento— se hallaba en pleno y perfecto cumplimiento de la labor que le había sido asignada por este ser dotado de Razón.

A fin de que puedas representarte y comprender mejor la perfección de esta parte del dispositivo total del nuevo invento del Gornajur Jarjar, no omitiré decirte lo siguiente: Aunque yo personalmente, como ser tricerebrado que soy, he tenido antes muchas ocasiones, debido a ciertas razones sumamente particulares, de visitar espacios carentes de atmósfera y he tenido luego que vivir, a veces durante largo tiempo, por medio del sagrado *Krimbulatzumara* exclusivamente, y si bien, gracias a la frecuente repetición se había formado finalmente en mi presencia el hábito de moverme de una esfera a otra gradualmente y casi sin experimentar incomodidad alguna ante el cambio producido en la presencia del «alimento eseral secundario» por efecto de la transformación de las presencias de las sustancias cósmicas que habían sido alteradas y que siempre se encuentran rodeando tanto a las constituciones cósmicas grandes como a las pequeñas, y también, si bien las causas mismas de mi nacimiento y posterior proceso eseral fueron dispuestas de forma enteramente particular, como resultado de lo cual las diversas funciones eserales contenidas en mi presencia común debieron, por fuerza, especializarse paulatinamente, no obstante todo ello, la extracción de la atmósfera por parte de la «bomba» tuvo lugar en aquel momento con tanta fuerza que se imprimieron en las distintas partes de mi presencia total tales sensaciones que hasta el día de hoy puedo recordar todavía perfectamente el proceso del flujo de mi estado en aquellas circunstancias, y relatártelo con todo detalle.

Este estado en extremo extraño se apoderó de mí no bien hubo hablado el Gornajur Jarjar en aquel tono a medias sarcástico acerca de la situación en la que nos encontrábamos.

En mis tres «centros eserales» es decir, en los tres centros localizados en la presencia de todos los seres tricerebrados del Universo, y que se conocen por los

nombres de centros «Intelectual», «Emocional» y «Motor», comenzaron a ser percibidas independientemente en cada uno de ellos, de forma sumamente extraña e insólita, ciertas impresiones definidas de que en las distintas partes de mi cuerpo planetario total se estaba desarrollando un proceso independiente del sagrado «*Raskuarno*», y de que las cristalizaciones cósmicas que componían sus presencias se volatilizaban «en vano».

En un primer momento, lo que llamamos «iniciativa de comprobación» se desarrolló de la forma habitual, en conformidad con lo que designamos el «centro de gravedad de las emociones asociativas», pero momentos después, cuando esta iniciativa de comprobación de todas las cosas se convirtió gradual y casi imperceptiblemente en la función exclusiva de mi esencia, esta última no solo pasó a ser el único agente iniciador omniabarcante de la comprobación de todas las cosas que en mí se desarrollaban, sino que también todas las cosas, sin exceptuar a la que ahora comenzaba a desarrollarse, comenzaron a ser percibidas y fijadas por la esencia de mi ser.

Desde el momento en que la esencia de mi ser comenzó a percibir las impresiones de forma directa y a comprobar independientemente aquello que les daba origen, empezaron a ser destruidas por completo, por así decirlo, en mi presencia común, primero las partes de mi cuerpo planetario y después, poco a poco, también las localizaciones del «primero», «segundo» y «tercer» centro eseral. Al mismo tiempo, pude comprobar claramente que la función de estos dos últimos centros se había desplazado paulatinamente a mi «centro Intelectual» adecuándose al mismo, con el resultado de que el «centro Intelectual» se convirtió, con la mayor intensidad de su función, en el «único y poderoso receptor» de todo lo que se materializaba fuera del mismo, así como en el agente iniciador autónomo de la verificación de todo cuanto acontecía en mi presencia total y también fuera de ella.

Mientras tenía lugar en mí esta extraña y todavía para mi Razón, incomprensible sensación eseral, el propio Gornajur Jarjar estaba sumamente atareado moviendo «palancas» y apretando «botones», que por cierto abundaban alrededor de la mesa a la cual estábamos sentados.

Cierto incidente que le aconteció al Gornajur Jarjar, alteró fundamentalmente toda esta sensación eseral mía y en mi presencia común volvió a desarrollarse la «emoción eseral interior» habitual.

Esto es lo que sucedió:

El Gornajur Jarjar, con toda su insólita y pesada indumentaria, se encontró de pronto a cierta altura sobre la silla, comenzando a flotar al igual que lo haría, para expresarlo con las palabras de nuestro querido Mulaj Nassr Eddin, «un cachorrito caído en una profunda charca».

Como se comprobó más tarde, mi amigo el Gornajur Jarjar había cometido un error al mover las mencionadas palancas y botones, haciendo que ciertas partes de su cuerpo planetario se tornaran más tensas de lo necesario. En consecuencia, su presencia y todas las cosas a él adheridas, habían recibido un *shock* cuyo impulso, debido al «ritmo» prevaleciente en su presencia por los «alimentos secundarios» por él ingeridos, así como a la ausencia de resistencia por parte de aquel espacio absolutamente vacío, comenzó a flotar a la deriva al igual que, como ya dije antes, un «cachorrito caído en una profunda charca».

Con las últimas palabras, una sonrisa iluminó el rostro de Belcebú, pero luego guardó silencio; unos instantes después realizó un extraño ademán con la mano izquierda y con un tono que no era el usual reanudó su relato:

Al contarte todo esto, vienen gradualmente a mi memoria todos los hechos de un periodo de mi existencia ya tan lejano en el pasado, y me arrebata el vehemente deseo de hacerte una confesión sincera —precisamente a ti, uno de mis herederos directos, que habrá de representar inevitablemente la suma total de mis obras correspondientes al proceso de mi existencia pretérita— y lo que quiero confesarte con la mayor franqueza es que cuando mi esencia, con la participación de los sectores de mi presencia a ella tan solo sometida, decidió por su cuenta tomar parte personal en aquellos experimentos científicos dilucidatorios ejecutados por medio de la parte demostrativa del nuevo invento del Gornajur Jarjar, y yo entré en esta parte demostrativa sin la menor coerción exterior, a pesar de ello, mi esencia permitió filtrarse dentro de mi ser y desarrollarse allí, junto a las referidas y extrañas experiencias, una criminal y egoísta ansiedad por la salvación de mi existencia personal.

Sin embargo, querido nieto, a fin de que no te aflijas demasiado, no estará de más agregar que esto ocurrió por primera y también por última vez en todo el transcurso de mi larga y azarosa vida.

Pero quizás fuera mejor por ahora no detenernos en estas cuestiones que atañen tan solo a nuestra familia.

Volvamos más bien al relato que había comenzado acerca del *Okidanoj* Omnipresente y de mi futuro íntimo amigo el Gornajur Jarjar, quien por entonces era considerado en todas partes y por todos los seres tricerebrados ordinarios como uno de los más eminentes «científicos» y que ahora, aunque vive todavía, no solo no es considerado «eminente» sino que gracias a su propia obra, es decir, a su propio hijo, es lo que nuestro querido Mulaj Nassr Eddin llamaría un «exser» o, lo que es lo mismo, como se suele decir en estos casos, Jarjar está «en unos viejos zuecos».

Pues bien; entonces, mientras flotaba, el Gornajur Jarjar, con gran dificultad y solo gracias a una maniobra especial sumamente complicada, logró controlar finalmente su cuerpo planetario, cargado con todos aquellos pesados adminículos, conduciéndolo nuevamente al lugar que antes había ocupado, donde lo fijó firmemente con la ayuda de ciertos tornillos especiales colocados en la silla a ese fin; y cuando ambos restablecimos más o menos normalmente nuestro medio de comunicación, le fue posible, mediante los antes mencionados conectores artificiales, llamarme la atención sobre ciertos aparatos colocados encima de la mesa que según ya te dije, eran muy semejantes a los «*Momonoduares*».

Una cuidadosa observación revelaba que todos ellos eran de aspecto similar, como otros tantos «portalámparas» idénticos, desde cuyos extremos salían «carbones», iguales a los que suelen encontrarse en los aparatos que tus favoritos del planeta Tierra llaman «lámparas de arco».

Después que hubo llamado mi atención sobre estos tres «*Momonoduares*» semejantes a portalámparas, me dijo:

«Cada uno de estos tres aparatos de igual aspecto exterior posee una conexión directa con aquellos receptáculos (o contenedores) secundarios que le mostré cuando todavía nos hallábamos afuera y en los cuales, después del "*Dyartklom*" artificial, se reúnen las distintas partes activas del *Okidanoj*, formando una masa general».

«He dispuesto estos tres aparatos independientes de modo tal que en este espacio absolutamente vacío, podamos, para el experimento deseado, obtener de aquellos receptáculos secundarios la cantidad necesaria de las distintas partes activas del *Okidanoj* en estado puro; y también podemos cambiar a voluntad la fuerza del 'Impulso a fusionarse nuevamente en un todo', que ellas encierran y

que les es propia, de acuerdo con el grado de densidad de la concentración de la masa».

«Y aquí, en este espacio absolutamente vacío, le mostraré a Ud. antes que nada, el mismo fenómeno no conforme a las leyes que observamos no hace mucho mientras nos hallábamos fuera. Me refiero al fenómeno universal que tiene lugar cuando, después de un "*Dyartklom*", dos de las partes separadas del *Okidanoj* total se reúnen en un espacio vacío de toda concentración cósmica, y sin la participación de la tercera parte, 'Se esfuerzan por fusionarse nuevamente en un todo único'».

Una vez que hubo pronunciado estas palabras, cerró en primer término aquella parte de la superficie del *Jrajartsajá*, cuya composición tenía la propiedad de permitir el paso de los «rayos»; luego movió dos palancas y apretó un botón, e inmediatamente una pequeña plataforma que se hallaba sobre la mesa, hecha de material plástico especial, se movió automáticamente hacia los carbones antes mencionados, después de lo cual, llamándome la atención sobre el Amperímetro y el Voltímetro, agregó:

«Nuevamente he admitido de esta manera el flujo de las partes del *Okidanoj*, es decir, el *Anodnatius* y el *Catodnatius* de igual fuerza de 'impulso a fundirse nuevamente'». Cuando miré al Amperímetro y al Voltímetro y vi que efectivamente sus agujas se movían, deteniéndose en las mismas cifras en que, según había observado, se habían detenido la primera vez, cuando nos hallábamos fuera del *Jrajartsajá*, experimenté un gran asombro debido a que, pese a lo que las agujas indicaban y a la indicación del Gornajur Jarjar, yo no había advertido ni percibido cambio alguno en el grado de visibilidad de mi percepción de los objetos circundantes.

De modo pues, que sin esperar a escuchar lo que iba a explicarme, le pregunté:

«Pero ¿por qué entonces no produce ningún efecto este 'impulso a fusionarse nuevamente en un todo único' no conforme a las leyes, de las partes del *Okidanoj*?».

Antes de responderme, el Gornajur Jarjar apagó la única lámpara que había encendida, que funcionaba por medio de una corriente magnética especial.

Entonces mi sorpresa aumentó, porque pese a la oscuridad que sobrevino inmediatamente, podía ver todavía claramente a través de las paredes del

Jrajartsajá, que las agujas del Amperímetro y del Voltímetro, ocupaban todavía el mismo lugar que antes.

Solo después de haberme acostumbrado relativamente a esta sorprendente comprobación, hizo uso de la palabra el Gornajur Jarjar:

«Ya le he dicho que la composición del material de que están hechas las paredes de esta máquina en que nos hallamos en este momento, posee la propiedad de no permitir el paso de ninguna vibración procedente de fuente alguna, con la excepción de ciertas vibraciones procedentes de concentraciones próximas; y estas últimas vibraciones pueden ser percibidas por los órganos de la vista de los seres tricerebrados y siempre que, claro está, esos seres sean normales».

«Más aún, de acuerdo con la ley conocida por el nombre de '*Heteratoguetar*', las vibraciones del impulso *Salnitchisinuarniano* o 'rayos', adquieren la propiedad de actuar sobre los órganos perceptivos de los seres corrientes solo después de haber transpuesto el límite que la ciencia define en la siguiente forma: 'el resultado de la manifestación es proporcional a la fuerza del impulso provocado por el choque'».

«De este modo, como el proceso que nos ocupa, que es el choque de las dos partes del *Okidanoj*, tiene una gran potencia, su resultado se manifiesta mucho más allá del lugar de su origen».

«¡Ahora fíjese!».

Al decir esto, apretó un botón y de pronto todo el interior del *Jrajartsajá* se llenó de aquella misma luz cegadora de que ya te he hablado, y que experimenté cuando me hallaba fuera del *Jrajartsajá*.

Esa luz, al parecer, era obtenida como resultado del hecho de que, al apretar el botón, el Gornajur Jarjar había abierto nuevamente aquella parte de la pared del *Jrajartsajá* que tenía la propiedad de permitir el paso de los rayos.

Como explicó más tarde, la luz solo era una consecuencia del producto del «impulso a fusionarse nuevamente en un todo único» de las partes del *Okidanoj* desarrolladas en aquel espacio absolutamente vacío dentro del *Jrajartsajá* y puestas de manifiesto merced a lo que conocemos con el nombre de «reflexión» desde el exterior hacia el lugar de origen. Después de lo cual continuó como sigue:

«Ahora le demostraré de qué manera y por cuáles combinaciones de procesos del *dyartklom* y del 'impulso a fusionarse nuevamente en un todo único de las partes activas del *Okidanoj*', surgen en cada planeta, los 'minerales', de

los cuales está formada su presencia interior, así como las formaciones determinadas y de densidad diversa, como por ejemplo, los ‘mineraloides’, ‘gases’, ‘metaloides’, ‘metales’, etc., así como la forma en que estos últimos se transforman más tarde, gracias a la acción de estos mismos factores, unos en otros, y la forma en que las vibraciones procedentes de estas transformaciones vienen a constituir finalmente aquella totalidad de vibraciones que proporciona a los planetas la posibilidad de su estabilidad en el proceso del ‘movimiento armonioso del sistema común’».

«A fin de poder realizar esta demostración, deberé obtener primero, como siempre, los materiales necesarios del exterior, y estos me serán proporcionados por mis alumnos, mediante ciertos dispositivos que han sido preparados de antemano».

Es interesante notar que, mientras me dirigía la palabra, daba golpecitos, al mismo tiempo, con el pie izquierdo sobre cierto misterioso objeto, sumamente parecido a lo que tus favoritos terráqueos llaman «transmisor Morse», famoso, por otra parte, en el planeta Tierra.

Unos instantes después, ascendió lentamente por la parte inferior del *Jrajartsajá* un pequeño objeto semejante a una caja transparente al igual que las paredes, dentro de la cual, como se observó más tarde, había ciertos minerales, metaloides, metales, y diversos gases en estado líquido y sólido.

Entonces, mediante la ayuda de diversos dispositivos colocados a un lado de la mesa, extrajo de la caja, en primer término, tras complicadas maniobras, cierta cantidad de lo que llamamos «cobre rojo» y lo colocó en el platillo antes mencionado, diciéndome estas palabras:

«Este metal constituye una cristalización planetaria definida y posee una de las densidades requeridas para la mencionada estabilidad en el proceso denominado del ‘movimiento armonioso del sistema común’. Es una formación resultante de procesos anteriores correspondientes a la acción de las partes del *Okidanoj* Omnipresente; lo que yo deseo ahora es permitir la transformación de este metal en forma artificial y acelerada por medio de las peculiaridades de dichos factores».

«Mi propósito es ayudar artificialmente a la evolución e involución de sus elementos a una mayor densidad, o sea, a una transformación regresiva a su estado original».

«Para que le resulte más claro el cuadro objetivo de estos experimentos dilucidatorios, creo necesario informarle ante todo, aunque solo sea de forma somera, acerca de mis primeras deducciones científicas personales, relativas a las pruebas de las causas y condiciones por acción de las cuales se produce en los propios planetas la cristalización de las tres partes del *Okidanoj* en una u otra de estas formaciones particulares».

«Evidentemente, antes que nada, bajo la acción de cualquier *dyartklom* no conforme a las leyes, las partes separadas e individuales del *Okidanoj* Omnipresente que se encuentran presentes en todos los planetas, se localizan en el medio correspondiente a aquella parte de la presencia del planeta, es decir, en aquel mineral que se hallaba, en aquel momento preciso, en el lugar donde se produjo el *dyartklom* no conforme a las leyes».

«De modo tal que, si lo que llamamos la 'vibración de la densidad de los elementos del medio referido' posee una 'afinidad vibratoria' con la parte activa mencionada del *Okidanoj* Omnipresente, de acuerdo con la ley universal de 'Interpenetración Simétrica', esta parte activa se fusionará con la presencia del medio mencionado, convirtiéndose en una parte inseparable del mismo. Y a partir de ese momento, las partes correspondientes del *Okidanoj* Omnipresente comenzarán a representar, juntamente con los referidos elementos del medio mencionado, las densidades requeridas en los planetas, es decir, diversas clases de metaloides e incluso de metales, como por ejemplo, el metal que he colocado en esta esfera y en la cual habrá de producirse artificialmente, en este momento, la acción del 'impulso a fusionarse nuevamente en un todo único', de las partes del *Okidanoj*, metal que se conoce, como ya le he dicho, por el nombre de cobre rojo».

«Además, habiéndose formado en el interior de los planetas, dichos metaloides y metales, comienzan entonces, de acuerdo con la ley común universal de la Alimentación recíproca de todas las cosas existentes —como es lo natural en todas las formaciones de cualquier naturaleza sea que se desarrollen con la participación del *Okidanoj* o de una cualquiera de sus partes activas— a irradiar de sus presencias los productos de su 'Intercambio de sustancias' interior. Y como también es natural en las radiaciones de toda clase procedentes de aquellas formaciones intraplanetarias que han adquirido en sus vibraciones la propiedad del *Okidanoj* o de sus partes activas y que se encuentran en lo que llamamos el 'centro de gravedad' de dichas formaciones, las radiaciones de estos

metaloides y metales poseen ciertas propiedades casi iguales a las del mismo *Okidanoj* o a las de algunas de sus partes activas».

«Cuando estas masas de diferentes densidades se producen de este modo en los planetas, en las condiciones normales del medio, comienzan a emitir de sus presencias comunes las vibraciones requeridas por la mencionada ley universal 'de la alimentación recíproca de todo lo existente', y entonces, entre estas vibraciones de diversas propiedades queda establecido, gracias a la ley Universal Fundamental del *Troemedejfe*, un contacto de acción recíproca».

«Y el producto de este contacto constituye el factor principal en el cambio gradual de las diversas densidades de los planetas».

«Mis observaciones efectuadas a lo largo de muchos años han llegado a convencerme casi plenamente de que solo gracias al mencionado contacto y a sus productos es posible la materialización de la 'Estabilidad del equilibrio armónico entre los planetas'».

«Este cobre rojo que he colocado en la esfera para desencadenar artificialmente la acción de las partes activas del *Okidanoj*, posee en este momento preciso lo que llamamos una "densidad específica" que puede calcularse en cuatrocientos cuarenta y cuatro sobre la base de la unidad de densidad del elemento sagrado *Teomertmalogos*, es decir, que el átomo de este metal es cuatrocientas cuarenta y cuatro veces más denso y tantas veces menos vivificante que el átomo del sagrado *Teomertmalogos*».

«Ahora podrá observar el orden en que se suceden sus transformaciones aceleradas artificialmente».

Dicho lo cual, colocó en primer lugar, delante de mi órgano de la vista, un *tesskuano* de movimiento automático, encendiendo y apagando luego varios contactos en un orden determinado y mientras yo miraba por el *tesskuano*, me explicó lo siguiente:

«En este momento permito el 'influjo' de las tres partes del *Okidanoj* en la esfera que contiene a este metal, y como las tres partes tienen la misma 'densidad' y por ende la misma 'fuerza de impulso', se fusionan nuevamente en un todo único dentro de esta esfera sin alterar en absoluto la presencia del metal, y el *Okidanoj* Omnipresente así obtenido fluye en su estado habitual mediante cierta conexión especial, hacia el exterior del *Jrajartsajá*, para volver a concentrarse en el primer receptáculo que usted ya ha visto».

«¡Ahora fíjese!».

«Aumento deliberadamente la fuerza del impulso de solamente una de las partes activas del *Okidanoj*, por ejemplo, la fuerza llamada *catodnatius*. Como consecuencia de esto, usted verá cómo los elementos que componen la presencia del cobre comienzan a involucionar hacia la calidad de las sustancias que componen las presencias ordinarias de los planetas».

Al tiempo que me explicaba esto, estableció y desconectó diversos contactos siguiendo un orden determinado.

Pese a que, querido nieto, miré entonces con suma atención todo lo que ocurría y todo cuanto vi quedó impreso en mi esencia *Pestolnutiarna*, esto es, para siempre, no obstante, ni aun con el mejor deseo y la mejor disposición para hacerlo, podría describirte ahora con palabras la centésima parte de lo que entonces aconteció en aquel pequeño fragmento de una formación intraplanetaria definida.

Y no trataré de expresar con palabras lo que entonces vi porque se me acaba de ocurrir la posibilidad de que pronto veas por ti mismo este extraño y asombroso proceso cósmico.

Pero por ahora me limitaré a decirte que lo que entonces sucedió en el fragmento de cobre rojo fue algo semejante a aquellos cuadros aterradores que tuve ocasión de observar varias veces entre tus favoritos del planeta Tierra a través de mi *tesskuano* desde mi observatorio instalado en Marte.

Digo bastante parecido porque lo que solía ocurrir entre tus favoritos solo presentaba una visibilidad susceptible de ser observada en su comienzo, en tanto que en el fragmento de cuprita la visibilidad se mantenía constante hasta el final del proceso de transformación.

Puede trazarse un paralelo aproximado entre los procesos ocasionales que se desarrollan en el planeta de tu predilección y los que tuvieron lugar en aquel pequeño fragmento de cobre. Pues, si te hallaras situado a una gran altura, mirando hacia abajo a una enorme plaza pública donde millares de tus favoritos, víctimas de la más intensa de sus psicosis colectivas, se destruyesen unos a otros por toda clase de medios ideados por ellos mismos exclusivamente con ese fin, y que inmediatamente aparecieran en esos lugares los llamados «cadáveres», los cuales, debido a las heridas infligidas por los seres que no han sido destruidos todavía, cambiaran de color de forma ostensible, como resultado de lo cual la visibilidad general de la superficie de dicha plaza fuera transformándose gradualmente, podrías hacerte una idea de aquel espectáculo que vieron mis ojos.

Entonces, querido nieto, el que más tarde habría de ser mi íntimo amigo, el Gornajur Jarjar, permitiendo o impidiendo sucesivamente la acción del influjo de las tres partes activas del *Okidanoj* y alterando luego la fuerza del impulso, alteró la densidad de los elementos de dicho metal, transformando el cobre, de esta manera, en todos los demás metales intraplanetarios de naturaleza definida y de inferior o superior grado de poder vivificante.

Y es interesante hacerte notar aquí, a fin de que puedas comprender cabalmente el extraño carácter del psiquismo de aquellos seres tricerebrados que han despertado tu curiosidad, que mientras el Gornajur Jarjar producía, con la ayuda de su nuevo invento, de forma artificial y deliberada, la evolución e involución de la densidad y del poder vivificante de los elementos del cobre, advertí con toda claridad que este metal se transformaba en una de las etapas del proceso, precisamente en aquel mismo metal que tantos devaneos ha motivado en tu planeta favorito, durante todas las edades, por la frustrada esperanza de transformar los demás metales en éste, y que recibe allí el nombre de «oro».

El oro no es sino el metal que nosotros llamamos *Prtzatalavr*, cuyo peso específico —comparándolo con el elemento del sagrado *Teomertmalogos*, es de 1439—, es decir, que este elemento es un poco más de tres veces menos vivificante que el elemento cobre rojo.

La razón por la cual decidí repentinamente no tratar de explicarte con detalle todo lo que tuvo lugar en el fragmento de cobre rojo, en vista de la posibilidad de que pronto pudieras ver por tus propios ojos, en formaciones intraplanetarias definidas los procesos de las diversas combinaciones de las manifestaciones de las partes activas del *Okidanoj*, fue porque recordé de pronto la amabilísima promesa que el sostén de todos los Cuartos, el Altísimo Archiquerubín, Peshtvogner, me había hecho con anterioridad.

De hecho, esta promesa me fue concedida inmediatamente después de regresar de mi exilio, con ocasión de mi presentación ante Su Excelencia el sostén de todos los Cuartos, el Archiquerubín Peshtvogner cuando me postré de rodillas ante él para ejecutar lo que llamamos el «*Aliamizurnakalu* sagrado de la esencia».

Y si tuve que hacer esto fue debido también a los pecados de mi juventud. Cuando obtuve el perdón de SU ETERNIDAD UNIEXISTENTE y el permiso para volver a mi tierra natal, ciertos *Individuums* Sagrados decidieron exigirme, por

cualquier circunstancia, que ejecutara sobre mi esencia este sagrado proceso a fin de que no pudiera manifestarme en lo sucesivo de la misma forma que en los días de mi ya lejana juventud, y para que ello no se diera tampoco en la Razón de la mayoría de los individuos residentes en el centro del Gran Universo.

«¿Quizás tú ignores todavía qué significa la ejecución del *Aliamizurnakalu* sagrado en nuestra esencia? Más adelante te lo explicaré con detalle, pero por ahora me limitaré a repetir las palabras de nuestro tan estimado Mulaj Nassr Eddin, quien resume este proceso como la acción de "dar la palabra de honor de no meter la nariz en los asuntos de las autoridades"».

En resumen, cuando me presenté ante su Excelencia el Sostén de todos los Cuartos, éste condescendió a preguntarme entre otras cosas, si había traído conmigo todos los productos eserales en cuya investigación me había ocupado durante el exilio y que había reunido en el transcurso de mis viajes por los diversos planetas de aquel sistema solar.

Le contesté que había traído casi todo, salvo los grandes aparatos que mi amigo el Gornajur Jarjar había construido para mí en el planeta Marte.

Entonces su Excelencia prometió inmediatamente dar las órdenes necesarias para que todo lo que yo indicase fuera traído en la primera oportunidad en que la nave espacial *Omnipresente* efectuase un viaje por aquellos rincones del universo.

Es por esto, querido niño, por lo que tengo la esperanza de que sea traído todo lo necesario a nuestro planeta *Karataz*, cuando nosotros regresemos a él, a fin de que puedas ver todo con tus propios ojos; entonces, ten la seguridad de que habré de explicarte prácticamente todo, hasta el menor detalle.

Mientras tanto, durante nuestro viaje espacial a bordo de la nave *Karnak*, voy a contarte, tal como te prometí, acerca de mis descensos a tu planeta favorito, según el orden en que se efectuaron, así como las causas que me movieron a hacerlos.

Capítulo 19
Relato de Belcebú
sobre su segunda visita al planeta Tierra

Belcebú comenzó su narración de la forma siguiente:

Descendí al planeta Tierra por segunda vez, solo once siglos terráqueos después de mi primera visita.

Poco tiempo después de mi primer descenso sobre la superficie de aquel planeta, tuvo lugar la segunda grave catástrofe que debieron sufrir tus favoritos; pero esta catástrofe fue de carácter local y no amenazó con acarrear un desastre de magnitud cósmica.

Durante esta segunda calamidad sufrida por este planeta, el continente de Atlántida, que había sido el más grande de todos y el lugar principal de residencia de los seres tricerebrados del planeta durante la época de mi primer descenso, se sumergió junto con otras vastas áreas de tierra firme, en el seno del planeta, arrastrando consigo todos los seres tricerebrados que lo habitaban, así como casi todas las obras que habían realizado durante el transcurso de varios siglos.

En su lugar, emergieron desde el seno del planeta otras tierras firmes que formaron nuevos continentes e islas, la mayoría de los cuales existen todavía en la actualidad.

Era precisamente en dicho continente de Atlántida donde se hallaba la ciudad de *Samlios*, en la cual, como recordarás, vivió en otra época aquel joven compatriota nuestro que fue la causa de mi primer, «descenso personal» sobre el planeta.

Durante el mencionado segundo gran desastre sobrevivieron muchos de los seres tricerebrados que han despertado tu interés, gracias a múltiples y diversos

hechos; y de ellos descienden las ahora excesivamente numerosas generaciones humanas.

En la época de mi segundo descenso personal ya se habían multiplicado de tal forma, que hasta las áreas de tierra firme recién emergidas del seno del planeta comenzaban a poblarse.

En cuanto a la cuestión de las causas que motivaron esta excesiva multiplicación terráquea, ya la comprenderás a su tiempo cuando me detenga a analizar este punto.

También advertirás, según creo, en lo que a esta catástrofe terrestre se refiere, cierto aspecto relativo a los seres tricerebrados de nuestra propia tribu; me refiero a la razón por la cual nuestros congéneres que habitaban el planeta durante dicha catástrofe pudieron escapar de aquel inevitable «fin apocalíptico».

Se salvaron gracias a las siguientes razones:

Te dije una vez, en el curso de nuestras conversaciones anteriores, que la mayoría de los miembros de nuestra tribu que habían elegido el planeta de tu predilección como lugar de residencia, ocupaban, al tiempo de mi primer descenso, el continente de la Atlántida.

Parece ser que un año antes de dicha catástrofe nuestra llamada «Pitonisa de la tribu» nos profetizó que debíamos abandonar el continente de la Atlántida y emigrar a otro más pequeño no muy distante de aquél, donde deberíamos residir durante el tiempo que ella nos indicara. Este pequeño continente tenía entonces el nombre de «*Grabontze*» y, tal como la pitonisa lo previera, escapó del terrible desastre que devastó a todas las demás partes de aquel desafortunado planeta.

Como consecuencia de dicha catástrofe, este pequeño continente de «*Grabontze*» —que existe todavía con el nombre de «África»— se hizo mucho más grande, debido a que al mismo se sumaron otras áreas de tierra firme que emergieron de las aguas vecinas.

De modo, querido nieto, que la pitonisa de la tribu pudo prevenir a nuestros congéneres que habían estado obligados a residir en aquel planeta, salvándolos así de un triste fin, gracias tan solo a una propiedad especial eseral que, dicho sea de paso, puede ser adquirida por todos los seres con la única condición de que cumplan intencionalmente, lo que llamamos los deberes eserales de *Partkdolg*, acerca de los cuales habré de hablarte más adelante.

Descendí personalmente sobre la superficie del planeta esta segunda vez, por razones derivadas de los siguientes hechos.

En cierta ocasión, hallándome en el planeta Marte, recibí un «heterograma» del centro del Universo anunciando la reaparición inminente en el planeta Marte de ciertos Altísimos «Individuums» Sagrados y, en efecto, poco más de medio año marciano después nos visitaron gran número de Arcángeles, Ángeles, Querubines y Serafines que, en su mayoría, habían integrado la Altísima Comisión que ya antes había visitado el planeta Marte durante la primera catástrofe que asoló al planeta Tierra.

Entre estos Altísimos «Individuums» Sagrados se hallaba, también en esta oportunidad, Su Conformidad el Ángel —actualmente Arcángel— Luisós, de quien, como recordarás, no hace mucho que te hablé cuando me referí a la primera gran catástrofe que se abatió sobre la Tierra, durante la cual fue uno de los que desarrolló una mayor actividad para desviar las funestas consecuencias de esta desgracia cósmica general.

Al día siguiente de esta segunda visita de los *Individuums* Sagrados, Su Conformidad, escoltado por uno de los serafines, su asistente segundo, hizo Su aparición en mi casa.

Después de las consabidas ceremonias y después de haberle formulado yo algunas preguntas relativas al gran Centro, Su Conformidad se dignó decirme, entre otras cosas, que después del choque del cometa *Kondur* con el planeta Tierra, él y otros *Individuums* Cósmicos responsables, a cargo de la supervisión de las cuestiones relativas a la «Armoniosa Existencia Universal» habían efectuado frecuentes descensos en este sistema solar a fin de observar el cumplimiento de las medidas que habían tomado para contrarrestar las consecuencias de aquel accidente cósmico general.

«Y descendimos, —siguió diciendo Su Conformidad—, porque si bien habíamos tomado todas las medidas posibles para evitar un desastre y habíamos asegurado a todos que nada malo habría de suceder, personalmente no nos hallábamos del todo convencidos de que no pudiera ocurrir algo imprevisto».

«Y en efecto, nuestras aprensiones se vieron justificadas, si bien, ‘gracias a la casualidad’, no de forma grave, es decir, no a gran escala, sino que esta nueva catástrofe solo afectó al planeta Tierra».

«Este segundo desastre, —continuó diciendo Su Conformidad—, ocurrió por los motivos siguientes:»

«Cuando, con ocasión del primer desastre, se desprendieron dos considerables fragmentos de este planeta, por ciertas razones, lo que llamamos el ‘centro de gravedad’ de su presencia total no tuvo tiempo suficiente para

desplazarse inmediatamente al nuevo punto correspondiente, con el resultado de que hasta la siguiente segunda catástrofe, ese planeta mantuvo su ‘centro de gravedad’ en una posición inadecuada, debido a la cual su movimiento, durante ese tiempo, no fue ‘proporcionalmente armonioso’, debiendo sufrir a menudo, tanto en su interior como en su superficie, diversas conmociones y considerables desplazamientos».

«Pero fue solo recientemente, con motivo del desplazamiento final del centro de gravedad a su centro verdadero, cuando tuvo lugar la segunda catástrofe mencionada».

«Pero ahora, —agregó Su Conformidad con una especie de autosatisfacción —, la existencia de este planeta será perfectamente normal con respecto a la armonía cósmica común».

«Después de esta segunda catástrofe el planeta Tierra ha recobrado finalmente su tranquilidad y nosotros somos de la opinión que ya no puede sobrevenir ningún desastre a gran escala en el futuro».

«No solo ha adquirido este planeta nuevamente un movimiento normal en el equilibrio cósmico general, sino que además sus dos fragmentos separados» —que, como ya te he dicho, se llaman ahora Luna y *Anulios*—, «han adquirido un movimiento normal convirtiéndose, pese a lo pequeño de sus dimensiones, en ‘*Kofenshares*’ independientes esto es, en planetas adicionales al sistema solar de Ors».

Después de discurrir unos instantes. Su Conformidad volvió a dirigirme la palabra:

«Vuestra Reverencia: me he presentado a vos nada más que con el fin de conversar sobre el futuro bienestar del fragmento mayor, que conocemos actualmente por el nombre de Luna».

«Este fragmento, —continuó diciendo Su Conformidad—, no solo se ha convertido en un planeta independiente, sino que ya ha comenzado a desarrollarse en él mismo el proceso de la formación de una atmósfera, necesaria para un planeta e indispensable para la materialización del Altísimo Trogoautoegócrata Cósmico Común».

«Ahora bien, Vuestra Reverencia, el proceso normal de formación de dicha atmósfera en este pequeño e imprevisto planeta, se ve dificultado por una indeseable circunstancia motivada por los seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra».

«Y es precisamente con respecto a este asunto que he decidido recurrir a vos, Vuestra Reverencia, para solicitaros que aceptéis emprender en el Nombre del CREADOR UNIEXISTENTE, la tarea de tratar de evitarnos la necesidad de recurrir a algún proceso sagrado extremo, inconveniente para seres tricentrados, eliminando este indeseable fenómeno por algún método ordinario mediante la 'Razón Eseral' que poseen en sus presencias».

En las aclaraciones más detalladas que entonces siguieron, Su Conformidad me explicó, entre otras cosas, que después de la segunda catástrofe padecida por la Tierra, los bípedos tricerebrados que por casualidad habían sobrevivido, habían vuelto a multiplicarse una vez más; que ahora, todo el proceso de su existencia se había concentrado en otro gran continente, recientemente formado, de nombre «*Ashark*»; que tres amplios grupos independientes acababan de constituirse en dicho territorio, habitando el primero de ellos la zona de «*Tikliamuish*», el segundo, el lugar conocido con el nombre de *Maralpleissís*, y el tercero, en el área que existe todavía, conocida con el nombre de *Perlania*; y que en la psiquis general de los individuos pertenecientes a los tres grupos, se habían formado ciertas «*Javatviernonis*» peculiares, esto es, ciertos impulsos psíquicos, habiendo sido designada por los terráqueos la totalidad de estos impulsos cósmicos comunes con el nombre de Religión.

«"Si bien estas '*Javatviernonis*' o religiones nada poseen en común", continuó diciendo Su Conformidad, existe no obstante, en estos credos peculiares, una misma costumbre ampliamente difundida entre los miembros de las tres sectas, que recibe el nombre de 'Sacrificios ofrendados a la divinidad'».

«Y esta costumbre se basa en el concepto —susceptible de ser conocido tan solo por la extraña Razón terráquea— de que si destruyen la existencia de ciertos seres pertenecientes a otras formas vitales en honor de sus dioses e ídolos, esos dioses imaginarios e ídolos aceptan las ofrendas sumamente complacidos, ayudándolos indefectiblemente en consecuencia, en la materialización de todos sus fantásticos sueños».

«Esta costumbre se halla tan difundida en la actualidad y la destrucción de la existencia de los seres de formas distintas de la humana, con este maléfico propósito, ha alcanzado tal magnitud, que existe ya un excedente de *Askokinas* sagradas, exigidas al planeta Tierra para el mantenimiento de sus antiguos fragmentos. Éstas son unas vibraciones que se producen durante el sagrado proceso de *Raskuarno* de los seres de todas las formas exteriores existentes que habitan el planeta Tierra».

«Para la formación normal de la atmósfera del planeta Luna recientemente originado, este excedente de *Askokinas* sagradas ya ha comenzado a perturbar seriamente el intercambio correcto de sustancias entre el planeta Luna y su atmósfera y ha cundido el temor de que su atmósfera pueda formarse, en consecuencia, incorrectamente, convirtiéndose más tarde en un inconveniente para el desarrollo armonioso de todo el sistema de Ors, dando lugar nuevamente al surgimiento de factores capaces de provocar una catástrofe de gran magnitud cósmica».

«De modo que, Vuestra Reverencia, lo que ahora os solicito, es, como ya os he dicho, que aceptéis emprender la tarea de descender especialmente al planeta Tierra, ya que tenéis el hábito de visitar frecuentemente los diversos planetas que integran este sistema solar y os halláis familiarizado con los mismos, y de que tratéis, una vez en aquel punto, de inculcar en la consciencia de estos extraños seres tricerebrados alguna idea sobre lo insensato de su conducta».

Después de decir unas pocas palabras más, Su Conformidad emprendió el ascenso hacia la atmósfera y cuando ya se hallaba a gran altura, agregó con voz fuerte: «Con esto, Vuestra Reverencia, habréis de prestar un valiosísimo servicio a nuestra ETERNIDAD UNIEXISTENTE TODO ABARCANTE».

Una vez que estos Sagrados «Individuums» hubieron dejado el planeta Marte, decidí ejecutar la referida tarea a toda costa, y mostrarme digno, si no por otra cosa, por esta explícita ayuda a nuestra ETERNIDAD ÚNICA PORTADORA DE CARGAS, de convertirme en una partícula, si bien independiente, de todo cuanto existe en el Gran Universo.

De modo pues, querido niño, que, imbuido de esta idea, emprendí el vuelo al día siguiente, por segunda vez, hacia el planeta Tierra, también en esta oportunidad a bordo de la nave *Ocasión*.

Esta vez la nave descendió sobre el mar que acababa de formarse como resultado de la perturbación provocada por el segundo gran desastre que asoló a tu planeta favorito, y que era llamado por aquel período del flujo cronológico, con el nombre de *Colchidius*.

Este mar se hallaba situado al noroeste del gran continente —recién formado — de *Ashark*, que ya era por entonces el centro principal de la existencia de los tricerebrados terráqueos.

Las demás costas de este mar estaban formadas por las nuevas tierras que al emerger del seno del océano se habían unido al continente de *Ashark*; el

conjunto había sido llamado en un principio, «*Frianktzanaralis*» y poco más tarde, «*Colchidchissi*».

Debo hacerte notar que tanto este mar como las tierras mencionadas existen todavía, pero claro está que con otros nombres; el continente de *Ashark*, por ejemplo, actualmente se llama «Asia»; el mar de «*Colchidius*», «Mar Caspio» y todo el «*Frianktzanaralis*» se conoce hoy día con el nombre de «Cáucaso».

El *Ocasión* descendió sobre este mar «*Colchidius*» o «Caspio» debido a que éste era el más apropiado para anclar la nave y también como base de futuros viajes.

Era sumamente adecuado para mis viajes posteriores debido a la proximidad de un gran río que desembocaba en él mismo por el este; este río irrigaba casi toda la región del «*Tikliamuish*» y en sus riberas había sido edificada la capital del país, la ciudad de «*Kurkalai*».

Dado que el principal centro terráqueo en aquellos tiempos era el país de *Tikliamuish*, decidí dirigirme a éste en primer término.

También debo hacerte notar aquí que, si bien este gran río, llamado entonces «*Oxoseria*» existe todavía, ya no desemboca en el actual Mar Caspio debido a que por un temblor secundario del planeta, en la mitad de su curso se desvió hacia la derecha, precipitando su caudal de agua hacia la zona más deprimida del continente de *Ashark*, donde paulatinamente fue formando un pequeño mar que existe todavía y que se conoce con el nombre de mar de Aral; pero el viejo lecho de la primera mitad de este largo río, llamado ahora «*Amu Daria*» todavía puede verse mediante una observación atenta.

En la época de mi segundo descenso personal, el país de *Tikliamuish* tenía fama de ser, y era en realidad, el más rico y fértil de todas las tierras firmes de aquel planeta aptas para la existencia de los seres ordinarios.

Pero después de ocurrir la tercera gran catástrofe que asoló a aquel infortunado planeta, el otrora fértil país fue cubierto, al igual que otras fecundas regiones, de «*Kashmanunomas*» o, como allí las llaman, de «arenas».

Durante mucho tiempo después de esta tercera catástrofe, el país de *Tikliamuish* era conocido simplemente por el nombre de «el Desierto» y en la actualidad existen diversos nombres para sus diferentes partes; su antigua parte principal se llama «*karakum*», es decir «Arenas Negras».

Durante estas épocas el segundo grupo de seres tricerebrados, también completamente independiente, vivía, al igual que el primero, en el mismo

continente de *Ashark*, en la región conocida entonces con el nombre de País del *Maralpleissís*.

Tiempo después, cuando este segundo grupo comenzó a tener su propio centro eseral en la llamada Ciudad de «*Gob*, —todo el país terminó por llamarse, durante largo tiempo—, Goblania».

Al igual que la primera, también esta localización fue más tarde cubierta por las *Kashmanunomas* y en la actualidad la antigua parte principal del otrora floreciente país se llama simplemente «Desierto de Gobi».

Y en cuanto al tercer grupo de seres tricerebrados que por entonces habitaban el planeta Tierra, éste —también completamente independiente— residía en la parte sudoriental del continente de *Ashark*, frente al país de *Tikliamuish*, justamente al otro lado de aquellas proyecciones anómalas del continente de *Ashark* que se formaron también durante la segunda perturbación sufrida por tu infortunado planeta.

Esta región habitada por el tercer grupo de terráqueos se llamaba entonces, como ya te he dicho, «*Perlania*».

Más adelante también cambió el nombre de esta zona y no una, sino muchas veces; en la actualidad, toda esa zona de tierra firme se conoce con el nombre de «Indostán o India».

Es imprescindible que te haga notar que por esa época, es decir, durante mi segundo descenso personal sobre la superficie del planeta Tierra, ya se hallaba presente y completamente cristalizado en todos estos seres tricerebrados (que han llamado tu atención) pertenecientes a los tres grupos independientes ya mencionados, en lugar de aquella función conocida con el nombre de «el indispensable impulso hacia el autoperfeccionamiento», que debiera existir en todos los seres tricerebrados, cierto «impulso», también «indispensable» pero sumamente extraño, a hacer que todos los demás seres del planeta llamaran y consideraran al propio país como el «Centro Cultural del mundo entero».

Este curioso «Impulso» se hallaba presente por entonces en todos los seres tricentrados, constituyendo para cada uno de ellos, por así decirlo, el principal sentido y la meta primordial de su existencia. Como consecuencia natural, eran frecuentes entonces las enconadas luchas entre estos tres grupos independientes, tanto en el terreno material como en el psíquico, tendientes a alcanzar dicha meta. Pues verás lo que sucedió.

Partimos entonces del mar *Colchidius*, o como se le llama ahora, el mar Caspio, en «*Seltchanaj*» es, es decir, balsas especiales, remontando el río «*Oxoseria*» o, como se llama actualmente, el «*Amu Daria*». Navegamos durante quince días terráqueos llegando finalmente a la capital de los seres que formaban el primer grupo asiático.

Después de nuestra llegada y de haber escogido un lugar para nuestra residencia permanente en la zona, empecé por visitar los «*Kaaltanés*» de la ciudad de *Kurkalai*, es decir, aquellos establecimientos que se llamaron más tarde en el continente de *Ashark*, «*chaijanés*», «*Ashjanés*», «*Caravasares*», etc., y que los terráqueos contemporáneos, especialmente los habitantes del continente de Europa llaman «Cafés», «Restaurantes», «Clubes», «*Dancings*», «Centros sociales», etc.

Empecé por visitar estos establecimientos terrestres porque es allí, tanto en la actualidad como en cualquier otra época, donde mejor se puede observar y estudiar la psiquis específica y peculiar de los seres de una región determinada, y esto era precisamente lo que me proponía, es decir, indagar a fondo en la naturaleza íntima de estos seres, qué era lo que los impulsaba a la realización de sacrificios, a fin de poder trazarme un plan de acción para extirpar esa inconveniente costumbre y cumplir así con el cometido que se me había asignado.

En mis visitas a los «*Kaaltanés*» de la región acerté a encontrar toda clase de seres y entre ellos uno en particular que me llamó poderosamente la atención.

Este ser tricerebrado con quien me encontré varias veces ejercía la profesión de «sacerdote» y respondía al nombre de «Abdil».

Como casi todas mis actividades personales, querido nieto, durante este segundo descenso al planeta Tierra, se hallaron vinculadas con las circunstancias exteriores inherentes a este sacerdote «Abdil», y como acertó a suceder que tuve en ésta mi visita al planeta Tierra toda suerte de dificultades por su causa, me detendré a contarte más o menos detalladamente acerca de este ser tricerebrado del que te estoy hablando; además, podrás entender, al mismo tiempo, gracias a lo que yo te cuente, los resultados que entonces logré con el fin de extirpar de raíz del extraño psiquismo de tus favoritos la necesidad de destruir la existencia de los seres de otras formas a fin de «complacer» y «aplacar» a sus dioses e ídolos.

Si bien este terráqueo —que más tarde había de convertirse para mí en un ser tan querido como los de mi propia familia— no era un sacerdote del rango más elevado, se hallaba bien versado, sin embargo, en todos los detalles de la enseñanza y de la práctica de la religión entonces prevaleciente en todo el distrito de *Tikliamuish*; conocía asimismo, este individuo, la psiquis de los fieles de este credo y en especial, claro está, la de los seres pertenecientes a su «congregación», según se llaman estas agrupaciones.

Muy pronto nos hallábamos en muy buenos términos y entonces pude descubrir que en el Ser de este sacerdote «Abdil» —debido a diversas circunstancias externas entre las cuales se contaba la herencia, así como las condiciones en que había sido preparado para asumir su existencia responsable — la función denominada «consciencia», que debiera hallarse presente en todos los seres tricentrados, no se había atrofiado todavía por completo, de modo que una vez que hubo conocido con su Razón ciertas verdades cósmicas que yo le expliqué, adquirió inmediatamente en su presencia, hacia los seres que lo rodeaban semejantes a él mismo, casi una actitud igual a la normal entre todos los seres tricerebrados del Universo que no se han desviado del destino señalado, es decir, se convirtió en un ser «piadoso» y «sensible» para con los que lo rodeaban.

Antes de seguir hablándote de este sacerdote «Abdil», debo aclararte que esta terrible costumbre de los sacrificios estaba pasando por entonces, en el continente de *Ashark*, por su punto culminante y era incalculable la destrucción de los más diversos seres uni y bicerebrados indefensos que tenía lugar diariamente.

En esa época, si un individuo cualquiera tenía oportunidad de dirigirse a uno u otro de sus imaginarios dioses o fantásticos «Santos», les prometía invariablemente que, en caso de que sus deseos se vieran cumplidos, habría de destruir en su honor la existencia de uno u otro ser, o de varios a un tiempo, y, si por casualidad la fortuna le sonreía, cumplía su promesa con la mayor reverencia, sin detenerse a pensar en el daño que hacía a los otros seres, preocupado tan solo por ganarse el favor de su patrono imaginario.

Con ese mismo fin, estos favoritos tuyos comenzaron a dividir los seres de todas las demás formas en «puros» e «impuros».

Llamaban impuros a aquellas formas eserales cuya destrucción se presumía que no debía resultar agradable a los dioses, y «puros» a aquéllos cuyo sacrificio era, probablemente, en extremo agradable a sus diversos ídolos imaginarios.

Estos sacrificios no solo eran llevados a cabo en las casas particulares de cada individuo, sino también en público y a veces por verdaderos grupos congregados a tal efecto.

Existían incluso, en esta época, lugares especiales para esas matanzas, situados en su mayoría cerca de los edificios construidos en memoria de ciertas cosas o seres, principalmente de Santos, claro está que de los Santos que ellos mismos habían elevado a la categoría de tales. Existían por entonces, en el país de *Tikliamuish*, muchos de estos lugares públicos, destinados a llevar a cabo la destrucción de los seres con una apariencia diferente del humano.

Entre todos ellos, el más famoso era el situado en un pequeño monte desde donde cierto taumaturgo llamado «Alimán», se suponía que había ascendido cierta vez hacia «uno u otro Cielo».

Tanto en aquel lugar como en otros similares, especialmente hacia ciertas épocas precisas del año, destruían innumerable cantidad de seres llamados «bueyes», «ovejas», «palomas», etc., e incluso seres de su propia especie.

En este último caso, lo más frecuente era que los individuos más fuertes sacrificaran a los menos fuertes; así, por ejemplo, el padre sacrificaba a su hijo, el marido a su mujer, el hermano mayor al menor y así sucesivamente. Pero la mayoría de las víctimas sacrificadas eran «esclavos» que entonces, al igual que ahora, eran «cautivos», es decir, miembros pertenecientes a una comunidad conquistada, quienes, de acuerdo con la ley de lo que se llama «*Soliunensius*» tenían entonces —esto es, en la época en que esta necesidad de destrucción recíproca se manifestaba más intensamente en sus presencias— un significado menor con respecto a esta característica peculiar de los terráqueos.

La costumbre de «complacer a sus dioses» por medio de la destrucción de la existencia de otros seres sigue practicándose todavía en tu planeta favorito, si bien ya no en la escala en que estos crímenes abominables eran practicados entonces en el continente de *Ashark*.

Pues bien, querido nieto, durante los primeros días de mi viaje a la ciudad de *Kurkalai*, acerté a tratar diversos temas con aquel amigo mío que te mencioné antes, el sacerdote «Abdil», pero, por supuesto, nunca le hablé de aquellos puntos que podían revelar mi verdadera naturaleza.

Al igual que la mayoría de los seres tricerebrados que habitan en tu planeta favorito con quienes trabé relaciones en mis dos visitas, también él me tomó por un congénere, pero considerándome sabio y entendido en la psiquis de los terráqueos.

Desde nuestros primeros encuentros, siempre que comenzábamos a hablar de otros seres semejantes a él, me conmovía profundamente la simpatía que por ellos experimentaba. Y cuando mi Razón me hizo comprender claramente que la función de la consciencia, fundamental para los seres tricentrados, que le había sido transmitida a su presencia por vía hereditaria, no se había atrofiado todavía completamente, comenzó a desarrollarse en mi naturaleza, a partir de ese momento, y a cristalizarse como resultado normal del proceso, un «impulso necesario realmente funcional» hacia él, semejante al que experimento hacia mis congéneres.

Desde entonces también él, de acuerdo con la ley cósmica que afirma «de toda causa nace su efecto correspondiente» comenzó a experimentar hacia mí un «*Silnegordpana*» o, como lo llamarían tus favoritos, «un sentimiento de confianza hacia un semejante».

Pues bien querido nieto, tan pronto como fue comprobado esto por mi Razón, se me ocurrió la idea de materializar mediante mi primer amigo terrestre la tarea que se me había encargado ejecutar personalmente en esta mi segunda visita al planeta Tierra.

Comencé, en consecuencia, a encaminar deliberadamente todas nuestras conversaciones hacia el problema de los sacrificios a los dioses.

Si bien, mi querido nieto, es mucho el tiempo transcurrido desde que hablé con este amigo terráqueo, creo que sería capaz todavía de recordar y repetir palabra por palabra todo cuanto en aquellas conversaciones dijimos.

Pero ahora me limitaré a recordar y repetirte solamente la que fue nuestra última conversación y que sirvió como punto de partida a todos los hechos posteriores que, aunque pusieron a la existencia planetaria de este amigo terráqueo un doloroso fin, pusieron sin embargo a su alcance la posibilidad de proseguir su tarea de autoperfeccionamiento.

Esta última conversación tuvo lugar en su casa. Le expliqué en aquella ocasión con toda franqueza la extrema estupidez y lo absurdo de esta costumbre de los sacrificios. Esto es lo que le dije:

«Bueno. Tú tienes una religión, tienes una fe en algo. Es excelente tener fe en algo, cualquier cosa que sea, aun cuando uno no sepa exactamente en quién o en qué, o cuando no pueda representarse el significado y las posibilidades que entraña el objeto en el cual se ha depositado esa fe. Tener fe, ya sea conscientemente o con completa inconsciencia, es necesario y conveniente para todos los seres».

«Y es conveniente porque solo gracias a la fe puede aparecer en un ser dado la intensidad de la autoconsciencia eseral que todos los seres necesitan, así como la evaluación del Ser personal como una partícula más de Todo Cuanto Existe en el Universo».

«¿Pero qué tiene que ver todo esto con la existencia de otro ser destruida en el altar de los sacrificios, más aún, un ser cuya existencia destruyes en el nombre de su CREADOR?».

«Gracias a tu fuerza física y astucia, es decir, a aquellos datos que te son propios y con los cuales te ha dotado nuestro CREADOR COMÚN para el perfeccionamiento de tu Razón, te aprovechas de la debilidad psíquica de otros seres y destruyes su existencia».

«¿Entiendes tú, infortunada criatura, cuan criminales —en un sentido objetivo— son tus acciones al cumplir con esta costumbre?».

«En primer lugar, al destruir la existencia de otros seres reduces por tu cuenta el número de factores de aquella suma total de productos que son los únicos que pueden conformar las condiciones necesarias para hacer posible el autoperfeccionamiento de los seres semejantes a ti. Y en segundo lugar, disminuyes de esa manera o destruyes completamente las esperanzas de nuestro PADRE CREADOR COMÚN en aquellas posibilidades que te han sido dadas como ser tricerebrado que eres y como ser en quien Él tiene depositada Su confianza, como una posible ayuda en el futuro para ÉL».

«El absurdo evidente de tan terrible acción eseral se pone por sí mismo de manifiesto si al destruir la existencia de otros seres crees estar haciendo algo agradable para AQUÉL, precisamente, que los ha creado deliberadamente».

«¿Puede ser acaso que jamás se te haya ocurrido que si nuestro PADRE CREADOR COMÚN ha creado aquella vida habrá debido hacerlo por alguna razón?».

«Piensa, —seguí diciéndole—, piensa un poco, no como has estado acostumbrado a pensar durante toda tu vida, es decir, como un ‘asno de Jorassán’, sino honesta y sinceramente, como debe pensarse, como todo ser que

se llame, como tú te llamas, ‘hecho a imagen y semejanza de Dios’, debe pensar».

«Cuando DIOS te creó y creó a estos seres cuya existencia destruyes, ¿puede nuestro CREADOR haber escrito entonces en las frentes de algunas de sus criaturas que deberían ser destruidas en Su honor y gloria?».

«Nadie, ni aun un idiota de la isla de Albión que se detuviera a pensar un instante seria y sinceramente en ello, podría dejar de comprender su sinrazón».

«Esto solo puede haber sido inventado por la gente que se dice hecha ‘a imagen y Semejanza de Dios’, pero no por Él, que creó a los hombres y a estos otros seres de forma distinta, a quienes ellos destruyen, para, según se imaginan su placer y satisfacción».

«Para Él no existe diferencia alguna entre la vida de los hombres y la de los seres de cualquier otra forma».

«El hombre es vida y también los seres de otras formas exteriores».

«Y es una sabia previsión de Su parte que la Naturaleza haya adecuado la forma exterior de los seres a aquellas condiciones y circunstancias predominantes a través de las cuales habría de desarrollarse el proceso de su existencia».

«Ponte a ti mismo por ejemplo: ¿Podrías acaso, provisto de tus órganos internos y externos, tirarte al agua y nadar como un pez?».

«Claro que no, puesto que no tienes ni “branquias”, ni “aletas” ni “cola”, es decir, un organismo conformado de antemano para existir en un medio con las características del agua».

«Si se te ocurriese lanzarte al agua no tardarías en asfixiarte y hundirte, convirtiéndote en un buen ‘fiambre’ para aquellos mismos peces quienes, en el medio que les es propio, serían, naturalmente, infinitamente más fuertes que tú».

«Y otro tanto sucede con los peces, pues, ¿qué ocurriría si uno de ellos viniese ahora a visitarnos, se sentara a la mesa con nosotros e intentase tomar una taza de té en nuestra compañía?».

«Claro está que no podría hacerlo dado que carece de los órganos correspondientes para manifestaciones de esta naturaleza».

«El pez fue creado para el agua y así sus órganos externos e internos están adaptados a aquellas manifestaciones requeridas por el agua. De modo pues que solo puede manifestarse eficazmente, cumpliendo con éxito el fin de su existencia, en aquel medio que su CREADOR le asignó de antemano».

«Y todos tus órganos internos y externos fueron creados por nuestro

CREADOR COMÚN exactamente de la misma manera. Te han dado piernas para caminar, manos para procurarte los alimentos necesarios, una nariz para respirar y toda una serie de órganos con ella relacionados, adaptados en tal forma que puedes asimilar y transformar en ti las sustancias Universales que recubren en los seres tricerebrados semejantes a ti ambos cuerpos eserales superiores, en uno de los cuales confía nuestro CREADOR COMÚN OMNIABARCANTE como posible auxiliar en el futuro, de Sus necesidades, a fin de llevar a cabo las materializaciones por Él previstas para bien de Todo cuanto existe».

«En suma, que el principio correspondiente ha sido previsto y entregado a la Naturaleza por nuestro CREADOR COMÚN, de modo que tus órganos internos y externos pudieran ser conformados de acuerdo con aquel medio en que el proceso de la existencia de los seres pertenecientes a tu mismo sistema cerebral debía desarrollarse».

«Para que comprendas esto claramente será de gran provecho recurrir a un ejemplo que puede proporcionarnos el propio borrico que tienes atado en tu establo».

«Incluso en lo que a este borrico se refiere, tú abusas de las posibilidades que nuestro CREADOR COMÚN te ha concedido, puesto que en este momento dicho borrico se halla forzado a permanecer en pie contra su voluntad en tu establo y si así lo hace, es tan solo por haber nacido bicerebrado, y esto ocurre, a su vez, porque para la existencia cósmica común de los demás planetas, la presencia total de dicho borrico es necesaria».

«Y por consiguiente, conforme a la ley, falta en la presencia de tu borrico la posibilidad de mentación lógica y en consecuencia, conforme a la ley, debe ser lo que llamamos ‘irracional o estúpido’».

«Aunque tú fuiste creado con la finalidad de permitir la existencia cósmica común de los planetas y si bien fuiste creado a manera de un ‘campo de esperanza’ para los futuros designios de nuestro MISERICORDIOSO CREADOR COMÚN —es decir, creado con las posibilidades de recubrir en tu presencia aquel ‘Altísimo Sagrado’ para cuyo posible surgimiento fue creado precisamente todo el mundo existente en la actualidad—, y pese a las posibilidades mencionadas que te han sido concedidas, es decir, pese al hecho de que hayas sido creado tricerebrado y con posibilidades de mentación lógica, tú, no obstante, no te sirves de esta propiedad sagrada para el fin al que fue destinada, sino que la

manifiestas en forma de una ‘astucia solapada’ hacia Sus otras creaciones como, por ejemplo, tu borrico».

«Aparte de las posibilidades presentes en tu ser, de cobijar conscientemente en tu presencia dicho ‘Altísimo Sagrado’, este borrico entraña exactamente el mismo valor para el proceso cósmico común y por consiguiente, para nuestro CREADOR COMÚN, que tú mismo, puesto que cada uno de vosotros está predestinado a cumplir una misión definida en su totalidad, es decir, la materialización del sentido de Todo lo Existente».

«La diferencia entre tú y tu borrico radica tan solo en la forma y la calidad del funcionamiento de la organización externa e interna de vuestras presencias comunes».

«Tú tienes dos piernas, en tanto que tu borrico tiene cuatro patas, cada una de las cuales, además, es infinitamente más fuerte que tus miembros».

«¿Puedes acaso llevar sobre esas dos débiles piernas todo el peso que es capaz de acarrear tu asno?».

«Claro que no, puesto que tus piernas te han sido dadas tan solo para trasladar tu cuerpo y las pequeñas cargas necesarias para la existencia normal de los seres tricerebrados, conforme a las previsiones de la Naturaleza».

«Semejante distribución de las fuerzas y el vigor —que a primera vista puede parecer injusta por parte de nuestro JUSTÍSIMO CREADOR— fue llevada a cabo por la Gran Naturaleza, debido simplemente a que el excedente de sustancias cósmicas que a ti te fue acordado por el CREADOR y por la Naturaleza para que lo emplearas a los efectos de tu autoperfeccionamiento personal, le fue negado al asno, pero, en su lugar, la Gran Naturaleza misma transformó ese mismo excedente de sustancias cósmicas, en el caso de la presencia de tu asno, en el poder y la fuerza de ciertos órganos, fuerza ésta para ser empleada tan solo en su existencia presente, pero claro está que sin el conocimiento personal del propio asno, lo cual le permite manifestar dicho poder incomparablemente mejor que nosotros».

«Y estas variadas manifestaciones dotadas de fuerza desigual, según las diversas formas de los seres, materializan en su totalidad, precisamente aquellas condiciones exteriores que hacen posible a todos tus semejantes —esto es, a los seres tricerebrados— perfeccionar conscientemente el ‘Germen de Razón’ que su presencia contiene, desarrollándolo hasta el estado requerido de la Razón Objetiva Pura».

«Vuelvo a repetirte: todos los seres de todos los sistemas cerebrales sin

excepción, grandes y pequeños, alojados en la superficie o en el interior del planeta Tierra, en el aire o en el agua, son todos necesarios por igual a nuestro CREADOR COMÚN, para la armonía común de la existencia de Todo Cuanto Existe».

«Y como todas las formas eserales que acabo de enumerar materializan en su conjunto la forma del proceso requerido por nuestro CREADOR para la existencia de todo cuanto existe, la esencia de todos los seres es para Él igualmente valiosa e irreemplazable».

«Para nuestro CREADOR COMÚN, todos los seres no son sino partes de la existencia de un todo esencial por Él espiritualizado».

«¿Pero cuál es nuestro problema actual?».

«Una de las formas existenciales por Él creadas, en cuya presencia ha colocado todas Sus esperanzas para el futuro bienestar de todo cuanto existe, valiéndose de su superioridad, domina a todas las demás y destruye sus existencias a diestra y siniestra y, lo que es más grave, presumiblemente en 'Su nombre'».

«Lo más terrible de todo esto es que si bien estos actos contra Dios de tamaña magnitud tienen lugar en todas las casas y en todas las plazas diariamente, a nadie se le ocurre, no obstante, que estos seres cuyas existencias destruimos continuamente son tan queridos como nosotros mismos para Aquél que los ha creado, teniendo en cuenta además que si los creó, tiene que haber sido con algún propósito».

Tras una breve pausa reanudé luego mi discurso hablando así al sacerdote «Abdil»:

«Y lo más tremendo de todo es que cada hombre que destruye la existencia de otros seres en honor de sus ídolos venerados, lo hace con todo su corazón, convencido plenamente de que realiza una acción 'buena'».

«No me cabe ninguna duda de que si cualquiera de ellos tuviera consciencia de que al destruir la existencia de otro ser no solo está realizando una acción criminal contra el verdadero DIOS y los Santos Verdaderos, sino que les inflige, en sus esencias mismas, pena y aflicción, por el hecho de que puedan existir en el gran Universo esos monstruos hechos 'a imagen y Semejanza de Dios', capaces de manifestarse hacia otras obras de nuestro CREADOR COMÚN de modo tan inconsciente y despiadado, si cualquiera de ellos tuviera consciencia de esta

atrocidad, ello bastaría para que no quedara un solo hombre capaz de destruir la existencia de otros seres en el ara de las inmolaciones».

«Entonces quizás también en la Tierra comenzaría a regir el mandamiento personal decimoctavo de nuestro CREADOR COMÚN, que ordena: 'Ama a todo lo que respira'».

«Destruir la existencia de las creaciones de Dios para ofrendárselas en sacrificio, es como si alguien de la calle penetrara ahora en tu casa y destruyera desenfrenadamente todos tus 'bienes', que tanto tiempo te ha llevado reunirlos y tantos esfuerzos y sacrificios te han exigido, para ofrendar sus desechos en tu honor».

«Piensa, pero no olvides que has de hacerlo sinceramente, y medita sobre lo que acabo de decirte; y entonces me responderás: ¿Te sentirías halagado y lleno de gratitud por la intrusión del ladrón que destrozara todos tus bienes?».

«¡Claro que no! Un millón de veces ¡¡¡no!!!».

«Muy al contrario, todo tu ser estaría poseído de una santa indignación, siendo tu más caro deseo el de castigar al ladrón y no el de recompensarlo, de modo que no pararías hasta haber podido vengarte».

«Lo más probable es que ahora me repliques que aunque ello es así, tú eres, solamente, un hombre…».

«Eso es muy cierto; solamente eres un hombre. Y felizmente DIOS es DIOS y no es tan vengativo ni criminal como el hombre».

«Claro está que él no te castigará ni habrá de vengarse, como tú harías en el caso del ladrón que destruyera los bienes que te había llevado tantos años reunir».

«No hace falta decir que DIOS lo perdona todo; esto ya es una ley universal».

«Pero Sus creaciones —en este caso los hombres— no deben abusar de Su Misericordiosa y Omniabarcante Bondad; no solo deben cuidar todo lo que Él ha creado sino que también deben cooperar en su conservación».

«Sin embargo, aquí en la Tierra los hombres han llegado incluso a dividir los seres pertenecientes a otras formas en puros e impuros».

«¿Puedes decirme qué los guio cuando realizaron esta división?».

«Dime por ejemplo, ¿es pura una oveja e impuro un león? ¿No son los dos iguales ante la naturaleza?».

«Eso también fue inventado por los hombres… ¿Y por qué lo inventaron, por qué trazaron esta línea divisoria? Simplemente porque una oveja es un ser sumamente débil y además estúpido y puede hacerse con él lo que se quiera».

«Y los hombres llaman impuro al león simplemente porque no se atreven a hacer con él lo que se les antoja».

«Los leones son más inteligentes y, lo que es más importante todavía, más fuertes que ellos».

«Los leones no solo no permiten ser destruidos, sino que ni siquiera dejan que persona alguna se les acerque».

«Si un incauto se aproximara a un león, éste le daría tal zarpazo en el cuello que nuestro valiente no tardaría en volar allá donde 'la gente de la isla de Albión' no han estado nunca todavía».

«Una vez más te repito: Los leones son impuros simplemente porque los hombres les temen, porque son cien veces más bravos y más fuertes que ellos; y las ovejas son puras nada más que porque son mucho más débiles que ellos y además, vuelvo a repetírtelo, mucho más estúpidas».

«Todo ser ocupa entre los demás pertenecientes a otras formas, un lugar definido acorde con su naturaleza y con el grado de Razón alcanzado por sus antepasados y recibido en herencia».

«Para ver esto más claro, puede servirnos de ejemplo la diferencia existente entre las presencias ya definidamente cristalizadas del psiquismo de tu perro y de tu gato».

«Si mimas al perro y lo acostumbras a hacer todo lo que a ti se te antoje, se volverá obediente y cariñoso, al extremo de la mayor humildad».

«Te seguirá a todas partes y hará toda clase de piruetas delante de ti para agradarte al máximo».

«Podrás mostrarte cariñoso con él, o bien podrás pegarle y herirlo, pero nunca se rebelará, lejos de ello, siempre habrá de mostrarse sumiso y complaciente».

«Pero trata de hacer lo mismo con el gato».

«¿Crees acaso que habrá de responder a tus injurias como el perro, haciendo las mismas gracias para halagarte? Claro que no…».

«Aun cuando el gato no es lo bastante fuerte para desquitarse inmediatamente, habrá de recordar tu actitud durante largo tiempo y en la primera ocasión encontrará la manera de vengarse».

«Se dice, por ejemplo, que a menudo ha sucedido que un gato mordiera en la garganta a un hombre durante el sueño».

«Y a mí no me cabe la menor duda de que esto pueda ser así, puesto que sé cuáles podrían ser los motivos del gato».

«No, el gato habrá de valerse por sí mismo; él conoce su propio valor y es orgulloso, y todo esto simplemente porque es gato y su naturaleza ha alcanzado un grado de Razón correspondiente a los méritos de sus antepasados».

«En todo caso, ningún ser, ni tampoco ningún hombre, se lo debe reprochar».

«¿Es su culpa acaso que sea gato y que en razón de los méritos de sus ancestros corresponda su presencia a ese grado de 'consciencia de sí?'».

«Ni ha de despreciárselo por ello ni ha de golpeárselo; por el contrario, debemos darle lo que se le debe, ya que ocupa un peldaño más elevado en la escala de evolución de la consciencia de sí».

Te diré de paso, querido niño, con respecto a las relaciones mutuas de los seres, que un antiguo y famoso profeta del planeta «*Desagroanskrad*», el gran «Arjunilo», ayudante actualmente del principal investigador de todo el Universo en lo referente a los detalles de la Moralidad Objetiva, expresó una vez:

«Si un ser es por su Razón superior a ti, siempre deberás inclinarte en su presencia, tratando de imitarlo en todo; pero si en cambio es inferior, deberás ser justo con él puesto que una vez tú también ocupaste ese mismo lugar de acuerdo con la sagrada Medida de la graduación de la Razón de nuestro CREADOR y OMNICONSERVADOR».

De modo pues, querido nieto, que esta última conversación con aquel amigo terrestre le produjo una impresión tan fuerte que en los días que siguieron no pudo dejar de pensar y pensar en lo que yo le había dicho.

En resumidas cuentas, el resultado final de aquello fue que este sacerdote llamado «Abdil» comenzó finalmente a conocer y percibir el verdadero significado de la costumbre de ofrendar sacrificios a los dioses.

Varios días después de nuestra conversación, se celebró una de las dos grandes festividades religiosas de todo el país de *Tikliamuish*, llamada «*Zádik*». Pero en el templo en que mi amigo «Abdil» oficiaba como sacerdote principal, en lugar de decir el sermón habitual después de la ceremonia del templo, comenzó a hablar inesperadamente acerca de los sacrificios.

Yo acerté a hallarme presente por casualidad en aquel gran templo y pude así escuchar las palabras que les dirigió a los fieles.

Aunque el tema de su disertación era insólito en semejante ocasión y en semejante lugar, no le sorprendió a nadie debido a lo bien que habló y a la vehemencia y hermosura sin precedente de sus palabras.

Habló tan bien y tan sinceramente en verdad, y tantos fueron los ejemplos ilustrativos y convincentes contenidos en su magnífica alocución, que gran parte

de la concurrencia no tardó en comenzar a llorar amargamente.

Tan fuerte fue la impresión que sus palabras produjeron en el auditorio, que pese a que la disertación se prolongó hasta el día siguiente en lugar de la media hora habitual, cuando hubo terminado, todos permanecieron largo tiempo como fascinados, negándose a marcharse.

A partir de ese momento comenzaron a divulgarse entre los que no habían asistido personalmente ciertos fragmentos de lo que él había predicado.

Es interesante notar que era costumbre por entonces que los sacerdotes vivieran nada más que de las ofrendas que buenamente querían concederles sus feligreses; y también nuestro sacerdote «Abdil» había practicado este hábito de recibir de sus feligreses toda clase de alimentos para su sustento ordinario.

Entre los presentes que los feligreses solían llevarle había cadáveres asados y hervidos de seres de las más diversas formas exteriores tales como «pollos», «corderos», «gansos», etc. Pero después de esta famosa disertación nadie le volvió a llevar ninguno de estos presentes, sino tan solo frutas, flores, trabajos manuales, etc.

Al día siguiente de su discurso, mi amigo terráqueo se convirtió inmediatamente, para todos los ciudadanos de *Kurkalai*, en lo que se llama un «sacerdote de moda», y no solo se hallaba el templo en que realizaba sus oficios atestado de gente, sino que pronto se le pidió que hablara en otros templos.

Habló así en una gran cantidad de oportunidades acerca de los sacrificios realizados en honor de los dioses y antes de que pasara mucho tiempo el número de sus admiradores había crecido considerablemente, de modo que pronto fue popular, no solo entre los seres de la ciudad de *Kurkalai*, sino en todo el territorio de *Tikliamuish*.

No sé qué hubiera pasado si todo el clero, esto es, todos los demás hombres pertenecientes a la misma profesión que mi amigo, no se hubieran alarmado a causa de su popularidad y no hubieran levantado una enconada resistencia hacia lo que él predicaba.

Claro está que lo que sus colegas temían era que si desaparecía la costumbre de ofrendar sacrificios a los dioses, también desaparecerían sus excelentes ingresos, con lo cual habría de reducirse considerablemente su autoridad, hasta desvanecerse por completo.

Día a día aumentó el número de enemigos del sacerdote «Abdil», difundiéndose por todas partes viles calumnias acerca del mismo, tendientes a destruir su popularidad y su afianzamiento entre la población.

Los demás sacerdotes comenzaron por dirigir sermones a los fieles congregados en sus templos, tratando de demostrar exactamente lo contrario de lo que predicaba «Abdil». Finalmente, el clero llegó al punto de sobornar a diversos seres dotados de propiedades de «*Hasnamuss*» para que planeasen y cometiesen toda clase de atentados contra el pobre «Abdil» y, en realidad, fueron varias las ocasiones en que estas nulidades terrestres dotadas de las mencionadas propiedades trataron de destruir su existencia echándole veneno a las diversas ofrendas comestibles que sus feligreses le llevaban.

Pese a todo ello, el número de admiradores sinceros del valeroso sacerdote aumentaba diariamente.

Por fin, la corporación entera de sacerdotes no pudo soportarlo más.

Y en un triste día para mi amigo, se llevó a cabo un juicio general ecuménico que duró cuatro días.

La sentencia de este Concilio Ecuménico General no solo expulsó definitivamente a «Abdil» del sacerdocio, sino que dejó las puertas abiertas para la organización de una verdadera persecución contra el sacerdote en desgracia.

Claro está que todo esto fue teniendo poco a poco un fuerte efecto sobre la mentalidad de los seres ordinarios, de modo que incluso aquéllos más próximos a él, que antes lo habían estimado, comenzaron entonces a evitarlo gradualmente, repitiendo toda suerte de calumnias acerca de su persona.

Incluso los que un día antes le habían mandado flores y otros diversos presentes, reverenciándolo casi como a un ser divino, se volvieron tan acérrimos enemigos, debido a las constantes habladurías, que no parecía sino que aparte de injuriarlos personalmente, les hubiera matado a sus seres más queridos.

Así es la psiquis de los seres que habitan aquel peculiar planeta.

En resumen, merced a su sincera buena voluntad para con aquellos que lo rodeaban, este amigo mío debió sufrir un verdadero martirio. Y aun esto quizás no hubiera sido nada, si la culminación de la inconsciencia por parte del clero no los hubiera llevado a determinar su fin, es decir, a determinar la muerte del sacerdote «Abdil».

Así ocurrieron las cosas:

Mi amigo no tenía ningún familiar en la ciudad de *Kurkalai*, debido a que había nacido en un pueblo muy distante.

Y en cuanto a los cientos de servidores y otras nulidades terrestres ordinarias que lo habían rodeado durante su anterior prosperidad, lo habían ido

abandonando ahora paulatinamente, debido, claro está, a que el amo había perdido ya su anterior importancia e influencia.

Hacia el fin, solo permaneció a su lado un viejo amigo que había vivido toda la vida con él.

A decir verdad, este anciano había permanecido a su lado solo a causa de su avanzada edad, lo cual, en aquel planeta, suele volver a la gente absolutamente inútil para cualquier cosa.

Se quedó a su lado simplemente porque no tenía otro lugar donde ir y esa fue la única razón por la cual no abandonó a su amigo, acompañándolo incluso en los días de plena persecución.

Al entrar en la habitación del sacerdote una funesta mañana, el anciano descubrió que le habían dado muerte, hallándose su cuerpo planetario hecho pedazos.

Sabiendo que yo había sido amigo de su amo, se dirigió inmediatamente a mí para darme la triste noticia.

Ya te he dicho, querido niño, que había concebido en mi corazón un profundo cariño por aquel infortunado sacerdote, exactamente igual que si se hubiera tratado de uno de mis familiares más próximos. Así pues, cuando conocí la terrible nueva, experimenté en toda mi presencia una especie de «*Skinikunartzino*», es decir, que la conexión entre mis centros eserales separados casi sufrió una dislocación total.

Pero entonces temí que durante el día aquellos seres inconscientes cometieran nuevos ultrajes sobre el cuerpo planetario de mi amigo, de modo que decidí impedir por lo menos la posible materialización de aquel crimen.

Dispuse inmediatamente, entonces, que varios seres adecuados que me apresuré a contratar por una elevada suma de dinero, retiraran el cuerpo planetario de mi amigo, depositándolo temporalmente en mi «*Seltchanaj*», esto es, en la balsa en que había llegado y que se hallaba anclada a corta distancia del río «*Oxoseria*» y que todavía no había utilizado porque tenía la intención de navegar desde allí hasta el mar *Colchidius* para encontrar allí nuestra nave *Ocasión*.

El triste fin de la existencia de mi amigo no impidió que sus prédicas acerca del cese de los sacrificios a los dioses tuvieran un profundo efecto sobre un amplio sector de la población.

Y, a decir verdad, el número de víctimas ofrecidas en sacrificio comenzó a disminuir apreciablemente, haciéndose claro el hecho de que si bien la costumbre quizás no fuera abolida totalmente en aquel tiempo, por lo menos habría de mitigarse considerablemente.

Y por el momento aquello me bastaba.

Puesto que no había ya razón alguna para permanecer más tiempo en aquel lugar, decidí regresar inmediatamente al mar *Colchidius* donde habría de decidir el destino que debía darle al cuerpo planetario de mi amigo.

Cuando subí a bordo de la nave *Ocasión* me encontré con un heterograma procedente de Marte en el que se me informaba de la llegada a aquel planeta de otra comitiva procedente del planeta *Karataz*, instruyéndome especialmente para regresar a la mayor brevedad posible. Gracias a este heterograma se me ocurrió una idea sumamente extraña, es decir, se me ocurrió llevarme conmigo al planeta Marte el cuerpo planetario de mi amigo, en lugar de disponer del mismo allí en la Tierra.

Lo que me impulsó a esta decisión fue el temor de que los enemigos de mi amigo, que tan profundamente lo odiaban, realizasen una investigación en busca de su cuerpo planetario y que, encontrándolo finalmente «enterrado» —como dicen tus favoritos— en algún lugar, perpetrasen alguna atrocidad póstuma.

De modo que pronto abandoné el mar *Colchidius* y me hallaba en camino ascendente hacia el planeta Marte, a bordo de la nave *Ocasión*. Una vez en aquel planeta, tanto los miembros de nuestra tribu como varios marcianos, enterados de los hechos ocurridos en la Tierra, le prestaron los debidos honores al cuerpo planetario que había llevado conmigo.

Así, le dieron sepultura con todas las ceremonias habituales en el planeta Marte, y en el lugar en que descansan sus restos levantaron un túmulo.

De todos modos, fue ésta la primera y seguramente también la última «tumba» —como tus favoritos las llaman— levantada en el planeta Marte, tan cercano y al mismo tiempo tan lejano de los seres terrestres para quienes es completamente inaccesible, destinada a guardar los despojos de un hombre nacido en la Tierra.

Supe más tarde que esta historia había llegado a conocimiento de Su Dignidad el Sostén conservador de todos los Cuartos, el Altísimo Arcángel «Setrenotzinarco», Sostén de todos los Cuartos en aquella parte del Universo al cual pertenece el sistema de «Ors», y que había manifestado su complacencia,

dándoles a los funcionarios pertinentes una orden con relación al alma de este terráqueo.

En el planeta Marte me esperaban, a decir verdad, varios miembros de nuestra tribu recién llegados del planeta *Karataz*.

Entre ellos se hallaba, dicho sea de paso, tu abuela, quien, de acuerdo con las instrucciones del principal «*Tzirlikner*» del planeta *Karataz*, había sido designada para desempeñar el papel de la mitad pasiva en la conservación de mi descendencia.

Capítulo 20
Tercera visita de Belcebú al planeta Tierra

Tras una breve pausa, Belcebú continuó del siguiente modo:

Esta vez permanecí en mi casa, es decir, en el planeta Marte, solo un breve espacio de tiempo, lo suficiente para ver a los recién llegados y hablar con ellos y para impartir ciertas instrucciones de carácter ordinario en la dirección de nuestra tribu.

Habiendo resuelto estos asuntos, volví a descender nuevamente a tu planeta favorito con la intención de proseguir mi campaña para cortar de raíz entre aquellos extraños seres tricentrados la terrible costumbre de destruir la existencia de los seres pertenecientes a otros sistemas cerebrales.

En este mi tercer descenso al planeta Tierra, nuestra nave *Ocasión* no ancló en el mar *Colchidius*, actualmente Caspio, sino en el mar que por entonces se conocía por el nombre de «Mar de la Abundancia».

Decidimos efectuar nuestro descenso en este mar debido a que deseaba, en esta ocasión, dirigirme a la capital del segundo grupo de terráqueos que habitaban el continente de *Ashark*, llamada como ya te dije antes, ciudad de «*Gob*»; ésta estaba situada en la costa sudoriental de aquel mar.

En aquella época la ciudad de «*Gob*» era todavía una vasta urbe, famosa en todo el planeta por sus magníficos «tejidos» y sus ornamentos decorativos.

La ciudad de «*Gob*» se hallaba construida a ambas márgenes de la desembocadura del caudaloso río «*Keria Chi*» que vertía sus aguas al Mar de la Abundancia y cuyos orígenes se hallaban en las montañas orientales del país.

En este mismo mar de la Abundancia, sobre su costa occidental, desembocaba otro gran río, el «*Naria Chi*».

Y era en los valles que irrigaban estos dos ríos caudalosos, donde habitaban en mayor número los miembros de este segundo grupo del continente de *Ashark*.

Si así lo quieres, querido nieto, también te diré algo acerca de la historia de los orígenes de este grupo de seres radicados en esta parte del continente de *Ashark*, —le dijo Belcebú a Jassín—.

Sí abuelito, sí. Cuéntamelo que yo te escucharé con gran interés y con mayor gratitud, contestó el nieto.

Mucho mucho tiempo antes de la época a que se refiere mi relato, es decir, mucho antes de que la segunda gran catástrofe experimentada por aquel infortunado planeta tuviera lugar; cuando todavía existía el continente de Atlántida y se hallaba su civilización en la cima de su esplendor, uno de los seres tricentrados ordinarios que habitaban en aquel continente «descubrió» —tal como lo pusieron de manifiesto mis últimas y detalladas investigaciones al respecto— que el polvo del cuerno de cierto ser llamado entonces «*Pirmaral*» era sumamente *eficaz* contra lo que los terráqueos llaman «enfermedades», de cualquier naturaleza que éstas fuesen.

Esta «ocurrencia» no tardó en difundirse por todo el planeta llegando incluso a cristalizarse gradualmente en la Razón de los seres ordinarios un ilusorio factor de iniciativa, factor del que se origina, dicho sea de paso, en la presencia total de los seres tricerebrados que habitan tu planeta favorito, especialmente los contemporáneos, la Razón de la que disponen actualmente en su «existencia de vigilia», y este factor es la causa principal de los frecuentes cambios en las convicciones acumuladas en ellos.

Debido a este factor precisamente, cristalizado en las presencias de los seres tricerebrados de aquella época, se convirtió en norma que todo el mundo, «al caer enfermo» —como ellos dicen— por una u otra enfermedad, recurriera invariablemente a aquel polvillo mágico para curarse.

No carece de interés señalar que los «*Pirmarales*» existen todavía en la Tierra; pero puesto que los terráqueos contemporáneos no los consideran sino una especie más de las muchas comprendidas bajo el nombre genérico de «ciervos», no tienen ninguna denominación especial para ellos.

De modo pues, querido nieto, que como los terráqueos del continente de Atlántida destruyeron gran número de aquellos seres nada más que para obtener sus cuernos, no tardaron en extinguirse casi por completo.

Entonces, cierto número de terráqueos residentes en la Atlántida, que habían convertido la cacería de estos animales en su medio habitual de vida, se marcharon a otros continentes e islas en busca de la raza perseguida.

La caza del «*Pirmaral*» era sumamente difícil, debido a que se requerían para su captura gran cantidad de cazadores; por esta razón, los cazadores profesionales llevaban siempre consigo a toda su familia para que les ayudara.

En cierta ocasión se reunieron varias familias de cazadores y se marcharon a un continente muy distante, siempre con el objeto de cazar «*Pirmarales*»; el continente en cuestión se llamaba «Iranán» y más tarde, después de ciertos cambios debidos a la segunda gran catástrofe que asoló el planeta Tierra, pasó a ser el continente de *Ashark* que ya conoces. No es éste sino el mismo continente que los contemporáneos de tu planeta favorito llaman Asia.

Para el curso posterior de mis relatos referentes a estos seres tricerebrados que tanto han llamado tu atención, será conveniente que señale aquí que, por causa de las diversas perturbaciones producidas durante la segunda catástrofe terrestre, varias partes del continente de «Iranán» se hundieron en el seno del planeta, emergiendo en su lugar otras áreas de tierra firme que luego se soldaron al continente, el cual, en consecuencia, llegó a cambiar profundamente de fisonomía, alcanzando además un tamaño casi igual al que el antiguo continente de la Atlántida había tenido.

Pues bien, en sus correrías en pos de la codiciada presa, aquel grupo de cazadores de que te hablé llegó con sus familias a las costas del que más tarde habría de llamarse mar de la Abundancia.

Tanto agradaron al grupo de cazadores el mar en sí mismo y sus ricas y fértiles costas, que estos ya no quisieron volver a la Atlántida, decidiendo instalarse allí para el resto de sus días. Aquel país era por entonces tan bueno y tan *suptaninalniano* para la existencia ordinaria que a nadie podría dejar de agradarle.

En aquella parte continental de la superficie del planeta Tierra, no solo existían por entonces multitud de seres bicerebrados con la forma exterior ya mencionada, esto es, «*Pirmarales*», sino que también crecían en las costas de este mar innumerables variedades de «árboles frutales», lo cual es de suma importancia, si recuerdas que la fruta constituía todavía para tus favoritos el producto principal para sus alimentos eserales primarios.

Abundaban tanto entonces los seres uni y bicerebrados que tus favoritos llaman «Aves», que cuando volaban en bandadas, el cielo parecía «oscurecerse», según la expresión de tus favoritos.

Tan rica era la pesca en las aguas llamadas por entonces mar de la Abundancia que los peces podían casi tomarse con la mano, para usar otra

expresión terráquea.

En cuanto al suelo de las costas del mar de la Abundancia, así como los valles de los dos grandes ríos que en él vierten sus aguas, baste decir que podía cultivarse en ellos cualquier planta conocida.

En resumen, tanto el clima de este país como sus medios de vida naturales, encantaron a nuestros cazadores y sus familias hasta tal punto, que ninguno de ellos, como ya te dije, sintió el menor deseo de regresar a la Atlántida, por lo cual se instalaron allí, no tardando en adaptarse al nuevo medio, multiplicándose y prosperando en aquella comarca como en un «lecho de rosas», según reza la expresión.

Llegado a este punto de mi relato, debo mencionarte una extraordinaria coincidencia que tuvo más tarde grandes consecuencias, tanto para los primeros individuos integrantes de este segundo grupo, como para su descendencia de las épocas más recientes.

Según parece, en la época en que dichos cazadores procedentes del continente de Atlántida llegaron al mar de la Abundancia decidiendo establecerse allí, existía ya en las costas del mismo mar un ser oriundo de la Atlántida que era por entonces muy importante y que pertenecía en calidad de «*Astrosovor*» a una sociedad de eruditos como la que nunca hubo otra igual en la Tierra desde entonces, ni probablemente haya nunca.

Dicha sociedad era conocida entonces con el nombre de «*Ajldán*».

Y este miembro de la sociedad de «*Ajldán*» llegó a las costas del mar de la Abundancia de la forma siguiente:

Apenas un poco antes de la gran catástrofe, aquellos sabios auténticos que vivían a la sazón en el continente de la Atlántida y que habían organizado allí aquella sociedad verdaderamente sabia, llegaron a saber, de un modo u otro, que algo sumamente grave iba a suceder en la naturaleza, de modo que comenzaron a observar atentamente todos los fenómenos naturales que tenían lugar en su continente; pero pese a todos sus esfuerzos, no lograron descubrir lo que habría de acontecer.

Un poco más tarde, y con el mismo objetivo, enviaron a algunos de sus miembros a otros continentes e islas a fin de que, por medio de cuidadosas observaciones, trataran de averiguar lo que se avecindaba.

Los miembros enviados no solo debían observar la naturaleza en el planeta Tierra, sino también todos los «fenómenos celestes», como ellos los llamaban.

Uno de estos miembros, esto es, aquel de tanta importancia que ya hemos mencionado, había escogido el continente de «Iranán» para sus observaciones y, habiendo emigrado a aquellas comarcas con sus servidores se había establecido en las costas del que más tarde habría de llamarse mar de la Abundancia.

Fue precisamente este mismo sabio el que acertó a encontrarse con parte de los cazadores instalados en las costas del mencionado mar de la Abundancia y, una vez enterado del país del que aquellos procedían, como es natural, trató de establecer con ellos relaciones amistosas y de mutua cooperación.

Y cuando poco después se hundió el continente de Atlántida en el seno del planeta y este sabio de la sociedad de «*Ajldán*» no tuvo ya a dónde regresar, siguió viviendo con aquellos cazadores en lo que más tarde había de ser el país de *Maralpleissís*.

Tiempo después, este grupo de cazadores eligió al sabio, puesto que era el más capaz de todos, como jefe, y más tarde todavía, este miembro de la venerable sociedad de «*Ajldán*», se casó con «Rimala», la hija de uno de los cazadores, comenzando a compartir así plenamente la existencia de los fundadores de aquel segundo grupo radicado en el continente de «Iranán» o, como se llama actualmente, de «Asia».

Pasó mucho tiempo.

Los terráqueos siguieron naciendo, reproduciéndose y destruyéndose en este rincón del planeta, y de esta manera, el nivel general del psiquismo de esta clase de terráqueos fue cambiando paulatinamente, a veces para bien, otras veces para mal.

Multiplicándose vertiginosamente, no tardaron en extenderse sobre toda la comarca, aunque prefiriendo casi siempre las costas del mar de la Abundancia y los valles de los dos caudalosos ríos que vertían sus aguas en él.

Solo mucho tiempo después se constituyó el centro de su existencia común en la costa sudoriental de aquel mar, fundándose en ese lugar la ciudad de «*Gob*». Esta población no tardó en convertirse en el principal lugar de residencia para el jefe de este segundo grupo de habitantes del continente de *Ashark* a quien dieron el título de «rey».

Los derechos y obligaciones reales también aquí eran hereditarios y esta herencia comenzó con el primer jefe escogido que no era otro que aquel miembro erudito de la sabia sociedad de los «*Ajldaneses*».

En la época a que se refiere mi relato, el rey de los seres pertenecientes a este segundo grupo era nieto de su biznieto y respondía al nombre de «Koniutsión».

Mis últimas investigaciones y trabajos detallados demostraron que este rey «Koniutsión» había tomado medidas en extremo sabias y ventajosas para cortar de raíz un terrible mal que se había apoderado de los seres que, por voluntad del Destino, se habían convertido en súbditos suyos. Y si había tomado dichas prudentes y beneficiosas medidas, fue por la siguiente razón: Este rey llamado «Koniutsión» acertó a comprobar que los miembros de la comunidad bajo su mando se estaban volviendo cada vez menos aptos para el trabajo y que los crímenes, robos y toda clase de delitos que nunca antes habían ocurrido, se estaban haciendo cada día más corrientes entre ellos.

Estas comprobaciones sorprendieron al rey «Koniutsión» y lo que es más, lo afligieron profundamente: fue así como resolvió, tras largas y penosas meditaciones, buscar las causas de este triste fenómeno.

Tras múltiples y cuidadosas observaciones llegó finalmente a la conclusión de que la causa del fenómeno residía en un nuevo hábito contraído por los miembros de la comunidad bajo su mando, esto es, el hábito de mascar la semilla de una planta llamada entonces «*Gulgulián*». Esa formación supraplanetaria crece todavía en el planeta Tierra y aquellos de tus favoritos que se consideran «cultos», la llaman «*papaverum*», pero los seres corrientes la denominan «amapola».

Debo hacerte notar aquí, imprescindiblemente, que a los seres que entonces habitaban el país de *Maralpleissís* solo les gustaba mascar esas semillas de la mencionada formación supraplanetaria que habían sido cosechadas una vez llegadas a su «madurez».

En el curso de ulteriores observaciones e investigaciones imparciales, el rey «Koniutsión» comprendió sin lugar a dudas que estas semillas contenían «algo» capaz de alterar completamente, durante cierto tiempo, todos los hábitos adquiridos por la psiquis de aquellos seres que introducían este algo en su organismo, con el resultado de que veían, comprendían, sentían, percibían y actuaban de forma totalmente distinta de lo que previamente había sido siempre su costumbre.

A estos individuos les parecía, por ejemplo, que un cuervo era un pavo real; que un charco de agua, un mar; un desordenado repiqueteo, música; la buena voluntad, enemistad; los insultos, amor; y cosas por el estilo.

Cuando el rey «Koniutsión» se persuadió cabalmente de todo esto, envió rápidamente a todos los puntos de su reino, a súbditos de su confianza con órdenes estrictas de impedir en lo sucesivo, en su nombre, que los miembros del reino siguieran mascando las semillas de la planta mencionada; también dispuso castigos ejemplares para aquellos que desobedecieran la orden.

Gracias a estas medidas, la costumbre de mascar semillas pareció perder terreno en el país de *Maralpleissís*; pero después de un corto tiempo se descubrió que el número de aquellos que las mascaban había disminuido solo aparentemente; en realidad, ahora eran más que antes los que habían contraído el vicio.

En conocimiento de ello, el prudente rey «Koniutsión», resolvió, en consecuencia, aplicar castigos todavía más severos a aquellos que contravinieran su expreso mandato; al mismo tiempo reforzó la vigilancia de sus súbditos así como el estricto cumplimiento de las penalidades dispuestas para los infractores.

Él mismo en persona, comenzó a visitar todas las zonas de la ciudad de «*Gob*», descubriendo a los culpables e infligiéndoles los diversos castigos, físicos y morales, correspondientes.

Pese a todo esto, sin embargo, no pudo obtenerse el resultado deseado, pues el número de viciosos siguió aumentando cada vez más en la ciudad de «*Gob*» y los informes procedentes de otros puntos del territorio del reino indicaban un aumento semejante en el interior del país.

Se vio claro entonces que el número de infractores había aumentado todavía, debido a que muchos seres tricerebrados que nunca habían mascado la semilla previamente, se entregaron ahora al vicio nada más que por pura «curiosidad», según reza la expresión, lo cual no es sino una de las características distintivas del psiquismo de los seres tricerebrados que habitan aquel planeta que tanto te ha llamado la atención, es decir, por pura curiosidad de descubrir el efecto que estas semillas producían, contraviniendo así, sin reparo alguno, las severas órdenes del rey.

Debo hacerte notar aquí que si bien dicha característica de la mentalidad terráquea comenzó a cristalizarse en tus favoritos inmediatamente después del hundimiento de la Atlántida, en ninguno de los seres de épocas anteriores funcionó, tan exclusivamente como entre los seres contemporáneos que allí existen en la actualidad.

De modo pues, querido niño que…

Cuando el prudente rey «Koniutsión» terminó por convencerse de que no era

posible ya mediante las medidas tomadas extirpar aquel vicio y comprobó que el único resultado de las mismas había sido la muerte de los infractores castigados, derogó todas las medidas previamente tomadas lanzándose nuevamente a la búsqueda de otros medios más efectivos para extirpar aquel mal de tan funestas consecuencias para la población.

Según me enteré más tarde —gracias a un monumento muy antiguo cuyas ruinas todavía se conservan— el gran rey «Koniutsión» se encerró en sus aposentos y durante dieciocho días no probó bocado ni bebió cosa alguna, dedicándose por entero a la meditación.

Debo hacerte notar, en todo caso, que mis últimas investigaciones revelaron que el rey «Koniutsión» se hallaba entonces sumamente ansioso por encontrar la manera de cortar de raíz aquella plaga, dado que todos los asuntos del reino iban de mal en peor.

Los individuos sujetos a este vicio casi abandonaron por completo el trabajo; la anuencia de lo que se llama dinero al tesoro común cesó casi por entero y la ruina total del reino parecía inminente.

En estas circunstancias decidió el sabio rey, finalmente, combatir este mal de forma indirecta, es decir, valiéndose de la debilidad del psiquismo de los miembros de la comunidad bajo su mando.

Con este fin, inventó una «doctrina religiosa» sumamente original y adecuada a la mentalidad de sus contemporáneos, que rápidamente difundió entre todos sus súbditos por todos los medios —que no eran pocos— a su disposición.

Se afirmaba en esta doctrina religiosa, entre otras cosas, que a gran distancia del continente de *Ashark* había una isla más grande donde residía «Nuestro Señor Dios».

Debo aclararte ya, que en aquellos días no había un solo ser de los tricerebrados ordinarios que habitaban la tierra que conociese la existencia de otras concentraciones cósmicas aparte de aquéllas en donde ellos vivían.

Los terráqueos de aquella época estaban seguros, incluso, de que aquellos «puntos blancos» apenas visibles y suspendidos en el espacio no eran sino una especie de diseño trazado sobre el «velo» del «mundo», es decir, alrededor de su propio planeta, pues, como ya te he dicho, según sus conocimientos, el «mundo entero» consistía únicamente en el planeta por ellos habitado.

También tenían la creencia de que este velo se hallaba sostenido a manera de dosel sobre columnas especiales cuyas bases descansaban sobre el planeta.

Se decía también en esta original e ingeniosa «doctrina religiosa» ideada por el prudente rey «Koniutsión», que Nuestro Señor Dios había dotado a nuestras almas de los órganos y miembros que ahora poseemos para protegernos del medio circundante y para facultarnos provechosa y eficientemente a fin de servirlo tanto personalmente como por intermedio de las «almas» trasladadas a la isla de Su residencia.

Y cuando sobreviene la muerte y el alma es liberada de todos estos órganos y miembros especialmente adheridos a ella, se convierte en el ente que debe ser en realidad, siendo entonces llevada inmediatamente hacia la isla de Su residencia, donde Nuestro Señor Dios, de acuerdo con la forma en que el alma con sus partes adicionales ha existido en el continente de su residencia (en este caso *Ashark*) le asigna un lugar adecuado para su existencia posterior. Si el alma ha cumplido sus obligaciones concienzuda y honestamente, Dios le permite quedarse, para el resto de su existencia, en Su isla; pero si el alma no ha cumplido cabalmente con sus deberes en vida (en el continente de *Ashark*) o solo ha tratado de cumplirlos pero negligentemente y con indolencia, el alma es enviada por Nuestro Señor para su vida futura a una isla vecina de mucho menor tamaño.

«Aquí, en el continente de *Ashark* —seguía rezando la doctrina de "Koniutsión"— existen muchos 'espíritus' servidores de Dios que andan entre la gente, pese a que ésta no los puede ver por hallarse invisibles, gracias a lo cual pueden vigilar permanentemente sin ser advertidos y transmitir así los informes pertinentes a Nuestro Señor Dios acerca de todas nuestras acciones para ser tenidas en cuenta el 'Día del Juicio Final'».

«De ningún modo podemos ocultarnos de estos vigilantes servidores del Señor, como tampoco podemos ocultarles nuestras acciones o nuestros pensamientos».

Se decía más adelante que exactamente al igual que el continente de *Ashark*, todos los demás continentes e islas del mundo habían sido creados por Nuestro Señor Dios y existían en la actualidad, como ya te he dicho, solo con el fin de servirlo a Él, así como a las «almas» que habían merecido ser alojadas en Su isla.

Los continentes e islas del mundo son lugares todos —siempre de acuerdo con la doctrina del rey «Koniutsión»— destinados, por así decirlo, a la preparación y acondicionamiento de todo lo necesario para el desenvolvimiento de aquella isla del Señor.

Esa isla donde residían Dios Nuestro Señor y las almas dignas de Su compañía, recibía el nombre de «Paraíso».

Todos sus ríos eran de leche, sus riberas de miel; nadie necesitaba trabajar allí y ocuparse en cosa alguna; allí podía encontrarse todo lo necesario para una existencia feliz, libre de preocupaciones y llena de goces, dado que todo lo requerido por los hombres se hallaba allí suministrado con superabundancia gracias al abastecimiento de todos los continentes e islas del mundo.

Esa isla del Paraíso estaba llena —según se afirmaba— de jóvenes y hermosas mujeres, de todas las razas y pueblos del mundo y cada una de ellas estaba destinada a pertenecer al «alma» que la reclamase.

En ciertas plazas públicas de esta maravillosa isla, se guardaban permanentemente montañas de los artículos más diversos de adorno, desde los más luminosos diamantes hasta las turquesas del más profundo azul, y todas las almas bienaventuradas podían tomar cualquier cosa que fuese de su agrado sin el menor escrúpulo.

En otras plazas públicas de esa bienhadada isla se hallaban verdaderos cúmulos de golosinas preparadas especialmente con esencia de «amapolas» y de «cañamón»; y todas las «almas» podían tomar cuantas quisieran en cualquier momento del día o de la noche.

Allí no existían las enfermedades y, por supuesto, ninguna alimaña ni tampoco esos «bichejos» que no nos dan un minuto de paz en la Tierra, amargándonos la existencia.

La otra isla más pequeña a la cual Dios Nuestro Señor enviaba para la vida ultraterrena aquellas «almas» cuyas partes físicas temporales no habían sido diligentes ni habían vivido de acuerdo con los mandamientos del Señor, recibía el nombre de «Infierno».

Todos los ríos de esta isla eran de resina hirviente; todo el aire apestaba; enjambres de seres horribles atestaban todos los puntos de la isla atronando el espacio con sus silbatos policiales, y todo el «mobiliario», «alfombras», «camas», etc., estaban allí hechos con finas agujas colocadas perpendicularmente.

Una vez al día se les daba a todas las «almas» que habitaban esta isla, una torta salada, y no podía encontrarse una sola gota de agua en toda la isla, para aplacar la sed.

Existían en ella otros muchos seres tan monstruosos que no solo horrorizaba su presencia a los terráqueos, sino que su solo pensamiento era capaz de hacerles

cesar de latir el corazón.

Cuando por primera vez llegué al país de *Maralpleissís* todos los seres tricerebrados de aquel país creían en una «religión» basada en esta ingeniosa doctrina religiosa que acabo de describirte y debes saber que por entonces este culto se hallaba en su apogeo.

Al inventor de esta «doctrina religiosa» es decir, al sabio rey «Koniutsión», le había sucedido el sagrado *Raskuarno* muchísimo tiempo antes, es decir, que hacía ya tiempo que había «muerto».

Pero claro está que, debido una vez más al extraño psiquismo de tus favoritos, su invento había tenido tan calurosa acogida y tan hondo arraigo que a ningún ser de todo el país de *Maralpleissís* se le ocurrió poner en duda la verdad de sus puntos doctrinarios.

También aquí, en la ciudad de «*Gob*», comencé a visitar desde mi llegada, los «*kaaltanés*» que ya eran llamados por entonces «*Chaijanés*».

Debo hacerte notar que aunque la costumbre de ofrendar sacrificios a los dioses florecía también en *Maralpleissís* por aquella época, estos no se llevaban a cabo en tan gran escala como en el vecino país de *Tikliamuish*.

Una vez en la ciudad de «*Gob*» comencé a buscar deliberadamente un individuo semejante al que había encontrado en la ciudad de *Kurkalai*, a fin de hacernos amigos e intercambiar ideas.

Y bien pronto, a decir verdad, lo encontré, aunque esta vez no se trataba de un «sacerdote» de profesión.

En esta oportunidad mi amigo resultó ser el propietario de un gran «*Chaijané*», y si bien llegué a estar —para usar una expresión corriente en aquel país— en muy buenos términos con él, nunca experimenté hacia él, sin embargo, aquel extraño «vínculo» que se manifestó en mi esencia con respecto al sacerdote «Abdil» de la ciudad de *Kurkalai*.

Aunque ya había vivido un mes entero en la ciudad de «*Gob*», no había decidido todavía ningún método práctico de acción para procurar mi objetivo.

Vagabundeaba simplemente por la ciudad, visitando primero los diversos «*chaijanés*» y más tarde tan solo aquel que regenteaba mi nuevo amigo.

Durante esta época me familiaricé con muchas de las costumbres y hábitos preponderantes en este segundo grupo, así como con los principales puntos de su religión, y al cabo del mes decidí, también aquí, lograr la meta propuesta valiéndome de su religión.

Tras serias meditaciones, me pareció necesario agregarle algo a la «doctrina religiosa» allí aceptada, para lo cual contaba, al igual que el prudente rey «Koniutsión», con aquella debilidad humana que permitiría la rápida difusión de este mi pequeño agregado personal.

Inventé entonces que los espíritus «invisibles» que, según se afirmaba en la doctrina religiosa, vigilaban todas las acciones y pensamientos de los hombres a fin de comunicárselos a Dios Nuestro Señor, no eran sino los seres de otras formas diferentes a la humana que convivían con los hombres.

Son precisamente ellos quienes nos vigilan y comunican a Dios Nuestro Señor todo lo relativo a nuestras acciones, decidí intercalar en su doctrina.

Pensaba agregar, además, que la gente no solo no les prestaba la debida atención y respeto, sino que llegaba incluso a destruir sus existencias terrenales, ya fuera para procurarse alimento o para ofrendarlos en sacrificio a los dioses.

Hice particular hincapié en mis prédicas en el hecho de que no solo no se debía destruir la existencia de los seres pertenecientes a otras formas en honor de Dios Nuestro Señor sino que, por el contrario, había que tratar de ganarse su favor, suplicándoles que no comunicaran a Dios Nuestro Señor aquellas pequeñas acciones inconvenientes que a veces realizábamos involuntariamente.

Entonces comencé a difundir ese pequeño detalle por todos los medios posibles, pero, claro está, con suma cautela.

En un principio, divulgué esta nueva teoría mediante mi nuevo amigo, el propietario del «*chaijané*».

Debo aclararte que este «*chaijané*» era casi el más grande de toda la ciudad de «*Gob*», y debía en gran parte su fama al líquido rojo que en él se vendía y al cual son tan aficionados los terráqueos.

De modo que allí había casi siempre gran cantidad de clientes y tanto de día como de noche. No solo concurrían al mismo los habitantes de la ciudad, sino también muchos visitantes procedentes de otros puntos del territorio de *Maralpleissís*.

Pronto me convertí en un verdadero experto en conversar con cada uno de los clientes y persuadirlos de las nuevas ideas que me proponía divulgar.

Mi propio amigo, el dueño del «*chaijané*», creía tan firmemente en mi teoría que no sabía qué hacer consigo mismo; ¡tan grande era su remordimiento por las malas acciones pasadas!

Era presa de una agitación constante y se hallaba amargamente arrepentido de su irrespetuosa actitud anterior hacia los diversos seres de otras formas.

Convertido de día en día en un predicador cada vez más fervoroso de mi doctrina, no solo me ayudó de este modo a difundirla en su propio «*chaijané*», sino que llegó incluso, por propia iniciativa, a visitar otros «*chaijanés*» de la ciudad, a fin de divulgar la verdad que a él tanto le preocupaba.

Comenzó así a predicar en los mercados, y en varias ocasiones realizó visitas especiales a los sitios sagrados, los cuales abundaban en los alrededores de la ciudad de «*Gob*» y que habían sido establecidos en memoria y honor de alguien o de algo.

Es de sumo interés notar aquí que las informaciones que sirven en el planeta Tierra para la creencia en un lugar sagrado, proceden generalmente de ciertos individuos terráqueos llamados «mentirosos».

También la enfermedad de la «mentira» se halla allí altamente difundida. En el planeta Tierra la gente miente consciente e inconscientemente.

Y mienten conscientemente cuando piensan que así pueden obtener alguna ventaja personal; la mentira es inconsciente, en cambio, cuando caen víctimas de la enfermedad llamada «histeria».

Aparte del dueño del «*chaijané*» que se había hecho amigo mío, gran cantidad de otros individuos comenzaron muy pronto a ayudarme sin proponérselo y, al igual que el dueño del «*chaijané*», se convirtieron con el tiempo en fervorosos defensores de mi teoría, hasta que todos los seres de este segundo grupo de individuos asiáticos, no tardaron en hallarse unánimemente dedicados a la tarea de difundir dicho precepto persuadiendo a los demás de aquella indudable «verdad» que de pronto se les había revelado.

El resultado de todo ello fue que en el país de *Maralpleissís* no solo disminuyeron los sacrificios, sino que incluso comenzaron a tratar a otras formas diferentes de la humana con una atención y un cuidado sin precedentes.

Se produjeron así tan cómicas situaciones que, aunque yo mismo era el autor de la teoría, me resultó sumamente difícil muchas veces, contener la risa al presenciarlas.

Era cosa de todos los días que el más respetable y rico de los mercaderes, cabalgando en su asno, en dirección a su negocio, fuera asaltado en el camino por una fanática multitud, y castigado inexorablemente por el inconcebible atrevimiento de haberse montado sobre la bestia; lo más risueño de estos casos es que la mayoría de las veces la gente seguía respetuosamente en sacra procesión todos los pasos del asno, dondequiera que a éste se le antojase ir.

O bien sucedía que un leñador transportaba la madera al mercado con sus bueyes, y una turba de exaltados desataba los bueyes del carro, los desuncía con el mayor cuidado y los escoltaban luego donde a ellos se les ocurriera dirigirse.

Y si acertaba a suceder que el carro se quedaba parado en medio de una calle, estorbando el paso de ciudadanos y vehículos, la misma turba se encargaba de arrastrarlo hasta el mercado, abandonándolo allí a su suerte.

Gracias a esta doctrina por mí ideada no tardaron en originarse novísimas costumbres en la ciudad de «*Gob*».

Como, por ejemplo, la de colocar artesas en todas las esquinas, lugares públicos y en los cruces de los caminos conducentes a la ciudad, donde los habitantes de la ciudad arrojaban por la mañana sus mejores bocados para los perros y otros animales extraviados de las más diversas formas. Y al amanecer arrojaban también en el mar de la Abundancia toda clase de alimentos para los seres conocidos con el nombre de peces.

Pero la más peculiar de todas era la costumbre de escuchar cuidadosamente las voces y gritos de los seres de otras formas diversas.

Tan pronto como se oía la voz de un ser no humano, inmediatamente comenzaba la gente a alabar los nombres de sus dioses, esperando su bendición.

Tanto podía ser el canto de un gallo como el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el chillido de un mono, u otro grito cualquiera.

La reacción era siempre la misma: un sobresalto y luego múltiples oraciones en el mayor recogimiento.

Es interesante notar aquí que, por una u otra razón, siempre levantaban la cabeza en estas ocasiones, mirando hacia arriba, aun cuando de acuerdo con las enseñanzas de la religión, el Dios que ellos adoraban, así como sus servidores, habitaban en el mismo plano que ellos y no precisamente adonde dirigían la vista y sus plegarias.

En tales circunstancias, era de extremo interés observar sus rostros.

Perdón, Vuestra Recta Reverencia, interrumpió en ese momento el fiel y anciano servidor de Belcebú, Ajún, que, al igual que el nieto, había estado escuchando todos estos relatos con gran interés.

¿Recordáis, Vuestra Recta Reverencia, cuántas veces tuvimos nosotros mismos que hincarnos de rodillas en las calles de aquella misma ciudad de «*Gob*» cuando se dejaban oír los gritos o chillidos de otros seres distintos de los hombres?

A lo cual respondió Belcebú:

Claro que lo recuerdo, querido Ajún. ¿Cómo podría haberme olvidado de impresiones tan cómicas?

Deberás saber —dijo entonces Belcebú dirigiéndose nuevamente a Jassín—, que los seres que habitan el planeta Tierra son inconcebiblemente orgullosos y susceptibles. Si alguien no participa de sus opiniones o no está de acuerdo con lo que hacen, o censura sus manifestaciones, se muestran en verdad sumamente indignados y ofendidos.

Y si tuvieran la facultad de hacerlo, no vacilarían por cierto en ordenar el encierro de todo aquel que no se comportase según su voluntad o que criticase sus propios actos, en una de esas habitaciones infestadas generalmente de innumerables «ratas» y «piojos».

Y en el caso de que el ofendido poseyera mayor fuerza física y otro importante ser dotado de influencia con quien éste no se hallase en buenos términos, no lo observase atentamente, no vacilaría en golpear al ofensor, así como el ruso Sidor golpeó a su chivo favorito.

Conociendo bien este aspecto de su extraña mentalidad, no tenía el menor deseo de ofenderlos, provocando su ira, más aún, era yo perfectamente consciente de que el ultraje de los sentimientos religiosos de los demás es contrario a toda ética, de modo que, mientras conviví con ellos, siempre traté de comportarme como los demás a fin de no ponerme en evidencia llamando su atención.

No estará de más notar aquí que debido a las circunstancias anormales de existencia prevalecientes entre tus favoritos, —los seres tricerebrados de aquel extraño planeta—, especialmente durante los últimos siglos, solo aquellos seres que se manifiestan a sí mismos, no como la mayoría lo hace, sino de forma distinta, de manera más absurda, terminan por volverse notorios y, en consecuencia, son honrados por los demás; y cuanto más absurdas sean sus manifestaciones y más estúpidos, bajos e insolentes sus actos, tanto más notorios y famosos se vuelven y tanto mayor es el número de seres de ese continente o incluso de otros continentes más distantes que llegan a conocerlos personalmente o por lo menos de nombre.

En cambio, ningún ser que carezca de manifestaciones absurdas habrá de adquirir fama entre los demás, por muy bueno y sensato que sea.

De modo pues, querido nieto, que lo que tan oportunamente vino a recordarme Ajún se relaciona directamente con la costumbre difundida en la

ciudad de «*Gob*» de atribuir gran significación a las voces y gritos de los seres pertenecientes a otras formas distintas a la humana y en especial, al rebuzno de aquellos seres conocidos por el nombre de asnos, los cuales, por una u otra razón, abundaban entonces en la ciudad de «*Gob*».

Los otros seres pertenecientes a formas distintas a la humana que habitan en aquel planeta, también se manifiestan por medio de la voz pero a horas determinadas.

El gallo, por ejemplo, canta hacia medianoche; el mono, en la mañana, cuando tiene hambre; y así sucesivamente; pero los asnos rebuznan en la primera ocasión en que se les ocurre hacerlo, por lo cual puede oírse en aquel planeta el rebuzno del asno a cualquier hora del día o de la noche.

Así pues, se estableció en la ciudad de «*Gob*» que, apenas se dejara oír el sonido de la voz del asno, todos aquellos que lo escuchasen debían dejarse caer de rodillas inmediatamente, elevando plegarias a su dios y a los ídolos reverenciados.

Debo agregar —y esto es importante— que los asnos por lo general rebuznan con gran fuerza, de modo que su voz se puede oír a grandes distancias.

Pues bien, cuando caminábamos por las calles de la ciudad y veíamos de pronto que los ciudadanos se hincaban de rodillas en el acto al oír el rebuzno de algún asno, también nosotros nos apresurábamos a echarnos a tierra a fin de que nadie pudiese advertir nuestra diferencia con los demás; ésta fue precisamente la cómica costumbre que tan bien quedó grabada en el recuerdo de Ajún.

Habrás notado, mi querido Jassín, con cuan maliciosa satisfacción me recordó nuestro querido anciano, después de tantos siglos, aquellos cómicos episodios.

Dicho lo cual, Belcebú sonrió, reanudando luego su relato.

Está de más decir —prosiguió—, que también en este segundo centro cultural de los seres tricerebrados que habitaban aquella parte del planeta Tierra conocida con el nombre de *Ashark*, cesó la destrucción de los seres pertenecientes a formas distintas de la humana para ser sacrificados en los altares de los dioses, y, en los pocos casos en que se produjeron, los propios miembros de la comunidad arreglaron cuentas inexorablemente con los responsables. Así, convencido de que también en este segundo grupo de habitantes del continente *Ashark* había sido cumplida con éxito mi misión de desarraigar la funesta costumbre de sacrificar seres uni y bicerebrados a los dioses, decidí volver a mi cuartel general.

Pero antes de hacerlo, preferí visitar primero los principales centros más próximos, habitados también por miembros de esta segunda comunidad; elegí a este efecto la región irrigada por el río «*Naria Chi*».

Poco tiempo después de haber tomado esta decisión, comencé a navegar, hacia la desembocadura del río, comenzando a remontar su corriente; estábamos persuadidos de que ya se habían difundido entre los habitantes de estos vastos centros las mismas costumbres prevalecientes en la ciudad de «*Gob*» en lo que a los sacrificios y destrucción de otros seres no humanos se refiere.

Llegamos finalmente a una pequeña ciudad llamada «Arguenia», considerada en aquellos días el punto más remoto del país de *Maralpleissís*.

También aquí habitaba un considerable número de miembros de este segundo grupo asiático, dedicados principalmente a la tarea de extraer de la naturaleza la piedra que se conoce con el nombre de «turquesa».

También en aquella pequeña ciudad de Arguenia comencé, como era mi norma, a visitar sus diversos «*chaijanés*», poniendo en práctica también allí mi método habitual.

Capítulo 21
Primera visita de Belcebú a la India

Belcebú continuó hablando de la forma siguiente:

Estaba yo sentado en un «*chaijané*» de esta pequeña ciudad de Arguenia cuando en cierta ocasión, oí casualmente una interesante conversación que mantenían mis vecinos de mesa. Hablaban acerca de la fecha y la forma en que realizarían una caravana con destino a *Perlania*.

Habiendo escuchado la conversación, deduje que se proponían ir a aquella zona con el fin de cambiar «turquesas» por lo que se conoce con el nombre de «perlas».

Debo hacerte notar aquí, de paso, el hecho de que tus favoritos, tanto de épocas anteriores como de la actual tenían y tienen todavía una gran inclinación a usar «perlas» y también turquesas, al igual que muchas otras «piedras preciosas» —según las llaman— con el propósito, como ellos dicen, de «adornar su presencia».

Te diré que lo hacen, claro está que instintivamente, a fin de disimular, por así decirlo, el escaso valor de su ser interior.

En la época a que se refiere mi relato, estas «perlas» eran muy raras entre los miembros de este segundo grupo asiático, siendo pagadas a precios sumamente elevados.

Pero en el país de *Perlania* abundaban las «perlas», siendo allí, por el contrario, muy baratas, pues por aquel entonces todas las «perlas» existentes en el mundo se obtenían en los mares que bañaban las costas de aquel territorio.

La conversación que antes mencioné, de aquellos seres sentados en aquella mesa vecina a la mía en el «*chaijané*» de la pequeña ciudad de Arguenia, despertó inmediatamente mi interés, dado que ya por entonces tenía la intención

de dirigirme a aquella región habitada por el tercer grupo de seres tricerebrados del continente de *Ashark*.

Y aquella conversación me recordó cierta asociación en el sentido de que debía ser mejor dirigirme directamente al territorio de *Perlania* desde allí, con una larga caravana, que volver a realizar el camino hacia el mar de la Abundancia para dirigirme desde allí, por medio de la nave *Ocasión* a aquel país.

Si bien este viaje, casi imposible por entonces para los terráqueos, habría de consumir mucho tiempo, pensé no obstante que el viaje de regreso al mar de la Abundancia, con todas sus imprevisibles contingencias, no habría de llevarme, probablemente, menos tiempo.

La mencionada asociación se hizo presente en mi mentación consciente, debido principalmente a que largo tiempo atrás había sido informado acerca de los extraños sitios a través de los cuales pensaba dirigirse la caravana mencionada y en consecuencia, el llamado «amor del saber eseral» que ya se había cristalizado en mi interior, al recibir un *shock* por acción de todo lo que al azar había escuchado, le dictó inmediatamente a mi presencia común la necesidad de persuadirme de todo aquello personalmente, por la vía directa de mis propios órganos sensoriales.

De modo pues, querido nieto, que, debido a lo que ya dije, me senté deliberadamente a la misma mesa en que aquellos seres se hallaban conversando y me uní a sus deliberaciones.

Y el resultado de todo ello fue que también nosotros —Ajún y yo— nos incorporamos al grupo que había de integrar la caravana y dos días después iniciamos todos juntos la marcha hacia el país de *Perlania*.

Pasamos entonces a través de lugares ciertamente insólitos, insólitos incluso para la naturaleza general de este peculiar planeta, algunas de cuyas partes, dicho sea de paso, solo se convirtieron en tales debido a dos «perturbaciones Transapalnianas» anteriores a esa época, fenómenos estos casi sin precedentes en el Universo.

Desde el primer día debimos marchar exclusivamente a través de una región poblada de diversas «prominencias de tierra firme» de formas inusitadas, que presentaban conglomerados de toda clase de «minerales intraplanetarios».

Y no fue sino hasta después de un mes de viaje —de acuerdo con el cálculo cronológico terrestre— cuando llegó nuestra caravana procedente de Arguenia a parajes en cuyo suelo no se había destruido todavía completamente la

posibilidad de la Naturaleza de configurar en su suelo formaciones supraplanetarias ni de crear condiciones correspondientes para la existencia de diversos seres uni y bicerebrados.

Después de toda suerte de peripecias, vimos de pronto, una mañana lluviosa, al ascender una colina, el contorno recortado sobre el horizonte de un anchuroso mar bañando las costas del continente de *Ashark* que, en aquella zona, recibía el nombre de *Perlania*.

Cuatro días más tarde arribábamos al centro principal de los miembros integrantes de este tercer grupo; me refiero a la ciudad de «*Kaiamón*».

Después de haber dispuesto el lugar en que habríamos de residir permanentemente, nada hicimos durante los primeros días, aparte de vagabundear por las calles de la ciudad, observando las manifestaciones específicas de los seres que componían aquel tercer grupo en el proceso de su existencia cotidiana.

Puesto que ya te he contado la historia de la formación del segundo grupo de seres tricerebrados residentes en el continente de *Ashark*, tendré que pasar a contarte ahora —y esto es inevitable— la historia de la formación de este tercer grupo.

Ante lo cual exclamó ansiosamente el pequeño Jassín:

—Verdaderamente debes contármela, mi muy amado Abuelo. Y agregó entonces, esta vez con gran reverencia, al tiempo que extendía las manos hacia arriba: —¡Ojalá que mi querido y bondadoso Abuelo llegue a ser digno de perfeccionarse al grado del Santo «*Anklad*»!

Sin responder cosa alguna, Belcebú se limitó a reiniciar su relato con una sonrisa.

La historia del surgimiento de este tercer grupo de seres asiáticos se remonta a un período apenas posterior a aquél en que las familias de cazadores de «*Pirmarales*» llegaron por primera vez a las costas del mar de la Abundancia procedentes del continente de Atlántida.

Fue precisamente en aquellos días, infinitamente remotos para tus favoritos contemporáneos, es decir, no mucho tiempo antes de que tuviera lugar la segunda «perturbación transapalniana», cuando comenzaron a cristalizarse en las presencias de los seres tricerebrados radicados entonces en el continente de Atlántida ciertas propiedades provenientes del órgano *Kundabuffer*, empezaron a experimentar la necesidad, entre otras impropias necesidades de los seres

tricerebrados, de usar, como ya te he dicho, diversas alhajas a manera de adorno y también una suerte de famoso «talismán», por usar la expresión que habían inventado.

Una de estas alhajas —entonces en el continente de Atlántida y hoy en cualquier continente del planeta—, era y sigue siendo todavía la «perla».

Las «perlas» son fabricadas por seres unicerebrados que habitan en el «*Saliakuriapis*» de tu planeta Tierra, es decir, en aquella parte del mismo llamada «*Jentralispana*», o como dirían tus favoritos, en la «sangre del planeta», líquido éste que se halla presente en la presencia común de todos los planetas y que permite la materialización del proceso del Altísimo Trogoautoegócrata Cósmico Común; y que en tu planeta recibe el nombre de «agua».

Este ser unicerebrado en cuyo seno se forma la «perla», solía desarrollarse en las áreas «*saliakuriapianas*» acuáticas, situadas alrededor del continente de Atlántida; pero como consecuencia de la gran demanda de «perlas» y, por consiguiente, de la gran destrucción de que estos perlíferos seres unicerebrados fueron víctimas, no tardaron en desaparecer de las proximidades de este continente.

Por lo tanto, cuando aquellos individuos que habían convertido en meta y sentido de su existencia la destrucción de estos perlíferos seres, es decir, aquellos que destruían su existencia solo a fin de procurarse la parte de su presencia común denominada «perla», nada más que para complacencia de un egoísmo perfectamente absurdo, no hallaron más seres perlíferos en las áreas acuáticas próximas a la Atlántida, estos «profesionales» comenzaron entonces a buscarlas en otros mares, trasladándose gradualmente cada vez más lejos de su continente de origen.

En cierta ocasión, durante el transcurso de una de estas exploraciones, debido a lo que se conoce con el nombre de «desplazamientos *saliakuriapianos*» o para expresarlo en términos terrestres, «tormentas», sus balsas dieron casualmente con cierto lugar donde resultó haber un enorme número de estos seres perlíferos unicerebrados; además, el lugar en cuestión era en extremo conveniente para su pesca.

Estas áreas acuáticas a las cuales acertaron a llegar los destructores de seres perlíferos eran precisamente las mismas que rodean el lugar que entonces se designaba con el nombre de *Perlania* y que se llama ahora Indostán o India.

Durante los primeros días de la ya mencionada exploración de estos profesionales terráqueos no hicieron sino complacer al máximo sus

inclinaciones, que por entonces ya se habían convertido en rasgos inherentes a sus presencias, en lo que a la destrucción de estos seres unicerebrados productores de «perlas» se refiere; y solo fue más tarde —después de haber encontrado también por casualidad que casi todo lo necesario para la existencia ordinaria abundaba en las tierras firmes de las inmediaciones— cuando decidieron no regresar más a la Atlántida, instalándose, en su lugar, en aquella comarca para el desarrollo de sus actividades futuras.

Solo unos pocos de estos destructores de seres perlíferos se dirigieron al continente de Atlántida y, tras cambiar las «perlas» por diversos artículos de que carecían en el nuevo lugar, regresaron trayendo con ellos a todas sus familias, así como a las de aquellos que se habían quedado en *Perlania*.

Tiempo más tarde, muchos de estos primeros colonos de éste —para los seres de aquel tiempo— «nuevo» país, efectuaron visitas periódicas a su tierra natal con el fin de intercambiar las «perlas» por los artículos que allí necesitaban y en cada viaje traían con ellos un nuevo número de colonos, o bien familiares, o simplemente trabajadores necesarios para las muchas tareas que en el nuevo país se presentaban.

De modo pues, querido niño, que a partir de entonces también aquella parte de la superficie del planeta Tierra empezó a ser conocida por todos los seres tricerebrados con el nombre de «Tierra de la Abundancia».

De esta forma, antes de que la segunda gran catástrofe asolara el planeta Tierra, muchos habitantes del continente de Atlántida ya se habían trasladado a aquella otra parte del continente de *Ashark*, y cuando tuvo lugar esta segunda catástrofe fueron muchos los seres que se salvaron gracias a haberse trasladado oportunamente.

Gracias, como siempre, a su «fecundidad», se multiplicaron allí gradualmente, comenzando a poblar también esta parte de tierra firme del planeta.

Al principio solo se poblaron dos regiones definidas en *Perlania*, esto es, las regiones situadas en torno a la desembocadura de dos grandes ríos procedentes del interior del país y que van a verter sus aguas al mar, precisamente en aquellos puntos próximos a los «bancos perlíferos» —según dicen los terráqueos — antes mencionados.

Pero una vez que la población hubo crecido considerablemente, comenzó a poblarse también el interior de aquella parte del continente de *Ashark*; sin

embargo, las regiones favoritas siguieron siendo los valles de los dos ríos mencionados.

Pues bien; entonces, cuando llegué por primera vez a *Perlania*, decidí lograr mi objetivo valiéndome, también allí, del «*Javatviernonis*» del lugar, es decir, de su religión.

Pero resultó ser que entre los seres de este tercer grupo del continente de *Ashark*, existían por entonces varias «*Javatviernonis*» o religiones peculiares, basadas todas ellas en doctrinas diferentes, completamente independientes unas de otras, y sin nada en común.

En vista de ello, comencé por estudiar seriamente las doctrinas prevalecientes y tras comprobar, en el curso de mis estudios, que una de ellas, fundada en las enseñanzas de un auténtico Mensajero de nuestro ETERNO CREADOR COMÚN, llamado más tarde «San Buda», poseía el mayor número de adeptos, me dediqué a estudiarla con la mayor atención.

Antes de proseguir con mi relato acerca de los seres tricerebrados que viven en aquella parte de la superficie del planeta Tierra, es necesario notar, a mi entender —aun sucintamente— que existían entonces y existen todavía, desde el origen mismo de aquellas prácticas «*Javatviernonianas*» o religiosas, dos tipos básicos de doctrinas religiosas.

Una de ellas fue inventada por aquellos seres tricerebrados en quienes, por una razón u otra, habíase conformado la psiquis propia de los «*Hasnamusses*», y el otro tipo de enseñanzas religiosas se fundaba en las instrucciones detalladas que los auténticos Mensajeros de lo Alto habían predicado, mensajeros estos que suelen ser enviados de vez en cuando por ciertos ayudantes sumamente allegados al PADRE COMÚN, con el fin de ayudar a los seres tricerebrados que habitan tu planeta favorito, a destruir en sus presencias las consecuencias cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*.

La religión seguida entonces por la mayoría de los seres radicados en el país de *Perlania* a cuyo estudio dediqué entonces mi atención y acerca de la cual será necesario que te explique ciertos detalles, tuvo su origen de la siguiente forma:

Como llegué a saber más tarde, con la multiplicación de los seres tricerebrados de aquel tercer grupo se formaron entre ellos muchos seres con las

propiedades de «*Hasnamusses*», convirtiéndose en tales al alcanzar la edad responsable.

Y cuando estos últimos comenzaron a difundir ideas más maléficas que de costumbre entre sus compañeros de grupo, se cristalizó en las presencias de la mayoría de los seres tricentrados de este tercer grupo una propiedad psíquica que, en su totalidad engendró cierto factor que obstaculizó considerablemente el normal «intercambio de substancias» establecido por el Altísimo Trogoautoegócrata Cósmico Común. Pues bien; tan pronto como este lamentable resultado —también propio de aquel malhadado planeta— fue advertido por ciertos Archialtísimos «Individuums» Sagrados, se resolvió que un *Individuum* Sagrado fuera enviado al lugar, especialmente a aquel grupo de terráqueos, al efecto de obtener una regulación más o menos tolerable de su existencia en conformidad con la del sistema solar total.

Fue precisamente entonces cuando fue enviado a aquella comarca el referido *Individuum* Sagrado, el cual, recubierto con el cuerpo planetario de un ser terrestre vivió con el nombre de Buda.

El recubrimiento de dicho *Individuum* Sagrado con el cuerpo planetario de un tricerebrado terrestre se materializó varios siglos antes de mi primera visita al país de *Perlania*.

En este punto del relato, Jassín dirigió la palabra a Belcebú en los siguientes términos:

Querido Abuelo, has usado ya en el transcurso de tu relato varias veces el término Hanasmuss. Hasta ahora he creído comprender, merced a la entonación de tu voz y a las consonancias de la propia palabra, que con esta expresión denominabas a aquellos seres tricerebrados que han de ser considerados con independencia de los demás, como si mereciesen un Desprecio Objetivo. Por favor, ten la bondad de explicarme el significado de esa palabra.

A lo cual respondió Belcebú con su sonrisa de siempre:

En cuanto a la «particularidad» de los seres tricerebrados para cuya denominación adopté dicha definición verbal, ya te la explicaré a su debido tiempo, pero has de saber por ahora que esta palabra sirve para designar a todas las presencias comunes correspondientes a los seres tricerebrados ya «determinados»; tanto aquellos que constan tan solo de un cuerpo planetario, así como aquellos cuyos cuerpos eserales superiores ya han sido configurados en su

presencia y en los cuales, por una u otra razón, no se han cristalizado los datos necesarios para el «impulso divino de conciencia moral objetiva».

Con esta somera explicación de la palabra «*Hasnamuss*», Belcebú dio por satisfecha la curiosidad de su nieto y continuó su relato de la forma siguiente:

En el transcurso de mis minuciosos estudios sobre las referidas enseñanzas religiosas, llegué a saber también que después que este *Individuum* Sagrado asumió finalmente la presencia de un ser tricerebrado, entregándose entonces a serias meditaciones a fin de establecer la mejor manera de cumplir la tarea encomendada desde lo Alto, decidió llevarla a cabo por medio del esclarecimiento de la Razón de ellos.

Debo hacerte notar aquí que para entonces ya se había cristalizado en la presencia de San Buda —según lo demostraron claramente mis investigaciones ya mencionadas— la comprensión sumamente cabal de que en el proceso de su formación anómala, la Razón de los seres del planeta Tierra se había convertido en una Razón «instintiva *Titilariana*», es decir, una Razón que funciona tan solo de acuerdo con ciertos estímulos procedentes del exterior; pese a ello, San Buda decidió ejecutar su misión por medio de esta peculiar «Razón» terrestre, es decir, esta Razón propia de los seres tricentrados que habitan el planeta Tierra, y, por consiguiente, empezó por informar a esta Razón peculiar acerca de todas las verdades objetivas de toda naturaleza.

San Buda comenzó por reunir a varios jefes del tercer grupo asiático, hablándoles en los términos siguientes:

«¡Seres dotados de presencias semejantes a las del MISMÍSIMO CREADOR DE TODAS LAS COSAS!».

«Mediante ciertos Sagrados y Muy Esclarecedores Resultados Cumplidos que dirigen la materialización de todo cuanto existe en el Universo, ha sido enviada a vosotros mi esencia para serviros de auxilio en la lucha que cada uno de vosotros libráis para liberaros de las consecuencias de las anómalas propiedades eserales que en razón de altísimas e impostergables necesidades cósmicas comunes, fueron implantadas en las presencias de vuestros antepasados y que, transmitidas por herencia de una generación a otra, os han alcanzado también a vosotros».

Luego San Buda volvió a dirigir la palabra con referencia al mismo tema, pero más detalladamente, a cierto grupo de seres iniciados por él en sus enseñanzas.

Esta segunda vez se expresó, según se desprende de mis investigaciones, de la siguiente manera:

«¡Seres dotados de presencias para la materialización de la esperanza de nuestro PADRE COMÚN!».

«Casi en el origen mismo de vuestra raza, tuvo lugar en el proceso de la existencia normal de todo nuestro sistema solar un accidente imprevisto que amenazó seriamente a todos los seres que entonces existían».

«Fue necesario, entonces, entre otras medidas requeridas para remediar ese desastre universal, conforme a las deducciones de ciertos Altísimos Sacratísimos *Individuums*, producir cierto cambio en el funcionamiento de las presencias comunes de vuestros antepasados, es decir, que les fue conferida a sus presencias cierto órgano dotado de propiedades especiales, gracias a las cuales todas las cosas exteriores percibidas por sus presencias totales y transformadas para su propio recubrimiento, se manifestaban posteriormente sin guardar conformidad alguna con la realidad».

«Poco tiempo después, una vez establecida la existencia normal de vuestro sistema solar y una vez pasada la necesidad de efectuar ciertas materializaciones intencionalmente anormales, nuestro MISERICORDIOSO PADRE COMÚN se apresuró a dar la orden de anular inmediatamente ciertas medidas artificiales entre las cuales se contaba el ya superfluo órgano *Kundabuffer*, de las presencias comunes de vuestros antepasados, así como la de todas sus propiedades consiguientes; y esta orden fue ejecutada inmediatamente por los Sagrados *Individuums* pertinentes, a cuyo cargo estuvo la supervisión de estas materializaciones cósmicas».

«Después de transcurrido un considerable espacio de tiempo, se reveló repentinamente que si bien todas las propiedades del mencionado órgano habían sido extirpadas efectivamente de las presencias de vuestros antepasados por los referidos Sagrados *Individuums*, no habían ni previsto, ni destruido el resultado cósmico, naturalmente derivado de aquellas propiedades conocido con el nombre de ‘predisposición’ y puesto de manifiesto en toda presencia cósmica más o menos independiente, debido a la acción repetida de toda función sea cual fuere».

«De tal modo que, debido a esta ‘predisposición’ que comenzó a transmitirse por herencia a las generaciones posteriores, las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* comenzaron a cristalizarse gradualmente en sus presencias».

«No bien tuvo lugar este lamentable hecho en las presencias de los seres tricerebrados que habitaban en este planeta Tierra, fue enviado inmediatamente a aquel lugar, por orden de nuestro PADRE COMÚN, un *Individuum* Sagrado a fin de que, bajo el aspecto de un hombre como cualquiera de vosotros —y dotado de la perfección correspondiente a la Razón Objetiva según las condiciones ya establecidas— os explicara y os mostrara la forma de extirpar de vuestras presencias las consecuencias ya cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, así como vuestra heredada 'predisposición' a las nuevas cristalizaciones».

«Durante el periodo en que dicho Sagrado *Individuum*, dotado de una presencia semejante a la vuestra, y habiendo alcanzado ya la edad de responsabilidad natural a todo ser terrestre tricéntrico, guio de forma directa el proceso ordinario de la vida eseral de vuestros antepasados, muchos de ellos lograron liberarse por completo, y efectivamente, de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* y, o bien adquirieron de este modo el Ser para sí mismos, o bien se convirtieron en fuentes normales para el surgimiento de presencias normales de ulteriores seres semejantes a ellos».

«Pero debido al hecho de que con anterioridad al período en que dicho *Individuum* Sagrado hizo su aparición en la Tierra, la duración de vuestra existencia se había vuelto ya, en razón de diversas condiciones anómalas firmemente establecidas y creadas por vosotros mismos, inusitadamente breve, el proceso del sagrado *Raskuarno* debió también, muy pronto, ocurrirle a este Sagrado *Individuum*, es decir, que también él, al igual que vosotros, debió morir prematuramente, de modo tal que después de su muerte comenzaron a restablecerse gradualmente las condiciones anteriores, en virtud de dos razones principales: por un lado las condiciones anómalas de la existencia ordinaria establecidas desde antiguo, y, por el otro, esa maléfica particularidad de vuestra psiquis llamada *Necedad*».

«Merced a la mencionada particularidad de vuestra psiquis, ya los seres de la segunda generación después de la correspondiente al mencionado *Individuum* Sagrado que había sido enviado desde lo Alto, comenzaron a modificar gradualmente todo cuanto él les había explicado y aconsejado, con el resultado final de que toda su obra se vio por último completamente destruida».

«Una y otra vez fue materializado el mismo proceso por el Altísimo Encargado Cósmico Común de los Resultados Finales, pero siempre con el

mismo estéril resultado».

«En la época presente del flujo cronológico, en que la vida eseral anómala de los seres tricerebrados de vuestro planeta, particularmente la de esos seres que habitan aquella parte de la superficie del planeta Tierra conocida por el nombre de *Perlania*, comienza ya a obstaculizar seriamente la normal y armoniosa existencia de la totalidad de este sistema solar, se manifiesta mi esencia, procedente de lo Alto, entre vosotros, a fin de que encontremos todos juntos, en este mismo sitio, y tras una mutua colaboración, la forma y el medio de liberar, en las actuales circunstancias, vuestras presencias, de las referidas consecuencias que ahora debéis sobrellevar, debido a la falta de previsión de ciertos Sagrados Resultados Cósmicos Finales».

Así que les hubo dicho todo esto, San Buda se dedicó, en lo sucesivo, por medio de sencillas conversaciones con los terráqueos, a esclarecer para sí mismo, y más tarde a explicarles, la forma en que el proceso de sus existencias debía ser conducido, así como el orden en que la parte positiva de sus seres debía guiar conscientemente las manifestaciones de las partes inconscientes, a fin de que las consecuencias cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer* y también la heredada ‘predisposición’ a las mismas, fueran desapareciendo gradualmente de sus presencias comunes.

Como indicaron mis detalladas investigaciones de las que antes te hablé, las mencionadas consecuencias —en la época en que la psiquis interior de los seres residentes en aquella parte de la superficie del planeta Tierra se hallaba bajo la guía de este auténtico Mensajero de lo Alto, San Buda— para ellos sumamente maléficas, comenzaron efectivamente a desaparecer de forma gradual de la presencia de muchos de ellos.

Pero, para desdicha de todos los *Individuums* dotados de cualquier grado de Razón pura, y para desgracia de los seres tricerebrados pertenecientes a todas las generaciones posteriores a la de aquel auténtico Mensajero de lo Alto, ya los primeros sucesores de los discípulos de San Buda comenzaron —debido una vez más a la maléfica particularidad de su psiquis, esto es, la «necedad»— a echar en el olvido todas sus Indicaciones y Consejos, en tal medida, que de las enseñanzas de San Buda solo llegó a la tercera y cuarta generación, lo que nuestro Honorable Mulaj Nassr Eddin define con las siguientes palabras:

«Solo algunos datos acerca de su olor particular».

Tanto se modificó, poco a poco, la interpretación de las enseñanzas del Santo enviado de lo Alto, que si éste en persona hubiera podido discutirlas con los miembros de generaciones posteriores, probablemente no hubiera llegado a sospechar siquiera que eran las mismas que él había impartido durante su permanencia en la Tierra.

No puedo dejar de expresar aquí mi profundo pesar por esa extraña práctica de tus favoritos terráqueos que, con el curso de los siglos, ha llegado a convertirse, por así decirlo, en fuerza de ley de su existencia ordinaria.

Y en el caso que ahora nos ocupa fue esta misma práctica peculiar, firmemente arraigada, la que permitió que fueran desvirtuadas las verdaderas indicaciones y consejos de San Buda. Acelerando así la dilución de su psiquismo.

Debido a esta disposición, una causa pequeña, a veces casi trivial, es capaz de provocar por sí misma un cambio e incluso destruir completamente, todo «ritmo de existencia ordinaria» externo e interno, que sea «bueno» en el sentido objetivo de la palabra.

Puesto que el esclarecimiento, querido niño, de ciertos detalles relativos al surgimiento de esta causa tan trivial, que fue la base, en este caso, de la adulteración de todas las verdaderas explicaciones y exactas enseñanzas de aquel auténtico Mensajero de lo Alto San Buda, habrá de proporcionarte un excelente material para la mejor comprensión del extraño carácter del psiquismo de estos seres tricerebrados que han cautivado tu fantasía, me detendré aquí a explicarte, con el mayor detalle posible, el orden exacto en que fueron desarrollándose las distintas etapas de la referida práctica, que dieron nacimiento a cierto malentendido de lo más triste, particularmente notorio en nuestra época.

Te diré primero, que solo pude esclarecer el malentendido originado en dicha práctica mucho tiempo después de la época a que mi actual relato se refiere; entre otras cosas, solo en la época de mi sexto descenso al planeta Tierra pude esclarecer, de forma accidental y gracias a mi vinculación con el Santo Ashyata Sheyimash —de quien te hablaré más detalladamente muy pronto— las verdaderas actividades de aquel Auténtico Mensajero de lo Alto, San Buda. Y el segundo hecho es el siguiente: que desdichadamente, el origen del lamentable malentendido fueron ciertas palabras contenidas en una de las auténticas explicaciones del propio San Buda.

De hecho, sucedió que el propio San Buda expresó a algunos de sus más próximos discípulos, iniciados por Él Mismo, en el transcurso de ciertas explicaciones, su propio y definido parecer con respecto a los medios posibles para la destrucción, en la naturaleza terráquea, de las mencionadas consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* que les habían sido transmitidas por herencia.

Así, pues, les dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

«Uno de los mejores medios para invalidar la predisposición de vuestras naturalezas hacia la cristalización de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, es el 'Sufrimiento Voluntario'; y el mayor 'sufrimiento voluntario' puede obtenerse en la propia presencia, obligándose a tolerar las 'desagradables manifestaciones de los demás para con uno mismo'».

Esta explicación de San Buda, junto con otras muchas enseñanzas precisas, fue difundida entre los seres ordinarios del país, por Sus más próximos discípulos, y una vez que el proceso del sagrado *Raskuarno* tuvo lugar en ellos, aquélla se fue transmitiendo de generación en generación.

De modo pues, querido niño, después de la época del desastre de la Atlántida, una peculiaridad conocida con el nombre de «necesidad orgánico-psíquica de hacer necedades» ya se había fijado en el psiquismo de aquellos seres tricentrados. Y bajo la acción de esa particularidad, los seres pertenecientes a la segunda y tercera generación que sucedieron al sagrado *Raskuarno* de la presencia de San Buda, comenzaron —para desgracia de los seres tricentrados ordinarios de aquel período y para desgracia también de los seres de todas las generaciones posteriores, incluso la contemporánea— a decir y hacer en grado superlativo toda clase de «necedades» con respecto a este consejo de San Buda; como resultado natural, se llegó a la antojadiza conclusión transmitida luego de generación en generación, de que aquella «tolerancia» mencionada en la enseñanza del Buda, debía ser llevada a cabo en la más completa soledad.

Y aquí se pone de manifiesto el extraño carácter del psiquismo de tus favoritos, pues omitieron la consideración del hecho obvio —por lo menos para toda Razón sana— de que el Divino Maestro, San Buda, al aconsejarles el empleo de aquella actitud de «tolerancia», tenía presente ciertamente la consecución de esta «actitud de tolerancia» en un medio poblado por las presencias de otros muchos seres semejantes, de modo tal que mediante la frecuente repetición en sus presencias de esta sagrada materialización eseral

hacia las manifestaciones desagradables para ellos provenientes de otros seres semejantes, fueran obtenidos en ellos los llamados «*Trentrudianos*» o, como ellos mismos dirían, esos «resultados químicofísicos» que forman, generalmente, en la presencia de todo ser tricentrado, aquellos sagrados datos eserales destinados a materializar en las presencias comunes de los seres tricentrados una de las tres santas fuerzas del sagrado *Triamazikamno* Eseral; y esta santa fuerza siempre se vuelve afirmativa en los seres, contra todas las propiedades negativas de que pudieran haber estado dotados con anterioridad.

De modo pues, querido niño, que desde la época en que esta definida idea comenzó a prevalecer, tus favoritos comenzaron a abandonar aquellas condiciones de vida ya establecidas, por cuya causa la predisposición hacia la cristalización de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* había llegado a intensificarse en sus presencias, condición ésta indispensable, tal como lo suponía el Divino Maestro Buda, para que dicha «tolerancia» para con las «manifestaciones desagradables hacia uno mismo» pudiera cristalizar en sus presencias comunes los deberes de «*Partkdolg*», necesarios para el normal desenvolvimiento de todos los seres tricentrados y sin los cuales ningún «perfeccionamiento de sí» es posible.

De modo pues que, a fin de obtener este famoso «sufrimiento», muchos de los seres tricentrados de aquella época, ya fuera individualmente o en pequeños grupos, es decir, con otros seres que compartieran sus propias opiniones, comenzaron, desde entonces, a alejarse de sus semejantes.

Llegaron, incluso, a organizar colonias especiales con este fin, en las cuales, si bien convivían todos juntos, se las arreglaban, sin embargo, para obtener aquella anhelada «tolerancia» en la mayor soledad.

Fue entonces cuando surgieron los llamados «monasterios» que existen todavía y en los cuales algunos de tus favoritos terráqueos contemporáneos no hacen otra cosa sino, como ellos dicen, «salvar sus almas».

Cuando por primera vez visité *Perlania*, la mayoría de los seres tricerebrados radicados en el país, como ya te he dicho, eran adeptos a aquella religión basada, por así decirlo, en las auténticas enseñanzas y en las directivas del propio San Buda; y la fe de cada uno de estos seres en dicha religión era sólida e inconmovible.

Al comienzo de mis investigaciones sobre las sutilezas doctrinarias de esta religión no llegué a ninguna conclusión definitiva acerca de la forma indicada de

utilizarla para alcanzar mi objetivo; pero cuando en el curso de mis investigaciones llegué a esclarecer un hecho muy definido —propio de todos los adeptos a esta religión— proveniente también en este caso de un malentendido, es decir, de la errónea interpretación de las palabras del propio Buda, pude elaborar un plan concreto de acción para valerme de la peculiar «*Javatviernoni*» o religión de estos seres.

Era evidente que en Sus explicaciones de las verdades cósmicas, San Buda les había dicho, entre otras cosas, que en general los seres tricentrados radicados en los diversos planetas de nuestro Gran Universo —y también los seres tricentrados del planeta Tierra, por supuesto— no eran sino una partícula de la Más Suprema Grandeza, que es la Omnitotalidad de todo cuanto existe, y que los fundamentos de esta Grandeza se encuentran allá Arriba, a fin de poder abarcar y comprender la esencia de todo cuanto existe.

Esta Base primordial de la Omnitotalidad de todo cuanto existe emana constantemente de todo el Universo y los planetas, reviste con sus partículas a ciertos seres tricentrados capaces de alcanzar en su presencia común la facultad de desarrollar el funcionamiento de las dos leyes cósmicas fundamentales de la sagrada *Heptaparaparshinoj* y la sagrada *Triamazikamno*, a fin de que esas partículas formen una unidad determinada, ya que es en esa sola unidad que la Divina Razón Objetiva tiene la posibilidad de concentrarse y fijarse.

Y así ha sido dispuesto y creado por nuestro CREADOR COMÚN, a fin de que cuando estas determinadas partes del Gran Omniabarcante, espiritualizadas ya por la Divina Razón, regresen y vuelvan a fusionarse con la Gran Fuente Primaria del Omniabarcante, pasen a integrar aquel Todo que en los designios de nuestro ETERNO UNIEXISTENTE COMÚN materializa el sentido y el esfuerzo de todo cuanto existe en el Universo entero.

Según parece, San Buda también les dijo lo siguiente:

«Vosotros, seres tricentrados del planeta Tierra, dotados de la posibilidad de adquirir en vosotros mismos las principales leyes sagradas, universales y fundamentales, procuraos también la plena posibilidad de recubriros con la parte más sagrada del Gran Omniabarcante de todo cuanto existe y de perfeccionarla por medio de la Divina Razón».

«Y este gran Omniabarcante de todo lo susceptible de ser abrazado, recibe el nombre de ‘Prana Sagrado’».

Esta precisa explicación de San Buda fue perfectamente comprendida por sus contemporáneos y muchos de ellos comenzaron, como ya te he dicho, a esforzarse ansiosamente por configurarse un recubrimiento exterior de sus presencias con las partículas de esta Suprema Grandeza, y por su mediación, manifestar así la Divina Razón Objetiva.

Pero cuando la segunda y tercera generaciones que sucedieron a la de los contemporáneos de San Buda comenzaron a desvirtuar el sentido de Sus explicaciones referentes a las verdades cósmicas, concibieron y afirmaron luego con su peculiar Razón —para ellos y sus descendientes— la idea perfectamente precisa de que aquel «Señor Prana» hacía su aparición en los seres inmediatamente después de su nacimiento.

Gracias a este malentendido, los seres de aquel período, así como las de generaciones posteriores, incluso la contemporánea, creyeron y creen todavía que, aun sin haber cumplido los deberes eserales de *Partkdolg*, forman parte ya de la Altísima Grandeza que el propio San Buda había explicado personalmente con toda claridad.

De modo, querido niño, que tan pronto como descubrí este malentendido que las enseñanzas de San Buda habían sufrido con el tiempo, y una vez que hube comprobado que los seres de aquel país de *Perlania* estaban todos, sin excepción, convencidos de que no eran sino otras tantas partículas del propio Señor Prana, decidí valerme de este error de interpretación para lograr mi objetivo.

Antes de continuar, es indispensable notar que, como me lo mostraron claramente mis investigaciones personales, esas supuestas palabras de San Buda, según las cuales el ser llevaría dentro de sí, en el momento de su venida al mundo, una partícula de la Suprema Grandeza, jamás hubiera podido él decírselas.

Y San Buda no hubiera podido decírselas ya que, encontrándose un día en el círculo de sus fieles discípulos, en la localidad de «Senkuori», les había dicho exactamente lo siguiente:

> «Si ese Muy Santo Prana se cristaliza en ustedes, con la participación consciente o inconsciente de su ‘Yo’, les será indispensable llevar el perfeccionamiento de la Razón individual

> de ese conjunto de Muy Santos Átomos hasta el grado deseado; en el caso contrario, ese Santo Revestimiento, pasando por diversas formas exteriores, sufrirá y languidecerá eternamente».

Es interesante además notar que otro Santo «Individuum», verdadero Mensajero de Lo Alto, San Kirmininasha, les había dado, igualmente, una advertencia idéntica.

Ese Santo Enviado les había revelado, en efecto, esta palabra:

> «Dichoso aquel que tiene un Alma, dichoso también el que no la tiene, pero desdicha y desolación para aquel que no tiene más que su germen».

Pues bien, hijo mío, después de elucidar este hecho, resolví enseguida sacar partido de su error a fin de cumplir con mi designio.

También en el país de *Perlania*, al igual que en la ciudad de «*Gob*», comencé por inventar un agregado que incluí entre las mencionadas enseñanzas religiosas, haciendo luego todo lo posible para que dicho agregado se difundiera entre el pueblo.

Comencé así a propagar en *Perlania* la creencia de que el «Sagrado Prana», cuya naturaleza había explicado el Divino Maestro San Buda, no solo se hallaba presente en la gente, sino también en todos los demás seres que habitaban el planeta Tierra.

Decía, así, que en todas las formas eserales, cualquiera fuera la escala a que perteneciesen, que habitaban la superficie del planeta, en el agua y en la atmósfera, poseían, desde el principio mismo de su existencia, una partícula de aquél fundamental Altísimo y Omniabarcante Sagrado Prana.

Lamento tener que decirte, querido niño, que me vi forzado entonces, más de una vez, a hacer hincapié en el hecho de que estas palabras habían sido vertidas por los mismísimos labios de San Buda.

Los muchos seres con quienes mantenía por entonces «amistosas» relaciones y a quienes empecé por persuadir de mi intención sin necesidad de polémica alguna, no solo la creyeron inmediatamente en todas sus partes, sino que posteriormente me ayudaron con suma eficacia, claro está que inconscientemente, en la tarea de difundir dicha intención.

Así, en incontables ocasiones, estos amigos míos demostraron apasionadamente, con increíble celo, a sus semejantes, la verdad indudable de este nuevo concepto de la doctrina.

En resumen: en el país de *Perlania*, gracias a esta pequeña estratagema de mi invención, los resultados apetecidos se consiguieron con inesperada rapidez.

Y en *Perlania*, debido tan solo a dicho agregado, tanto cambiaron tus favoritos sus relaciones esenciales para con los seres pertenecientes a otras formas diversas de la humana, que no solo dejaron de destruir sus vidas para sus famosos sacrificios rituales, sino que comenzaron, y con toda sinceridad, a contemplar estos seres de otras formas como a sus propios semejantes.

Si todo hubiera continuado de esta manera, grande habría sido el bien para todos los hombres; pero también aquí, al igual que en el país de *Maralpleissís*, pronto comenzaron, cosa muy propia de ellos, a manifestar toda clase de «necedades» con respecto a la interpretación de estas nuevas relaciones, dando lugar a situaciones verdaderamente cómicas.

Por ejemplo, solo un cuarto de sus años después de haber comenzado yo mi prédica, podía verse en las calles de la ciudad de *Kaiamón* infinidad de terráqueos andando sobre «zancos», a fin de aplastar el menor número posible de insectos o «bichitos» que, en su concepto, no eran ni más ni menos que semejantes suyos.

Del mismo modo, muchos tenían terror a beber agua que no hubiera sido recién extraída de una fuente o arroyo, dado que si ésta había permanecido largo tiempo en un recipiente cualquiera, bien podía ser que muchos «bichitos» se hubieran introducido en el agua y que —¡oh, desgracia!— sin reparar en ellos, engullesen a aquellos pobres semejantes de dimensiones un tanto reducidas.

Muchos de ellos tomaron la precaución de usar lo que se conoce con el nombre de «velos» a fin de evitar que aquellas pobres criaturillas que vivían en el aire, acertasen a introducírseles en las bocas o narices, lo cual hubiera sido sin duda, una gran desdicha.

A partir de aquella época, comenzaron a surgir en *Perlania* numerosas sociedades con el propósito de proteger a los seres «indefensos» pertenecientes a diversas formas no humanas, tanto aquellos que vivían entre los terráqueos, como los que estos llamaban «salvajes».

Las reglamentaciones de estas sociedades no solo prohibían la destrucción de sus vidas para ofrendarlas en el ara del Dios, sino también el empleo de sus

cuerpos planetarios a manera de alimento primario.

—Pues sí, querido niño, —dijo Belcebú y prosiguió luego:

—Y debido una vez más al extraño carácter de su psiquis, los deliberados padecimientos y conscientes trabajos de aquel Sagrado «Individuum», San Buda, que había sido especialmente materializado dentro de una presencia planetaria similar a la terráquea para actuar entre ellos y enseñarles el recto camino del desenvolvimiento moral, fueron en vano, pues no solo interpretaron erróneamente las enseñanzas del Maestro, sino que aun ahora continúan propagando sin cesar nuevos malentendidos de toda clase y «pseudoenseñanzas», encubiertas en los últimos tiempos bajo los nombres de «Ocultismo», «Teosofía», «Espiritismo», «Psicoanálisis», etc., etc., con el consiguiente oscurecimiento de su psiquis, ya sin esto bastante oscura.

Casi no hace falta decir que de las verdades enseñadas por el propio San Buda no ha sobrevivido absolutamente nada.

La mitad de una de las palabras, sin embargo, logró llegar hasta los seres contemporáneos de aquel planeta sin igual.

Y he aquí cómo se perpetuó esta media palabra:

San Buda explicó, entre otras cosas, a los habitantes de *Perlania*, cómo y a qué parte del cuerpo de sus antepasados había estado adherido el famoso órgano *Kundabuffer*.

Les dijo, así, que el Arcángel Luisós, había determinado con ciertos medios el crecimiento de este órgano, en sus antepasados, en la extremidad de ese cerebro que en ellos, al igual que en nosotros, la naturaleza ha colocado a lo largo de la espalda, en lo que se conoce con el nombre de «espina dorsal».

Según establecieron mis investigaciones, dijo también San Buda que aunque las propiedades de este órgano habían sido completamente destruidas en sus antepasados, la formación material de dicho órgano había permanecido, sin embargo, en las extremidades inferiores de este cerebro; y esta formación material, al ser transmitida de generación en generación, había llegado incluso a sus contemporáneos.

«Esta formación material, —decía—, no tiene ahora ninguna significación en vosotros y puede ser totalmente destruida con el curso del tiempo, si vuestra vida se desarrolla de la forma que corresponde a los seres tricentrados».

Fue precisamente cuando comenzaron a dar antojadizas interpretaciones de este mal comprendido «sufrimiento» «predicado» por el Maestro, e hicieron una

de sus «habituales trampas» con la palabra.

En primer lugar, dado que la raíz de la segunda mitad de esta palabra acertó a coincidir con una palabra del lenguaje hablado en aquella época que significaba «reflejo», y dado también que habían inventado un medio de destruir rápidamente esta formación material y no ya con el transcurso del tiempo, —como había dicho San Buda— sucedió que interpretaron erróneamente esta palabra, según una curiosa elaboración de su cortísima Razón y el argumento fue: cuando ese órgano funcionaba todavía, su nombre debía incluir la raíz de la palabra «reflejo». Ahora bien; dado que estamos destruyendo hasta su base material, ese nombre deberá finalizar con una palabra cuya raíz signifique «antigua», y puesto que «antigua» en el idioma de aquel tiempo era pronunciado «lina»; convirtieron la segunda mitad de esta palabra y en lugar de «reflejo», le añadieron la mencionada «lina», de modo que en lugar de la palabra *Kundabuffer*, se obtuvo la palabra «Kundalini».

Así fue, pues, como sobrevivió una mitad de la palabra *Kundabuffer* y, transmitida de generación en generación, llegó finalmente a tus favoritos contemporáneos, acompañada, claro está, de mil y una explicaciones diferentes.

Incluso los más «eruditos» contemporáneos poseen un nombre derivado de las más oscuras raíces latinas para designar esa parte de la médula espinal.

La esencia de lo que se conoce con el nombre de «filosofía hindú» se basa también en esta famosa «Kundalini» y existen, girando en torno a la palabra misma, miles de «ciencias» ocultas, secretas y reveladas, que nada explican.

Y en cuanto a la forma en que los científicos terrestres contemporáneos definen la significación de esta parte de la médula espinal, eso, querido nieto, es el más profundo misterio.

Una vez que estuve plenamente convencido de que había tenido el más completo éxito en cuanto a la total extirpación, quizás para un largo tiempo, de aquella terrible práctica predominante en *Perlania*, de sacrificar a los seres pertenecientes a las formas no humanas, decidí no demorarme un instante más en aquellos lugares y regresar al Mar de la Abundancia, a bordo de nuestra nave *Ocasión*.

Cuando ya nos hallábamos dispuestos a abandonar *Perlania*, de pronto me acometió el deseo de no regresar al Mar de la Abundancia por el camino en que habíamos venido, sino por otra ruta completamente inusitada en aquellos días.

Es decir, que resolví regresar atravesando la región conocida más tarde con el nombre de «Tíbet».

Capítulo 22
Primera visita de Belcebú al Tíbet

Puesto que la ruta elegida esta vez era extraña para los terráqueos tricerebrados de aquellos días y no podríamos, por consiguiente, contar con la posibilidad de sumarnos a alguna caravana terráquea, debí entonces organizar mi propia caravana, comenzando ese mismo día a preparar y procurarme todo lo necesario a este fin.

Conseguí, así, una veintena de los cuadrúpedos llamados «caballos», «mulas», «asnos» y cabras «chamanianas», y contraté cierto número de bípedos terrestres para que cuidasen de los seres mencionados e hiciesen las tareas semiconscientes requeridas durante el trayecto para este tipo de viajes.

Una vez procurado todo lo necesario, partí, acompañado por Ajún.

En esta oportunidad atravesamos lugares todavía más peculiares e insólitos que en la anterior; el radio de nuestra visión alcanzó a descubrir un número mucho mayor de seres uni y bicerebrados de las formas más diversas, calificados allí como «salvajes». Era la temporada en que venían de ciertos puntos remotos, en aquellos tiempos, del continente de *Ashark* para cazar, como se dice allá.

Dichos seres «salvajes» eran por entonces particularmente peligrosos, tanto para los seres tricerebrados que en aquellas comarcas habitaban, como para los seres cuadrúpedos de otras formas que tus favoritos, con la «astucia» que les es propia, habían convertido en sus esclavos, obligándolos a trabajar para la exclusiva satisfacción de sus necesidades egoístas.

Y estos seres «salvajes» eran entonces particularmente peligrosos, debido a que precisamente en esa época se había cristalizado en las presencias de dichos seres salvajes, una función especial, como consecuencia de las condiciones anómalas de vida establecidas por los seres tricerebrados que con ellos habitaban, función ésta que más adelante he de explicarte detalladamente.

Las comarcas que debimos atravesar en esta ocasión eran casi inaccesibles a los seres tricerebrados de aquella época, principalmente por causa de estos seres salvajes.

En aquellos días, solo les era posible atravesar esa región «de día», para utilizar la expresión terráquea, es decir, cuando tiene lugar en la atmósfera de aquel planeta el proceso de la «*Aieioiuoa*» en el Elemento Activo *Okidanoj*.

Y si les era posible atravesarla de día, esto se debe al hecho de que durante el tiempo correspondiente a la posición *Krentonalniana* de su planeta respecto de los rayos de su sol, casi todos los seres terrestres salvajes se hallan en el estado conocido con el nombre de «sueño», es decir, en un estado de elaboración automática en sus presencias de la energía necesaria para su existir ordinario, elaboración ésta de energía que en los seres tricentrados del mismo planeta tiene lugar, por el contrario, solo cuando la referida sagrada propiedad no se desarrolla en la atmósfera, esto es, durante lo que ellos denominan «noche».

De modo, pues, querido nieto, que solo era posible, entonces, atravesar estas regiones de día. De noche, era necesario hacer uso de una extrema vigilancia y de diversos refugios artificiales para defenderse de estos seres «salvajes».

Durante el período de la mencionada posición *Krentonalniana* del planeta Tierra, estos seres «salvajes» se hallan perfectamente despiertos, dedicándose a buscar su alimento primario eseral, y dado que, por entonces, ya se habían acostumbrado a valerse, con este fin, casi exclusivamente de los cuerpos planetarios de los seres más débiles de otras formas que habitaban el planeta, trataban permanentemente, en este período, de hacer presa de toda clase de esos seres para utilizar su cuerpo planetario en la satisfacción de aquella necesidad alimenticia.

Estos seres «salvajes», en especial los más pequeños, se hallaban ya entonces —también en este caso, por supuesto, debido a las condiciones anómalas de vida establecidas por los seres tricentrados— perfeccionados al extremo, en lo que a astucia y maña se refiere.

Como consecuencia de todo ello, durante todo el trayecto de éste, nuestro segundo viaje, debimos todos nosotros, y en especial los servidores escogidos para realizar las tareas semiconscientes, mostrarnos en extremo vigilantes y alerta por las noches, a fin de preservar nuestras propias existencias, así como las de nuestros cuadrúpedos.

Por las noches se formaba alrededor de nuestro campamento una verdadera reunión de fieras salvajes, provenientes de los más distantes puntos y llevadas

hasta aquel lugar por el deseo de procurarse algo adecuado para su alimento.

Y era ésta, de hecho, una verdadera «asamblea» como la que tus favoritos celebran durante lo que se llama «cotización de acciones en la bolsa», o durante una «elección» de representantes para una u otra sociedad, cuyo propósito teórico es la persecución conjunta de un medio determinado para la existencia feliz de todos los seres a ellos semejantes, sin distinción alguna de castas.

Pese a que durante toda la noche teníamos leños encendidos para asustar a las fieras salvajes, y pese a que nuestros bípedos servidores, a pesar de la prohibición de hacerlo, destruían con ayuda de flechas envenenadas «*kilnaparas*», a aquellos seres que se acercaban demasiado a nuestro campamento, no hubo una sola noche en que los llamados «tigres», «leones» y «hienas», no se llevaran uno o más de los seres cuadrúpedos que integraban nuestra expedición, cuyo número disminuía, como es de imaginar, diariamente.

Pese a que el camino de regreso al Mar de la Abundancia nos llevó mucho más tiempo que el escogido a la ida, todo lo que entonces vimos y oímos acerca del extraño carácter del psiquismo de tus favoritos durante el trayecto por aquellas inhóspitas comarcas, justificó plenamente el tiempo adicional empleado.

Viajamos así, más de un mes terráqueo, llegando finalmente a un pequeño establecimiento de seres tricerebrados que, como resultó ser más tarde, no hacía mucho que habían emigrado de *Perlania*.

Como más tarde supimos, esta colonia se llamaba «*Sinkratortza*», nombre éste que cuando tiempo después se pobló la región circundante, pasó a designar a todo el país.

Con el transcurso del tiempo, sufrió varios cambios y en la actualidad se conoce con el nombre de «Tíbet».

Como acertamos a encontrarnos con estos seres precisamente al caer la noche, les pedimos, lo que se dice «alojamiento para pernoctar».

Y cuando ellos nos concedieron el permiso para pasar la noche, bajo su protección, grande fue nuestra alegría ante la perspectiva de una noche de descanso, dado que todos nosotros nos hallábamos, por cierto, exhaustos, por las constantes luchas que habíamos debido librar contra los seres «salvajes» de la región.

Tal como se desprendió de la conversación que esa noche mantuvimos con los residentes en aquella colonia, estos pertenecían a la secta por entonces

famosa en *Perlania*, que se conocía con el nombre de «los autodomadores».

Se había formado la misma entre los adeptos a aquella religión, precisamente, que, como ya te he dicho, pretendía estar basada en las mismísimas enseñanzas de San Buda.

No estará de más recalcar en este sentido que los seres que habitan aquel planeta, presentaban ya entonces otra peculiaridad que desde mucho tiempo antes se había tornado característica de ellos exclusivamente y que consiste en esto: tan pronto como una nueva *Javatviernoni* o religión surge entre ellos, sus adeptos empiezan inmediatamente a separarse en diferentes grupos creando cada uno, a continuación, lo que se conoce con el nombre de «secta».

Lo particularmente extraño de esta peculiaridad de los terráqueos consiste en que aquellos que pertenecen a cualquiera de las sectas, jamás se llaman a sí mismos «sectarios», designación ésta considerada ofensiva, sino que solo denominan «sectarios» a todos aquellos que *no* pertenecen a su propia secta.

Y los adeptos a cualquier secta solo son sectarios para los demás seres, siempre que carezcan de «cañones» y «barcos», pues tan pronto como se apoderan de un número bastante grande de estos elementos, entonces, lo que había sido una secta más, se convierte de pronto en la religión oficial.

Los seres instalados en esta colonia y en muchas otras regiones de *Perlania* se habían convertido en sectarios, difiriendo en ciertos puntos de aquella religión cuya doctrina, como ya te he dicho, debí estudiar detalladamente durante mi permanencia en aquel país y que se conoció más tarde con el nombre de «Budismo».

Estos sectarios, que se denominaban a sí mismos autodomadores, surgieron debido a la errónea interpretación de la religión budista que, como ya te dije antes, era entendida como un «sufrimiento en soledad».

Y era solo para lograr en sí mismos este famoso «sufrimiento» libres del obstáculo de otros seres semejantes a ellos, por lo que estos seres con los cuales pasamos la noche, se habían instalado tan lejos de su propio pueblo.

Pues bien, querido niño; dado que todo cuanto supe aquella noche y pude comprobar más tarde, al día siguiente, de los adeptos de aquella secta, produjo en mí una impresión tan penosa que durante varios siglos terráqueos no pude dejar de recordarla sin lo que se llama un «sobresalto» —sobresalto que solo superé cuando pude esclarecer con toda certidumbre las causas del extraño

carácter del psiquismo de estos, tus favoritos—, deseo contarte con todo detalle lo que entonces vi y oí.

Según se desprendió de la conversación mantenida durante aquella noche, antes de la emigración de los adeptos de aquella secta hacia lugar tan desierto, ya habían ideado en *Perlania* una forma especial de «sufrimiento», es decir, habían decidido establecerse en lugares inaccesibles, tales que los demás semejantes no pertenecientes a su misma secta, y no «iniciados» en sus «misterios», no pudiesen estorbar sus actividades tendientes a procurarles aquel «sufrimiento» especial que habían ideado.

Cuando tras largas búsquedas encontraron finalmente el lugar por donde nosotros acertamos a pasar —lugar particularmente adecuado para su propósito — emigraron, dotados ya de una sólida organización y asegurados materialmente, junto con sus familias, alcanzando, no sin grandes dificultades, aquel paso casi inaccesible a sus compatriotas ordinarios; la comarca en cuestión, fue denominada en un principio, según te dije, «*Sinkratortza*».

En un primer momento, mientras se establecían todos juntos en aquel nuevo lugar, se hallaban más o menos de acuerdo entre sí; pero cuando comenzaron a llevar a la práctica aquella forma especial de «sufrimiento» que habían ideado, sus familias y en particular, sus mujeres, enteradas de lo que aquella forma especial de sufrimiento significaba, se rebelaron ruidosamente, de todo lo cual resultó un cisma.

Este cisma había tenido lugar poco tiempo antes de nuestro encuentro con ellos y en el momento en que llegamos a *Sinkratortza*, ya comenzaban a emigrar gradualmente hacia otros lugares, recientemente descubiertos, y que eran aún más adecuados que el anterior, para el género de vida por ellos perseguido.

Para que comprendas claramente lo que he de decirte a continuación, deberás conocer primero la causa fundamental del cisma producido entre estos sectarios.

Parece ser que los jefes de la secta, cuando todavía se hallaban en *Perlania*, se habían puesto de acuerdo entre sí, para alejarse de sus semejantes, comprometiéndose a no detenerse ante nada para alcanzar sus objetivos, esto es, la liberación de las consecuencias derivadas de aquel órgano del cual había hablado el Divino Maestro, San Buda.

Se incluía en este acuerdo que habrían de vivir de cierta manera, hasta la destrucción final de su cuerpo planetario o, como ellos dicen, hasta su muerte, a fin de que esta forma especial de vida purificase su «alma», para decirlo con la

expresión terráquea, de todos los elementos extraños originados por la presencia, en otro tiempo, del órgano *Kundabuffer*, de cuyas consecuencias, según San Buda les había explicado, se habían liberado sus antepasados, adquiriendo de este modo la posibilidad, según las palabras del Maestro, de volver a fusionarse con el Omniabarcante Prana Sagrado.

Pero cuando —como ya dije— una vez establecidos, comenzaron a poner en práctica aquella forma de «sufrimiento» que habían inventado, y sus mujeres, enteradas de su verdadera naturaleza, se rebelaron, muchos de ellos, bajo la influencia de sus mujeres, se negaron a cumplir las obligaciones que sobre sí habían tomado cuando todavía residían en *Perlania*, siendo así que la colonia se dividió, finalmente, en dos grupos independientes.

A partir de entonces, estos sectarios, llamados en un primer momento «los autodomadores», comenzaron ahora a designarse por otros nombres diversos; aquellos autodomadores que permanecieron fieles a las obligaciones que habían tomado sobre sí antes de emigrar, se llamaron «*Ortodoxjaidurakís*» en tanto que los demás, es decir, los que habían renunciado a ciertos compromisos contraídos en la tierra natal, se llamaron «*Katoshkijaidurakís*».

En el tiempo de nuestra llegada a *Sinkratortza*, los sectarios llamados «*Ortodoxjaidurakís*» poseían lo que se llama un «monasterio», perfectamente organizado, ubicado no muy lejos del lugar en que originalmente se habían instalado, y en él se llevaba a cabo aquella forma especial de sufrimiento por ellos concebida.

Al reanudar la marcha al día siguiente, tras una noche de reposo, pasamos muy cerca del monasterio de estos sectarios de la religión budista, defensores de la doctrina «*Ortodoxjaidurakís*».

A esa hora del día solíamos hacer un alto para dar de comer a nuestros servidores cuadrúpedos, de modo que pedimos a los monjes que nos permitieran alojarnos en su monasterio.

Por extraño e insólito que parezca, los seres que allí se alojaban, conocidos por el nombre de monjes, no rehusaron nuestra petición objetivamente justa, sino que, inmediatamente, y sin la menor «vacilación», propia en los lugares de los monjes de todas las doctrinas y de todas las épocas, nos admitieron sin reparo alguno.

De modo pues que, acto seguido, nos hallábamos en el mismísimo centro de la esfera de los arcanos de esta doctrina, esfera ésta que, desde el comienzo

mismo de su surgimiento, los seres del planeta Tierra lograron ocultar con suma habilidad incluso a la observación de los *Individuums* dotados con la Razón Pura.

En otras palabras, se hallaban dotados de una particular habilidad para dar vuelta a todas las cosas a su antojo y convertirlas, de una u otra manera, en lo que ellos llaman un «misterio», y tan perfectamente esconden este misterio de sus semejantes por toda suerte de medios, que incluso los seres de Razón Pura no pueden penetrar en él.

El monasterio de la secta *Ortodoxjaidurakís* de la religión budista, ocupaba una vasta plaza en torno a la cual se había construido una sólida pared a manera de protección de todo lo que en ella se encerraba, tanto de los seres tricerebrados como de otros seres «salvajes» de formas diversas.

En el centro de este enorme recinto cerrado había un gran edificio, también de sólidas bases, que constituían la parte principal del monasterio.

En una mitad de este vasto edificio se desarrollaba la existencia ordinaria de los monjes, y en la otra, se llevaban a cabo las prácticas especiales características, precisamente, de la creencia sustentada por los adeptos de esta secta, y que para los demás eran misterios cuyo secreto desconocían.

Alrededor del muro exterior, por el lado interno, se había construido una hilera de pequeños y fuertes compartimentos, muy juntos los unos a los otros, semejantes a celdas.

Eran precisamente estas «celdas» las que implicaban la mayor diferencia entre este monasterio y los demás monasterios construidos en el planeta Tierra.

Esta especie de garitas se hallaban cerradas por los cuatro costados, ofreciendo una sola abertura en la base, de reducidas dimensiones, por la cual podía pasarse, no sin grandes dificultades, la mano.

Estas sólidas garitas estaban destinadas al emparedamiento perpetuo de los miembros de la secta que se hubieran hecho «dignos» de tal suerte —donde habrían de ocuparse en sus famosas manipulaciones de lo que llamaban «emociones» y «pensamientos»— hasta la total destrucción de su vida planetaria.

Y fue precisamente cuando las mujeres de estos «sectarios autodomadores» se enteraron de esto, cuando se produjo el mencionado alboroto.

En las enseñanzas religiosas fundamentales de esta secta se hallaba una detallada explicación de todas las manipulaciones exactas, así como el tiempo necesario, para lograr el merecimiento de ser emparedado en una de aquellas

celdas inexpugnables, donde cada veinticuatro horas se recibía un pedazo de pan y una pequeña jarra de agua.

En la época en que nosotros franqueamos los muros de aquel terrible monasterio, todas estas monstruosas celdas estaban ya ocupadas, y el cuidado de los emparedados, esto es, la tarea de darles cada veinticuatro horas, a través de las pequeñas aberturas antes mencionadas, un pedazo de pan y un jarro de agua, se hallaba a cargo de aquellos sectarios que eran, a su vez candidatos a ser emparedados más adelante, con la mayor reverencia, y, mientras esperaban su turno, habitaban en la parte del edificio más amplia, construida en la plaza del monasterio. Los terráqueos así emparedados vivían efectivamente en aquellos sepulcros del monasterio hasta que su existencia, inmóvil, hambrienta y llena de privaciones, llegaba a su fin.

Cuando los camaradas de los emparedados descubrían que alguno de ellos había dejado de existir, extraían el cuerpo planetario del improvisado sepulcro e inmediatamente, en el lugar del ser de este modo autodestruido, se instalaba otro desdichado fanático del mismo tipo, perteneciente a esta maléfica religión.

Y las filas de estos infortunados «monjes fanáticos» eran engrosadas día a día por otros miembros de la misma secta que constantemente llegaban de *Perlania*.

En la misma *Perlania*, ya todos los adeptos de esa secta tenían noticias de la existencia de aquel lugar particularmente «adecuado» para la materialización del objetivo final de su doctrina religiosa por ellos sustentada y que, según se pretendía, derivaba de las sabias enseñanzas de San Buda.

Y en todos los grandes centros urbanos poseían, incluso, lo que se conoce con el nombre de agentes, para ayudarlos a trasladarse a aquel sitio.

Una vez que hubimos dado reposo y alimento a nuestros servidores bípedos y cuadrúpedos, abandonamos aquel sombrío lugar de martirio, fruto tardío de aquel malhadado órgano que, por error de cálculo de ciertos Altísimos «Individuums» Cósmicos, había sido implantado en las presencias de los primeros seres tricerebrados que habitaron aquel infortunado planeta.

Pues bien, querido nieto, como podrás imaginarte, nuestras sensaciones y pensamientos no eran muy agradables que digamos, al abandonar aquel lugar.

En nuestra marcha en dirección al Mar de la Abundancia, volvimos a pasar una vez más por tierras firmes de muy diversas formas, con conglomerados de

minerales intraplanetarios, provenientes de las grandes profundidades y que por una u otra causa habían aflorado a la superficie del planeta Tierra.

Debo decirte dos palabras acerca de algo sumamente extraño que pude comprobar entonces y que se relaciona estrechamente con aquella parte del planeta que en la actualidad lleva el nombre de Tíbet.

En la época en que atravesé por primera vez el Tíbet, sus montes más altos se hallaban a alturas inusitadas sobre la superficie del planeta Tierra, pero no diferían considerablemente de las elevaciones que podían encontrarse en otros continentes e incluso en el continente de *Ashark* o Asia, del cual el Tíbet no era sino una parte.

Pero cuando con ocasión de mi sexto y último viaje personal al planeta Tierra, volvieron a llevarme mis pasos otra vez por aquellos lugares, para mí, en extremo memorables, pude comprobar que en el intervalo que había mediado de unos cuantos de sus siglos, la comarca entera se había proyectado a tales alturas sobre el nivel del mar, que ningún otro pico de otros continentes podía compararse con aquéllos.

Por ejemplo, la cadena principal de aquella elevada región a través de la cual tuvimos que pasar, es decir, la fila de elevaciones que los seres de aquellas latitudes denominan «cordilleras» se había proyectado a tan gran altura sobre la superficie del planeta, que algunos de sus picos eran, y son todavía, los más altos de todas las proyecciones anómalas que erizan la superficie de aquel «planeta de largo y vano sufrimiento». Y en caso de escalarlos, se hubiera podido «ver claramente», con la ayuda de un *Tesskuano*, el otro lado de aquel extraño planeta…

Cuando por primera vez comprobé este raro fenómeno, pensé inmediatamente con toda certeza que ese hecho debía contener el germen de alguna desgracia posterior de gran magnitud cósmica; y cuando más tarde reuní ciertas estadísticas referentes a aquel fenómeno anormal, esta primera aprensión de mi espíritu fue tomando cada vez más cuerpo.

Y creció principalmente, debido a que en mis estadísticas uno de los elementos que formaban parte del fenómeno demostraba que un nuevo crecimiento de las cordilleras se producía cada «diez años».

Y este elemento relativo a las elevaciones tibetanas exponía cuándo y cómo habían tenido lugar los «sobresaltos de planeta» terrestres, o como tus favoritos

los llaman «terremotos», los cuales se producen debido a la altura excesiva de esas prominencias de la corteza terrestre.

Si bien los «sobresaltos de planeta» o terremotos ocurren frecuentemente en tu planeta favorito por causa de ciertas fallas interplanetarias provenientes de las dos grandes perturbaciones Transapalnianas —cuyo origen habré de explicarte algún día— la mayoría de los temblores planetarios terrestres, y especialmente en los siglos recientes, han ocurrido tan solo debido a esas elevaciones desproporcionadas.

Y ellos ocurren debido a que, como consecuencia de aquellas excesivas elevaciones, la atmósfera del planeta ha adquirido y sigue adquiriendo todavía en su presencia elevaciones igualmente excesivas, es decir que lo que se llama la «circunferencia Blastegoklorniana» de la atmósfera del planeta Tierra ha adquirido en ciertos lugares, y sigue adquiriendo todavía una presencia materializada de excesiva proyección, para permitir la «fusión recíproca de los resultados de todos los planetas del sistema»; con el resultado de que durante el movimiento de aquel planeta, en la presencia de lo que se denomina «armonía común del sistema», su atmósfera se «engancha», por así decirlo, en ciertas ocasiones, con la atmósfera de otros planetas o cometas del mismo sistema.

Y son precisamente esos «enganches» los que producen, en los lugares correspondientes de la presencia general de aquel planeta que ha llamado tu atención, esos «sobresaltos planetarios» o «terremotos».

Debo explicarte también, que la región de la presencia general de aquel planeta en que se desarrollan dichos «sobresaltos planetarios» por esta causa, depende de la posición ocupada por el propio planeta en el proceso del movimiento armonioso común del sistema, respecto a otras concentraciones pertenecientes al mismo sistema.

Sea ello como fuere, si este anómalo crecimiento de las montañas tibetanas continúa desarrollándose en el futuro, es de presumir que, tarde o temprano, habrá de producirse una considerable catástrofe de magnitud cósmica.

Sin embargo, cuando la amenaza que creo prever se vuelva evidente, no cabe duda de que el Altísimo y Sagrado «Individuum» Cósmico habrá de tomar oportunamente las precauciones necesarias.

Por favor, por favor, permitidme, Recta Reverencia —interrumpió Ajún, espetando luego lo siguiente—: Permitidme que os informe, Recta Reverencia, de ciertos datos que acerté a recoger, relativos precisamente al crecimiento de estas montañas tibetanas de las cuales os habéis dignado hablar.

Poco antes de nuestra salida del planeta *Karataz* —prosiguió Ajún—, tuve el placer de encontrarme con el Arcángel Viluar, gobernador de nuestro sistema solar, y Su Magnificencia, se dignó reconocerme y dirigirme la palabra.

Quizás recordéis, Recta Reverencia, que mientras vivíamos en el planeta «Zernakur», Su Magnificencia el Arcángel Viluar, era todavía un ángel ordinario y frecuentemente venía a visitarnos.

De modo pues que cuando Su Magnificencia, en el transcurso de una conversación, escuchó el nombre de aquel sistema solar donde habíamos sido exiliados, me declaró que en la última Altísima y Sacratísima recepción de los resultados cósmicos finalmente devueltos, cierto *Individuum*, San Lama, había tenido el privilegio de formular personalmente ante los pies de nuestro ETERNO UNIEXISTENTE, en presencia de todos los Altísimos «Individuums», cierta petición concerniente al crecimiento anómalo de las elevaciones de cierto planeta —al parecer, de aquel mismo sistema solar— y habiendo recibido esta petición, nuestra MISERICORDIOSA ETERNIDAD ordenó inmediatamente al Arcángel Luisós que sin demora alguna se trasladase a aquel sistema solar, puesto que él, por hallarse familiarizado con aquel sistema, era el más indicado para esclarecer, una vez en el lugar, las causas de la manifestación de dichas elevaciones, y tomar, consecuentemente, las medidas necesarias.

Y es por ello que Su Conformidad el Arcángel Luisós se halla en la actualidad liquidando presurosamente sus asuntos ordinarios a fin de poder salir a la mayor brevedad posible.

Así es, querido Ajún —comentó Belcebú, agregando a continuación—, gracias por tus datos… gloria a nuestro CREADOR… lo que acabas de decir ayudará probablemente a destruir en mi presencia la ansiedad que en mí se produjo cuando por primera vez comprobé el anómalo crecimiento de dichas montañas tibetanas, es decir, mi temor de que desapareciera por completo del Universo la preciosa memoria de nuestro Perpetuamente Reverenciado, Sabio entre los Sabios, Mulaj Nassr Eddin.

Así que hubo dicho esto, y recobrado la expresión normal del rostro, Belcebú reanudó su relato:

—Siempre a través de la región que ahora recibe el nombre de «Tíbet», continuamos luego nuestro viaje, encontrando a nuestro paso toda clase de azares y dificultades, hasta que por fin llegamos a la fuente del río llamado «Keria-Chi» y algunos días más tarde, tras una accidentada navegación a lo

largo de su curso, arribamos al Mar de la Abundancia, y subimos a bordo de la nave *Ocasión*.

Aunque después de este tercer descenso al planeta Tierra no volví a visitarlo personalmente durante largos períodos, de tiempo en tiempo, no obstante, efectué atentas observaciones de tus favoritos por medio de mi gran *Tesskuano*.

Y si durante largo tiempo no tuve ninguna razón para trasladarme a aquel planeta personalmente, ello se debió a lo siguiente:

Después de mi regreso al planeta Marte, no tardé en interesarme en una obra que los marcianos que habitaban aquel planeta estaban llevando a cabo, justamente entonces, sobre la superficie del mismo.

Para poder comprender claramente el tipo de obra de que se trataba, deberás saber, ante todo, que el planeta Marte es para el sistema de Ors, al cual pertenece, lo que se conoce con el nombre de «eslabón *Mdneljautiano*» en la transformación de las sustancias cósmicas, como consecuencia de lo cual posee lo que se llama una «firme superficie *Keskestasantniana*», es decir, que una mitad de su superficie consiste en una presencia de tierra y la otra, en masas «*saliakuriapianas*»; o, como dirían tus favoritos, una de las mitades es de tierra, configurando un continente continuo, y la otra se halla cubierta de agua.

De modo pues, querido nieto, que como los seres tricerebrados del planeta Marte utilizan a manera de alimentos primarios, exclusivamente el «*Prosfora*» —o como lo llaman tus favoritos «pan»— a fin de obtenerlo, siembran en la tierra correspondiente a una de las mitades del planeta lo que se llama «trigo», y como este trigo extrae la humedad necesaria para el «*dyartklom* evolutivo», tan solo de lo que se conoce con el nombre de «rocío», el resultado es que el grano de trigo produce solo la séptima parte del proceso equivalente del sagrado *Heptaparaparshinoj*, es decir, que «producen» solo la séptima parte de la «cosecha» como suele llamársela.

Dado que esta cantidad de trigo era insuficiente para satisfacer sus necesidades, y dado que para obtener una mayor cantidad era necesario utilizar la presencia del «*Saliakuriapis*» planetario, los seres tricentrados no hacían, a nuestra llegada al planeta, sino hablar de la posibilidad de conducir dicho «*Saliakuriapis*» en la cantidad necesaria, de un lado del planeta al otro, donde era necesario para el mejoramiento de la cosecha.

Y cuando varios años más tarde decidieron por fin la cuestión, comenzando a hacer todos los preparativos requeridos, iniciaron las operaciones precisamente

un poco antes de mi regreso del planeta Tierra, es decir que comenzaron a cavar canales especiales para la conducción del «*Saliakuriapis*».

De modo pues, que, dada la extrema complicación de la obra a ejecutarse, los habitantes del planeta Marte fabricaron sin descanso una serie de complejas máquinas y dispositivos para llevarla a cabo.

Y como entre éstas las había sumamente interesantes y peculiares, yo, que siempre me he interesado en toda clase de inventos nuevos, me sentí fuertemente atraído por la referida obra de los marcianos.

Por cortesía de dichos seres pasé entonces casi todo mi tiempo disponible en medio de aquellas obras, y por ello en aquel período fueron muy escasas mis visitas a los demás planetas de aquel sistema solar.

Solo en contadas ocasiones volé hasta el planeta Saturno para descansar en compañía del Gornajur Jarjar, quien, ya entonces, se había convertido en mi amigo entrañable y gracias a él llegué a poseer aquel *Tesskuano* maravilloso que, como ya te dije antes, era capaz de acercar siete millones doscientas ochenta y cinco veces las visibilidades más remotas.

Capítulo 23
Cuarto descenso personal de Belcebú sobre el planeta Tierra

Belcebú prosiguió así su relato:

Mi cuarto descenso al planeta Tierra se debió a una petición de mi entrañable amigo el Gornajur Jarjar.

Debo decirte, ante todo, que desde el primer momento en que trabé relación con este Gornajur Jarjar, y más aún, cuando nos hicimos verdaderamente amigos, siempre, durante nuestros «intercambios subjetivos de opiniones», compartíamos las mismas impresiones con respecto al extraño psiquismo de los seres tricentrados que habitan el planeta Tierra.

Y resultó finalmente de estos intercambios de opiniones con respecto a tus favoritos, que tanto llegó a ser el interés despertado por mis narraciones en la presencia de mi entrañable amigo el Gornajur Jarjar, que llegó, incluso, a pedirme seriamente que lo tuviese siempre informado, aunque tan solo fuese aproximadamente, de cuantas observaciones hiciera de aquéllos, por lo cual, en lo sucesivo, le envié con regularidad exactamente al igual que a tu tío Tuilán, varias copias de mis rápidos apuntes relacionados con las extrañas características del psiquismo terráqueo.

Verás ahora cómo llegó a ser el Gornajur Jarjar, la causa de éste mi cuarto descenso al planeta Tierra.

Ya te he dicho que después de mi tercer descenso personal a tu planeta favorito, ascendí en varias ocasiones, para descansar, al planeta Saturno, buscando la incomparable compañía de aquel ilustre amigo.

Pues bien; en el transcurso de estas visitas, llegué a convencerme profundamente de la gran sabiduría del Gornajur Jarjar, por lo cual se me ocurrió la idea de invitarlo a descender en nuestra nave *Ocasión* al planeta Marte, a fin

de que, una vez allí, me ayudara personalmente con sus conocimientos en la preparación de mi observatorio que acababa entonces de ser instalado.

Y debo hacerte notar aquí el hecho de que si este observatorio de mi propiedad se hizo más tarde famoso, como uno de los mejores de su tipo en todo el universo, ello se debió principalmente, a la sabiduría de mi gran amigo.

Pues bien; cuando le hablé al Gornajur Jarjar acerca de esto, él, sin detenerse a meditarlo demasiado, estuvo de acuerdo conmigo y los dos juntos comenzamos inmediatamente a deliberar acerca de la forma más conveniente de llevar a cabo nuestro propósito.

El principal problema consistía en que nuestra ruta, desde el planeta Saturno al planeta Marte, debía llevarnos a través de ciertas esferas cósmicas inadecuadas para la presencia del Gornajur Jarjar, ser éste, según recordarás, que solo poseía entonces la posibilidad de una existencia planetaria ordinaria.

El resultado de nuestras reflexiones fue, pues, que al día siguiente, el asistente principal del Gornajur Jarjar comenzó, bajo su dirección, a equipar un compartimento especial de nuestra nave *Ocasión* con todos los accesorios necesarios para adaptar ciertos aparatos, destinados a elaborar aquellas sustancias que integran la atmósfera del planeta Saturno, a la cual se hallaba acostumbrada la naturaleza del Gornajur Jarjar.

Una vez terminados los preparativos, al cabo de un *Jr-jr-jru*, iniciamos nuestro viaje en dirección al planeta Marte y descendimos en mi propia casa.

Una vez allí, en el planeta Marte, planeta dotado de una atmósfera casi igual a la del planeta Saturno, mi entrañable amigo, el Gornajur Jarjar, no tardó en aclimatarse, desarrollando una existencia casi totalmente libre.

Fue precisamente durante su estancia en Marte cuando ideó aquel *Tesskuano* o, como tus favoritos lo llaman, «telescopio», gracias al cual, como acabo de decirte, mi observatorio se convirtió más tarde en uno de los más célebres y prestigiosos del universo.

El *Tesskuano* inventado por mi amigo constituye, en verdad, una maravilla de la inteligencia Eseral, puesto que aumenta la visibilidad de las concentraciones cósmicas remotas siete millones doscientas ochenta y cinco veces, durante ciertos procesos en las sustancias cósmicas originadas en las atmósferas que circundan a casi todas las concentraciones cósmicas, así como durante los procesos que sufre el *Ethernokrilno* en los espacios interatmosféricos.

Gracias a este *Tesskuano*, pude observar a veces plenamente, sin moverme

de mi casa en Marte, casi todo lo que sucedía en aquellas partes de los demás planetas de este sistema solar, que en el proceso de lo que se conoce con el nombre de movimiento general del sistema, se hallaban, en esa ocasión, dentro del radio visible de mi observatorio.

Así pues, querido nieto, mientras el Gornajur Jarjar residía conmigo en calidad de huésped, al tiempo que conjuntamente observábamos la existencia de tus favoritos, cierto hecho sumamente grave que acertamos a comprobar fue causa de un intercambio de opiniones entre ambos, relativo a los seres tricentrados de aquel planeta peculiar.

Y el resultado de este «intercambio de ideas» fue que me decidí a descender a la superficie de aquel planeta, a fin de recoger y llevar al planeta Saturno cierto número de los seres denominados «monos» con el propósito de realizar ciertos experimentos dilucidatorios con los mismos, en relación con el hecho que habíamos observado y que tanto nos había sorprendido.

En aquel momento del relato, le trajeron a Belcebú un «*Leitutchanbróss*», esto es, un platillo de metal especial en el cual se registra el texto de los heterogramas provenientes de uno u otro lugar, limitándose el destinatario a sostenerlo cerca de su órgano auditivo para enterarse del contenido del mensaje.

Una vez que Belcebú hubo oído, en esta forma, el contenido del «*Leitutchanbróss*» que le habían alcanzado, se volvió hacia su nieto diciendo:

Mira tú las coincidencias que ocurren en nuestro Gran Universo. El contenido de este heterograma se refiere precisamente a tus favoritos, en relación con estos seres terrestres que acabo de mencionar hace apenas unos instantes; me refiero a los «monos».

Me lo envían del planeta Marte y, entre otras cosas, me comunican que los seres tricentrados del planeta Tierra han vuelto otra vez a revivir lo que se conoce con el nombre de «la cuestión de los monos».

Debo decirte, ante todo, que debido a cierta causa proveniente también de las anómalas condiciones de vida allí predominantes, se cristalizó largo tiempo atrás —y su funcionamiento se intensifica periódicamente—, en las presencias de aquellos extraños seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, un extraño factor que produce de tiempo en tiempo, en sus presencias, un «creciente impulso» merced al cual, en los períodos de actividad, desean averiguar a toda costa, si descienden de estos monos o si en cambio estos monos descienden de ellos. A juzgar por el heterograma, la cuestión ha agitado principalmente, esta

vez, a los bípedos que habitan en el continente conocido por el nombre de América.

Si bien este problema los agita permanentemente, y con intervalos más o menos largos, con cada nueva aparición de la cuestión la opinión pública se inflama hasta convertirlo en el problema «candente del día».

Por mi parte, recuerdo perfectamente que esta «efervescencia de ánimos» con respecto al origen de estos «monos», tuvo lugar por primera vez entre los terráqueos cuando su «centro cultural», como suelen expresarlo, era el país de *Tikliamuish*.

El comienzo de esta efervescencia de la opinión pública fue provocada por el malentendido de cierto «erudito» de formación improvisada, conocido con el nombre de Menítkel.

El tal Menítkel se convirtió en erudito, en primer lugar, debido a que su tía, que no tenía hijos, era una excelente celestina y alternaba considerablemente con los seres influyentes y, en segundo lugar, porque cuando llegó la edad en que se aproximaba al «umbral eseral» del ser responsable, recibió, en el día de su cumpleaños, cierto libro de regalo, titulado *Manual de los Buenos Modales y de cómo escribir cartas de amor*. Viéndose materialmente asegurado y por lo tanto, totalmente libre, gracias a una herencia legada por su tío, expropietario de una casa de empeños, se dedicó, por simple aburrimiento, a recopilar un erudito y grueso trabajo en el cual «rastreaba» todo lo relativo al origen de dichos monos, configurando una minuciosa teoría con toda suerte de «pruebas lógicas, —pero, claro está—, pruebas lógicas» tales que solo podían ser percibidas y cristalizarse en las Razones de aquellas desvalidas criaturas que han despertado tu interés.

Este señor Menítkel «demostró» entonces, con su teoría, que estos «monos congéneres» descendían nada menos que de lo que llaman los «hombres vueltos al estado salvaje».

Y los demás seres terrestres de aquel período, de acuerdo con una característica que ya se había hecho sensible en ellos, creyeron implícitamente a este «tesorito de su tía» sin la menor actitud crítica y, a partir de entonces, esta cuestión que había agitado la extraña razón de tus favoritos, se convirtió en tema de análisis y fantasía, prolongándose hasta el séptimo «gran proceso general planetario de la destrucción recíproca».

Gracias a esta maléfica idea, llegó a afirmarse en los instintos de la mayoría de estos desdichados que en aquella época habitaban la Tierra, un nuevo factor

anómalo conocido con el nombre de «factor tiránico», que comenzó a engendrar en sus presencias comunes el falso sentimiento de que estos monos eran presumiblemente «sagrados»; y el factor anómalo generador de este sacrílego impulso pasó también de generación en generación hasta alcanzar los instintos de gran parte de los seres contemporáneos.

Esta falsa idea, que surgió y se afirmó gracias a la mencionada «progenie de la casa de empeños», abarcó cerca de dos siglos terráqueos, convirtiéndose en parte inseparable de la Razón de la mayoría de aquellos seres tricerebrados. Y solo con el acaecimiento de diversos sucesos procedentes del «gran proceso general planetario de la destrucción recíproca», que duró casi medio siglo, comenzó a disiparse hasta desaparecer por fin completamente de sus presencias comunes.

Pero cuando su «cultura» se concentró en el continente de Europa, según se llama en la actualidad, y en la época en que la manifestación de intensidad máxima de la peculiar enfermedad llamada allí «necedad» había vuelto una vez más, enfermedad que, dicho sea de paso, ya había quedado desde mucho tiempo atrás sujeta a la ley cósmica fundamental de *Heptaparaparshinoj* según la cual debía, con respecto a la intensidad, funcionar también con cierta periodicidad, entonces, para desdicha de los seres tricerebrados de todo el Universo, la «cuestión de los Monos», es decir, la cuestión de quién descendía de quién, surgió nuevamente y, una vez cristalizada, volvió a formar parte de la presencia de la anómala Razón de tus favoritos.

El estímulo que determinó el renacimiento de esta «cuestión de los Monos» fue también esta vez un «erudito», tan «grande», por lo demás, como el anterior, si bien dotado de una «formación» completamente nueva y cuyo nombre era el de Darwin.

Y este «gran» sabio, basando su teoría en la misma lógica terráquea, comenzó a demostrar exactamente lo contrario de lo que Menítkel había sostenido, es decir, que eran los terráqueos tricerebrados los que descendían de los señores Monos.

En cuanto a la realidad objetiva de las teorías de estos dos «grandes» sabios terrestres, nada mejor que citar aquí los prudentes dichos de nuestro estimadísimo Mulaj Nassr Eddin:

«Ambos tuvieron un gran éxito, aunque, claro está, no sin suerte, ya que encontraron a la auténtica madrina de la incomparable Scheherezade en un viejo montón de estiércol».

En todo caso, deberás saber y recordar que durante varios siglos nada menos, esta cuestión, tan superflua como la mayoría de las que los ocupan, ha proporcionado abundante material para el tipo de mentación considerado entre tus favoritos como la «manifestación más elevada de la Razón».

En mi opinión, tus favoritos podrían llegar a tener una respuesta correcta y satisfactoria a la cuestión que tanto les ha interesado siempre, es decir, la cuestión del origen de los monos. Si pudieran acudir también en este caso a una de las sabias frases de nuestro querido Mulaj Nassr Eddin, quien solía decir en ciertas ocasiones:

«La causa de todo malentendido debe buscarse siempre en la mujer».

Si la resolución de este enigmático problema hubiera sido confiada a la sabiduría de nuestro querido amigo, quizás no hubiera sido difícil descubrir finalmente cuándo y cómo se habían originado los dichosos monos.

Puesto que esta cuestión de la genealogía de dichos seres es, por cierto, en extremo oscura e insólita, informaré a tu Razón acerca de la misma con el mayor detalle posible.

En realidad, ni los tricerebrados terráqueos descienden de los monos ni los monos de los terráqueos tricerebrados, sino que… la causa del origen de los monos radica en este caso, exactamente como en cualquier otro malentendido, en las mujeres.

Debo decirte, ante todo, que las especies de monos terrestres existentes actualmente bajo diversas formas exteriores no existían con anterioridad a la segunda «perturbación Transapalniana»; pues de hecho, la genealogía de esta especie comenzó con posterioridad a la misma.

Las causas del sufrimiento de este ser tan «maltrecho», al igual que la causa de todos los demás acontecimientos más o menos serios, en un sentido objetivo, que se desarrollan en la superficie de aquel desdichado planeta, derivan de dos fuentes totalmente independientes la una de la otra.

La primera de ellas, como siempre, es aquella falta de previsión por parte de ciertos Altísimos, Santísimos «Individuums» Cósmicos y la segunda, también en este caso, aquellas condiciones anómalas de vida ordinaria establecidas por los terráqueos tricerebrados.

El hecho es que cuando tuvo lugar la segunda perturbación Transapalniana, además del principal continente, esto es, la Atlántida, muchas otras tierras firmes, grandes y pequeñas, se hundieron en el planeta, surgiendo en su lugar, otras nuevas.

Estos desplazamientos de las distintas partes de la presencia común de aquel infortunado planeta, se prolongaron durante varios días, acompañándose de repetidos temblores planetarios y de manifestaciones tales que no podían dejar de provocar el mayor terror en la consciencia y los sentimientos de toda clase de seres.

En aquella misma época, gran parte de los tricerebrados —que han ganado tu simpatía— que lograron sobrevivir junto con diversos seres uni y bicerebrados pertenecientes a otras formas, debieron instalarse, de buenas a primeras, en las tierras firmes recién formadas, es decir, en lugares enteramente nuevos y extraños para ellos.

Fue precisamente en esta época cuando gran número de estos extraños seres tricerebrados «*Kestchapmartnianos*» de sexo activo y pasivo o, como ellos dicen, «hombres» y «mujeres», se vieron forzados a vivir durante algunos años en entero aislamiento, esto es, sin la presencia del sexo opuesto.

Antes de relatarte cómo ocurrió esto, te explicaré más detalladamente lo relativo a la sagrada sustancia que se obtiene como resultado final de las transformaciones evolutivas de todo alimento eseral, que se constituye en la presencia de todo ser, sin diferencia alguna de «sistemas cerebrales».

Esta sagrada sustancia que se produce en la presencia de toda suerte de seres, se llama en casi todas partes, «*hexioejari*», pero tus favoritos del planeta Tierra, la llaman «esperma».

Gracias a la misericordiosa previsión y a los loables designios de nuestro PADRE Y CREADOR COMÚN, y de acuerdo con la materialización de la Gran Naturaleza, esta sagrada sustancia se produce en la presencia de todos los seres independientemente del sistema cerebral a que ellos pertenecen y de su recubrimiento exterior, principalmente a fin de que mediante ella, de forma consciente o automática cumplan la parte del deber eseral consistente en la

perpetuación de la especie; pero en la presencia de los seres tricerebrados se produce también a fin de poder ser transformada conscientemente en sus presencias comunes para el recubrimiento de los cuerpos eserales superiores de su propio Ser.

Con anterioridad a la segunda perturbación Transapalniana, período éste conocido por los tricerebrados contemporáneos con la expresión de «Antes del hundimiento del continente de la Atlántida», durante el cual ya habían comenzado a cristalizarse en las presencias terráqueas múltiples consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, comenzó a configurarse en ellos un impulso eseral que no tardó en hacerse predominante.

Este impulso recibe en la actualidad el nombre de «placer»; y a fin de satisfacerlo habían comenzado ya a llevar un género de vida impropio de los seres tricentrados; pues en su gran mayoría habían comenzado a extraer la mencionada sagrada sustancia eseral de sí mismos solo para satisfacción de aquel impulso.

Pues bien, querido niño; en virtud de que la mayoría de los seres tricerebrados del planeta Tierra llevaron a cabo en lo sucesivo el proceso de extracción de esta sagrada sustancia de sí mismos —sustancia que constantemente es generada por sus organismos— fuera de los periodos normalmente establecidos por la Gran Naturaleza para los seres, conforme con su organización, con el solo fin de perpetuar la especie; y también por el hecho de que en su mayoría dejaron de utilizar esta sagrada sustancia conscientemente para recubrir sus cuerpos eserales superiores, sucedió finalmente que cuando la extracción no era producida por los medios que ya se habían tornado mecánicos, experimentaban, naturalmente, una sensación denominada «*Sirklinimana*», o, como dirían tus favoritos, un estado de «desasosiego», estado éste acompañado invariablemente de lo que se llama «sufrimiento mecánico».

Si me recuerdas en el momento oportuno el tema de los períodos regulares fijados por la Naturaleza para el proceso normal de la utilización del «*hexioejari*» por los seres pertenecientes a otros sistemas cerebrales, con el fin de perpetuar su especie, habré de explicártelo con todo detalle.

Pero esos seres no son, al igual que nosotros, sino seres «*Kestchapmartnianos*», y que la extracción normal de sus presencias de esta sagrada sustancia que constante e inevitablemente se produce en ellos, solo puede efectuarse con la presencia del sexo opuesto cuando se halla destinada a la

perpetuación de la especie, mediante el sagrado proceso «*Elmuarno*». Y debido también a que no estaban acostumbrados a utilizarlo con el fin de recubrir sus cuerpos eserales superiores, estos supervivientes tricerebrados que acertaron a salvarse, es decir, aquellos que ya habían vivido en la forma impropia de seres tricerebrados, quiero decir, aquellos que durante varios años habían vivido sin seres del sexo opuesto, comenzaron a adoptar diversos medios antinaturales para la extracción de la sagrada sustancia «*hexioejari*» en ellos formada.

Los individuos del sexo masculino adoptaron entonces las costumbres antinaturales denominadas «*Murdurtén*», y «*Androperasty*, —o, como dirían los seres contemporáneos—, onanismo» y «homosexualidad» y estas costumbres antinaturales los satisfacían por completo.

Pero para los seres tricerebrados del sexo pasivo o, para decirlo con la expresión terráquea, las «mujeres», dichos métodos antinaturales no resultaron lo bastante satisfactorios, de modo que las pobres «mujeres huerfanitas» de aquella época, mucho más astutas e ingeniosas que los hombres, comenzaron a perseguir y adiestrar a seres de otras formas para convertirlos en sus «compañeros».

Pues bien; fue a raíz de estas «asociaciones» por lo que comenzaron a aparecer en nuestro Gran Universo seres tales que, como diría nuestro estimadísimo Mulaj Nassr Eddin, «no son ni chicha ni limonada».

En cuanto a la posibilidad de este cruce anómalo entre dos clases diferentes de «*hexioejari*» para la concepción y nacimiento de un nuevo cuerpo planetario eseral, no estará de más que te explique lo siguiente:

En el planeta Tierra, exactamente igual que en otros planetas de nuestro Universo habitados por seres tricerebrados, «*Kestchapmartnianos*», es decir, seres tricerebrados cuya formación de «*hexioejaris*» con el fin de crear un nuevo ser debe llevarse a cabo necesariamente en las presencias de dos sexos distintos e independientes, la diferencia fundamental entre los sagrados «*hexioejaris*» formados en las presencias de los sexos distintos y opuestos de seres «*Kestchapmartnianos*», esto es, en «hombres» y «mujeres», consiste en que en el «*hexioejari*» formado en las presencias de los individuos pertenecientes al sexo masculino participa la sagrada fuerza «afirmativa» o «positiva» del sagrado *Triamazikamno*, en tanto que en la formación del «*hexioejari*» en la presencia de los seres pertenecientes al sexo femenino, desempeña un papel de suma

importancia la sagrada fuerza «negativa» o fuerza de «resistencia» de la misma sacrosanta ley.

Y debido también a la misericordiosa previsión y loables designios de nuestro PADRE de Todo Cuanto Existe en el gran Universo, y conforme al orden general de la gran madre Natura, en el curso del proceso conocido con el nombre de «proceso del sagrado *Elmuarno*» que se desarrolla entre los individuos de sexo opuesto en ciertas condiciones ambientales y con la participación de la tercera fuerza sagrada, localizada separadamente del sagrado *Triamazikamno*, es decir: la santa fuerza «Conciliadora», la fusión de estos dos «*hexioejaris*», producidos en los dos seres independientes, da lugar, al principio del nacimiento de un nuevo ser.

La posibilidad, en el caso que nos ocupa, de una fusión tan anormal entre dos clases diferentes de «*hexioejari*» surgió tan solo como consecuencia de cierta ley cósmica llamada «ley de afinidad del número total de vibraciones» que tuvo su origen después de la segunda perturbación transapalniana sufrida por ese infortunado planeta y cuya acción prosigue todavía en su presencia general.

En cuanto a esta ley cósmica que acabo de mencionar, es absolutamente imprescindible que te diga cuanto antes que se hizo presente y comenzó a actuar en el Universo, después que la ley sagrada y fundamental del *Triamazikamno* fue modificada por NUESTRO CREADOR con el fin de tornar inofensivo al *Heropás*, y después de que los Santos elementos de esa ley, hasta entonces totalmente independientes, comenzaron a depender de ciertas fuerzas extrínsecas. Entenderás perfectamente esta ley cósmica cuando, según ya te prometí, te haya explicado con el más mínimo detalle todas las leyes fundamentales de acción general que rigen la creación del mundo y su existencia.

Mientras tanto, has de saber, en lo relativo a este asunto, que en general, en todos los planetas de vida normal que integran nuestro Gran Universo, el «*hexioejari*» formado en la presencia de un ser tricerebrado dotado de órganos perceptivos y transformadores para la localización de la santa parte afirmativa del sagrado *Triamazikamno*, es decir, un ser «*Kestchapmartniano*» de sexo masculino, no puede nunca, debido a la ley que acabo de mencionarte, fusionarse o mezclarse con el «*hexioejari*» formado en la presencia de un ser bicerebrado «*Kestchapmartniano*» del sexo opuesto.

Al mismo tiempo, el «*hexioejari*» formado en el individuo «*Kestchapmartniano*» tricerebrado de sexo «femenino», puede, a veces —en aquellos casos en que se produce una combinación especial de las fuerzas

cósmicas de fusión, bajo la acción de la referida «ley de afinidad del número total de vibraciones»— fusionarse completamente, en ciertas condiciones ambientales, con el «*hexioejari*» formado en los seres «*Kestchapmartnianos*» bicerebrados de sexo masculino, pero solo como factor activo en el proceso de materialización del sagrado *Triamazikamno* fundamental.

En suma: durante aquellos terribles años vividos por el planeta Tierra se produjeron cosas sumamente extrañas en el Universo, es decir, que fue posible la fusión de los «*hexioejaris*» de dos seres «*Kestchapmartnianos*» de sexo opuesto pertenecientes a diferentes sistemas cerebrales; y el resultado de ello fueron los antepasados de estos maltrechos seres terrestres, conocidos en la actualidad con el nombre de «monos», que no han dado tregua a tus favoritos, y que invariablemente, de tiempo en tiempo, hacen presa de su interés, agitando su extraña Razón. Pero cuando transcurrido dicho período, terrible para el destino terráqueo, volvió a establecerse el proceso relativamente normal de la existencia ordinaria, los individuos de los dos sexos volvieron una vez más a buscarse entre sí y a compartir sus existencias, de modo tal que la perpetuación de la especie correspondiente a los «monos» se llevó a cabo en lo sucesivo entre semejantes.

Y si esta perpetuación de la especie a cargo de esos «monos» anormalmente concebidos, pudo proseguir entre semejantes, se debe a que la concepción del primero de estos anómalos seres había tenido lugar en las mismas condiciones externas antes mencionadas, que determinan generalmente la presencia de estos futuros seres «*Kestchapmartnianos*» de sexo activo o pasivo.

El resultado más interesante de esta manifestación, ya de suyo, por demás anormal, de los Seres tricerebrados que habitan tu planeta favorito, es el hecho que actualmente existen allá un gran número de clases de descendientes de monos, de forma exterior marcadamente distinta, que existen todavía en la actualidad y que guardan, todas ellas, una definida semejanza con cierta forma de cuadrúpedos bicerebrados que habitan actualmente en el planeta Tierra.

Esto sucedió debido a que la fusión del «*hexioejari*» de los seres tricerebrados «*Kestchapmartnianos*» de sexo «femenino» que sirvieron como punto de partida para la generación de los antepasados de los monos actuales, tuvo lugar con el «*hexioejari*» activo de los más diversos seres cuadrúpedos que hoy existen todavía.

Y por cierto, querido nieto, que en la época de mi último viaje personal al planeta Tierra, acerté, en el transcurso de mis numerosos viajes, a encontrar diversas especies independientes de monos, y cuando, por una costumbre mía que ha llegado a convertirse en una segunda naturaleza para mí, los observé detenidamente, pude comprobar, sin lugar a dudas, que la totalidad del comportamiento externo de cada especie independiente de estos monos contemporáneos, lo que se conoce con el nombre de «actitudes automáticas» era exactamente igual al existente en la presencia de ciertos cuadrúpedos que allí se desarrollan, conforme a las leyes universales normales, y que incluso los denominados «rasgos faciales» se parecían definidamente a los de dichos cuadrúpedos.

Pero, en cambio, lo que se denomina «rasgos psíquicos» de todas las especies diversas de monos son absolutamente idénticos, incluso en sus menores detalles, a los del psiquismo de los seres tricerebrados de «sexo femenino» que habitan el planeta Tierra.

En este momento de su relato, Belcebú hizo una larga pausa, y mirando a su favorito Jassín, con una sonrisa que claramente quería expresar dos cosas distintas, continuó diciendo:

En el texto del heterograma que acabo de recibir me dicen también que a fin de determinar, esta vez definitivamente, quién desciende de quién —si los tricerebrados terráqueos de los monos o los monos de ellos—, tus favoritos han llegado incluso a decidir la realización de experimentos científicos, y que en este momento muchos de ellos ya se han puesto en marcha hacia el continente de África, donde habitan muchas especies de monos a fin de procurarse el número necesario de individuos para llevar a cabo sus «investigaciones científicas».

A juzgar por este heterograma, tus queridos terráqueos han vuelto a caer en sus propias «trampas» habituales.

Gracias a todo lo aprendido en mis viajes por la Tierra, puedo prever que este «experimento científico» habrá de interesar, por supuesto, a todos tus favoritos, sirviendo, durante largo tiempo, de inapreciable material a sus extrañas Razones para interminables discusiones y polémicas.

Y todo esto no estará sino en el orden de cosas habitual en aquel rincón del universo.

En cuanto al «experimento científico» que se proponen hacer con los monos traídos de África, puedo afirmar con toda certeza, que, por lo menos en su

primera parte, tendrá un «éxito maravilloso».

Y tendrá un éxito maravilloso debido a que los propios monos, como auténticos hijos del proceso «*Titilariano*», y a causa de su peculiar naturaleza, son ya de por sí en extremo amantes de todo lo que sea «titilaciones» y por lo tanto, habrán de participar con el mayor interés de su parte en dicho «experimento científico».

Y en cuanto a los individuos encargados de llevar a cabo este «experimento científico» y en cuanto al beneficio a extraer del mismo por los demás seres tricerebrados del planeta, es sumamente fácil representárselo, si se recuerda la sabia y prudente expresión de nuestro honorable Mulaj Nassr Eddin, que dice:

> *«Feliz el padre cuyo hijo se halla ocupado, aunque no sea más que con crímenes y robos, pues de este modo no tendrá tiempo para acostumbrarse a la práctica de la titilación».*

Así es, querido nieto; al parecer, nada te he dicho acerca de quiénes, cómo y por qué, desde que abandoné el sistema solar de Ors, me envían estos heterogramas, teniéndome al corriente de los hechos más importantes acaecidos en los diversos planetas de aquel sistema y, por supuesto, también de los sucesos acontecidos en el planeta Tierra.

Como recordarás, te dije antes que mi primer descenso personal a la superficie de tu planeta favorito tuvo lugar por causa de un joven miembro de nuestra tribu, quien más tarde se negó a permanecer más tiempo en la Tierra, regresando con nosotros al planeta Marte, donde tiempo después se convirtió en un excelente jefe de todos los miembros de nuestra tribu residentes en aquel planeta y que es, en la actualidad, el primer jefe de todos los miembros pertenecientes a nuestra tribu que, por una u otra razón, viven todavía en los lejanos planetas del sistema de Ors.

Pues bien; cuando abandoné aquel sistema le regalé mi famoso observatorio con todo lo que contenía y, como prueba de gratitud por mi presente, me prometió informarme año tras año, de acuerdo con el cálculo cronológico del planeta Marte, sobre todos los sucesos de importancia que tuvieran lugar en los planetas de aquel sistema.

De modo, pues, que me mantengo perfectamente al tanto de los hechos más importantes acaecidos en aquellos planetas en que hay vida eseral.

Ahora bien; este amigo mío, sabedor de mi gran interés por los seres tricerebrados que residen en el planeta Tierra, hace lo posible, como podrás ver, para procurarse informaciones fidedignas, relativas a todas las manifestaciones terráqueas, de modo tal que pueda hallarme constantemente informado del proceso total de la existencia ordinaria de estos seres tricerebrados, aun cuando me encuentre a distancias inaccesibles, incluso para sus alados pensamientos.

Este jefe de nuestra tribu recoge los diversos tipos de información relacionada con los terráqueos tricerebrados, bien por medio de sus propias observaciones, obtenidas mediante el gran *Tesskuano* que yo le legué, o bien de los informes transmitidos por aquellos tres seres tricerebrados de nuestra propia tribu que decidieron residir de forma permanente en el planeta Tierra, miembros estos que en la actualidad ejercen en el continente de Europa diferentes actividades sustancialmente independientes, indispensables para la existencia de todos los que allí habitan, en las condiciones actualmente prevalecientes.

Uno de ellos tiene, en una de las grandes ciudades europeas, una «casa de pompas fúnebres»; el segundo, en otra urbe populosa, posee una agencia encargada de concertar matrimonios y tramitar divorcios; y el tercero, es propietario de muchas oficinas fundadas por él mismo en diversas ciudades, dedicadas a lo que se conoce con el nombre de «cambio de moneda».

Pero, gracias a este heterograma, veo ahora que me he apartado bastante de mi relato original. Volvamos pues a nuestro tema.

Te decía que en éste, mi cuarto vuelo hacia el planeta Tierra, nuestra nave *Ocasión*, descendió en el mar conocido con el nombre de «Mar Rojo».

Y descendimos en este mar debido a que baña las costas orientales de aquel continente al cual deseaba dirigirme, esto es, el continente llamado entonces de «*Grabontze*», actualmente «África», en el cual se criaban aquellos seres monos que nosotros buscábamos, en mayor número que en ninguna otra tierra firme de la superficie de aquel planeta.

Y además, porque ese mar se hallaba en aquel período en condiciones particularmente ventajosas para anclar nuestra nave *Ocasión*, pero lo que es aún más importante, en una de sus orillas, se hallaba el país llamado de «*Nilia*, —actualmente—, Egipto», en el cual residían aquellos miembros de nuestra tribu que deseaban permanecer en aquel planeta y con cuya ayuda pensaba yo capturar los monos.

Así, pues, habiendo descendido en el Mar Rojo, recorrimos la distancia que separaba a nuestra nave de la orilla, a bordo de nuestros «*Hipodrenekaj*», y luego, montados en camellos, llegamos a aquella ciudad en la que vivían nuestros congéneres y que era por entonces la capital del futuro Egipto.

Esta ciudad se llamaba «Tebas».

Desde el primer día de mi llegada a la ciudad de Tebas, uno de los miembros de nuestra tribu que allí vivía, me contó, entre otras cosas, durante el transcurso de una conversación, que los terráqueos de aquella localización habían ideado un nuevo sistema para observar las diversas concentraciones cósmicas desde su planeta, y que se hallaban entonces construyendo cierto dispositivo necesario para llevarlo a la práctica, y que, asimismo, como todo el mundo decía, las ventajas y posibilidades de este nuevo sistema serían excelentes y sin paralelo en la historia del planeta Tierra.

Y una vez que me hubo relatado todo lo que con sus propios ojos había visto, inmediatamente se apoderó de mí un considerable interés, puesto que de la descripción que me hizo de ciertos detalles de este nuevo aparato, me pareció que los terrestres habían hallado el medio de vencer aquel inconveniente que tantas horas de meditación me había exigido previamente, cuando me hallaba ocupado en la construcción de mi observatorio en el planeta Marte.

De modo pues que decidí postergar por cierto tiempo, mi propósito inicial de dirigirme inmediatamente hacia el sur del continente para procurarme aquellos monos en cuya búsqueda había salido, decidiendo, por el contrario, dirigirme primero al lugar en que se estaba realizando aquella construcción, a fin de trabar relaciones personales, en el mismo lugar de las operaciones, con todos aquellos vinculados a la obra.

Así pues, al día siguiente de nuestra llegada a la ciudad de Tebas, en compañía de uno de los miembros de nuestra tribu que se había hecho ya de varios amigos en el lugar, y también del Constructor en Jefe de dicha obra —y claro está que también del bueno de Ajún— descendí el curso, a bordo de lo que se llamaba entonces un «*Churteteff*», por el caudaloso río conocido actualmente por el nombre de «Nilo».

Cerca del punto en que este río vertía sus aguas, formando una vasta superficie «*Saliakuriapiana*», se hallaban los edificios de arte, ya casi terminados, de que antes te hablé, una de cuyas partes me interesó sobremanera.

La localidad misma en que se venían realizando las obras necesarias, tanto para la construcción de este nuevo «observatorio» como para otros muchos edificios destinados al bienestar general de la comunidad, se llamaba entonces «*Avazlín*».

Algunos años después comenzó a llamarse «*Kaironana*» hasta que, en la época actual, fue denominado, simplemente, «alrededores de la ciudad de el Cairo».

Dichos edificios de arte, habían sido iniciados mucho tiempo antes de mi cuarto descenso al planeta Tierra por uno de los individuos llamados entonces «faraones», designación ésta que daban los habitantes de aquella región a sus reyes. Y ahora en mi primera visita a aquel lugar, estos edificios especiales cuya construcción él había iniciado, estaban siendo completados por su nieto, también «faraón».

Pese a que el observatorio que me había llamado la atención no había sido finalizado por completo, podían efectuarse, no obstante, ciertas observaciones de la visibilidad exterior de las concentraciones cósmicas, y los datos así obtenidos, así como la acción recíproca entre estos datos, podían ya ser objeto de amplio estudio.

Los individuos encargados de aquellas observaciones y estudios se llamaban entonces «astrólogos».

Pero cuando posteriormente se apoderó de los terráqueos aquella enfermedad psíquica conocida con el nombre de «necedad», enfermedad que hizo decaer tanto a estos especialistas que, más que para «especialistas» servían apenas para dar nombres a las concentraciones cósmicas remotas, sin hacer cosa alguna de interés. Y terminaron por llamarlos «astrónomos».

La diferencia de valor y de razón de ser, entre aquellos de los seres tricerebrados terráqueos que ejercían por entonces esta profesión, y aquellos que tienen en la actualidad, por así decirlo, la misma ocupación, podría revelarte, para así expresarlo, «lo evidente del persistente deterioro del grado de cristalización» de los datos que conducen a una «mentación lógica sana», que debiera hallarse en las presencias comunes de tus favoritos en cuanto seres tricerebrados que son: por lo cual me parece indispensable explicarte esa diferencia, ayudándote a hacerte una idea cabal de la misma.

En aquella época, los tricerebrados terrestres en edad responsable, a quienes los demás llamaban «astrólogos», además de efectuar las mencionadas

observaciones e investigaciones referentes a las diversas concentraciones cósmicas, con el fin de realizar un estudio más «detallado» de aquella rama del conocimiento general que ellos representaban, cumplían otras muchas obligaciones esenciales, encomendadas a ellos por sus semejantes.

Entre estas obligaciones fundamentales se hallaba la de aconsejar —al igual que nuestros *Tzirlikneres*— a todas las parejas conyugales, según los tipos individuales de cada pareja, acerca de la época y forma propicias para consumar el sagrado *Elmuarno*, a fin de alcanzar una deseable concepción como resultado.

Y cuando tales frutos eran finalmente materializados o, como ellos dicen, «nacían», debían trazar su «*Oblekiunerish*» que no es sino lo que tus favoritos llaman «horóscopo».

Y tiempo más tarde, si bien ellos mismos o sus sustitutos debían —durante todo el período de formación del recién nacido y de su preparación para ingresar en la existencia responsable— guiarlos y suministrarles las indicaciones adecuadas sobre la base del mencionado «*Oblekiunerish*», así como sobre la base de las leyes cósmicas, que continuamente se ponían de manifiesto en las acciones desplegadas por otras concentraciones cósmicas.

Estas indicaciones y «consejos preventivos», consistían en lo siguiente:

Cuando una función, en la presencia de un individuo dado, comenzaba a desentonar con el resto de la comunidad, este individuo acudía entonces al astrólogo de su barrio quien, sobre la base del mencionado «*Oblekiunerish*», así como sobre la base de los cambios previstos en sus cálculos, de acuerdo con los procesos de la atmósfera, transmitidos a su vez hacia otros planetas del mismo sistema solar, le indicaba exactamente lo que debía hacer con su cuerpo planetario en determinados períodos del movimiento *krentonalniano* de su planeta, como, por ejemplo, la dirección en que debía acostarse, la forma en que debía respirar, los movimientos que debía realizar con preferencia, los tipos de relaciones que debía mantener y con qué personas, y muchas otras cosas por el estilo.

Además de todo esto, los astrólogos asignaban a los seres tricentrados, en el séptimo año de su existencia, también sobre la base del correspondiente «*Oblekiunerish*», los compañeros adecuados del sexo opuesto con la finalidad de llenar uno de los principales deberes eserales, esto es, la perpetuación de la raza o, como dirían tus favoritos, les adjudicaban «maridos» a las mujeres y «esposas» a los varones.

Y aquí debo hacer justicia a los terrestres que vivían en la época en que estos

astrólogos llevaban a cabo sus funciones.

Ciertamente, entonces cumplían estrictamente sus indicaciones y realizaban las uniones conyugales ateniéndose rigurosamente a lo aconsejado por dichos astrólogos.

En consecuencia, en aquella época, en lo que respecta a las uniones conyugales, éstas se realizaron siempre en conformidad con los tipos respectivos, de forma similar a lo que acontece en todos los planetas habitados por seres «*Kestchapmartnianos*».

Estos antiguos «astrólogos» terrestres concertaban estas alianzas con tanto éxito, debido a que, si bien se hallaban muy lejos del conocimiento de gran número de las verdades cósmicas Trogoautoegocráticas, conocían ya, perfectamente, por lo menos, las leyes de la influencia de los diferentes planetas del sistema solar sobre los seres que habitaban en su propio planeta, esto es, la influencia que estos planetas ejercían sobre un ser dado en el momento de ser concebido, en el de su ulterior formación, y también en el de su completa adquisición del ser de un ser responsable.

Gracias a la experiencia adquirida por la práctica en el transcurso de varios siglos, y transmitida de generación en generación, ellos ya conocían perfectamente qué tipos de sexo pasivo eran más adecuados para los tipos de sexo activo.

Y gracias a todo esto, las parejas unidas de acuerdo con sus indicaciones tendían casi siempre a corresponderse perfectamente, y no como sucede en la actualidad, en que las parejas conyugales no coinciden en tipo casi nunca; como consecuencia de ello, la vida entera de las actuales parejas, casi la mitad de su «vida interior», como ellos dicen, refleja lo que nuestro estimado Mulaj Nassr Eddin expresa con las siguientes palabras:

> *«¡Qué buen marido aquél, o qué buena mujer aquélla, cuyo mundo interior no se halla ocupado por un continuo ‘sermonear a la otra mitad’!».*

En todo caso, querido nieto, si estos «astrólogos» hubieran seguido ejerciendo su profesión en aquel planeta, con toda seguridad que, gracias a sus prácticas ulteriores, la existencia de los habitantes de aquel desdichado planeta hubiera llegado a ser gradualmente, en sus relaciones familiares, algo semejante a la de los demás seres que habitan los otros planetas de este Gran Universo.

Pero todo esto, que podría haber reportado tan beneficiosas ventajas al proceso de su existencia, fue desechado por los terráqueos, al igual que todas las demás conquistas valiosas, sin haberle sacado provecho alguno, arrojándolo «a los glotones cerdos», como diría nuestro respetado Mulaj Nassr Eddin.

Y estos «astrólogos» terráqueos, como siempre sucede allí, comenzaron pues, gradualmente, a «decaer», para luego terminar por desaparecer completamente.

Tras la total abolición de las tareas encomendadas previamente a los astrólogos, otros profesionales hicieron su aparición en la escena, pero esta vez provenían de cierto círculo de «eruditos» de nueva formación, quienes también comenzaron a observar y estudiar, por así decirlo, los resultados originados en las diversas concentraciones cósmicas y su influencia sobre la existencia de los habitantes de su planeta; pero como los seres ordinarios que rodeaban a estos profesionales no tardaron en advertir que sus «observaciones» y «estudios» solo consistían en la invención de nombres para los soles y planetas remotos —nombres por lo demás desprovistos de todo significado para ellos— así como medir supuestamente, por medio de un método que ellos solo conocían y que constituía un secreto profesional, la distancia existente entre los puntos cósmicos percibidos desde su planeta, con ayuda de esos «juguetes» que ellos llamaban «telescopios, —comenzaron a denominarlos, como ya te he dicho—, astrónomos».

Y ahora, querido nieto, que hemos hablado de estos «ultrafantaseadores» contemporáneos, no estaría mal «iluminar» tu razón respecto a su importancia real, tan estimada por tus favoritos.

Deberás saber, ante todo, la existencia de «algo» que se realizó para esos tipos terrestres, tal como se realiza siempre por sí mismo para toda unidad cósmica y que sirve a los seres dotados de Razón Objetiva, de fuente generadora para sopesar y comprender las explicaciones del sentido y razón de cualquier resultado cósmico dado.

Este «algo» que sirve como fuente generadora para evaluar la importancia de esos tipos terrestres contemporáneos es un necio mapa llamado por ellos mismos inconscientemente, claro está «mapa inventario de los espacios celestes».

No necesitamos extraer aquí ninguna otra conclusión lógica de esta fuente generadora especialmente realizada para ellos; bastará simplemente decir que el nombre mismo de este mapa terráqueo demuestra que las designaciones en él

efectuadas no pueden ser sino completamente relativas, puesto que con los medios a su alcance —pese a lo mucho que rompen sus estimadas cabezas ideando nombres extraños y haciendo diversas clases de cálculos— solo pueden ver desde la superficie de su planeta aquellos soles y planetas que para su suerte no cambian demasiado rápidamente el curso de su caída con respecto al planeta Tierra, brindándoles así la posibilidad durante un largo período —claro está que largo si se lo compara con la extrema brevedad de la existencia terráquea— de observarlos y de, como dicen con gran orgullo, «establecer sus posiciones».

En todo caso, querido nieto, por infructíferas que sean las actividades de estos representantes contemporáneos de la ciencia terráquea, te ruego que no te molestes con ellos. Si sus trabajos ningún beneficio acarrean a tus favoritos, por lo menos tampoco los perjudican en exceso. Al fin y al cabo deben ocuparse en algo.

Por algo usan anteojos de origen germano y batas hechas en Inglaterra.

¡Déjalos! ¡Déjalos que se ocupen con esto! ¡Dios los bendiga!

De otro modo, al igual que la mayoría de los pillastres que allí se encuentran ocupados, como ellos dicen, «en cuestiones superiores», habrían de atarearse, por puro aburrimiento, en la «la lucha de cinco contra uno».

Y es bien sabido de todos que los seres que se ocupan en esa cuestión irradian siempre de sí mismos ciertas vibraciones sumamente perjudiciales para los semejantes que los rodean.

Pero basta ya. Dejemos a estos «titilantes» contemporáneos en paz y prosigamos con nuestro interrumpido relato.

Antes de continuar describiéndote el referido observatorio y los otros edificios, erigidos por el bien de la existencia eseral y como el «poder consciente» que se manifestaba en la creación de esos edificios de arte que vi con mis propios ojos, no fue sino el resultado de las conquistas alcanzadas por aquellos seres pertenecientes a la instruida sociedad de «*Ajldán*», constituida en el continente de Atlántida antes de la segunda gran catástrofe terrestre, lo mejor será, pienso yo, decirte, aunque no sea más que brevemente, algo acerca de la historia del surgimiento de ésta tan venerable e instruida sociedad, compuesta por seres tricerebrados ordinarios en el entonces floreciente continente de Atlántida.

Es un imperativo ineludible ponerte al tanto de esto, porque en el curso de mis posteriores explicaciones relativas a estos seres tricerebrados del planeta

Tierra que tanto han despertado tu curiosidad, habré de referirme, con toda seguridad, más de una vez a esta sociedad de sabios.

También debo narrarte algo acerca de la historia del nacimiento y funcionamiento de esta sociedad en el continente de Atlántida, a fin de que sepas que si los seres tricerebrados de tu planeta favorito —gracias a sus deberes eserales de *Partkdolg*, es decir, gracias a sus trabajos conscientes y sufrimientos voluntarios— llegan a alcanzar algo alguna vez, no solo lo utilizan para bien de su propio Ser, sino que también cierta parte de estas conquistas se transmite por herencia, al igual que en nosotros, convirtiéndose en propiedad de sus descendientes directos.

Puede percibirse este resultado conforme a las leyes naturales en el hecho de que, si bien al fin de la existencia del continente de la Atlántida ya habían comenzado a establecerse ciertas condiciones anómalas de vida ordinaria de los seres que nos ocupan, y de que después de la segunda gran catástrofe se dañaron en tal medida que muy pronto se «resquebrajaron», al punto de verse finalmente imposibilitados para manifestar las cualidades propias de las presencias de seres tricerebrados, no obstante, repito, sus conquistas del conocimiento fueron legadas en herencia, al menos parcialmente, si bien de forma mecánica, a sus lejanos descendientes directos.

Debo decirte, ante todo, que me enteré de esta historia gracias a lo que se conoce con el nombre de «*Teleoguinara*», como los que se encuentran también en la atmósfera del planeta Tierra.

Probablemente, no habrás de saber todavía exactamente en qué consiste un «*Teleoguinara*»; pues bien, trata ahora de transmutar en las partes correspondientes de tu presencia común la información correspondiente a esta materialización cósmica.

Un «*Teleoguinara*» es una idea materializada o un pensamiento que existe, después de su nacimiento, casi eternamente en la atmósfera del planeta en que surge.

El «*Teleoguinara*» está constituido por la calidad de la contemplación eseral que solo poseen y pueden llegar a materializar aquellos seres tricerebrados que han recubierto en sus presencias sus cuerpos eserales superiores y que han llevado el perfeccionamiento de la Razón de la parte superior del ser hasta el grado del «*Martfotai*» sagrado.

Y las distintas series de ideas eserales así materializadas, referentes a un hecho dado, se conocen con el nombre de «cintas *Korkaptil* del pensamiento».

Al parecer, estas «cintas *korkaptiles* del pensamiento» relativas a la historia del origen de la erudita sociedad de «*Ajldán*» fueron fijadas deliberadamente, como descubrí mucho más tarde, por cierto «*Individuum* Eterno» llamado Asuchilón, actualmente Santo, que se recubrió con la presencia común de un ser tricerebrado llamado Tetetos, que habitó en tu planeta favorito, en el continente de Atlántida, y que vivió durante cuatro siglos antes de la segunda gran «perturbación transapalniana».

Estas «cintas *korkaptiles* del pensamiento» son indestructibles, mientras existe, en el planeta, el mismo «ritmo de movimiento» que en el momento de su aparición; y no se hallan sujetas a ninguna de las transformaciones provenientes de causa cósmica alguna a las cuales se encuentran sujetas todas las demás substancias y cristalizaciones cósmicas.

Y por mucho tiempo que haya transcurrido desde su surgimiento, todo ser tricerebrado en cuya presencia se haya adquirido la facultad de provocar el estado eseral llamado la «contemplación *surptakalkniana*», puede percibir y descifrar los textos de estas «cintas *korkaptiles* del pensamiento».

Así pues, querido niño, llegué a conocer por mí mismo todos los detalles relativos al origen de la sociedad de «*Ajldán*», en parte gracias al texto de la «*Teleoguinara*» recién mencionada, y en parte, a numerosos datos que llegué a conocer mucho tiempo después. Es decir, en la época en que, habiéndome interesado considerablemente por este importantísimo factor, realicé mis minuciosas investigaciones.

Según el texto de la mencionada «*Teleoguinara*» y de los datos que más tarde llegué a conocer, pude establecer definitivamente, sin lugar a dudas, que esta sabia sociedad de los «*Ajldaneses*», originada en el continente de la Atlántida y compuesta de seres tricerebrados del planeta Tierra, se constituyó 735 años antes de la segunda perturbación transapalniana.

Fue fundada por iniciativa de un individuo de allá, un tal Bel-Kultassi, que supo impulsar el perfeccionamiento de sus partes eserales superiores hasta el Ser de un Santo «*Individuum* Eterno»; y esta parte superior del mismo, habita ahora en el Santo Planeta del Purgatorio.

Mi esclarecimiento de todos aquellos impulsos eserales, internos y externos, que llevaron al mencionado Bel-Kultassi a fundar aquella admirable sociedad de seres tricerebrados ordinarios —sociedad que en su época fue «envidiada» en todo el Universo por su perfección— demostró que en cierta oportunidad en que

dicho Santo «Individuum» Bel-Kultassi se hallaba entregado a la contemplación, según es práctica de todos los seres normales, y se encontraban sus pensamientos, por asociación, concentrados en sí mismos, es decir, en el sentido y objeto de su existencia, supo de pronto que el proceso del funcionamiento de todo su ser no se había desenvuelto hasta entonces en conformidad con lo indicado por la sana lógica.

Esta inesperada comprobación lo conmovió tan profundamente que, desde entonces, se dedicó por completo a reparar a toda costa las omisiones realizadas en su vida previa.

Ante todo, decidió alcanzar sin tardanza alguna, el «poder» capaz de darle la fuerza y la posibilidad necesaria para ser totalmente sincero consigo mismo, es decir, de conquistar y dominar aquellos impulsos que se habían vuelto habituales en el funcionamiento de su presencia común, debido al flujo de las múltiples asociaciones heterogéneas que en él se desarrollaban, y que llegaban a su consciencia por toda suerte de conmociones accidentales provenientes del exterior y generadas también dentro de sí mismo, es decir, los impulsos del «amor propio», del «orgullo», de la «vanidad», etc., etc.

Y cuando después de increíbles esfuerzos «orgánicos» y «psíquicos», según se llaman, logró su objetivo, comenzó, sin consideración alguna hacia estos impulsos eserales que se habían vuelto ya inherentes a su presencia, a pensar y recordar en qué momento habían surgido en él esos impulsos eserales, durante su existencia pasada, a qué especies diversas pertenecían y cómo, consciente o inconscientemente, había reaccionado a ellos.

Sometiéndose así a este autoanálisis, comenzó a recordar qué impulsos habían provocado determinadas reacciones en sus partes «independientemente espiritualizadas», es decir, en su cuerpo, en su sentimiento y en sus pensamientos, y luego, lo que sucedía con su esencia cuando ésta reaccionaba más o menos atentamente a algo; por último, cuándo y cómo manifestaba él conscientemente su «yo» a consecuencia de esas reacciones; o bien, cuándo actuaba de manera automática, dirigido solo por su instinto.

Y fue precisamente entonces cuando el portador del que más tarde habría de ser el Santo «Individuum» Bel-Kultassi, recordando en esta forma todas sus percepciones, experiencias y manifestaciones anteriores, comprobó, sin lugar a dudas, que sus manifestaciones exteriores no correspondían en absoluto ni con las percepciones ni con los impulsos que definidamente se habían formado en su presencia.

Posteriormente comenzó a efectuar nuevas observaciones igualmente sinceras con respecto a las impresiones provenientes del exterior y también de aquellas formadas en el interior de su ser, según eran percibidas por su presencia común.

Y todas ellas las llevó a cabo sometiéndolas regularmente a exhaustivas y conscientes verificaciones con respecto a la forma en que estas impresiones eran percibidas por sus diferentes partes espiritualizadas y cómo y en qué ocasiones eran experimentadas por su presencia total y qué manifestaciones se convertían en impulsos.

Estas exhaustivas observaciones conscientes y estas imparciales comprobaciones, terminaron por convencer a Bel-Kultassi de que algo se había desarrollado en su propia presencia común de forma muy distinta de la aconsejada por la sana lógica del Ser.

Como se desprendió claramente de mis minuciosas investigaciones posteriores, si bien Bel-Kultassi había alcanzado un indudable convencimiento de la precisión de sus observaciones sobre sí mismo, dudaba todavía, sin embargo, de la exactitud de sus propias sensaciones e intelecciones, así como de la normalidad de su propia organización psíquica. Por lo tanto, se dio a la tarea de establecer, ante todo, si era normal que él interpretara y comprendiera todo esto de la forma en que lo hacía, y no de otra manera.

Para esto, decidió investigar la forma en que ello era interpretado y percibido por los demás. Con este propósito, comenzó a interrogar a sus amigos y familiares a fin de establecer, con su propio testimonio, la forma en que lo interpretaban todos y cómo entendían sus percepciones y manifestaciones pasadas y presentes, si bien, claro está, con toda discreción, a fin de no rozar los impulsos antes mencionados, inherentes a la naturaleza de todos ellos, es decir el «amor propio», el «orgullo», etc., que no son dignos de los seres tricerebrados.

Gracias a estas indagaciones, Bel-Kultassi logró gradualmente obtener una completa sinceridad en sus amigos y en las personas de su conocimiento, resultando de todo ello que todos interpretaban y veían las cosas en sí mismos, exactamente de la misma forma en que él lo hacía.

Ahora bien; entre estos amigos y conocidos de Bel-Kultassi había varios seres sabios que no eran todavía enteramente esclavos de la acción de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, quienes, habiendo llegado hasta la médula de la cuestión, se interesaron seriamente en el asunto,

comenzando a verificar todo cuanto en ellos sucedía, al tiempo que observaban también las manifestaciones de los seres que los rodeaban. Poco tiempo después, por iniciativa del mismo Bel-Kultassi, comenzaron a celebrar reuniones periódicas, comunicando sus observaciones y comprobaciones personales.

Tras largas verificaciones, comprobaciones y observaciones imparciales, todo el grupo de seres terrestres se convenció categóricamente, a su vez, al igual que Bel-Kultassi, de que ellos no eran lo que debían ser.

No mucho después, otros muchos individuos unieron sus presencias a aquel grupo de seres terrestres.

Y tiempo más tarde fundaron todos ellos la sociedad conocida con el nombre de «Sociedad de los Ajldaneses». El término «Ajldan» entraña el siguiente concepto:

«El esfuerzo por llegar a ser consciente del sentido y el objeto del Ser de los seres».

Desde la fundación de esta sociedad, Bel-Kultassi pasó a ser su cabeza principal y todas las actividades posteriores emprendidas por los miembros de la misma estuvieron bajo su supervisión general.

Durante muchos años terrestres existió esta sociedad con el mismo nombre, designándose a sus miembros, entonces, con el término de «Ajldansovores»; pero más tarde, cuando los miembros de esta sociedad, por razones de carácter general, se dividieron en cierto número de grupos independientes, los miembros de los diversos grupos comenzaron a denominarse de distinta manera.

Y esta división en grupos de la sociedad tuvo lugar por la siguiente razón:

Cuando se hubieron convencido finalmente de que había algo sumamente indeseable en sus presencias y comenzaron a buscar los medios posibles de extraerlo, a fin de convertirse en lo que, de acuerdo con la sana lógica debían ser, consecuentes con el sentido y con el objetivo de su existencia, cuyo esclarecimiento, costase lo que costase, debía constituir la base de todas sus actividades, y al pasar a poner en ejecución esta tarea decidida de antemano por su Razón, no tardó en hacerse evidente que para su consecución era absolutamente imprescindible, poseer en la Razón una información lo más detallada posible acerca de las diversas ramas del conocimiento.

Pero como resultó imposible que cada uno de ellos adquiriese todos los conocimientos especiales necesarios, se dividieron en cierto número de grupos a

fin de que cada grupo estudiase por separado una de estas ramas especiales del conocimiento.

Debo hacerte notar aquí, querido nieto, que es precisamente desde ese momento que data la aparición y la primera existencia de la verdadera ciencia objetiva, desarrollándose normalmente hasta la época de la segunda gran catástrofe sufrida por el planeta, y también que el grado de desarrollo de algunas de sus ramas separadas progresaron ciertamente a un ritmo vertiginoso.

Como resultado de ello, muchas de las llamadas «verdades objetivas» del cosmos, grandes y pequeñas, comenzaron gradualmente a hacerse evidentes en aquel período, al resto de seres tricerebrados que han despertado tu interés.

Los sabios miembros de esta primera —y quizás última— sabia sociedad, se dividieron entonces en siete grupos separados o, como también podría expresarse, en «secciones», cada una de las cuales llevaba un nombre determinado. Los miembros del primer grupo de la sociedad de los Ajldaneses se denominaron «*Ajldan fojsovores*», lo cual significaba que los individuos pertenecientes a aquella sección debían estudiar la presencia de su propio planeta, así como la acción recíproca de sus distintas partes.

Los miembros de la segunda sección se llamaban «*Ajldan strassovores*», lo cual significaba que los individuos pertenecientes a la misma se hallaban encargados de investigar lo que se conoce con el nombre de «radiaciones» de los demás planetas de aquel sistema solar, y también la acción recíproca de dichas radiaciones.

Los miembros del tercer grupo se llamaban «*Ajldan metrossovores*», lo cual significaba que sus integrantes debían ocuparse en el estudio de aquella rama del conocimiento semejante a lo que en nuestra ciencia general recibe el nombre de «*Silkurnano*», y que correspondía en parte a lo que tus favoritos contemporáneos llaman «matemáticas».

Los miembros del cuarto grupo se llamaban «*Ajldan psicossovores*», designando este término a aquellos encargados de observar las percepciones, las emociones y las manifestaciones de sus propios semejantes, observaciones que ellos controlaban por medio de la estadística.

Los componentes de la quinta sección se llamaban «*Ajldan jarnossovores*», lo cual significaba que su misión debía consistir en el estudio de aquella rama del conocimiento que encerraba entonces las dos ramas que en la ciencia contemporánea de tus favoritos, se llaman Química y Física.

Los miembros del sexto grupo se llamaban «*Ajldan mistessovores*», es decir, seres encargados de estudiar toda clase de hechos provenientes del exterior, ya fueran conscientemente materializados desde afuera o surgidos espontáneamente, así como cuáles de ellos y en qué casos, eran percibidos erróneamente por los seres ordinarios.

En cuanto a los miembros del séptimo y último grupo, se llamaban «*Ajldan yespudjnissovores*»; estos miembros de la sociedad Ajldanesa se hallaban dedicados al estudio de aquellas manifestaciones, en las presencias de los seres tricerebrados de su planeta, que surgían en ellos, no como consecuencia de diversas funciones, provenientes de diferentes clases de impulsos engendrados en los datos ya presentes en ellos con anterioridad, sino de las acciones cósmicas provenientes del exterior y que no dependían de sí mismos.

Los seres tricerebrados de tu planeta favorito, que llegaron a formar parte de esta sociedad, lograron efectuar un eficaz acercamiento a la ciencia objetiva, hasta un nivel que desde entonces no fue jamás alcanzado en la historia terráquea y que muy posiblemente no vuelva a hacerse ya.

Y no es posible aquí dejar de expresar cuan lamentable e infortunado para todos los seres tricerebrados terrestres de las épocas siguientes fue que, precisamente entonces, cuando después de increíbles trabajos realizados empeñosamente por los miembros de aquella gran sociedad se había logrado alcanzar el ritmo necesario de trabajo en cuanto al discernimiento, consciente por su parte, y en cuanto a su preparación inconsciente del bienestar de sus descendientes en el calor de aquellas nobles actividades, justo, pues, en la cúspide de sus esfuerzos, algunos de los miembros comprobaran, como ya te dije antes, que algo sumamente grave iba a ocurrirle al planeta en un futuro próximo.

A fin de establecer el carácter del grave accidente previsto, los sabios se diseminaron por todo el planeta y poco después, como ya te dije, la referida segunda perturbación transapalniana se abatió de golpe sobre el infortunado planeta de tus simpatías.

Pues bien, querido niño; cuando, después de esta catástrofe, cierto número de supervivientes, miembros de aquella sabia sociedad, volvieron gradualmente a reunirse, careciendo ya de su país natal, se establecieron primeramente, con la mayoría de los demás supervivientes del desastre, en el centro del continente de «*Grabontze*»; pero tiempo más tarde, al haber recobrado un poco «sus sentidos»,

en el continente de «*Grabontze*», pasado ya el «cataclismo no conforme a las leyes» decidieron de común acuerdo tratar de restablecer, reanudando todas sus tareas, las actividades fundamentales que habían sido base de la desaparecida sociedad ajldanesa.

Como las manifestaciones de aquellas condiciones anómalas de existencia ordinaria de la mayoría de los seres tricerebrados que ya con anterioridad a la catástrofe se habían establecido en aquel lugar, habían comenzado, ya por entonces, a «hervir» furiosamente en dicha parte de la superficie del continente de «*Grabontze*», estos supervivientes de la sabia y nunca bien ponderada sociedad ajldanesa, buscaron otro sitio, en aquel mismo continente, para establecer su residencia permanente, procurando que fuera el más adecuado para el trabajo que debían emprender, el cual exigía una total tranquilidad.

Y el lugar deseado les fue proporcionado por el valle de un caudaloso río que tenía su curso en el norte de dicho continente, y hacia allí emigraron todos juntos, con sus familias, para proseguir, en aquel aislamiento a que las circunstancias los obligaban, las actividades iniciadas en épocas más felices por la sociedad ajldanesa.

La región atravesada por este río enorme fue designada con el nombre de «*Sakrunakari*».

Pero con posterioridad, este nombre sufrió varias modificaciones; actualmente se conoce por el nombre de «Egipto», en tanto que el caudaloso río, llamado entonces «*Nipiljuatchi*» ahora tiene el nombre de Nilo.

Poco después de que ciertos exmiembros de la sabia sociedad ajldanesa se hubieran establecido en esta parte de la superficie del planeta Tierra, todos los miembros de nuestra tribu, que habitaban entonces la superficie del planeta que ha llamado tu atención, emigraron hacia aquel lugar.

Y las relaciones existentes entre nuestra tribu y los miembros supervivientes de la sociedad ajldanesa, según los informes que hasta mí han llegado, eran de la índole siguiente:

Ya te dije una vez que antes de la segunda «perturbación transapalniana», nuestra pitonisa insistió en sus profecías en que todos los miembros de nuestra tribu debían emigrar sin pérdida de tiempo, si querían salvar sus vidas, hacia aquel punto preciso de la superficie del referido continente, actualmente conocido con el nombre de «África».

Este punto preciso de la superficie de dicho continente indicado por la pitonisa se hallaba precisamente en las fuentes del referido río «*Nipiljuatchi*»

donde los miembros de nuestra tribu vivieron mientras duró la segunda perturbación transapalniana, así como después de haberse ya normalizado por completo la mayoría de los procesos naturales, vale decir, cuando la mayoría de los supervivientes ya casi habían olvidado lo acontecido, habiendo vuelto a formar —exactamente como si nada hubiera pasado— uno de sus famosos «centros culturales» en el corazón mismo de la futura «África». Y fue precisamente cuando los antiguos miembros de la sociedad ajldanesa se hallaban entregados a la búsqueda de un lugar apropiado para residir de forma permanente, cuando acertaron a encontrarse con cierto número de miembros de nuestra tribu, que les aconsejaron emigrar agua abajo de aquel río. Nuestra vinculación y amistosas relaciones con muchos de los antiguos miembros de la sociedad ajldanesa, no datan por cierto de esta época, sino de mucho antes, es decir, del continente de la Atlántida o sea, casi desde la fundación de esa sociedad.

Como recordarás, te dije antes que cuando descendí a aquel planeta por primera vez y los miembros de nuestra tribu se reunieron en la ciudad de *Samlios*, con mi presencia, a fin de tratar de encontrar conjuntamente una salida a la difícil situación allí planteada, aquellas reuniones generales de nuestros miembros eran celebradas en una de las secciones de la «catedral» principal de la sociedad ajldanesa; y a partir de entonces se establecieron excelentes relaciones entre los seres de nuestra tribu y algunos miembros de esa sociedad.

Y así, en el país que más tarde habría de ser Egipto, donde ambos emigraron después del desastre, las relaciones de los nuestros con los antiguos miembros que acertaron a salvarse, así como con sus descendientes, se desarrollaron y continuaron ininterrumpidamente casi hasta la partida definitiva de nuestra tribu de aquel planeta.

Si bien la esperanza de los pocos supervivientes casuales de la sociedad ajldanesa de reanudar las tareas emprendidas por aquella institución no pudo cumplirse. Sin embargo, fue gracias a ellos, por lo que pudo mantenerse presente en las presencias de los seres de las diversas generaciones posteriores al hundimiento de la Atlántida, el sentido y la «convicción instintiva» de la necesidad de lo que se conoce con el nombre de «Ser personal completo».

Además, también gracias a ellos, parte de lo que había sido logrado por la Razón de los seres tricerebrados de la antigua Atlántida, pudo sobrevivir mientras esta Razón siguió siendo normal; y con posterioridad, este algo

comenzó a ser transmitido mecánicamente por herencia, de generación en generación, alcanzando a los seres de tiempos lejanos, incluso a algunos seres contemporáneos.

Entre los muchos frutos de los sabios trabajos realizados por los miembros de la sociedad ajldanesa que fueron transmitidos a la posteridad por herencia se contaban, sin lugar a dudas, aquellos ingeniosos y sólidos «edificios de arte» que vi levantar durante mi cuarta visita a aquel planeta por los seres acerca de quienes habré de informarte enseguida, que habitaban aquella parte de la superficie del continente conocido actualmente con el nombre de «África».

Si bien la ansiedad que en mí había despertado todo cuanto mis congéneres me habían dicho acerca del nuevo observatorio allí instalado, se vio defraudada cuando lo vi con mis propios ojos; no obstante, el propio observatorio, así como los demás edificios de arte construidos en aquella región me resultaron en extremo ingeniosos, proporcionándome valiosos datos para el enriquecimiento de mi presencia común con gran cantidad de productivos conocimientos para mi consciencia.

A fin de que puedas representarte claramente la forma en que estos diversos edificios de arte habían sido construidos por los seres tricerebrados de aquellas comarcas para el bienestar de su existencia común, creo que bastará explicarte, con el mayor detalle posible, en qué consistía la particularidad de sus juiciosos inventos prácticos en ese nuevo observatorio y por cuya causa, como recordarás, me decidí a visitar el país.

Con este propósito, debo informarte, ante todo, acerca de dos hechos relacionados con las transformaciones experimentadas por la presencia común de estos seres tricerebrados que han despertado tu curiosidad.

El primero de ellos consiste en que, en el principio de las cosas, cuando todavía vivían normalmente, esto es, en la forma generalmente propia de todo ser tricerebrado, y cuando poseían todavía lo que se llama la «visión *Oluestesnojniana*» podían percibir, a las distancias correspondientes a los seres tricerebrados ordinarios, la visibilidad de todas las concentraciones cósmicas, grandes y pequeñas por igual, que existían más allá del planeta Tierra, durante todos los procesos sufridos por el *Okidanoj* Omnipresente en la atmósfera terráquea.

Además, aquellos de entre los terrestres que se hallaban conscientemente perfeccionados y que habían logrado, de este modo, dotar de sensibilidad la percepción de sus órganos visuales —como todos los demás seres tricerebrados

del universo— hasta el grado «*Oluesultratesnojniano*», adquirieron la facultad de percibir también la visibilidad de toda unidad cósmica situada a igual distancia, cuyo surgimiento y existencia ulterior dependían de las cristalizaciones directamente emanadas del sagrado *Teomertmalogos*, es decir, de las emanaciones de nuestro sacro Santo «Sol Absoluto».

Y más tarde, una vez establecidas las antes mencionadas condiciones anómalas constantes de su existencia ordinaria, como consecuencia de lo cual la Gran Naturaleza se vio forzada, por las razones de que ya antes te he hablado, entre otras cosas, a degenerar progresivamente el funcionamiento de sus órganos visuales, convirtiéndolos en lo que se llama una vista «*Koritesnojniana*», —esto es, la vista propia de las presencias de los seres uni y bicerebrados—, dejando de percibir la visibilidad de las concentraciones grandes y pequeñas más allá del planeta, salvo cuando se efectuaba en el seno del Elemento Activo Omnipresente *Okidanoj*, en la atmósfera de su planeta, el proceso sagrado de «*dyartklom*», es decir —de acuerdo con su pobre comprensión y percepciones— «en plena noche».

Y el segundo hecho, en virtud también de la degeneración del órgano de su vista al nivel «*Koritesnojniano*», se basa en una ley, común a todos los seres, que establece que los resultados provenientes de cualquier manifestación del *Okidanoj* Omnipresente, sean percibidos por los órganos de la vista solo cuando estos se hallen en contacto inmediato con aquellas vibraciones que se forman en los seres y que materializan la función del órgano eseral, a fin de que en un momento dado, perciban la visibilidad de las concentraciones cósmicas; lo cual significa que los resultados de la manifestación del *Okidanoj* Omnipresente son percibidos solamente en el caso en que se efectúen dentro de los límites precisos dependientes de la calidad de percepción alcanzada por dicho órgano y fuera de los cuales cesa su «inercia del impulso»; para decirlo con otras palabras, solo perciben la visibilidad de los objetos situados cerca de ellos.

Pero si los resultados antes mencionados se desarrollan fuera de esos límites, entonces su manifestación no llega hasta los seres cuya presencia comprende solo órganos de percepción visual, formados por los solos resultados del conjunto del «*Itoklanotz*».

Será oportuno repetir aquí uno de los profundos aforismos, rara vez escuchados en la Tierra, de nuestro venerado Mulaj Nassr Eddin, que define de forma terminante el caso que ahora nos ocupa, esto es, el grado de percepción visual que tus favoritos contemporáneos no podrían sobrepasar.

Esta sabia frase, rara vez oída en la Tierra, consta de las siguientes palabras:

«Muéstrame al elefante que fue visto por un ciego, —y solo entonces creeré que realmente has visto una mosca—».

Así pues, querido nieto, gracias a los dispositivos construidos en ese futuro Egipto, empleados para la observación de otras concentraciones cósmicas, y cuya iniciativa provenía de la Razón de los descendientes lejanos de los que habían integrado la sabia sociedad ajldanesa, cualquiera de estos desdichados favoritos tuyos, —a pesar de la vista «*Koritesnojniana*» que desde bastante tiempo antes se había convertido en cualidad característica de los mismos—, pudo adquirir la facultad de percibir libremente, en cualquier momento, «de día o de noche», como ellos dicen, la visibilidad de todas aquellas concentraciones cósmicas remotas que en el proceso del «Armonioso Movimiento Cósmico» general entran en la esfera abarcada por el horizonte de sus observaciones.

A fin de superar esta limitación de sus órganos de percepción visual, idearon el siguiente recurso:

En vez de instalar sus *tesskuanos* o «telescopios», —cuyos planos de construcción, debo aclararte aquí, heredaron de los lejanos antepasados Ajldaneses— no eran colocados en la superficie del planeta, como era entonces lo corriente y lo sigue siendo todavía, sino que los fijaban a gran profundidad en el interior del planeta, efectuando sus observaciones de las concentraciones cósmicas situadas más allá de la atmósfera del planeta Tierra, a través de agujeros perforados especialmente, a manera de largos tubos.

El observatorio que entonces visité, poseía cinco orificios de este tipo.

Estos orificios comenzaban, respecto del horizonte, en diferentes puntos de la superficie del planeta ocupada por el observatorio, pero todos ellos convergían hacia un pequeño espacio subterráneo semejante a una cueva. Desde allí, los especialistas, llamados entonces «astrólogos», efectuaban sus observaciones con el fin de estudiar, como ya te dije antes, las presencias visibles y los resultados observables de la acción recíproca de las demás concentraciones cósmicas pertenecientes a aquel sistema solar, así como a los demás sistemas de Nuestro Gran Universo.

Estas observaciones eran llevadas a cabo a través de los orificios mencionados que se proyectaban al exterior en distintas direcciones, sobre el

horizonte, según la posición dada del planeta con respecto a la concentración cósmica observada en el proceso del «armonioso movimiento cósmico común».

Vuelvo a repetirte, querido niño, que si bien la principal peculiaridad de este observatorio construido por los seres tricerebrados del futuro Egipto no era nueva para mí, dado que este mismo principio había sido utilizado en mi observatorio de Marte, con la única diferencia de que mis siete largos tubos no se hallaban fijados dentro del planeta sino sobre éste, tanto me interesaron todas las novedades aquí introducidas, que aproveché mi permanencia en el lugar para trazar un detallado bosquejo de todo cuanto vi, bosquejo éste que no me faltó oportunidad de emplear tiempo más tarde en mi propio observatorio.

Y en cuanto a los demás «edificios de arte» construidos en las vecindades, quizás más adelante te los describa con mayor detenimiento; pero por ahora me limitaré a decirte que todos estos cuerpos independientes, todavía incompletos, se hallaban situados a corta distancia del observatorio y habían sido edificados —según pude comprobar durante mi inspección de los mismos bajo la guía del constructor que tuvo la gentileza de acompañarnos y quien, por lo demás, era un excelente amigo de nuestra tribu— en parte, con el mismo propósito de observar otros soles y planetas de nuestro gran Universo, y en parte, para estudiar y gobernar voluntariamente los fenómenos que tenían lugar en la atmósfera circundante, a fin de lograr el «clima» deseado.

Todos estos edificios ocupaban un amplio espacio abierto en aquella comarca y se hallaban circundados por un seto hecho de plantas llamadas entonces «*Zalnakatar*», entrelazadas en forma particular.

Es en extremo interesante notar que erigieron, frente a la entrada principal de aquel enorme recinto, una enorme estatua de piedra —claro está que enorme si se la compara con el tamaño de sus presencias— llamada «Esfinge», que me recordó en gran medida a la estatua que yo mismo había visto en mi primer descenso personal al planeta, en la ciudad de *Samlios*, precisamente enfrente del enorme edificio perteneciente a la sabia sociedad ajldanesa y que se conocía por entonces con el nombre de «Catedral principal de la Sociedad Ajldanesa».

La estatua que vi en la ciudad de *Samlios*, y que tanto me interesó, era el emblema de esta sociedad y se llamaba «Consciencia».

Representaba un ser alegórico, estando compuestas todas las partes de su cuerpo planetario de una parte del cuerpo planetario de cierta forma definida de existencia terráquea, pero de las partes de aquellos seres de otras formas que, de

acuerdo con las ideas cristalizadas en los seres tricerebrados terráqueos, habían alcanzado un grado de perfección en una u otra de sus funciones eserales.

La masa principal del cuerpo planetario de dicho ser alegórico estaba representada por el tronco de un ser de forma definida que allí recibe el nombre de «toro».

Este tronco de toro descansaba sobre cuatro extremidades de otro ser también oriundo de aquellas comarcas y de forma definida, llamado «León», y a aquella parte del tronco del toro denominada «lomo» se hallaban adheridas dos grandes alas semejantes, por su aspecto, a las de un fuerte pájaro que habita en la Tierra y que se conoce con el nombre de «Águila».

Y en el lugar correspondiente a la cabeza, se habían fijado al tronco de toro, por medio de una pieza de «ámbar», dos senos que representaban lo que se denomina «Senos de Virgen». Cuando esta extraña imagen alegórica despertó mi interés en el continente de la Atlántida e interrogué, en consecuencia, a uno de los sabios miembros de la Gran Sociedad Ajldanesa acerca de su significado, éste me explicó lo siguiente:

«Esta figura alegórica es el emblema de nuestra sociedad y nos sirve a todos sus miembros como estímulo para recordar constantemente los impulsos correspondientes a aquellos que ella debe representar».

A lo cual agregó luego:

«Cada parte de esta figura alegórica provoca, en las tres partes independientemente asociativas de su presencia general, es decir, en el cuerpo, el pensamiento y el sentimiento, un choque determinante de las asociaciones correspondientes para aquellos conocimientos separados e independientes que, en su totalidad, son los únicos que pueden brindarnos la posibilidad de liberarnos gradualmente de los factores indeseables presentes en cada uno de nosotros, tanto aquellos que nos fueron transmitidos por herencia, como los que nosotros mismos adquirimos personalmente, los cuales engendran, paulatinamente, impulsos altamente indeseables para nuestra naturaleza y como consecuencia de los cuales no somos lo que debiéramos ser».

«Este emblema nuestro nos recuerda permanentemente que es posible alcanzar la liberación de lo que acabo de mencionarle, tan solo si obligamos siempre a nuestra presencia común a pensar, sentir y actuar, en circunstancias conformes a lo que dicho emblema predica».

«Y así es cómo entendemos todos nosotros, miembros de la prestigiosa sociedad ajldanesa, el significado de nuestro emblema: el tronco de este ser

alegórico, constituido por el tronco de un ‘Toro’, significa que el factor en nosotros cristalizado y que genera en nuestras presencias los impulsos que nos son maléficos, tanto aquellos transmitidos por herencia como los adquiridos por nosotros mismos personalmente, solo pueden regenerarse, mediante trabajos infatigables, esto es, aquellos trabajos en los cuales sobresale particularmente, entre todos los seres de nuestro planeta, el Toro».

«El hecho de que este tronco repose sobre las patas de un ‘León’ significa que dichos trabajos deben ser ejecutados con esa conciencia, coraje y fe que caracterizan a todos los actos y el ‘Poderío’ de aquel ser que entre los seres lo posee en grado máximo: el León».

«Las alas de la más fuerte de todas las aves y la que más grandes alturas alcanza, el águila, adheridas al tronco del Toro, recuerdan permanentemente a los miembros de nuestra sociedad, que durante la ejecución de dichos trabajos, con las ya mencionadas propiedades psíquicas de autoestima, es necesario meditar continuamente sobre las cuestiones que no se relacionan directamente con las manifestaciones requeridas para la existencia ordinaria».

«Y en cuanto a la extraña imagen de la cabeza de nuestro ser alegórico con la forma de los senos de virgen, ésta expresa que el Amor debe predominar siempre y en todas las cosas durante las funciones internas y externas provocadas en la propia consciencia, Amor éste que solo puede surgir y hacerse presente en las presencias de las concentraciones formadas en las partes pertinentes, conforme a las leyes, de todos los seres responsables en quienes las esperanzas de nuestro PADRE COMÚN han sido puestas».

«Y el hecho de estar la cabeza fijada al tronco del Toro con “ámbar”, significa que este Amor debe ser estrictamente imparcial, es decir, que debe hallarse completamente separado de todas las demás funciones que tienen lugar en la totalidad del ser responsable».

A fin, querido niño, de que el sentido atribuido en este emblema al material conocido con el nombre de ámbar, resulte perfectamente claro para ti, debo decirte que esta sustancia es una de las siete formaciones planetarias en cuyo nacimiento toma parte el Elemento Activo Omnipresente *Okidanoj* con sus tres elementos separados, independientes y sagrados, en igual proporción. Y estas manifestaciones intraplanetarias y supraplanetarias sirven en el proceso de la materialización planetaria, de «diques» a los tres flujos separados de esas tres partes sagradas independientemente localizadas.

En este punto del relato, Belcebú realizó una pequeña pausa, como si su pensamiento se hubiera detenido de pronto en algo muy particular, pero luego volvió a tomar la palabra como sigue:

En el transcurso de mi relato acerca de lo que vi en cierta parte de tierra firme de tu planeta que había escapado al desastre, relativo a los habitantes del futuro Egipto, algunos de los cuales no eran sino descendientes directos de los miembros de la ciertamente sabia y grande sociedad ajldanesa, comenzó poco a poco a revivir en mí —como resultado de las manifestaciones de mi Razón Eseral y bajo el efecto de diversos recuerdos asociativos de toda clase de impresiones y de percepciones de la visibilidad del medio circundante exterior de dicha comarca—, todas las escenas y todo el flujo de pensamientos asociativos que han pasado a constituir elementos perfectamente fijados en mi presencia común, de una de estas experiencias eserales que me tocó vivir durante mi última estancia en aquel país que los contemporáneos terráqueos denominan Egipto, un día, en que me hallaba sentado, absorto en mis pensamientos, al pie de una de aquellas construcciones que han acertado a escapar, casualmente, de la destrucción del tiempo, y que se conocen actualmente con el nombre de «pirámides».

Fue precisamente entonces cuando, en el funcionamiento general de mi Razón, se asociaron, entre otras cosas, lo siguiente:

¡Muy bien!… Si ninguno de los beneficios ya desde antes alcanzados por la Razón de los habitantes del continente de la Atlántida para la existencia ordinaria, ha pasado a ser propiedad de los contemporáneos habitantes del planeta, ello quizás pueda explicarse lógicamente, tan solo porque debido a las razones cósmicas, independientes por completo y no derivadas de los seres tricerebrados que allí viven, ocurrió aquel segundo gran «cataclismo no conforme a las leyes», durante el cual, no solo pereció el continente mismo, sino también todo cuanto éste contenía.

¡Pero Egipto!

¿No estaba vivo su esplendor hasta hace bien poco? No puede negarse…

Por cierto, debido a la tercera pequeña catástrofe acaecida a aquel desdichado planeta, y posteriormente de la quinta catástrofe, —acerca de la cual ya te hablaré más adelante—, también esa parte de su superficie sufrió serios perjuicios, siendo cubierta por las arenas… Sin embargo, los seres tricerebrados que allí vivían no perecieron sino que solo se diseminaron por diversos puntos

de aquel mismo continente y, en consecuencia, cualesquiera que hubieran sido las condiciones exteriores que hubiesen sobrevenido, habrían sobrevivido en sus presencias, al parecer, los resultados cristalizados de los factores perfeccionados, que les habían sido transmitidos por herencia, para la «mentación eseral lógica» normal.

De modo que, querido nieto, deseoso de esclarecer, tras este penoso «*Alstuzori*», o como dirían tus favoritos, después de estas «tristes reflexiones», la esencia misma de la causa de este otro hecho lamentable, comprendí, al final de mis minuciosas investigaciones, percatándome de ello con todo mi ser, que esta anomalía obedece exclusivamente a un notable aspecto de la principal característica de su extraña psiquis, esto es, aquella particularidad que ha terminado por cristalizarse completamente hasta constituir una parte inseparable de sus presencias comunes y que actúa como factor para el surgimiento periódico en ellos de lo que llamamos «necesidad urgente de destruir todo lo exterior a sus seres».

El hecho es que cuando, durante el apogeo del desarrollo de esta peculiaridad —terrible para toda razón lúcida— del psiquismo de los seres tricerebrados, comenzaron a manifestar fuera de sí mismos esta peculiaridad fenoménica de sus presencias comunes, es decir, cuando empezaron a llevar a cabo en alguna parte de la superficie de su planeta el proceso de la destrucción recíproca, al mismo tiempo, sin ningún propósito deliberado e incluso sin lo que se llama «necesidad orgánica», comenzaron también a destruir todo lo que acertara a ponerse dentro de la esfera de percepción de sus órganos visuales.

En el tiempo de este «apogeo psicopático fenoménico», los seres entre los cuales se desarrolla este terrible proceso, destruían no solo todos los objetos que estos mismos seres habían producido intencionalmente, sino todas las obras que les legaron los seres de épocas anteriores y que se han conservado, por casualidad, intactas hasta ellos.

Así pues, querido niño, en este mi cuarto viaje personal a la superficie de tu planeta favorito, llegué, en primer término, al país conocido actualmente con el nombre de Egipto, y después de haber permanecido algunos días entre los descendientes remotos de los miembros de la grande y sabia sociedad ajldanesa, y de haberme familiarizado con ciertos resultados de sus «deberes eserales de *Partkdolg*» destinados al bienestar de sus descendientes, me dirigí, en compañía de otros dos miembros de nuestra tribu, hacia los países, situados al sur de este

mismo continente, y allí, con la ayuda de los seres tricerebrados del lugar, cazamos la cantidad de seres monos que necesitábamos.

Una vez cumplida esta tarea, ordené telepáticamente a nuestra nave *Ocasión* que descendiera hacia nosotros, lo cual hizo en la primera noche oscura que se presentó propicia; y una vez que trasladamos los referidos monos a la sección especial de la nave *Ocasión*, que había sido acondicionada por el Gornajur Jarjar bajo su dirección, emprendimos inmediatamente el regreso al planeta Marte, y tres días marcianos después, a bordo de la misma nave y junto con los monos, me dirigí hacia el planeta Saturno.

Si bien nuestro primer propósito había sido ejecutar los experimentos con los monos al año siguiente, una vez que se hubieran aclimatado perfectamente al lugar y que hubieran orientado su existencia en las nuevas condiciones reinantes, adelanté mi viaje al planeta Saturno debido a que, en mi último encuentro personal con el Gornajur Jarjar, le había prometido estar presente en una ceremonia familiar que debía celebrarse en breve plazo.

Y esta ceremonia consistía en el bautizo, por parte de sus parientes, del primer heredero engendrado por el Gornajur Jarjar.

Si le prometí a mi amigo asistir a esta ceremonia familiar conocida con el nombre de jri-jra-jrí, se debió a mi deseo de cumplir el «deber eseral Alnaturorniana» con este reciente heredero.

Es interesante notar que este tipo de ceremonias y deberes eserales, también tenían lugar entre los antiguos seres tricerebrados de tu planeta favorito, llegando, incluso, a los contemporáneos, si bien estos últimos, al igual que en todos los demás aspectos de su vida, solo han conservado la forma exterior de este serio e importante acontecimiento.

Los individuos encargados de llevar a cabo estas ceremonias son conocidos con el nombre de «padrinos» y «madrinas».

El heredero del Gornajur Jarjar recibió el nombre, en su consagración, de «Raurj».

Capítulo 24
Quinta visita de Belcebú a la Tierra

Belcebú reanudó su relato de la forma siguiente:

Una vez más, pasaron muchos años antes de mi siguiente viaje al planeta Tierra.

Claro está que durante estos años, como antes, observé de vez en cuando, atentamente, mediante mi *Tesskuano,* la vida eseral de tus favoritos terráqueos.

En ese tiempo habían aumentado considerablemente en número y ya casi habían sido pobladas todas las tierras firmes, grandes y pequeñas, que constituían la superficie del globo y claro está que se conservaba todavía la importante característica terráquea de destruirse mutuamente de tanto en tanto.

Durante este período, es decir, entre mi cuarta y mi quinta visitas, tuvieron lugar profundos cambios en la superficie de tu planeta. Particularmente en las regiones en las que se concentraba la existencia de tus favoritos.

Por ejemplo, todos los «centros de cultura» que poseían en el continente de *Ashark* que yo había visitado en persona durante mis previos descensos al planeta Tierra, es decir, los países de *Tikliamuish* y *Maralpleissís*, habían dejado de existir por completo en la época de mi quinto viaje.

La causa de la destrucción de estos «centros de cultura» terráqueos y de los cambios sufridos por la superficie del planeta en general, fue una vez más una desgracia cósmica, la tercera en la triste serie de calamidades padecidas por aquel infortunado planeta.

Esta tercera catástrofe fue de carácter exclusivamente local, y se produjo porque durante varios años habían tenido lugar en su atmósfera ciertos «desplazamientos acelerados de las partes de la atmósfera», o, como dirían tus favoritos «grandes vientos», sin precedentes en la historia terrestre.

La causa de estos «desplazamientos anómalos» o «grandes vientos», residió, también en este caso, en aquellos dos fragmentos que se habían desprendido del planeta durante la primera gran catástrofe y que luego se independizaron, constituyendo dos pequeños planetas autónomos del mismo sistema solar y que se conocen actualmente con el nombre de «Luna» y «Anulios».

En rigor, la causa principal de esta catástrofe terrestre se localizó en la mayor de estas dos partes separadas, es decir, la «Luna; —el fragmento menor—, Anulios», no tuvo papel alguno en el desastre.

Te voy a explicar a qué obedecieron los acelerados desplazamientos atmosféricos que barrieron la superficie del planeta Tierra:

Cuando la atmósfera del pequeño planeta Luna, surgido accidentalmente, se hubo formado definitivamente, y la Luna, siguió precipitándose sobre su masa fundamental, siguiendo la trayectoria establecida de antemano, de acuerdo con la ya mencionada «ley de recuperación» y esta definida presencia recién formada alrededor de la Luna no había adquirido todavía su propia armonía dentro de la armonía común del movimiento del sistema, lo que se llama la «fricción Osmualniana», que no se hallaba, por así decirlo, armonizada con el todo, provocó en la atmósfera del planeta Tierra los «acelerados desplazamientos» antes mencionados o «grandes vientos».

Estos vientos sin precedentes, comenzaron entonces, por el ímpetu de su empuje, a desgastar las elevadas «partes de tierra firme» y a rellenar las «depresiones» correspondientes.

En medio de esas depresiones se encontraban, entre otras, las dos regiones del continente de *Ashark* en torno a los cuales se había concentrado principalmente el proceso de la existencia terrestre del segundo y tercer grupo de seres del Asia contemporánea, es decir, las partes principales de los países de *Tikliamuish* y *Maralpleissís*.

En la misma época, las arenas también cubrieron ciertas partes del país de *Perlania*, así como las tierras del centro del continente de «*Grabontze*», donde se había formado, como ya te dije, después del hundimiento de la Atlántida, lo que se llama un verdadero «Centro Cultural», que agrupaba a todos los seres tricerebrados de aquellas vastas comarcas, comarcas que eran por entonces las más florecientes de la superficie del planeta y hoy no son más que un desierto que lleva el nombre de «Sahara».

Deberás recordar también, que durante los anómalos vientos de aquel período, además de los países ya mencionados, otras muchas tierras firmes más

pequeñas, y diseminadas por toda la superficie del planeta, fueron cubiertas por la arena.

Es interesante notar que tus favoritos contemporáneos, se enteraron, de una u otra manera, del cambio de lugar de residencia permanente de los seres tricentrados y, asignándoles la denominación de «grandes migraciones de los pueblos», lo incorporaron, sin más, al caudal de «necedades» que ellos llaman «ciencias». Actualmente, cierto número de «eruditos» soplan y resoplan, esforzándose por descubrir cómo y por qué ocurrió aquello, a fin de poder explicarlo a los demás.

Existen en la actualidad varias teorías al respecto, que si bien nada tienen en común, y, en un sentido objetivo, son a cual más absurda, han sido aceptadas sin embargo, sin la menor vacilación, como parte de lo que se llama la «ciencia oficial».

Pero en realidad, la verdadera causa de la migración de los seres tricentrados fue que, no bien comenzó la mencionada erosión, los seres que habitaban el continente de *Ashark*, temerosos de morir enterrados bajo las arenas, comenzaron a desplazarse hacia lugares más o menos seguros.

Y estas migraciones de los seres tricerebrados se desarrollaron en el siguiente orden:

La mayoría de los seres tricerebrados que poblaban el *Tikliamuish* se desplazó hacia el sur del mismo continente de *Ashark*, hacia el país que más tarde se llamó «Persia», en tanto que el resto se marchó hacia el norte, estableciéndose en las regiones que más tarde se llamaron «*Kirguiztcheri*».

En cuanto a los habitantes del país de *Maralpleissís* una parte se marchó hacia el este, en tanto que el resto, la mayor parte, se fue hacia el oeste.

Una vez traspuestas las elevadas montañas, aquellos que se dirigieron hacia el este, se establecieron a orillas de los grandes espacios «*Saliakuriapianos*», configurando el país que más tarde habría de llamarse «China».

Y la parte de habitantes del *Maralpleissís* que buscó su salvación viajando hacia el oeste, después de errar de un lugar a otro, alcanzó finalmente el continente vecino, que más tarde habría de llamarse «Europa», y los seres tricerebrados que vivían todavía en el centro del continente de «*Grabontze*» se diseminaron sobre toda su superficie.

De modo, pues, querido niño, que éste, mi quinto descenso personal a tu planeta favorito, pertenece al periodo posterior al de la mencionada redistribución de los grupos de las comunidades terráqueas.

Y las causas que motivaron este nuevo descenso fueron las siguientes:

Ante todo, debo decirte que la principal característica del psiquismo de tus favoritos, es decir, la «necesidad periódica de destruir la existencia de los semejantes», cada vez me interesaba más, a medida que observaba los lugares terráqueos, y junto con este interés, cada vez tomaba más cuerpo en mí, el deseo de establecer con toda precisión las causas exactas de particularidad tan extraña en seres tricerebrados.

De modo que, a fin de procurarme un mayor material para la dilucidación de este problema que tanto me interesaba, en el intervalo comprendido entre mi cuarto viaje y el quinto al planeta Tierra, sistematicé mis observaciones realizadas mediante mi *Tesskuano* instalado en Marte, acerca de la existencia de aquellos peculiares seres tricentrados, de la forma siguiente:

Me dediqué deliberadamente a la observación de un crecido número de seres de entre tus favoritos y durante muchos de sus años, bien personalmente, bien por medio de algún ayudante encargado especialmente de observarlos con la mayor atención, tratando de no perder ningún detalle significativo, realicé un profundo estudio tendiente a esclarecer todos los aspectos y particularidades de estas extrañas manifestaciones durante el proceso de su vida ordinaria.

Y debo confesarte, nieto mío, que cuando me hallaba libre de tareas inmediatas, me dedicaba a veces, durante «*Sinonumos*» enteros, o como dirían tus favoritos usando su equivalente del flujo cronológico, durante largas «horas», a la contemplación de todos los movimientos de dichos seres tricerebrados que habíamos escogido, tratando de explicarme de forma lógica las llamadas «emociones psíquicas».

Hasta que un día repentinamente, en el transcurso de esas observaciones practicadas desde el planeta Marte mediante el uso de mi *Tesskuano*, comprendí que la duración de su existencia se acortaba, siglo a siglo, año a año, cada vez más, con un ritmo perfectamente definido y uniforme, y fue esto precisamente lo que sirvió de comienzo a mis posteriores estudios científicos sobre la psiquis de estos seres tricerebrados que, al parecer, se han ganado tu simpatía.

Claro está que la primera vez que descubrí este fenómeno, no solo tuve en cuenta, inmediatamente, la principal particularidad de su psiquis, esto es, su tendencia periódica a la destrucción recíproca, sino también la innumerable cantidad de «enfermedades», como ellos las llaman, que solo existen en aquel planeta, y que, en su mayoría, dicho sea de paso, obedecían y obedecen todavía, a las mismas circunstancias externas anómalas para la existencia ordinaria, allí

establecidas por ellos mismos, factor éste que ha hecho gradualmente imposible a los terráqueos existir normalmente hasta el sagrado *Raskuarno*.

Cuando lo percibí por primera vez y comencé a recordar mi impresión anterior al respecto, cada una de las diferentes partes espiritualizadas de mi presencia total tuvo la plena convicción de que los seres tricerebrados del planeta Tierra habían alcanzado a vivir, en un principio, de acuerdo con su cálculo del tiempo, unos doce siglos, y algunos de ellos, aun hasta quince siglos.

Para poder representarte más o menos claramente el promedio con que decreció la duración media de su existencia durante aquel período, bastará con que te diga que cuando abandoné aquel sistema solar definitivamente, el máximo de vida había decrecido ya hasta una edad entre los setenta y los noventa años terrestres.

Actualmente, si cualquier individuo alcanza estas edades, el resto de los seres que habitan aquel peculiar planeta, consideran que ha alcanzado una edad excepcional.

Y si alguien llega a vivir un poco más de un siglo, es exhibido como un fenómeno y pasa a la categoría de curiosidad de museo, y claro está que todo el mundo llega a conocer sus características personales a través de sus incontables fotografías y descripciones reproducidas en todos los «periódicos» del mundo.

Así pues, querido nieto, dado que en la época en que me fue revelado de pronto aquel hecho, no había ninguna tarea especial que me retuviera en el planeta Marte y no me era posible profundizar en el estudio de esta sorprendente peculiaridad de su constitución por medio del *Tesskuano*, decidí visitar el planeta Tierra personalmente una vez más, a fin de establecer, en el lugar, las causas que la habían provocado.

Algunos días marcianos después de mi decisión, descendí nuevamente en mi nave *Ocasión* al planeta Tierra.

En la época de mi quinto descenso personal a tu planeta favorito, el «centro de vaivén de los resultados del perfeccionamiento de la ingeniosidad eseral» o, como ellos lo llaman, el «Centro Cultural» del planeta Tierra, se había trasladado a la ciudad de Babilonia; fue allí, pues, hacia donde dirigí mis pasos.

Esta vez nuestra nave *Ocasión* descendió sobre lo que se conoce con el nombre de «Golfo Pérsico», debido a que, gracias al *Tesskuano*, habíamos establecido con anterioridad al vuelo, que nada sería más conveniente que este

espacio «*Saliakuriapiano*» para emprender luego la marcha a la ciudad de Babilonia, y también para dejar anclada nuestra nave *Ocasión*.

Este espacio cubierto por las aguas era apropiado para mis posteriores viajes, debido a que el caudaloso río sobre cuyas márgenes se hallaba construida la ciudad de Babilonia desembocaba allí; fue por ello por lo que resolvimos remontar el curso de este río para llegar a nuestro destino.

Por aquella época del flujo cronológico la «incomparablemente majestuosa Babilonia» se hallaba en todo su esplendor.

No solo constituía un «Centro de Cultura» para los habitantes del continente de *Ashark*, sino también para los demás seres de todas las tierras firmes, grandes y pequeñas, que se habían adaptado a las necesidades de la vida ordinaria de aquel planeta.

En la época de mi primera llegada a este «Centro de Cultura» terráqueo, tenía lugar la preparación de lo que más tarde habría de ser la causa principal de la aceleración del ritmo de degeneración de su «organización psíquica», en el sentido, especialmente, de la atrofia de la función instintiva de aquellos tres factores fundamentales que deben hallarse en la presencia de todo ser tricerebrado normal, es decir, aquellos que dan nacimiento a los impulsos eserales conocidos con los nombres de «Fe», de «Esperanza» y de «Amor».

La degeneración hereditaria y paulatina de estos factores eserales ha hecho que en lugar de una verdadera psiquis eseral, tal como debe existir en la presencia de toda clase de ser tricerebrado, exista actualmente, en la presencia de tus favoritos contemporáneos, una psiquis, que si bien no carece de «realidad, —podría definirse muy bien con las sabias palabras de nuestro estimadísimo Mulaj Nassr Eddin—: En ella se encuentra de todo, salvo el núcleo, salvo incluso el germen mismo de este núcleo».

Es absolutamente necesario que te cuente, con el mayor detalle posible, lo que ocurrió en Babilonia en aquella época, puesto que todos estos conocimientos pueden constituir un valioso material para que, más adelante, realices en tu Razón una mejor dilucidación y transubstanciación de todas las causas que conjuntamente terminaron por dar lugar a aquel extraño psiquismo que los seres tricentrados presentan en la actualidad.

Ante todo, debo decirte que obtuve estas informaciones relativas a los hechos ocurridos en la época a que mi relato se refiere, principalmente de aquellos seres tricentrados a quienes los demás denominan «sabios».

Antes de seguir adelante, convendrá que me detenga unos instantes a analizar la clase de seres que los demás llaman «sabios».

El hecho es que, aun antes de mi quinto viaje a aquel lugar, es decir, antes del período en que Babilonia, como ya te he dicho, florecía en todos sus aspectos, aquellos seres tenidos por sabios no eran precisamente lo que en todas las demás partes del Universo se considera y venera como sabios, ni tampoco lo que en un principio —muchísimo tiempo atrás— se había tenido por sabio en la propia Tierra, esto es, aquellos seres que adquieren, mediante una labor consciente y deliberados esfuerzos, la facultad de contemplar los detalles eserales de todas las cosas, desde el punto de vista del nacimiento y existencia del mundo, gracias a lo cual, principalmente, perfeccionan su cuerpo superior, elevándolo al grado correspondiente de la sagrada medida de la Razón Objetiva, a fin de percibir más tarde las verdades cósmicas en la medida del perfeccionamiento que su cuerpo superior haya alcanzado.

Pero desde la época de lo que se conoce con el nombre de civilización de *Tikliamuish* hasta ahora, aquellos seres, en especial los contemporáneos, adquirieron su sabiduría principalmente «de memoria», atiborrándose de toda clase de informaciones vacías que a nada serio conducen.

Debo recalcar, asimismo, que nuestro venerado Mulaj Nassr Eddin, tiene también un dicho que bien a las claras expresa lo que en su opinión valen los sabios de aquellas latitudes:

«Todos hablan como si nuestros sabios supieran que la mitad de cien es igual a cincuenta».

En aquel planeta, cuanto mayor sea el número de conocimientos aprendidos mecánicamente de memoria, por un individuo, conocimientos no verificados y que nunca habrán de verificarse y que, además, jamás ha percibido por sí mismo, tanto más sabio se lo considera. Así pues, querido niño, volviendo otra vez a lo que había comenzado a contarte, llegamos finalmente a la ciudad de Babilonia, donde había gran número de sabios, procedentes de todas las partes del globo.

Dado que las causas de que se encontrasen entonces reunidos en Babilonia casi todos los sabios del planeta son en extremo interesantes me detendré a explicártelas con cierto detalle.

El hecho es que la mayoría de los sabios terrestres se habían congregado allí por orden de un peculiarísimo rey persa, bajo cuyo dominio se hallaba en aquella

época la ciudad de Babilonia.

A fin de que comprendas perfectamente cuál de los aspectos derivados de los resultados totales de las circunstancias anormalmente establecidas para la existencia ordinaria del planeta, dio origen a esta peculiaridad del rey persa, deberé informarte acerca de dos hechos fijados desde antiguo en la sociedad terráquea.

Consiste el primero de ellos en que, casi desde la época del hundimiento del continente de la Atlántida, comenzó a cristalizarse gradualmente, en la presencia de todos tus favoritos, hasta concretizarse por completo en los siglos más recientes, una particular cualidad «inherente» a los mismos, gracias a la cual, la sensación del ser conocida con el nombre de «Felicidad del propio ser» —que de tiempo en tiempo experimentan todos los seres tricerebrados, como producto de la satisfacción recibida ante la evaluación interior— aparece en las presencias de tus favoritos exclusivamente cuando adquieren en propiedad una gran cantidad de ese tan popular metal llamado oro.

La mayor desgracia para ellos que se deriva de esta particular cualidad «inherente» a sus presencias comunes, es que la mencionada sensación que procura la posesión de dicho metal, se ve reforzada por los seres que rodean al poseedor y también por aquellos que solo conocen el hecho de «oídas», sin haber tenido oportunidad alguna de convencerse personalmente por medio de las percepciones pertinentes.

Es costumbre de largo tiempo establecida allí, además, no considerar jamás mediante qué clase de manifestaciones del ser ha llegado dicho individuo a poseer esa gran cantidad de dicho metal, de modo que el sujeto en cuestión se convierte en el ente más indicado para estimular en las presencias de quienes lo rodean, el funcionamiento de la consecuencia cristalizada de la propiedad del órgano *Kundabuffer*, llamada «envidia».

Y el segundo hecho es que, cuando funciona en las presencias de tus favoritos esta principal particularidad suya, en forma «ascendente» tiene lugar, según la costumbre establecida entre las diferentes comunidades, el proceso de la destrucción recíproca de sus existencias, y después de haber echado a correr por el mundo esta propiedad, maléfica tan solo para ellos mismos, y después de haber puesto fin a estos procesos característicos suyos, el rey de la comunidad en la cual sobrevive un mayor número de súbditos, junto con el título de conquistador, suele tomar, generalmente, todo lo perteneciente a los individuos de la comunidad conquistada.

Estos «reyes conquistadores» ordenan a sus súbditos, generalmente, que se apoderen de todas las tierras conquistadas, de todos los seres jóvenes del sexo femenino que se cuentan en la colectividad sometida y de todo lo que se conoce con el nombre de «bienes y riquezas» acumulados durante largos siglos.

Así pues, cuando los súbditos de este peculiar rey persa sometieron a los individuos pertenecientes a otra comunidad, éste les ordenó que no tomaran ni tocaran cosa alguna que perteneciese a los vencidos, sino que tan solo trajesen consigo, en calidad de «cautivos» a los sabios que encontrasen en el país sojuzgado.

A fin de representarte claramente y de sustanciar en ti mismo la comprensión de la razón que movió a la extraña individualidad de este rey persa a obrar de forma tan desusada, y solo propia de él mismo, deberás saber que en la época de la civilización de *Tikliamuish*, cierto sabio tricerebrado, de nombre Jarnajum —cuya esencia se cristalizó más tarde en lo que se llama el individuo «hanasmussiano eterno»— demostró, en la ciudad de «Chiklaral», que cualquier metal viejo que abundara sobre la superficie del planeta podía transformarse fácilmente, a voluntad, en el raro y codiciado metal llamado «oro», requiriéndose para ello, tan solo, el conocimiento de un pequeño «secretito».

Este maléfico sueño del sabio, alcanzó amplia difusión por el planeta, y habiéndose cristalizado en las presencias de los seres de aquel tiempo y habiéndose transmitido por herencia, de generación en generación, comenzó a pasar a los individuos de las generaciones posteriores, bajo la forma de una definida ciencia perniciosa y fantástica, conocida con el nombre de «alquimia», tomando dicho nombre de la gran ciencia que por cierto había existido en épocas ya remotas, cuando en las presencias de sus antepasados no se habían cristalizado todavía las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*. Rama ésta del auténtico conocimiento, que en verdad podría ser provechosa e incluso indispensable para los mismísimos seres tricerebrados de la época actual.

Y como en la época a que se refiere mi relato, este rey persa necesitaba, para uno u otro de sus objetivos, indudablemente hanasmussianos, una gran cantidad de este metal, escaso en la superficie terrestre, y como también a él habían llegado noticias del método ideado por aquel individuo hanasmussiano llamado Jarnajum, decidió ponerlo en práctica para obtener el oro que tanto necesitaba.

Cuando dicho rey persa se hubo resuelto finalmente a obtener el oro por medio de la «alquimia», descubrió de pronto, con la totalidad de su ser, que no conocía todavía aquel «pequeño secretillo» sin el cual era absolutamente imposible llevar a feliz término su propósito.

De modo que se puso a meditar profundamente sobre la forma de hallarlo. El resultado de sus reflexiones fue que se percató de la siguiente:

Puesto que los sabios tienen conocimiento de toda suerte de «misterios», también deberán conocer este pequeño misterio que a mí me interesa.

Y así que hubo llegado, tras trabajosas deducciones, a tan inesperada conclusión, el rey, con un intensificado funcionamiento de su «sorpresa eseral» ante el hecho de que idea tan simple no se le hubiera ocurrido nunca antes, hizo venir a su presencia a varios súbditos, ordenándoles que buscasen entre los sabios de la capital del reino, a aquellos que tuvieran conocimiento del misterio.

Cuando se le informó, al día siguiente, de que ninguno de los sabios que en la capital residían, tenía conocimiento de aquel misterio, ordenó que trajeran a su presencia a todos los sabios del reino, y cuando, después de varios días, una vez más recibió de estos una respuesta negativa, volvió nuevamente a entregarse a sus cavilaciones, y esta vez con toda seriedad.

Su grave meditar condujo primero a su Razón a la comprensión de que, sin duda alguna, uno u otro de los sabios de su reino debía conocer también aquel «secreto», pero puesto que entre los seres de aquel tipo era costumbre mantener ocultos todos los misterios «profesionales», estaba claro que nadie había querido revelar deliberadamente lo que sabía al respecto.

Y resultado de esta meditación fue su decisión de no limitarse ya a interrogar a sus sabios, sino de someterlos a un profundo examen.

El mismo día, impartió las instrucciones necesarias a los súbditos pertinentes para que estos comenzaran a «interrogar» a los sabios, según el procedimiento desde antiguo establecido para el examen de los seres ordinarios por parte de los seres poderosos.

Y cuando aplicado el tratamiento, el rey persa debió convencerse finalmente de que los sabios de su reino nada sabían de aquel misterio, comenzó a buscar entre los sabios de otros reinos o comunidades, con la esperanza de hallar alguno que conociese la ansiada clave.

Como los reyes de los demás reinos no tenían el menor deseo de facilitar sus sabios para aquel tipo de «examen», decidió obligar a dichos reyes por la fuerza, conquistando sus dominios.

Y a partir de entonces, al frente de sus nutridos ejércitos, comenzó a efectuar una serie de «incursiones militares», según la expresión usual.

El rey persa de mi historia poseía un ejército sumamente numeroso debido a que, en aquella época, la «adaptación previsora» de la Gran Naturaleza había intensificado en las presencias de sus habitantes, lo que se conoce como «índice de natalidad», en la región de la superficie del planeta donde estaba situado este reino, y en aquella época se hallaba en vías de materialización aquello requerido para el proceso Trogoautoegocrático Cósmico Común, es decir, que de esta región de la superficie del planeta ascendían en mayor cantidad las vibraciones engendradas por la destrucción de la existencia eseral.

Estas últimas palabras de Belcebú fueron interrumpidas repentinamente por el joven Jassín, quien habló de la manera siguiente:

Querido Abuelo, no comprendo por qué la producción de las vibraciones requeridas al efecto de la materialización de este gran proceso cósmico, había de depender de una región definida de la superficie de aquel planeta.

A lo cual respondió Belcebú pausadamente:

Puesto que me propongo tomar en breve como tema de mis relatos referentes a los seres tricerebrados que habitan en la Tierra, los terribles procesos de mutua destrucción que los terráqueos llaman «guerras», será mejor diferir el problema que plantea tu pregunta hasta ese preciso momento, pues entonces estarás en condiciones óptimas para poder comprenderlo perfectamente.

Dicho lo cual Belcebú reanudó su narración de los sucesos que tuvieron por centro la ciudad de Babilonia.

Cuando el peculiar rey persa que antes mencioné, merced a las huestes bajo sus órdenes, comenzó a conquistar a los seres pertenecientes a otros reinos y a apoderarse por la fuerza de los sabios que entre ellos había, les destinó como lugar de residencia y de concentración, la ciudad de Babilonia, donde fueron trasladados a fin de que este rey, señor de la mitad del entonces continente de Asia, pudiera luego examinarlos a voluntad, siempre con la esperanza de que alguno de ellos acertase a conocer el secreto de la conversión de los metales viles en el preciado oro.

Guiado siempre por el mismo propósito, llegó, incluso, a realizar una «campaña» especial al país de «Egipto».

Y el motivo de esta campaña se debió a que los «sabios» de todos los continentes del planeta se hallaban reunidos, por entonces, en aquel país, y era

además creencia muy difundida, que la suma de los conocimientos universales solo podía obtenerse en Egipto.

Este conquistador, rey de los persas, se llevó consigo, entonces, a todos los sabios que encontró en Egipto, tanto los oriundos del lugar como aquellos que habían llegado hasta allí, provenientes de otras comunidades; y se contaban entre ellos muchos «sacerdotes egipcios» según la denominación terráquea, que no eran sino los descendientes de aquellos sabios miembros de la sociedad ajldanesa que habían conseguido escapar con vida de la segunda perturbación transapalniana y que habían sido los primeros en poblar el país.

Pero al poco tiempo una nueva pasión hizo presa de la presencia de nuestro extraño rey, y consistió ésta en el proceso de destruir la existencia de los seres semejantes a él mismo, en sustitución de la anterior pasión, y se olvidó por completo de los sabios que había traído, de modo que estos comenzaron a vivir en una relativa tranquilidad en la ciudad de Babilonia, a la espera de sus órdenes.

Los «sabios» así reunidos en la ciudad de Babilonia procedentes de casi todos los puntos del planeta, solían reunirse para examinar entre todos, como es habitual entre los «sabios» del planeta Tierra, asuntos tales que, o bien se hallaban muy por encima de su comprensión, o bien jamás podrían proporcionarles nada útil, ya fuera para ellos, o para los demás seres ordinarios.

Pues bien; fue precisamente en una de estas reuniones o debates en que se puso «sobre el tapete» —como dicen los terráqueos y como suele suceder entre los «sabios» de aquel planeta—, lo que se llama «el tema palpitante del día», que, por una u otra razón, les interesaba por cierto a todos ellos, hasta, la «propia médula».

Este asunto que llegó a convertirse en el tema palpitante del día, tanto conmovió el ser íntegro de todos los concurrentes a dicha reunión, que se «dignaron» incluso a descender de sus «pedestales», según se dice, para comenzar a debatirla, no ya con sus semejantes, los «sabios», sino en toda hora y lugar, con el primero que acertara a salirles al paso.

Consecuencia de ello, fue que gradualmente se despertó un insólito interés entre los demás seres tricerebrados ordinarios de la población de Babilonia, y en la época de mi llegada a la ciudad, había terminado ya por convertirse en el «tema del día» para todos los miembros de la comunidad.

No solamente los sabios hablaban y discutían sobre la cuestión, sino que otras conversaciones semejantes y fieras disputas habían comenzado a tener lugar entre los seres ordinarios de la comunidad.

Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y toda suerte de individuos debatían la cuestión: ni los carniceros de Babilonia habían escapado a su influjo.

Y todos se manifestaban en extremo ansiosos por llegar a conocer este asunto, en particular los más sabios.

Antes de mi llegada a la ciudad, muchos de sus habitantes habían terminado por perder la razón a raíz de aquel problema y otros muchos eran serios candidatos para seguir las huellas de los primeros.

Este «tema palpitante del día» consistía en que tanto los «malditos sabios» como los demás seres ordinarios de la ciudad de Babilonia querían saber a toda costa, si poseían o no poseían un «alma».

Ya existían por entonces en Babilonia toda clase de teorías al respecto, a cuál más fantástica; y cada día salían a la luz «nuevas» teorías, con los inconfundibles rasgos de la prisa frenética con que habían sido concebidas. Y claro está, casi no hace falta decirlo, que todas las teorías tenían sus defensores.

Si bien su número formaba una verdadera hueste, todas ellas no estaban basadas sino en dos hipótesis, aunque totalmente divergentes.

Una de ellas se llamaba «ateísta» y la otra «idealista» o «dualista».

Todas las teorías dualistas sostenían la existencia del alma, y, naturalmente, de la «inmortalidad», así como la posibilidad de toda clase de «perturbaciones» después de la muerte. Y todas las teorías ateístas, mantenían precisamente lo contrario.

En resumen, querido niño, que cuando llegamos a la ciudad de Babilonia asistimos a lo que se llama una verdadera «Torre de Babel».

Una vez pronunciadas estas palabras, Belcebú adoptó una actitud meditativa, para luego continuar en la siguiente forma:

Me gustaría explicarte ahora algo acerca de la expresión que acabo de usar, es decir «Torre de Babel». Es ésta una expresión muy en boga en tu planeta, del agrado de los seres tricerebrados contemporáneos que lo habitan.

Y si deseo detenerme a explicarte esta expresión tan en boga en el planeta Tierra y aclararte su significado, ello se debe, en primer término, a que yo mismo llegué a ser testigo presencial, en aquella época, de todos los hechos que le dieron origen y en segundo término, a que la historia del surgimiento de esta expresión y su transubstanciación en la comprensión de tus favoritos contemporáneos puede hacerte comprender con toda claridad y de forma instructiva, que, gracias como siempre a las circunstancias de vida ordinaria

anormalmente establecidas, ninguna información precisa de los hechos ocurridos a los seres de épocas anteriores llega nunca a los seres de generaciones posteriores.

Y si, por casualidad, algo les llega, como esta expresión, la fantástica Razón de tus favoritos elabora toda una teoría sobre la base, exclusivamente, de esa simple expresión, con el resultado de que aquellos ilusorios «*Egoplastikures eserales*», o lo que ellos llaman «representaciones psíquicas» crecen y se multiplican en sus presencias, gracias a lo cual ha surgido en el Universo ese «psiquismo único», extraño para seres tricerebrados, que presentan tus favoritos terrestres.

Así pues, cuando llegamos a la ciudad de Babilonia y comencé a entremezclarme con los diversos seres que allí vivían, efectuando las observaciones correspondientes a fin de dilucidar la cuestión que me interesaba y que había sido causa de mi viaje, comencé a reunirme preferentemente con los sabios, dado que dondequiera que dirigía mis pasos, me los encontraba reunidos en gran número, por lo cual, resolví practicar mis observaciones en ellos mismos, y a sus individualidades.

Entre los muchos sabios con quienes trabé relación, se encontraba uno llamado Jamolinadir, que había sido traído por la fuerza de Egipto.

Pues bien; después de varias reuniones casi llegaron a establecerse entre nosotros las mismas relaciones que suelen establecerse en todas partes cuando dos seres tricerebrados se reúnen con frecuencia.

Este Jamolinadir era uno de aquellos sabios en cuya presencia común los factores correspondientes a los impulsos de todo ser tricerebrado, que le habían sido transmitidos por herencia, no se hallaban totalmente atrofiados, y además, sucedió que durante su edad preparatoria, los seres responsables que lo rodeaban lo habían preparado también a él para llegar a ser más o menos responsable.

Es necesario destacar que había entonces, en la ciudad de Babilonia, muchos sabios como éste.

Aunque este cultivado sabio Jamolinadir se había desarrollado y educado para llegar a la edad responsable precisamente en la ciudad de Babilonia, y descendía de la raza de seres llamados «asirios», había alcanzado, sin embargo, su sabiduría en Egipto, donde se encontraba la más alta escuela existente sobre la superficie del planeta Tierra y que se llamaba la «Escuela para hacer que el Pensamiento se vuelva sustancial».

A la edad en que por primera vez lo encontré, ya había logrado llevar su «yo» —con respecto a la dirección racional de lo que se denomina «funcionamiento psíquico automático» de su presencia común— al máximo de estabilidad a que podían aspirar los seres tricentrados del planeta Tierra de aquel tiempo, como consecuencia de lo cual, durante lo que se llama el «estado pasivo de vigilia» había expresado con toda claridad manifestaciones eserales como, por ejemplo, la «consciencia de sí», «imparcialidad», «sinceridad», «sensibilidad», «ingeniosidad», etc.

Poco tiempo después de nuestra llegada a Babilonia, comencé a asistir, en compañía de Jamolinadir, a diversas «reuniones» de los mencionados sabios, enterándome de toda clase de «informes», como ellos los llaman, concernientes a aquella cuestión, que era el tema del día, y que había provocado aquella «Agitación de los espíritus de toda la ciudad de Babilonia». También mi amigo Jamolinadir se hallaba sumamente excitado por la «cuestión palpitante». Estaba agitado y perplejo debido al hecho de que tanto las teorías ya existentes como muchas de reciente origen, relativas a esta cuestión, eran igualmente convincentes, pese a los hechos enteramente contradictorios traídos en su defensa.

En su opinión, las teorías que demostraban que los terráqueos poseen alma, se hallaban expuestas de forma lógica y convincente; y, de igual modo, las teorías en que se demostraba todo lo contrario, no estaban expuestas de forma menos lógica o convincente.

A fin de que puedas colocarte en el lugar de aquel simpático asirio, te explicaré también que, en general, en aquel planeta y en la época actual no menos que en la de Babilonia, todas las teorías referentes a las cuestiones que ellos denominan del «más allá», o cualquier otra «dilucidación detallada» de cualquier «hecho» definido, son elaboradas por aquellos seres tricerebrados en quienes se han cristalizado por completo la mayoría de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer,* como resultado de lo cual, desempeña una activa función, en su presencia, la propiedad del ser que ellos mismos denominan «astucia».

En virtud de ello, conscientemente —claro está que solo conscientemente con el tipo de Razón que desde largo tiempo atrás se ha convertido en característica exclusiva de estos seres— y además, simplemente de forma automática, van adquiriendo gradualmente en su presencia común la facultad de «localizar» los puntos débiles del psiquismo de los semejantes que los rodean; y

esta facultad va formando en ellos, paulatinamente, datos tales que les permite percibir, e incluso comprender, la peculiar lógica de quienes los rodean, y de acuerdo con esos datos, inventan o proponen una de sus «teorías» relativas a una u otra cuestión, y dado que, como ya te he dicho, en la mayoría de los seres tricerebrados que allí habitan, por obra de las anómalas circunstancias de existencia ordinaria por ellos mismos establecidas, la función eseral denominada «captación instintiva de las verdades cósmicas» se ha ido atrofiando gradualmente, entonces, si un individuo dado acierta a dedicarse al estudio minucioso de cualquiera de esas «teorías» no tiene más remedio, quieras que no, que ser persuadido por ella con toda su presencia.

Pues bien, querido niño; ya habían pasado siete meses terráqueos después de nuestra llegada a la ciudad de Babilonia cuando asistí cierta vez a lo que se denomina una «conferencia general de sabios», en compañía de Jamolinadir.

Esta conferencia o congreso de sabios había sido convocada en aquella oportunidad por los sabios que previamente habían sido llevados a Babilonia por la fuerza; de este modo, no solo se hallaban presentes en aquel congreso todos los sabios traídos por el rey persa —quien, entretanto, había olvidado por completo su capricho por la «alquimia»— sino también muchos otros sabios, procedentes de otras comunidades, que habían concurrido voluntariamente a dicho congreso, «en aras de la ciencia», según la expresión terráquea.

Los oradores que debían hacer uso de la palabra en la conferencia «general de sabios» fueron designados por sorteo.

Mi amigo Jamolinadir, que también se proponía hacer uso de la palabra con respecto a cierto tema, participó del sorteo, correspondiéndole en suerte hablar en quinto lugar.

Los oradores que le precedieron, o bien se refirieron a las nuevas «teorías» que ellos habían ideado, o bien se dedicaron a criticar las teorías ya existentes, que todo el mundo conocía. Finalmente, llegó el turno de mi simpático amigo asirio. Subió entonces a lo que se denomina «tribuna», y al tiempo que lo hacía, ciertos ayudantes colocaron un tablero indicando el tema a que se referiría el orador.

Tal era la costumbre de la época.

El cartel anunciaba que el orador había escogido como tema de su informe «la inestabilidad de la razón humana».

A continuación, mi amigo terráqueo comenzó por explayarse acerca del tipo de estructura que, en su opinión, tenía el «cerebro humano encefálico», y acerca también de los casos y la forma en que las diversas impresiones son recibidas por los demás cerebros del hombre, y de la manera en que, solo después de un «acuerdo» concreto entre todos los cerebros llegan a imprimirse los resultados totales en este cerebro encefálico.

Al principio, habló de forma sumamente reposada, pero a medida que avanzaba en su discurso, empezó a agitarse, hasta que su voz se convirtió en un grito, y así, a gritos, se lanzó a criticar la Razón del hombre.

Y al mismo tiempo, censuraba sin piedad su propia Razón.

Siempre gritando, demostró, de la forma más lógica y convincente, la inestabilidad y versatilidad de la razón humana, y expuso, con todo lujo de detalles, la inmensa facilidad con que puede convencerse a la Razón de cualquier cosa.

A pesar de que en medio de los alaridos de mi terrestre amigo Jamolinadir, podía oírse perfectamente su llanto, aún anegado en lágrimas, proseguía gritando.

Más adelante, expresó lo siguiente:

«No hay nada más fácil que demostrar cualquier cosa a cualquier hombre, claro está que incluyéndome a mí también entre ellos; todo lo que hace falta conocer para ello, son los choques y las asociaciones que han de provocarse en los demás cerebros humanos, mientras uno trata de demostrar una ‘verdad’ dada».

«Es posible, incluso, demostrar a cualquier hombre que todo nuestro Mundo, y claro está que también la gente que lo habita, no son sino una ilusión, y que la autenticidad y la realidad del Mundo no son sino un ‘juanete’ y lo que es más, un juanete en el dedo pulgar del pie izquierdo. Fuera de esto, nada absolutamente existe en el Mundo; todas las cosas solo son apariencias y solo para los ‘psicópatas elevados al cuadrado’».

En este punto de su discurso, uno de los auxiliares le ofreció a nuestro simpático amigo tricerebrado una jarra de agua y un vaso, y después de haber bebido ansiosamente largos sorbos del apetecido líquido, siguió hablando, si bien ahora en un tono mucho más sereno.

«Tomadme a mí como ejemplo: no soy un hombre de instrucción ordinaria. Toda Babilonia me conoce y hasta muchas otras ciudades ha llegado la fama de

mi sabiduría».

«He terminado los estudios más elevados que se hayan realizado nunca en la Tierra y que es casi imposible que vuelvan a realizarse en el futuro».

«Pero ¿qué es lo que esta elevada evolución ha proporcionado a mi Razón con respecto a la cuestión que desde hace ya uno o dos años apasiona a toda la ciudad de Babilonia?».

«Pues bien; mi Razón, dotada del desarrollo más elevado que apetecerse pueda, me ha procurado durante esta locura general con respecto a la cuestión del alma, nada más y nada menos que ‘cinco viernes a la semana’».

«Durante todo este tiempo he examinado con la mayor atención y seriedad tanto las viejas como las nuevas teorías relativas al ‘alma’, y no hay una sola teoría con cuyo autor no concuerde completamente, puesto que todas ellas se hallan expuestas en la forma más lógica y plausible, y la Razón que yo poseo no puede sino estar de acuerdo con esta plausibilidad lógica».

«En este último tiempo he llegado a escribir, incluso, un largo trabajo sobre esta ‘cuestión del más allá’, y probablemente muchos de los aquí presentes se hayan familiarizado ya con mi lógica mentación y hasta quizás es posible que no haya uno solo entre vosotros, que no envidie la rigurosa lógica de esta mentación».

«Al mismo tiempo, sin embargo, declaro honestamente, a todos vosotros, que en lo que respecta a la ‘cuestión del más allá’, yo mismo, con todos los conocimientos que he acumulado desde mi edad más temprana, no soy ni más ni menos que lo que se llama un perfecto ‘idiota al cuadrado’».

«Se lleva a cabo actualmente, en la ciudad de Babilonia, entre nosotros, la vasta empresa de ‘construir una torre’, a fin de poder ascender al ‘cielo’ y contemplar por nuestros propios ojos lo que allí sucede».

«Se emplean para la construcción de esta torre varias clases diferentes de ladrillos cuyo aspecto exterior es en todos los casos el mismo».

«Entre estos ladrillos, los hay de hierro, de madera, de ‘amasijo’, e incluso de ‘plumas’».

«Pues bien; en la época actual se está construyendo una magnífica e inmensa torre con estos ladrillos en el centro mismo de Babilonia, y toda persona más o menos consciente deberá comprender que, tarde o temprano, esta torre tendrá que precipitarse, con toda seguridad, aplastando no solo a todo el pueblo de Babilonia, sino todos los edificios construidos en la ciudad».

«Como yo, personalmente, deseo seguir viviendo, y no tengo la menor

intención de dejarme aplastar por esta torre, no me demoraré un minuto más en partir de esta ciudad, por lo cual os digo a todos, ¡adiós, y haced lo que mejor os parezca!».

Al tiempo que profería estas palabras, descendió de la tribuna y abandonó el recinto, y si he de decirte la verdad, te confesaré que a partir de entonces nunca más volví a verlo.

Según supe más tarde, abandonó la ciudad de Babilonia aquel mismo día y para siempre, trasladándose a Ninevia, donde residió hasta alcanzar una vejez avanzada.

También supe que nunca más volvió a ocuparse el bueno de Jamolinadir con las «ciencias», dedicando desde entonces su existencia al cultivo del «*chungari*», que en el lenguaje actual recibe el nombre de «maíz».

Pues bien, nieto mío; el discurso de Jamolinadir tuvo en un primer momento tan profunda repercusión en el auditorio, que durante un mes, por lo menos, anduvieron todos con el «corazón en los pies», como suele decirse.

Y cuando por casualidad acertaban a encontrarse en la calle, no podían hablar sino de los diversos pasajes de aquel discurso, en el cual no habían dejado de pensar desde aquel memorable día.

Con tanta frecuencia se repetían las frases de Jamolinadir, que pronto se difundieron entre los seres ordinarios de Babilonia, convirtiéndose en dichos corrientes de la vida cotidiana.

Algunas de sus frases han llegado, incluso, a los seres contemporáneos del planeta Tierra, y entre ellas está la muy célebre de la «Torre de Babel».

Los seres contemporáneos imaginan ahora con toda claridad que en cierta época fue construida una torre en la ciudad de Babilonia para permitir a los terráqueos ascender en sus cuerpos planetarios hasta la propia presencia de «Dios».

Y dicen también los terráqueos contemporáneos —y están completamente persuadidos de ello— que durante la construcción de la «Torre de Babel» se confundieron las lenguas habladas por los hombres.

En general, fueron muchas las expresiones aisladas que llegaron hasta los seres contemporáneos del planeta Tierra, gracias a la mediación de diversos seres sensatos de épocas pasadas, con respecto a ciertos detalles implicados en la completa comprensión de la época en que el «centro de cultura» era la ciudad de Babilonia, así como de otras muchas épocas; y tus favoritos de épocas más

recientes, sobre la mera base de estas «migajas», han fabricado, con su Razón perfectamente «desatinada», tales fantasías que hasta nuestro mismísimo Archiastuto Lucifer podría envidiar.

Entre las muchas enseñanzas corrientes entonces en Babilonia, con respecto a la «cuestión del más allá», había dos que contaban con gran número de adeptos, si bien tales enseñanzas nada tenían en común.

Y fueron precisamente estas dos doctrinas las que empezaron a pasar, de generación en generación, confundiendo la «sana mentación eseral» de los terráqueos, ya bastante confusa de por sí.

Si bien a lo largo de esta transmisión hereditaria, los detalles de ambas doctrinas sufrieron ciertos cambios, las ideas fundamentales en ellas contenidas permanecieron intactas, manteniéndose así hasta los tiempos modernos.

Una de estas dos doctrinas, que gozaban entonces de muchos adeptos en Babilonia, era la «Dualista» y la otra, la «Ateísta».

Se sostenía en la primera que los seres poseen un alma, en la segunda, todo lo contrario, es decir, que carecen de dicha entidad.

De acuerdo con las enseñanzas dualistas o idealistas, existe en el grosero cuerpo del hombre, un cuerpo invisible, más fino y delicado, que es precisamente el alma.

Este «delicado cuerpo» del hombre es inmortal, es decir, no puede ser destruido.

Este cuerpo sutil o alma, se afirmaba también, debe rendir cuentas de todas las acciones realizadas por el «cuerpo físico», ya sean ellas voluntarias o involuntarias, y todos los hombres, ya en su nacimiento, poseen estos dos cuerpos, es decir, el físico y el espiritual.

Se afirmaba también que no bien nacen los hombres, dos espíritus invisibles se posan inmediatamente sobre sus hombros.

En el hombro derecho se instala el «espíritu del bien» al cual se le da el nombre de «ángel», y en el izquierdo, un segundo espíritu, el «espíritu del mal» al cual se le da el nombre de «demonio».

Desde el primer día de vida, estos espíritus —el espíritu del bien y el espíritu del mal— registran en sus «cuadernos» todas las manifestaciones del hombre; en tanto que el espíritu instalado sobre el hombro derecho registra todas aquellas «manifestaciones buenas»; según se llaman, o «buenas acciones», el espíritu instalado en el hombro izquierdo, registra las «malas».

Entre las funciones de estos dos espíritus se cuenta la de sugerir e impulsar al

hombre a realizar las acciones que se hallan comprendidas en sus dominios respectivos.

El espíritu de la derecha se esfuerza constantemente por impedir que el hombre realice aquellas acciones comprendidas en el dominio del espíritu opuesto y, al mismo tiempo, de hacer que ejecute aquellas manifestaciones, comprendidas en su propio dominio.

Y otro tanto hace el espíritu de la izquierda, pero a la inversa. Esta extraña doctrina sostenía más adelante que estos dos «espíritus rivales» se hallan siempre en permanente combate, y que cada uno, por su lado, hace lo posible por impulsar al hombre hacia las acciones de su dominio.

Al morir el hombre, estos dos espíritus abandonan su cuerpo físico en la Tierra y llevan a su alma ante la presencia de Dios, que se encuentra en cierto punto del «cielo».

Allá arriba, en el cielo, este Dios se encuentra sentado en su trono, rodeado por sus devotos Arcángeles y ángeles, y frente al mismo se encuentra suspendida una balanza.

A cada lado de la balanza, los «espíritus», realizan sus funciones.

A la derecha, se ubican los espíritus denominados «servidores del Paraíso», que no son sino los ángeles; y a la izquierda, los «servidores del infierno», que no son sino los demonios.

Los espíritus que estuvieron en las espaldas del hombre durante toda su vida, llevan el alma, después de la muerte, a la presencia de Dios, y Dios toma entonces de sus manos las notas donde se encuentran registradas todas las acciones del hombre, colocándolas luego en los «platillos de la balanza».

En el platillo de la derecha coloca el cuaderno del ángel y en el de la izquierda, el del demonio; y, según cuál sea el platillo que caiga, Dios ordena a los espíritus situados a los lados de la balanza que tomen el alma del hombre a su cargo.

Los espíritus colocados a la derecha se encuentran a cargo del lugar denominado «Paraíso».

Es éste un lugar de inefable belleza y maravilla. Hay allí magníficos frutos en abundancia e inagotables cantidades de flores con aromas variados; el aire está poblado continuamente con los encantadores sonidos de los cantos y de la música de querubines y serafines, y hay toda clase de cosas cuyas reacciones externas, según las percepciones y cogniciones anormalmente inherentes a los seres tricerebrados de aquel extraño planeta, pueden provocar en ellos lo que

ellos llaman una «profunda satisfacción», es decir, la satisfacción de aquellas necesidades formadas en sus presencias comunes, cuya posesión por parte de los seres tricentrados es algo criminal, y cuya totalidad ha expulsado de sus presencias todo aquello, sin excepción, que había sido puesto en ellas por nuestro PADRE COMÚN y que todo ser tricerebrado debiera poseer.

Los espíritus ubicados a la izquierda de la balanza se hallan a cargo, de acuerdo siempre con la doctrina dualista, del lugar llamado Infierno.

En cuanto al Infierno, se afirmaba que era éste un lugar desprovisto de toda vegetación, abrasado siempre por un calor inconcebible y carente de la más mínima gota de agua.

En dicho Infierno resuenan siempre los ecos de terribles «lamentos» y furiosas «injurias».

Por todas partes, hay toda clase de instrumentos de tortura; desde el «potro de tormento» y la «rueda», hasta aquellos otros dispositivos que automáticamente laceran los cuerpos frotándolos luego con sal, y cosas por el estilo.

En la doctrina idealista, se explicaba minuciosamente que a fin de que el alma entrase en el paraíso, el hombre debía esforzarse constantemente durante su vida terrenal por suministrar más material para el cuaderno del espíritu del ángel situado en su hombro derecho, pues en caso contrario, el alma del hombre iría a parar, inevitablemente, al horrible Infierno.

En este punto del relato de su abuelo, Jassín no pudo evitar interrumpirlo con las siguientes palabras.

¿Y cuáles de sus manifestaciones consideraban buenas y cuáles malas?

Belcebú dirigió entonces a su nieto una extraña mirada, y sacudiendo la cabeza, expresó lo siguiente:

En lo que a esto respecta, es decir, qué manifestaciones del ser son consideradas buenas en aquel planeta y cuáles malas, existen dos posiciones independientes que nada tienen en común, pero que desde la más remota antigüedad se han venido transmitiendo de generación en generación, hasta las épocas actuales.

El primero de estos puntos de vista ha venido transmitiéndose de generación en generación por los seres tricerebrados que en aquel planeta habitan, tales como los antiguos miembros de la sociedad ajldanesa del continente de la Atlántida y tales como aquellos que, si bien de otra naturaleza, muchos siglos

después de la perturbación transapalniana, adquirieron en sus presencias comunes casi la misma estructura de aquéllos, recibiendo entonces el nombre de «iniciados».

El primer punto de vista, pues, puede expresarse con la siguiente fórmula:

«Son buenas todas las acciones del hombre, en un sentido objetivo, que han sido realizadas en conformidad con su consciencia, y son malas todas las acciones que, una vez hechas, provocan “remordimiento” en el sujeto que las ejecutó».

Y el segundo punto de vista tuvo su origen poco tiempo después de la sabia invención del gran rey «Koniutsión», cuya invención transmitida de generación en generación a través de los seres ordinarios, se difundió gradualmente sobre todo el planeta con el nombre de «moral». Será interesante destacar aquí cierta particularidad de esta moral que fue agregada de forma accesoria, en un principio, pero que con el tiempo llegó a convertirse en parte componente de la misma.

Podrás comprender fácilmente lo que esta particularidad de la moral terrestre constituye, si te digo que tanto interior como exteriormente, participa en gran medida de una singular facultad propia y exclusiva de cierto ser conocido con el nombre de «camaleón».

Y lo extraño y peculiar de dicha particularidad de la moral terráquea, especialmente de la moral contemporánea, es que su funcionamiento depende, automáticamente y por entero, del buen humor de las autoridades locales, humor que depende también automáticamente, a su vez, del estado de las cuatro fuentes de acción que allí existen y que se conocen con el nombre de «suegra», de «digestión», de «tabaco vulgar» y de «plata».

La segunda de las doctrinas babilónicas, que contaron en un tiempo con muchos adeptos y que, transmitidas de generación en generación, alcanzaron también a tus favoritos contemporáneos, era, por el contrario, de fundamentos ateos.

Se afirmaba en las enseñanzas de los candidatos a Hanasmussianos terrestres de aquel tiempo, que no existe Dios en el mundo y que los hombres carecen de alma y que, por lo tanto, todas las charlas, prédicas y disputas relativas al alma, no son sino delirios de visionarios trastornados.

Se afirmaba, además, que solo existía en el Mundo una ley especial de la mecánica, de acuerdo con la cual todo lo que existe va pasando de una forma a

otra, es decir, que los productos de ciertas causas que los precedieron se van transformando gradualmente, convirtiéndose en las causas de otros productos posteriores.

El hombre no es, por consiguiente, sino la consecuencia de cierta causa anterior y, en su calidad de producto, deberá convertirse en causa de ciertas consecuencias.

Más adelante, se afirmaba que incluso lo que se conoce con el nombre de «fenómenos sobrenaturales» verdaderamente perceptibles para la mayoría de la gente, no son sino estos mismos efectos, procedentes de aquella ley ya mencionada de la mecánica.

La cabal comprensión de esta ley por parte de la Razón Pura, depende del conocimiento gradual, ecuánime y completo que llegue a tener de sus numerosos detalles y que solo pueden revelarse a la Razón pura en la medida de su desarrollo.

Pero en lo que a la Razón del hombre respecta, ésta es solo la suma de todas las impresiones por él percibidas, de donde surgen gradualmente los datos que él necesita para sus comparaciones, deducciones y conclusiones.

Como resultado de todo ello, se procura así más conocimientos referentes a toda clase de hechos igualmente repetidos, a su alrededor, lo cual, en la organización general del hombre constituye, a su vez, el material necesario para la formación de sus propias convicciones. De este modo, se forma, en consecuencia, en el hombre, la Razón, es decir, su propia psiquis subjetiva.

Por mucho que se haya dicho en estas dos doctrinas sobre el alma, y por muy malignos que hayan sido los medios preparados por aquellos sabios congregados allí, en representación de casi todos los puntos del planeta, para la gradual transformación de la Razón de sus descendientes en un verdadero saco de sinsentidos, no fue sin embargo, en un sentido objetivo, totalmente calamitoso; pero todo el mal objetivo yace oculto en el hecho de que más tarde, como resultado de estas enseñanzas, se produjo un vasto mal, no solo para sus descendientes, sino también, quizá, para todo lo que existe.

El hecho es que, durante la mencionada «agitación de los espíritus» de aquella época en la ciudad de Babilonia, estos sabios, merced a la cantidad de «necedades» encerradas en sus presencias adquirieron, además de todo cuanto sabían ya, una nueva masa de datos para las manifestaciones Hanasmussianas, y cuando, una vez finalizado el congreso, se dispersaron, marchándose cada uno a

su casa, comenzaron en todas partes, claro está que inconscientemente, a propagar, a manera de una contagiosa enfermedad, todas estas ideas que terminaron por destruir los últimos residuos e incluso los más mínimos vestigios dejados por los sagrados trabajos del Santísimo Ashyata Sheyimash.

Los residuos de aquellos Santos «trabajos conscientemente sufridos» que deliberadamente se habían materializado con el propósito de crear, precisamente en beneficio de los seres tricentrados, las circunstancias externas especiales de la vida ordinaria requeridas para la desaparición gradual de las malignas consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, de modo tal que en su lugar pudieran adquirir sus presencias, paulatinamente, las cualidades propias de todos los seres tricerebrados que habitan el universo, cuya presencia total no es sino un símil de la perfección característica de todo cuanto existe en este nuestro Universo.

Otro efecto de las diversas «necedades» propagadas por aquellos sabios terrestres reunidos en la ciudad de Babilonia con respecto a la cuestión del alma, fue que no mucho tiempo después de mi quinta aparición personal en la superficie de aquel planeta, su Centro Cultural, la incomparable y en verdad magnífica Babilonia, fue, para decirlo con una expresión terráquea, barrida de la faz del planeta Tierra, sin que nada de ella quedara para la posteridad.

Y fue así no solamente con la ciudad de Babilonia, sino también con todo lo que habían adquirido y realizado los seres que habían existido allá en el transcurso de numerosos siglos.

En honor a la justicia, debo decir ahora que la primera iniciativa para la destrucción de los sagrados trabajos de Ashyata Sheyimash no partió sin embargo de estos sabios terrestres que se habían reunido en la ciudad de Babilonia, sino de la invención de cierto «sabio» muy famoso allí, que había vivido en el continente de Asia, muchos siglos antes de los sucesos babilónicos, es decir, de la invención del ser llamado «Lentrojamsanín» quien, habiendo recubierto su parte eseral superior con una unidad definida, y habiéndose perfeccionado por medio de la Razón hasta el grado requerido por la Razón Objetiva, se convirtió también en uno de los trescientos trece Individuos Hanasmussianos Eternos que viven ahora en el pequeño planeta conocido actualmente con el nombre de «Expiación».

También habré de hablarte, a su tiempo, de este individuo «Lentrojamsanín», puesto que todo lo que a él se refiere habrá de servirte para comprender el

extraño psiquismo de los seres tricerebrados que habitan el distante y peculiar planeta de tu predilección.

Pero solo habré de hacerlo una vez que haya terminado mi exposición acerca del Santísimo Ashyata Sheyimash, dado que la información concerniente a este sagrado individuo y a sus actividades vinculadas al planeta Tierra, es de la mayor importancia y valor para nuestra comprensión de las peculiaridades del psiquismo de estos seres tricerebrados que se han ganado tu simpatía y que habitan en el remoto planeta Tierra.

Capítulo 25
El Santísimo Ashyata Sheyimash: un enviado del cielo a la tierra

Tras una breve pausa, Belcebú reanudó su relato de este modo:

Ahora deberás escuchar atentamente todo lo relativo al santísimo Ashyata Sheyimash —hoy convertido en un *Individuum* Cósmico Común— y a sus actividades relacionadas con la existencia de los seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra.

Ya te he dicho más de una vez que por Misericordioso designio de nuestro OMNIAMANTE ETERNO PADRE COMÚN, nuestros Altísimos y Santos «Individuums» Cósmicos materializan de tiempo en tiempo, en la presencia de cierto ser tricerebrado terrestre, una «concepción determinada» de un *Individuum* Sagrado, a fin de que dicho ser, convertido en terrestre y dotado de una presencia terrestre, pueda «orientarse» sobre el terreno, confiriendo al proceso de la existencia ordinaria de sus semejantes una nueva dirección, merced a lo cual, las consecuencias ya cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, así como la predisposición a otras nuevas cristalizaciones, sean arrojadas fuera de sus presencias.

Fue unos siete siglos antes de los sucesos babilónicos de que te he hablado, cuando tuvo lugar la materialización de una «concepción determinada» de cierto *Individuum* Sagrado de nombre Ashyata Sheyimash en el cuerpo planetario de un ser tricerebrado, quien se convirtió así en un Mensajero de lo Alto y quien ha llegado a ser, hasta el presente, el más elevado de los Santísimos y Sagrados «Individuums» cósmicos comunes.

Ashyata Sheyimash llevó a cabo su concepción en el cuerpo planetario de un muchacho de humilde familia, descendiente de lo que se llama la «Raza

Sumeria», en un pequeño pueblo conocido con el nombre de «Pispaskana», situado a corta distancia de Babilonia.

Con el tiempo, este muchacho llegó a la edad del ser responsable, recibiendo su preparación, parte en aquel pequeño lugar y parte en la propia Babilonia, que si bien no era por entonces la magnífica ciudad que habría de ser más tarde, gozaba ya de gran fama.

El Santísimo Ashyata Sheyimash fue el único Enviado del Cielo que logró, mediante sus Santos Trabajos, crear en aquel planeta condiciones tales que hiciesen posible el desarrollo de una existencia semejante a la que los demás seres tricerebrados de los otros planetas gozan en nuestro Gran Universo.

También fue él el primero que se negó a utilizar para el cumplimiento de la misión que se le había asignado, los métodos ordinarios empleados con los seres tricerebrados, desde tiempo inmemorial, por los demás Mensajeros de lo Alto.

Así, el Santo Ashyata Sheyimash ni enseñó ni predicó nada a los seres tricerebrados ordinarios del planeta Tierra, como había sido costumbre hacerlo, antes y después de su misión en la tierra, por todos los mensajeros enviados de lo Alto con el mismo objeto.

Como resultado de ello, ninguna de Sus enseñanzas llegó, en forma alguna, a los contemporáneos, ni siquiera a la tercera generación de los seres que sucedieron a su muerte. Todo cuanto se sabe de Sus Santas Actividades fue transmitido de generación en generación por aquellos seres conocidos con el nombre de «iniciados», por medio de cierto código denominado «*Legamonismo*», con todos Sus discursos, y titulado «Horror de la situación». Aparte de esto, sobrevivió de aquella época, y existe hasta hoy, una «tablilla de mármol» en la cual se habían grabado Sus «consejos», Sus «mandamientos» y Sus «dichos», según Él los expresó a sus contemporáneos.

Y en la época actual, esta tablilla es una sagrada reliquia conservada por un pequeño grupo de iniciados que se conoce con el nombre de «Hermandad de *Olbogmek*», cuyo centro de actividades se encuentra en el corazón del continente asiático.

El término *Olbogmek* significa: «No hay diferentes religiones; solo hay un Dios». En mi última visita personal a la superficie de tu planeta, casualmente llegué a tener conocimiento del «*Legamonismo*» donde se guardan para la posteridad del planeta Tierra las meditaciones del Santo Ashyata Sheyimash bajo el título «Horror de la situación».

El «*Legamonismo*» fue de incalculable valor para mí, pues gracias al mismo

pude esclarecer ciertos aspectos extraños del psiquismo de estos peculiares seres, aspectos precisamente que, pese a mis cuidadosas observaciones, practicadas durante decenas de siglos, no había logrado comprender todavía.

—Mi querido y bien amado Abuelo, dime, por favor: ¿qué significa el término «*Legamonismo*»?, —preguntó Jassín a Belcebú.

—La palabra «*Legamonismo*» —replicó éste—, se utiliza para denominar uno de los medios existentes para la transmisión, de una generación a otra, de los conocimientos relativos a ciertos hechos del pasado remoto, entre aquellos seres tricerebrados considerados dignos de poseer dicha información y que reciben el nombre de «Iniciados».

Este medio de transmitir los conocimientos de generación en generación había sido ya ideado por los habitantes del continente de la Atlántida. A fin de que puedas comprender mejor tal medio para transmitir los conocimientos a los seres de generaciones posteriores, deberé explicarte aquí algo acerca de estos individuos que he llamado «Iniciados».

En la antigüedad, en el planeta Tierra, esta palabra era siempre usada exclusivamente con aquel sentido, y los seres tricerebrados que recibían entonces el nombre de «iniciados» eran aquellos que habían adquirido en sus presencias casi los mismos datos objetivos, y ello podía ser percibido por los demás seres.

Pero en los últimos dos siglos, esta palabra ha empezado a usarse con dos sentidos diferentes. En uno de ellos se la emplea con el mismo propósito que antes, es decir, para designar a aquellos seres que se convierten en «iniciados» gracias a sus trabajos personales conscientes y a sus sufrimientos voluntarios; y de este modo, como ya te he dicho, adquieren en sí mismos el mérito objetivo necesario, susceptible de ser percibido por los demás seres, independientemente de cuál sea su sistema cerebral, inspirando en todos los demás seres confianza y respeto.

En el segundo sentido, se da este nombre a aquellos seres pertenecientes a lo que se conoce con el nombre de «pandillas criminales» que, en el período antes aludido, se multiplicaron considerablemente, y que tienen por objetivo principal el «robo» a los seres que los rodean de los «valores esenciales».

Con el pretexto de estudiar ciertas ciencias «místicas» o «sobrenaturales», estas «pandillas criminales» se ocupan en realidad, y con gran éxito, de este tipo de despojo a sus semejantes. Así pues, todo miembro auténtico de tales pandillas recibe el nombre de iniciado.

Entre estos «iniciados» terrestres, los hay incluso muy «grandes», y estos «grandes iniciados», especialmente en los tiempos actuales, consisten en aquellos «iniciados» ordinarios de «nueva promoción» que, en sus «negocios de virtuosismo» pasan, como allá dicen, «por el agua, por el fuego, por las tuberías de la estufa», hasta por todas las salas de juego de ruleta de Montecarlo.

Así pues, querido niño, «*Legamonismo*» es el nombre dado a la transmisión sucesiva de los conocimientos referentes a hechos remotos ocurridos en el planeta Tierra, de unos iniciados a otros, en el primer sentido, es decir, de seres realmente meritorios que han recibido esos conocimientos, a otros seres semejantes, no menos meritorios que los primeros.

Esa forma de transmitir los conocimientos, fue inventada por los seres de la Atlántida, conviene hacerles justicia, ya que esa manera de proceder es realmente muy sensata y alcanza perfectamente su meta.

Y en efecto, este medio era, en realidad, sumamente sabio y apto para lograr su objetivo. Gracias a él poseemos ahora ciertos conocimientos relativos a hechos remotos en la historia, que de otro modo jamás nos habrían llegado.

En cuanto a los conocimientos transmitidos de generación en generación por la masa ordinaria de seres que habitan aquel planeta, no tardan en desaparecer completamente de su memoria, o a lo sumo no dejan tras ellas, como dice nuestro querido Mulaj Nassr Eddin, más que «plumas y pelos y un tema para Scherezade».

De donde se deduce que cuando unas pocas migajas de conocimientos relativos a uno u otro hecho, aciertan a perdurar, transmitiéndose hasta los seres de remotas generaciones posteriores, y los sabios de «nueva promoción» hacen un «batido» personal con estas migajas, se produce un «fenómeno» en extremo peculiar e instructivo y es éste, que cuando las cucarachas terrestres se enteran de lo contenido en aquel «batido», el «demonio de San Vito» se apodera inmediatamente de sus presencias comunes y comienza a enfurecerlos alegremente.

La forma en que los sabios contemporáneos del planeta Tierra hacen su «batido» con las migajas de conocimiento que hasta ellos han llegado, se halla muy bien ilustrada por una de las sabias sentencias de nuestro muy estimado Mulaj Nassr Eddin, que dice lo siguiente:

«Hay una pulga en el Mundo nada más que con este propósito, para que cuando estornude tenga lugar el diluvio con

cuya descripción nuestros sabios gustan tanto de ocuparse».

Debo decirte que cuando residía entre tus favoritos, siempre me resultaba difícil contener, como ellos dicen, la «risa», cuando uno u otro de sus sabios pronunciaba una «conferencia» o me relataba personalmente algunos hechos del pasado de los cuales yo había sido testigo de forma presencial.

Estas conferencias o «cuentos» se hallan tan atiborradas de ficciones y de toda suerte de absurdos, que aunque se lo propusiera, ni nuestro Archiastuto Lucifer o sus ayudantes, podrían superarlas.

Capítulo 26
El «*Legamonismo*» referente a las meditaciones del Santo Ashyata Sheyimash, con el título «Horror de la situación»

—El «*Legamonismo*», —continuó diciendo Belcebú—, mediante el cual fueron transmitidas las meditaciones del Santo Ashyata Sheyimash, tenía el siguiente contenido:

Comenzaba con la oración:

«En el nombre de la causa de mi advenimiento, me esforzaré siempre en ser justo hacia todo principio espiritualizado de NUESTRO CREADOR COMÚN, EL PODEROSO AUTÓCRATA INMORTAL, y hacia todo principio de sus manifestaciones espiritualizadas venideras. Amén».

«De lo Alto me fue mandado a mí, una desdeñable partícula dentro del GRAN TODO, que me recubriera con el cuerpo planetario de un ser tricentrado de este planeta, para ayudar a todos los demás seres que aquí nacen y viven, a liberarse de las consecuencias de las propiedades de aquel órgano que, por importantes razones, fue materializado en las presencias de sus antepasados».

«Todos los Sagrados *Individuums* que me precedieron, especial y deliberadamente creados desde lo Alto, no han dejado de esforzarse por lograr el mismo objetivo, mediante una u otra de las tres sagradas formas de autoperfeccionamiento, ordenado de antemano por NUESTRO ETERNO CREADOR, es decir, por medio de los caminos sagrados inspirados en los impulsos eserales de la ‘Fe’, la ‘Esperanza’ y el ‘Amor’».

«Cuando cumplí los diecisiete años, comencé a preparar, cumpliendo órdenes de lo Alto, mi cuerpo planetario, a fin de volverlo capaz, durante la existencia responsable, de ser imparcial».

«En la época de mi ‘autopreparación’ tuve la intención de ejecutar una tarea que me había sido encomendada, una vez alcanzada la edad responsable, por medio de uno u otro de los tres sagrados impulsos eserales mencionados».

«Más durante el período de mi ‘preparación’, acerté a encontrar muchos seres de casi todos los ‘tipos’ formados y existentes en la ciudad de Babilonia, y cuando, durante mis observaciones imparciales, pude comprobar muchos rasgos de sus manifestaciones eserales, se infiltró en mi ser, para crecer luego progresivamente, una ‘duda esencial’ en cuanto a las posibilidades de salvar a los seres tricentrados de este planeta, empleando uno u otro de estos tres caminos sagrados».

«Las diferentes manifestaciones de los seres que entonces encontré, que no hicieron sino aumentar mis dudas, me fueron convenciendo paulatinamente de que las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, habiendo pasado por herencia a través de una serie de generaciones y a lo largo de un extenso periodo de tiempo, habían llegado finalmente a cristalizarse hasta tal punto en sus presencias, que ahora representaban, en cuanto a los seres contemporáneos, una parte perfectamente legal de su esencia, y de ello resultaba que estas consecuencias cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, constituían entonces, por así decirlo, una ‘segunda naturaleza’ de sus presencias comunes».

«Así pues, cuando me convertí finalmente en un ser responsable, resolví que antes de efectuar mi elección entre aquellos caminos sagrados, habría de llevar mi cuerpo planetario al estado del sagrado *Ksherknara*, es decir, al estado de ‘la percepción eseral equilibrada de todos los cerebros’, para elegir entonces el método a seguir en mi misión».

«Con este propósito, ascendí entonces el monte ‘Vezinyama’, donde permanecí durante cuarenta días y cuarenta noches hincado de rodillas, absorto en mi meditación».

«Durante otros cuarenta días y cuarenta noches, me privé de todo alimento o bebida, dedicándome a recordar y analizar todas las impresiones presentes en mí, recogidas a través de todas las percepciones experimentadas durante mi existencia terrenal en el periodo de mi ‘preparación’».

«Durante un tercer período de cuarenta días y cuarentas noches, permanecí postrado de rodillas y privado de alimentos y bebida, y cada media hora me arrancaba dos pelos del pecho».

«Y solo cuando hube alcanzado finalmente la completa liberación de todas

las asociaciones corporales y espirituales de las impresiones de la vida ordinaria, comencé a meditar sobre lo que iba a hacer».

«Estas reflexiones de mi purificada Razón, me mostraron claramente que ya era demasiado tarde para poder salvar a los seres contemporáneos con cualquiera de los tres caminos sagrados antes enunciados».

«Estas reflexiones me llevaron a la conclusión terminante de que todas las funciones auténticas que debieron ser en los hombres tales como lo son en todos los seres tricentrados de nuestro Gran Universo, habían degenerado ya en sus antepasados lejanos en otras funciones que forman parte de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, muy semejantes en apariencia, por lo demás, a las verdaderas funciones eserales sagradas de la 'Fe', la 'Esperanza' y del 'Amor'».

«Y esta degeneración se produjo, con toda seguridad, como resultado del hecho de que, cuando el órgano *Kundabuffer* fue destruido en sus antepasados, y a pesar de que estos hubiesen adquirido entonces los factores de los verdaderos impulsos eserales sagrados, les quedaba todavía el sabor de muchas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*; de allí en adelante aquellas de las propiedades de ese órgano semejantes en apariencia a los tres impulsos sagrados se confundieron gradualmente con estos últimos, con el resultado de que cristalizaron en su psiquis terráquea aquellos factores de impulsos de la 'Fe', la 'Esperanza' y del 'Amor' semejantes, por cierto, a los verdaderos, y sin embargo muy singulares».

«Y los seres tricentrados contemporáneos, creen, aman y esperan a veces, tanto con su Razón, así como con su sentimiento; pero ¿cómo creen ellos, cómo aman y cómo esperan?, ¡ah, es precisamente ahí donde yace toda la peculiaridad de estas tres propiedades del ser!».

«Ellos también creen, pero este sagrado impulso no funciona en ellos independientemente, a diferencia de la generalidad de los seres tricentrados que habitan en los demás planetas de nuestro Gran Universo; en ellos este impulso surge bajo la dependencia de ciertos factores, formados en su presencia común, debido, como siempre, a las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, tales como esas particulares propiedades que han surgido en ellos y a las cuales dan los nombres de 'vanidad', 'amor propio', 'orgullo', 'engreimiento', etc».

«Como consecuencia de ello, los seres tricerebrados que aquí habitan son particularmente dados a percibir y a fijar en su presencia toda clase de

‘*Sinkrpusaramos*’ o, como aquí se dice, son capaces de ‘creer cualquier cuento’».

«Es perfectamente fácil convencer a los seres que habitan este planeta de cualquier cosa que a uno se le antoje, siempre que durante las percepciones de estas ‘ficciones’ se provoque en sus presencias, ya sea conscientemente y desde el exterior, o automáticamente, desde dentro, el funcionamiento de una u otra consecuencia correspondiente de las propiedades del órgano *Kundabuffer* cristalizadas en ellos, de entre aquellas que forman lo que se llama la ‘subjetividad’ del ser dado, tales como, el ‘amor propio’, la ‘vanidad’, el ‘orgullo’, la ‘fanfarronería’, la ‘jactancia’, la ‘arrogancia’, etc».

«Debido a la influencia que tales acciones han ejercido sobre su Razón degenerada y sobre los factores degenerados en sus respectivas localizaciones, cuyos factores materializan las sensaciones eserales de los terráqueos, no solo se cristalizó una falsa convicción con respecto a dichas ‘ficciones’, sino que además, comenzaron a demostrar con la mayor vehemencia, y no sin la mayor sinceridad y buena fe, a todos quienes los rodeaban, que las cosas eran así y que no podrían ser de otro modo».

«De forma igualmente anómala, se modelaron en ellos los datos para provocar el sagrado impulso del ‘Amor’».

«En las presencias de los seres de los tiempos contemporáneos, también existe, y a discreción, ese extraño impulso que denominan ‘Amor’».

«Pero este ‘Amor’ terráqueo es, en primer término, un producto más de ciertas consecuencias cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, y, en segundo término, dicho impulso surge en ellos y se manifiesta según un proceso enteramente subjetivo, tan subjetivo y tan diferente para los distintos individuos, que si se les pidiese a una decena de ellos que explicaran sobre la forma en que sienten dicho impulso interior, —siempre que, por supuesto, respondieran, por una vez, sinceramente, confesando sus sensaciones auténticas y no aquellas acerca de las cuales han leído en alguna parte o han aprendido algo de oídas— los diez darían respuestas distintas, describiendo otras tantas sensaciones diversas».

«Así uno explicaría esta sensación solo bajo su aspecto sexual; otro en el sentido de la compasión; un tercero, en el del deseo de sometimiento; un cuarto, en el de un apetito vehemente por objetos exteriores, y así sucesivamente… pero

ninguno de los diez podría describir, ni aun lejanamente, la auténtica sensación del amor».

«Y ninguno de ellos podría hacerlo, porque ninguno de los hombres ordinarios que aquí habitan ha tenido jamás sensación alguna del sagrado impulso eseral del Amor auténtico. Y sin conocer ese ‘sabor’, no sabrían representarse ese impulso eseral sagrado que más beatitud aporta en la presencia de todo ser tricentrado del Universo y que se desarrolla en nosotros, conforme a la previsión divina de la Gran Naturaleza, datos tales que al sentir sus resultados podemos felizmente descansar de las meritorias tareas que hemos cumplido con vistas a nuestro propio perfeccionamiento».

«Aquí, en la actualidad, si uno de esos seres tricerebrados ama a algún otro ser, esto sucede, bien porque el último lo anima siempre mediante lisonjas inmerecidas, o bien porque su nariz se parece considerablemente a la nariz de la mujer u hombre con el cual, gracias a la ley cósmica de la ‘polaridad’ o del ‘tipo’, se ha establecido una relación todavía sin romperse, o, finalmente, solo lo ama porque el tío del segundo tiene a su cargo negocios fabulosos y puede llegar un día a procurarle grandes bienes, y así sucesivamente».

«Pero aquí, en la Tierra, jamás se aman los hombres con amor auténtico, ecuánime y desinteresado».

«Gracias a esta clase de amor desarrollado entre los seres contemporáneos, las predisposiciones hereditarias a la cristalización de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, se ejercen hoy sin dificultad alguna, pasando a fijarse en su naturaleza como parte legítima de la misma».

«Y en cuanto al tercer sagrado impulso eseral, es decir, ‘la Esperanza’ de la esencia, su situación en las presencias de los seres tricentrados que aquí habitan es aún más deplorable que la de los otros dos».

«Dicho impulso eseral no solo ha terminado por adaptarse a la integridad de sus presencias en forma distorsionada, sino que esta maligna y extraña esperanza, de reciente formación en los terráqueos, que ha pasado a sustituir al impulso eseral de la verdadera y sagrada Esperanza, es ahora la razón principal de que ya no puedan adquirir aquellos factores necesarios para el funcionamiento de los auténticos impulsos eserales de la Fe, el Amor y la Esperanza».

«En razón de esta ‘anómala recién formada esperanza de los hombres’ estos siempre están esperando algo, y de este modo, se ven constantemente

paralizadas todas las posibilidades surgidas, o bien intencionalmente desde fuera, o accidentalmente, desde dentro de ellos mismos, cuyas posibilidades podrían quizás llegar a destruir en sus presencias, las predisposiciones hereditarias a la cristalización de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*».

«Cuando regresé de la montaña 'Vezinyama' a la ciudad de Babilonia, proseguí efectuando mis observaciones encaminadas a esclarecer la posibilidad de ayudar a estos infortunados seres de una u otra forma».

«Durante un año de observaciones especiales de todas sus manifestaciones y percepciones, llegué a la categórica conclusión de que, si bien los factores necesarios para engendrar en sus presencias los sagrados impulsos eserales de la Fe, la Esperanza y el Amor, ya habían degenerado por completo en los habitantes de este planeta, el factor encargado de engendrar aquel impulso eseral sobre el que reposa la organización de toda la psiquis de los seres pertenecientes al sistema tricerebrado, —impulso que existe bajo el nombre de 'conciencia moral objetiva'— no se hallaba atrofiado todavía en ellos, sino que, por el contrario, permanecía aún casi intacto en sus presencias».

«Merced a las anómalas circunstancias externas para la vida ordinaria por ellos establecidas, este factor ha ido penetrando gradualmente en la consciencia, que aquí se llama 'subconsciente', hasta incrustarse en ella, como consecuencia de lo cual dicho factor no tiene la menor participación en el funcionamiento de su consciencia ordinaria».

«Así pues, fue precisamente entonces cuando comprendí, sin lugar a dudas, con todas las partes independientes de la integridad psíquica que configuraba mi yo, que si el funcionamiento de ese factor eseral, presente todavía en sus presencias comunes, debía participar en el funcionamiento general de la consciencia en que ellos pasan su cotidiana 'existencia de vigilia', como ellos dicen, solo entonces sería posible salvar a los seres tricerebrados contemporáneos de las consecuencias de las propiedades de aquel órgano que les fue deliberadamente implantado a sus antepasados lejanos».

«Reflexiones posteriores me convencieron de que solo sería posible lograr ese objetivo, en el caso de que pudiera lograrse que su existencia general fluyera durante largo tiempo en ciertas condiciones previstas de antemano».

«Cuando todo lo que acabo de referir se hubo transustanciado completamente en mi ser, decidí consagrar mi integridad, a partir de entonces, a

la creación de condiciones tales que permitiesen el funcionamiento de esta ‘consciencia moral sagrada’ que todavía permanecía en su subconsciente para que estimulara, en forma gradual, su participación en la consciencia ordinaria, común a los seres tricerebrados del resto de nuestro Gran Universo».

«Que la bendición de NUESTRO TODO PODEROSO OMNIAMANTE UNIEXISTENTE PADRE COMÚN Y ETERNO CREADOR se extienda sobre mi decisión. Amén».

Así finalizaba el «*Legamonismo*» relativo a las meditaciones del Santísimo e incomparable Ashyata Sheyimash, tituladas «Horror de la situación».

Así pues, querido nieto, en los primeros días terráqueos de mi última visita personal a la superficie de tu planeta, cuando, como ya te he dicho antes, trabé conocimiento minucioso de este «*Legamonismo*» que te acabo de narrar, habiéndome interesado inmediatamente por las deducciones elaboradas por el venerado y altísimo Santo «Individuum» Cósmico Común, Ashyata Sheyimash, decidí investigar detalladamente qué medidas habría tomado dicho Santo y cómo las había materializado consecuentemente, a fin de ayudar a estos infortunados seres a liberarse de las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer* que les habían sido transmitidas por herencia y que tan perjudiciales habían resultado para todas sus manifestaciones eserales.

De este modo, convertí en una de mis principales tareas durante ésta mi última visita personal al planeta Tierra, la investigación minuciosa y el consiguiente esclarecimiento de las Sagradas Actividades desplegadas entre tus favoritos por aquel Gran Amador Esencial, actualmente, Altísimo y Santo «Individuum» Cósmico Común, Ashyata Sheyimash.

Y en cuanto a la «tablilla de mármol» que casualmente perduró hasta ahora desde la época del Santísimo, Grande entre los Grandes, Ashyata Sheyimash, y que constituye actualmente la más sagrada reliquia de la hermandad de seres iniciados que se dan a sí mismos el nombre de Hermanos de *Olbogmek*, me tocó en suerte poder verla y leer el contenido grabado en ella, durante mi última estancia en el planeta de tu predilección.

De mis posteriores indagaciones se desprendió que cuando este santísimo Ashyata Sheyimash hubo establecido en la Tierra las particulares condiciones necesarias para la existencia ordinaria del ser que Él se había propuesto establecer, muchas de estas tablillas, por Su consejo e iniciativa, fueron colocadas en lugares correspondientes de numerosas ciudades, donde fueron

grabadas, con toda clase de dichos y consejos, que eran otras tantas prédicas de la existencia por Él ideada.

Pero más tarde, cuando nuevamente irrumpieron sobre la faz del planeta Tierra las cruentas guerras de los hombres, todas estas tablillas fueron destruidas por aquellos extraños seres y solo una de ellas, es decir, la que guardan actualmente con inigualable celo los miembros de la Hermandad «Olbogmek», logró sobrevivir, según ya te dije, y, merced a mi favorable fortuna, llegó hasta mis propias manos.

En dicha tablilla, podían leerse las siguientes inscripciones referentes a los sagrados impulsos eserales denominados Fe, Amor y Esperanza:

> Fe, Amor y Esperanza.
>
> - La fe de la consciencia es libertad.
> - La fe del sentimiento es debilidad.
> - La fe del cuerpo es estupidez.
>
> - El amor de la consciencia provoca, en respuesta, su igual.
> - El amor del sentimiento provoca su contrario.
> - El amor del cuerpo depende tan solo del tipo y de la polaridad.
>
> - La esperanza de la consciencia es fuerza.
> - La esperanza del sentimiento es esclavitud.
> - La esperanza del cuerpo es enfermedad.

Antes de seguir contándote acerca de las actividades desarrolladas por el Santo Ashyata Sheyimash, para el bienestar de tus favoritos, debo aclararte, en detalle, el impulso interior denominado «esperanza» por tus favoritos, y con respecto al cual el Santo Ashyata Sheyimash comprobó que su situación era mucho peor que la de los otros dos impulsos.

Y las observaciones e investigaciones personales que más tarde realicé con este fin exclusivo, en lo referente a este extraño impulso presente en los terráqueos, me demostraron terminantemente que, en verdad, los factores necesarios para engendrar este anómalo impulso en sus presencias eran los más malignos que en ellos actuaban.

Merced a esta anómala esperanza de los terráqueos se ha desarrollado entre

ellos una singular enfermedad, insólita en el más alto grado, que aun hace estragos en nuestros días y lleva el nombre de «Mañana».

Esta extraña «enfermedad del mañana» tiene terribles consecuencias, particularmente entre aquellos desdichados seres tricerebrados, quienes al saber por casualidad que se encuentran en ellos ciertas consecuencias en extremo indeseables, se convencen de ello categóricamente, con toda su presencia y saben qué esfuerzos son indispensables, y hasta saben cómo hacerlos para liberarse de ellas.

Y ésta es precisamente, la parte maléfica de todo aquel mal tan grande y terrible, que, debido a diversas causas, grandes y pequeñas, se encuentra concentrado en el proceso de la existencia ordinaria de estas lamentables criaturas tricerebradas. Aquellos que por casualidad llegan a tener conocimiento de todo lo que antes dije, jamás logran efectuar los esfuerzos requeridos y postergando las cosas de «mañana» en «mañana», se ven también privados de la posibilidad de llegar a lograr nunca algo concreto.

Esta extraña, y para tus favoritos, maligna enfermedad del «mañana», ha terminado por convertirse en un serio obstáculo para los seres de los tiempos actuales, no solo porque se ven estos totalmente privados de toda posibilidad de expulsar de sus presencias las consecuencias cristalizadas de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, sino también porque representa para la mayoría de ellos, un grave inconveniente, en el honesto cumplimiento de las obligaciones eserales que se han vuelto completamente indispensables, en conformidad con las circunstancias ya establecidas para la vida eseral ordinaria.

Merced a esta enfermedad del «mañana», los seres tricerebrados que allí habitan, especialmente los contemporáneos, posponen casi siempre «para más tarde» lo que debe ser hecho al momento, con la convicción de que «más tarde» lo harán mejor y más cumplidamente.

Debido a dicha maligna enfermedad del «mañana», sucede que la mayoría de estos desdichados terráqueos que accidentalmente, o debido a cierta influencia consciente proveniente del exterior, se percatan, mediante su Razón, de su completa nulidad y comienzan a percibirla con todas las partes espiritualizadas independientes de sus presencias, y que aciertan también a saber, por casualidad, qué esfuerzos eserales y en qué forma han de hacer a fin de convertirse en lo que es propio de los seres tricerebrados normales, en el orden Universal, llegan finalmente, —por la postergación eterna de un «mañana» hasta otro «mañana», y así siguiendo, en una cadena interminable—, a ese muy triste día en que surgen

en ellos y comienzan a manifestarse los signos precursores de la vejez llamados «impotencia» y «debilidad» que constituyen el sino inevitable de todas las formaciones cósmicas grandes y pequeñas hacia el final de su existencia.

También debo explicarte aquí, el extraño fenómeno que pude comprobar durante mis observaciones y estudios de las formaciones y las presencias, ya casi degeneradas, de tus favoritos, es decir, que en muchos de ellos, hacia el fin de su existencia planetaria, la mayoría de las propiedades de aquel dichoso órgano que había cristalizado en sus presencias comunes por error de un Altísimo individuo Sagrado, comienzan a atrofiarse por sí mismas hasta desaparecer, algunas de ellas, incluso, por completo. Como consecuencia natural de lo cual, dichos seres comienzan a ver y percibir la realidad, en forma un poco más exacta.

En estos casos, surge en ellos un fuerte deseo, de trabajar sobre sí mismos, de modificar sus presencias, a fin de lograr, como ellos dicen, la «salvación de sus almas».

Pero ni falta hace decir que nada puede resultar de tales deseos, simplemente porque ya es demasiado tarde para ellos. De hecho, el tiempo que les había sido concedido para ese fin por la Gran Naturaleza ha concluido y pese a que ellos ven y sienten la necesidad de materializar los esfuerzos eserales requeridos para el cumplimiento de tales deseos, solo pueden conseguir ahora el «dolor de una existencia malversada» y de los «achaques físicos propios de la vejez».

Así pues, nieto mío, mis investigaciones relativas a las actividades posteriores del Santo Ashyata Sheyimash para el bienestar de los seres tricerebrados que habitan en aquel planeta de tus simpatías, me condujeron finalmente a las siguientes conclusiones:

Cuando este grande y, por Su Razón, casi incomparable *individuum* Sagrado se convenció plenamente de que los caminos sagrados ordinarios conocidos para lograr el autoperfeccionamiento de todos los seres tricerebrados del Universo no eran ya adecuados para los seres del planeta tierra, entonces, después de un año de observaciones y estudios especiales sobre su psiquismo, volvió a ascender a aquel monte de ‘Vezinyama’, y durante varios meses terrestres meditó contemplativamente la forma en que podría materializar Su decisión, es decir, la forma en que podría llegar a salvar los seres de este planeta de su predisposición hereditaria a cristalizar las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, por medio de aquellos datos que sobrevivieron en su subconsciente para el impulso eseral sagrado fundamental de «consciencia moral objetiva».

Estas meditaciones del Santo lo convencieron plenamente, en primer lugar, de que, si bien era posible, ciertamente, salvarlos por medio de los datos que habían perdurado en sus presencias comunes para la generación de dicho impulso eseral, ello solo sería posible, no obstante, si las manifestaciones de estos datos que habían perdurado en sus subconscientes participaban indefectiblemente en el funcionamiento del consciente, bajo cuya dirección se desarrolla la existencia de la vigilia cotidiana y además, si este impulso eseral se manifestaba durante un largo período a través de todos los aspectos de ese consciente.

Capítulo 27
La organización ideada por el Santísimo Ashyata Sheyimash para la existencia humana

Belcebú prosiguió así su relato:

Investigaciones posteriores me demostraron también que el Santo Ashyata Sheyimash, después de meditar largamente en el monte 'Vezinyama' y de formularse en el pensamiento un plan definido para Sus Santas Actividades posteriores, no volvió a la ciudad de Babilonia, sino que prosiguió directamente hacia la ciudad de 'Dyulfapal', capital del país llamado entonces de «Kurlandtej», que se hallaba situado en el corazón del continente asiático.

Una vez allí, comenzó por establecer relaciones con los «Hermanos» de la hermandad que entonces existía con el nombre de «*Chavtanturi*», nombre éste que significa «Ser o no ser en absoluto», y que existía no lejos de la ciudad.

Dicha hermandad había sido fundada cinco años terrestres antes de la llegada del Santo Ashyata Sheyimash, por iniciativa de dos auténticos «iniciados» terrestres, que se habían convertido en tales, en conformidad con los principios existentes, antes de lo que se llamó la época «ashyatiana».

El nombre de uno de estos dos seres tricerebrados terrestres de aquella época que se habían convertido en auténticos «iniciados», era «Pandoliro» y el del otro, «Sensimiriniko».

Debo hacerte notar, de paso, que estos dos auténticos iniciados terrestres de aquel tiempo, ya habían logrado «recubrir» en sus presencias comunes las partes superiores de su Ser eseral y, por consiguiente, tuvieron tiempo, en su vida posterior, de perfeccionar estas partes superiores de sus presencias hasta alcanzar el grado requerido por la Sagrada Razón Objetiva, y luego sus partes eserales superiores, así perfeccionadas, llegaron incluso a ser «dignas» de ganarse para su existencia ultraterrena el Santo planeta Purgatorio.

Según mis últimas investigaciones, cuando en todas las partes espiritualizadas independientes de las presencias comunes de estos dos seres tricerebrados de aquella época, «Pandoliro» y «Sensimiriniko, —hizo su aparición la sospecha y luego la convicción de que algo evidentemente contrario a las leyes—, algo sumamente indeseable» para sus seres personales había ingresado y comenzado a funcionar en su organización general, y que al mismo tiempo, era posible desalojar este algo sumamente indeseable fuera de sus presencias por medio de los propios datos en ellos contenidos, buscaron entonces otros seres como ellos mismos que se hubieran esforzado por conseguir este mismo objetivo, a fin de tratar conjuntamente de arrojar lejos de sí «este algo sumamente indeseable».

Y cuando muy pronto encontraron ciertos seres que respondían a este propósito, entre los llamados «monjes» de los lugares denominados «monasterios», de los cuales ya existía un gran número por aquella época en los alrededores de la ciudad de ‘Dyulfapal’, fundaron, junto con estos monjes por ellos escogidos, la «hermandad» antes mencionada.

Y así, después de llegar a la ciudad de ‘Dyulfapal’, el Santo Ashyata Sheyimash entabló las relaciones pertinentes con aquellos miembros de la mencionada hermandad que se hallaban tratando de constatar sobre ellos mismos el funcionamiento anormal de su psiquismo, y comenzó por iluminar sus Razones por medio de las informaciones objetivamente ciertas que él poseía, guiando sus impulsos eserales de tal forma que ellos también pudiesen percibir estas verdades, sin la participación ni de los factores anormalmente cristalizados y ya incluidos en sus presencias, ni de los factores que podían surgir en cualquier momento, como producto de las percepciones exteriores que a ellos llegaban por la forma anormalmente establecida de su existencia ordinaria.

Al tiempo que ilustraba a los miembros de dicha hermandad en la forma mencionada, y que con ellos debatía las distintas hipótesis y planes de trabajo, el Santo Ashyata Sheyimash se dedicó, simultáneamente, a redactar lo que se conoce con el nombre de «reglas» o, como también se dice allí, «estatutos» para la hermandad, que Él, asociado con los miembros que había iniciado procedentes de la anterior hermandad de «*Chavtanturi*», fundó en la ciudad de ‘Dyulfapal’ y que fue llamada más tarde, hermandad de «*Jishtvori*», lo cual significaba lo siguiente:

«Solo se llamará y llegará a ser el Hijo de Dios aquel que

adquiera en sí mismo la Consciencia».

Tiempo más tarde, cuando, con la participación de estos miembros de la antigua hermandad de «*Chavtanturi*» ya había sido organizado todo lo pertinente a la nueva, institución, el Santo Ashyata Sheyimash, envió a estos hermanos a diversos lugares, encargándoles que, bajo su dirección general, difundieran la doctrina de que, en el «subconsciente» de la gente, se hallan cristalizados y siempre presentes los datos manifestados desde lo Alto para la generación, en ellos, del Divino Impulso de la verdadera consciencia moral, y de que solamente aquel que adquiere la «capacidad» de hacer que las acciones de esos datos participen en el funcionamiento de la Consciencia en la que transcurre su existencia ordinaria, posee, en el sentido objetivo, el derecho de ser llamado un auténtico hijo de nuestro CREADOR Y PADRE COMÚN de todo cuanto existe.

Estos hermanos comenzaron entonces a predicar la verdad objetiva, en un principio, principalmente entre los monjes de los referidos monasterios, muchos de los cuales, como ya te he dicho, se hallaban ubicados en los alrededores de 'Dyulfapal' y luego entre los seres ordinarios de la ciudad.

El resultado de estas prédicas fue que, ante todo, se escogieron treinta y cinco «novicios», serios y bien preparados, para ingresar en la hermandad de «*Jishtvori*», fundada en la ciudad de 'Dyulfapal'.

A partir de entonces, el Santo Ashyata Sheyimash, mientras proseguía su labor de ilustrar las mentes de los antiguos miembros de la hermandad de «*Chavtanturi*», comenzó, con la ayuda de estos hermanos, a iluminar la Razón de aquellos treinta y cinco «novicios».

Y así siguieron las cosas durante un año terráqueo entero, y solo después de pasado este plazo, demostraron algunos de los miembros de la antigua hermandad de «*Chavtanturi*», así como algunos de los treinta y cinco «novicios», ser dignos de convertirse en hermanos de la primera hermandad de «*Jishtvori*».

De acuerdo con los estatutos redactados por el Santo Ashyata Sheyimash, cualquier hermano podía gozar de todos los derechos inherentes a su condición de tal, siempre que, en adición a los demás méritos objetivos previstos, pudiera volverse capaz —en el sentido de «capacidad de dirección consciente del funcionamiento de su propia psiquis»— de encontrar la forma de convencer a la perfección a otros cien seres y de demostrarles que el impulso de la consciencia moral objetiva existe realmente en el hombre y, en segundo término, la forma en

que debe manifestarse a fin de que los hombres puedan responder al sentido y al objetivo real de su existencia, y además, la forma de convencerlos de que cada uno de ellos, a su vez, adquiriese en sí mismo lo que se llama la «intensidad de la capacidad requerida» para volverse capaz de convencer y persuadir, a su tiempo, a otros cien individuos.

A los hermanos que alcanzaron esta categoría dentro de la hermandad «*Jishtvori*», se les denominó «sumos sacerdotes».

Para que comprendas perfectamente las Santas actividades de Ashyata Sheyimash, deberás saber también que después, cuando todos los resultados de los Sagrados Trabajos del Santo Ashyata Sheyimash fueron destruidos, tanto el nombre de «sumo sacerdote» como el de «iniciado», acerca del cual ya te he hablado, fueron usados, y siguen usándose todavía, hasta la época actual, con dos sentidos diferentes.

En uno de ellos, la palabra «sacerdote» se usó desde entonces y se sigue usando en la actualidad, pero solo en determinados lugares y por grupos separados de poca importancia, para designar a los profesionales que ahora son conocidos como «confesores» o «curas».

Y en el otro sentido, se llama con esta palabra de «sumo sacerdote» a aquellos seres quienes, por su piadosa existencia y meritorias acciones realizadas para el bien de quienes los rodean, se destacan tanto del nivel ordinario de los seres tricerebrados terráqueos, que cuando quiera que estos seres tricerebrados terráqueos tienen ocasión de recordarlos, se desarrolla en su consciencia el proceso conocido con el nombre de «Gratitud».

Ya en el mismo período en que el Santo Ashyata Sheyimash se hallada dedicado a iluminar la razón de los miembros de la antigua hermandad de «*Chavtanturi*», así como de los treinta y cinco «novicios» recién incorporados a la institución, comenzó a difundirse entre los habitantes de la ciudad de ‘Dyulfapal’ y *sus* alrededores, la idea cierta de que en la presencia común de los hombres existen todos los datos necesarios para la manifestación del Impulso Divino de la Consciencia moral objetiva, pero que este Impulso Divino no tomaba parte en el funcionamiento de su consciencia general, y que ello se debía a que, si bien sus manifestaciones les procuraban lo que se conoce con el nombre de «satisfacciones a largo plazo» y considerables ventajas materiales, atrofiaban sin embargo gradualmente los datos depositados en sus presencias por la

Naturaleza, con el fin de provocar en los seres circundantes, sin distinción de «sistema cerebral», el impulso objetivo del Amor Divino.

Esta información veraz comenzó a difundirse gracias, principalmente, a aquella disposición, sabia en grado superlativo, del Santo Ashyata Sheyimash, que obligaba a todos aquellos que pretendieran convertirse en miembros de la hermandad con todos los derechos correspondientes, a poseer, como ya te he dicho, además de todos los méritos indispensables, la «facultad» de hacer percibir el Impulso Divino de Consciencia a cada una de las tres partes espiritualizadas y asociadas de otros tantos cien seres tricerebrados.

Una vez que la organización de la primera hermandad de «*Jishtvori*» estuvo más o menos bien regulada y establecida, de modo tal que el trabajo posterior pudiera continuarse por sí solo, mediante las instrucciones impartidas por la Razón entonces presente en la hermandad, el Santo Ashyata Sheyimash escogió por sí mismo, de entre los que habían adquirido el rango máximo dentro de la hermandad, a aquellos que percibían ya el referido Impulso Divino conscientemente, por medio de su Razón, e inconscientemente, por medio de sus sentimientos en su subconsciente, y que poseían plena fe en que por medio de ciertos sacrificios y esfuerzos sobre sí, este Impulso Eseral Divino, se convirtiera y se quedara para siempre como parte inseparable de su consciencia ordinaria. Y así, separó del resto a aquellos que habían experimentado esta Divina Consciencia, percatándose de ella, y les dio el nombre de «iniciados de primer grado»; entonces, se dedicó a iluminar la Razón de estos miembros así separados de los demás, en lo concerniente a las «verdades objetivas», que antes de aquella época eran completamente desconocidas para los seres tricerebrados.

Fueron precisamente estos relevantes «iniciados de primer grado» quienes pasaron a denominarse «Grandes Iniciados».

Debo hacerte notar aquí que todos aquellos principios que rigen el ser de los iniciados, que más tarde se llamaron «Restauraciones Ashyatianas», fueron restaurados por el propio Ashyata Sheyimash.

Así pues, fue a estos mismos «Grandes Iniciados» que el Santo Ashyata Sheyimash había separado, a quienes les explicó, entre otras muchas cosas, con el mayor detalle, lo que era precisamente ese impulso eseral de «consciencia moral objetiva» y cómo surgían, en la presencia de los seres tricerebrados, los factores apropiados para suscitar su manifestación.

Esto es lo que dicho Santo, grande entre los grandes, dijo una vez con respecto a este punto:

«Los factores necesarios para la generación del impulso eseral de la consciencia moral objetiva en los seres tricerebrados nacen de las partículas, localizadas en sus presencias, de las ‘emanaciones del dolor’ de nuestro OMNIAMANTE Y LARGAMENTE SUFRIENTE CREADOR ETERNO; por ello, la fuente de la manifestación de la consciencia verdadera en los seres tricentrados se llama a veces EL REPRESENTANTE DEL CREADOR».

«Y este dolor se forma en nuestro PADRE COMÚN OMNISUSTENTADOR a raíz de la lucha que constantemente se libra en el Universo entre la alegría y el dolor».

Y decía además:

«En todos los seres tricerebrados de la totalidad de nuestro Universo sin excepción, entre los que nos contamos nosotros también los hombres, debido a los datos cristalizados en nuestra presencia común para generar en nosotros el impulso Divino de consciencia moral objetiva, —nuestro ‘todo’ y la totalidad de nuestra esencia, hasta en su raíz— no somos y no debemos ser sino sufrimiento».

«Y debemos ser sufrimiento, porque ese impulso eseral no puede manifestarse plenamente en nosotros, sino por la constante batalla entre dos funcionamientos de naturaleza completamente opuesta, procedentes ambos de dos fuentes de origen contrario, es decir, por la lucha constante entre los procesos de funcionamiento de nuestro propio cuerpo planetario y los procesos paralelos de funcionamiento que se establecen a medida que nuestros cuerpos eserales superiores se revisten y se perfeccionan en dicho cuerpo planetario —procesos que en su conjunto—, materializan todos los tipos de Razón en los seres tricentrados».

«Como resultado de esto, todos los seres tricentrados de nuestro Gran Universo, y también nosotros, los hombres que vivimos en la Tierra, debemos luchar inevitablemente sin cesar en virtud de la presencia en nuestros seres de los factores requeridos para la generación del Impulso Divino de la ‘Consciencia Moral Objetiva’, contra los dos funcionamientos totalmente opuestos, que surgen y se efectúan en nuestra presencia común y cuyos resultados siempre percibimos, algunos como ‘deseos’ y otros como ‘no deseos’».

«De modo que solo aquel que conscientemente participe en el proceso de esta batalla interior, ayudando conscientemente a los ‘no deseos’ para que predominen sobre los ‘deseos’, no hace sino comportarse en conformidad con la

esencia de nuestro PADRE CREADOR COMÚN; en tanto que aquel que ayude con su consciencia a los fines contrarios, no hará sino aumentar SU dolor».

En razón de todo cuanto he dicho, querido niño, habían pasado apenas tres años cuando todos los seres ordinarios de la ciudad de 'Dyulfapal' y sus vecindades, así como otros muchos países del continente de Asia, no solamente estaban ya enterados de que poseían este impulso eseral Divino de la «verdadera consciencia», y de que podía participar del funcionamiento de su «consciencia de vigilia ordinaria», y de que en todas las hermandades creadas por el gran profeta Ashyata Sheyimash, todos los iniciados y sumos sacerdotes discriminaban e indicaban la forma en que debía procederse a fin de que dicho Impulso Divino pudiera participar en el funcionamiento de la mencionada consciencia ordinaria de vigilia, sino que también, además, casi todo el mundo comenzó a esforzarse por evolucionar hasta poder convertirse en sumos sacerdotes miembros de la hermandad de «*Jishtvori*», la cual contaba ya con muchas hermandades satélites, que llevaban una existencia casi independiente en muchos otros países del continente de Asia.

Y estas nuevas hermandades casi independientes se formaron en el orden siguiente:

Una vez que la labor común de la hermandad fundada en la ciudad de 'Dyulfapal' se hubo establecido definitivamente, el Santo Ashyata Sheyimash comenzó a enviar a los mencionados «Grandes Iniciados», con sus instrucciones correspondientes, a otros países y ciudades del continente de Asia, a fin de organizar, en aquellos sitios, hermandades similares, en tanto que él permanecía en la ciudad de 'Dyulfapal' a fin de poder orientar las actividades de sus discípulos.

Como quiera que haya sido, sucedió entonces que casi todos tus favoritos —esos extraños seres tricerebrados— desearon también, y comenzaron a esforzarse con todas sus partes eserales espiritualizadas, para lograr poseer en su consciencia ordinaria de vigilia, la verdadera consciencia Divina objetiva y, en consecuencia, la mayoría de los habitantes de Asia de la época, comenzaron a trabajar ardorosamente bajo la dirección de los «iniciados» y «sumos sacerdotes» de la hermandad de «*Jishtvori*», a fin de transferir a su consciencia ordinaria los resultados de los datos presentes en su subconsciente para la generación del impulso de la verdadera Consciencia Moral Divina, y a fin de procurarse, por un lado, la posibilidad de arrojar completamente fuera de sí

mismos, por este medio, —y quizás para siempre—, las malignas consecuencias de las propiedades cristalizadas del órgano *Kundabuffer*, —tanto las personalmente adquiridas como las que les habían sido transmitidas por herencia —, y por otro lado, de participar conscientemente en la disminución del dolor causado a NUESTRO ETERNO PADRE COMÚN.

Desde entonces, en ese período, y sobre todo en el continente de Asia, predominó poco a poco en el proceso ordinario de la vida eseral de tus favoritos, —tanto en el «estado de vigilia consciente» como en su estado de «pasividad instintiva»—, el problema de la conciencia moral objetiva.

Incluso aquellos seres tricerebrados de la época, en cuyas presencias no se había transubstanciado todavía el sabor de este impulso Divino, y que todavía no poseían en su extraña peculiar consciencia, exclusiva de ellos, más que simples indicaciones referentes a ese impulso eseral que también podía hacerse presente en ellos, procuraron asimismo manifestarse de acuerdo con esta información.

El resultado total, sin embargo, de todo cuanto he mencionado, fue que en menos de diez años terrestres habían desaparecido las dos principales formas de existencia ordinaria anormalmente establecidas y de las cuales derivaban principalmente, y se derivan todavía, la mayoría de las maléficas causas cuya totalidad, ha generado toda clase de perniciosos factores que actúan impidiendo el establecimiento de las circunstancias necesarias para el desarrollo de una vida eseral normal en estos infortunados favoritos tuyos.

Así dejaron de existir las divisiones en numerosas comunidades con diversas formas de organización externa e interna, es decir dejaron de existir los denominados «estados», desapareciendo igualmente las diversas «castas» o «clases», que durante largo tiempo habían tenido vigencia.

Y en mi opinión, la segunda de estas dos formas anormalmente establecidas de existencia ordinaria, es decir, la división en diferentes clases o castas, determinó precisamente, —como seguramente tú también habrás de comprenderlo—, la cristalización gradual en las presencias comunes de estos desdichados terráqueos, de una particular propiedad psíquica que, en todo el Universo, solo puede hallarse en las presencias de dichos seres tricerebrados.

Esta singular propiedad, presente tan solo en los terráqueos, se formó en ellos poco tiempo después de la segunda perturbación transapalniana y, tras un gradual desarrollo, se fortaleció luego en sus presencias, transmitiéndose hereditariamente de generación en generación, hasta la contemporánea, en

calidad de parte legítima e inseparable de su psiquismo general, propiedad ésta de su psiquismo que ha recibido el nombre de «egoísmo».

Más adelante, en el momento adecuado, en el transcurso de mis posteriores relatos referentes a los seres tricerebrados que habitan la Tierra, habré de explicarte detalladamente cómo gracias a esas circunstancias de existencia exterior allí establecidas, empezaron tus favoritos a dividirse en diversas castas y cómo, en virtud de posteriores anomalías semejantes, esta misma forma maligna de relaciones mutuas fue firmemente establecida, perpetuándose hasta el presente.

Pero mientras tanto, en cuanto a esta propiedad excepcionalmente importante de su psiquismo particular, es decir, el «egoísmo», te diré que es absolutamente necesario que conozcas la causa que hizo posible el surgimiento en su presencia común de esta peculiar cualidad; me refiero a las ya tantas veces mencionadas anómalas circunstancias establecidas después de la segunda perturbación transapalniana, con el triste resultado en este caso, de que su psiquismo general se volvió completamente dual.

Esto se hizo para mí totalmente evidente cuando, durante mi último viaje por la superficie de aquel planeta, trabé un profundo conocimiento con el ya referido «*Legamonismo*» referente a las meditaciones del Santo Ashyata Sheyimash, titulado «Horror de la situación».

En el curso de posteriores y minuciosas investigaciones relativas a las Santas Actividades de aquel Sagrado «Individuum» y sus resultados, traté de establecer el por qué y cómo la cristalización de esos factores, que provienen de las partículas de emanaciones del Dolor de nuestro PADRE CREADOR COMÚN, y sirven a la realización del impulso eseral Divino de consciencia moral objetiva, se efectuaba en su presencia, es decir, en su «subconsciente», evitando así su degeneración definitiva, a la cual están sujetos todos los datos en ellos depositados para la generación, en su presencia, de los impulsos eserales del Amor, la Fe y la Esperanza, y me convencí así de que esta extraña anomalía justificaba plenamente una de las numerosas sentencias de nuestro prudente y muy estimado Mulaj Nassr Eddin, la cual afirma:

> *«Toda felicidad real solo puede provenir de alguna infelicidad también real experimentada con anterioridad».*

La referida dualidad del psiquismo general del nombre se produjo debido a que, por un lado, comenzaron a surgir diversas «iniciativas individuales», según se llaman, de la localización de su presencia que se muestra siempre predominante durante la vigilia, —y que no es sino el resultado de impresiones accidentalmente percibidas, provenientes del exterior, generadas por su anómalo medio circundante, impresiones cuyo conjunto constituye lo que ellos llaman su «consciente»; y, por el otro lado, también comenzaron a surgir «iniciativas individuales» semejantes, según les es propio a los terráqueos, de la localización normal existente en la presencia de toda clase de seres y que se llama, entre ellos, «subconsciente».

Y dado que dichas «iniciativas individuales» proceden de dos localizaciones diferentes, todos ellos, durante la vigilia, es decir, durante el proceso de su existencia cotidiana, se hallan, por así decirlo, divididos en dos personalidades independientes.

También debo hacerte notar aquí que precisamente esta dualidad fue la causa de que gradualmente fueran perdiendo en su presencia el impulso, necesario a todo ser tricerebrado, conocido con el nombre de «Sinceridad».

Más tarde, la práctica de reprimir deliberadamente dicho impulso eseral llamado «Sinceridad», echó profundas raíces entre ellos, y actualmente, desde el día de su surgimiento, o, como ellos dicen, desde el día de su «nacimiento», los seres tricerebrados son acostumbrados por quienes los engendran, o, como ellos dicen, por sus «padres», a la práctica del impulso completamente opuesto, es decir, la «falsedad».

La práctica de enseñar y sugerir a los niños que se muestren hipócritas y falsos en todas las cosas con los demás, se ha arraigado tanto entre los seres del planeta Tierra de la edad contemporánea, que ha llegado, incluso, a reemplazar la noción del deber natural para con los niños; y este tipo de conducta hacia los niños es designado por ellos con la famosa palabra «educación».

Los terráqueos «educan» a sus hijos a no obedecer jamás, ni a atender los dictados de la «consciencia» presente en ellos, enseñándoles a comportarse, en cambio, de acuerdo con lo prescrito en los manuales de «buen tono» escritos, por lo general, por diversos candidatos a «Hanasmussianos».

Y claro está que cuando estos niños crecen y se convierten en seres responsables, actúan y se manifiestan de manera automática, exactamente como se les enseñó en el tiempo de su formación, es decir, según el modo en el cual se les ha sugestionado, se les ha dado cuerda, o sea, se les ha educado.

Gracias a todo ello, la «consciencia moral objetiva», que podría aparecer, desde la más temprana infancia, en el consciente de los seres de ese planeta, se ve poco a poco «replegada» hacia el interior y se encuentra entonces, cuando ellos crecen, en lo que ellos llaman «subconsciente».

En consecuencia, el funcionamiento de los referidos datos para la generación en sus presencias de dicho impulso Divino de consciencia moral objetiva, fue cesando paulatinamente hasta caducar por completo hace ya mucho tiempo, en la participación de los procesos conscientes por medio de los cuales se rige su «vida de vigilia diaria».

Por ello, querido niño, la cristalización en su presencia común de la Manifestación Divina que constituye en ellos los «datos» necesarios para el surgimiento de ese impulso eseral sagrado venido desde lo alto, solo tiene lugar en su «subconsciente» —que ha dejado ya de participar del proceso de su existencia de vigilia ordinaria— y por esa razón, estos datos han escapado a la degeneración a la cual se hallan sujetos todos los demás impulsos eserales sagrados, y que ellos también deben poseer en sus presencias, es decir, los impulsos de «Fe», de «Amor» y de «Esperanza».

Además, si, por una u otra razón, las acciones de los Divinos datos cristalizados en su presencia para dicho impulso eseral, se manifestaran en ellos fuera del subconsciente y se esforzasen por participar en el funcionamiento de su consciencia ordinaria, anormalmente formada, no bien se percatasen de ello, tomarían medidas inmediatamente, a fin de evitarlo, pues ya se ha vuelto imposible, en las circunstancias prevalecientes en la actualidad, que individuo alguno pueda existir con el funcionamiento en su presencia de este impulso Divino de verdadera consciencia moral objetiva.

A partir de la época en que el mencionado egoísmo hubo sido completamente «inoculado» en las presencias de tus favoritos, esta particular propiedad eseral se convirtió, a su vez, en el factor fundamental en la cristalización gradual, dentro de su psiquismo general, de los datos para el surgimiento de otros muchos impulsos eserales absolutamente particulares, que ahora existen entre ellos con los nombres de «malicia», «envidia», «odio», «hipocresía», «desprecio», «soberbia», «servilismo», «ambición», «falsedad», etc.

Estas singulares propiedades psíquicas que acabo de enumerar, y que no convienen en absoluto a los seres tricerebrados, ya se habían cristalizado por completo en la presencia de la mayoría de tus favoritos, y eran atributos

ineludibles del psiquismo de todos los individuos, aun antes de la época en que el Santo Ashyata Sheyimash fuera enviado al planeta Tierra; pero cuando las nuevas formas de existencia implantadas deliberadamente en ellos por el propio Ashyata Sheyimash, empezaron a fijarse en el proceso de sus vidas eserales, para mantenerse allí después automáticamente, esas extrañas propiedades, presentes con anterioridad en su psiquis, desaparecieron por completo de la presencia de la mayoría de los seres tricerebrados de aquel planeta.

Más tarde, sin embargo, cuando ellos mismos destruyeron todos los resultados de los Santos Trabajos de este Amador Esencial Ashyata Sheyimash, estas mismas propiedades psíquicas, perjudiciales para ellos, volvieron paulatinamente a resurgir en todos los terráqueos, transmitiéndose luego por herencia hasta los tricerebrados contemporáneos, configurando finalmente el fondo mismo de su esencia.

Pues bien, querido niño; cuando surgieron los datos en la presencia común de tus favoritos para la generación de este «Singular y Particular» impulso eseral del egoísmo —y cuando, evolucionando gradualmente y dando lugar al surgimiento de otros factores para la aparición de nuevos y extraños impulsos eserales, también particulares pero de naturaleza secundaria—, usurpó en su organización el lugar de un «Maestro Autócrata único», no solo todas sus manifestaciones, sino incluso lo que se llama «deseo de surgir» de dicho impulso eseral Divino se convirtieron en otros tantos obstáculos para las acciones de este «Maestro Autócrata». Y como consecuencia de ello, una vez que tus favoritos le hubieron impedido finalmente, por imperio de la necesidad, tanto consciente como inconscientemente, siempre y en todas las cosas, participar en el funcionamiento del consciente mediante el control cuya materialización durante su existencia de vigilia ya se había hecho completamente natural en ellos, la acción de aquellos Divinos datos fueron arrojadas gradualmente, por así decirlo, fuera de la función de su «consciente» ordinario, limitándose a participar, tan solo, en la función de su «subconsciente».

Fue solo después de que mis minuciosas investigaciones me aclararan todo esto, cuando pude comprender por qué se había originado y por qué existía todavía aquella división entre los terráqueos, en diversas clases o castas, lo cual, como tú sabes, les es altamente perjudicial.

Mis últimos estudios me mostraron categóricamente que, en esa consciencia suya que ellos llaman subconsciente, incluso en los seres contemporáneos,

siguen todavía cristalizándose los referidos datos para la adquisición en sus presencias de este Impulso Divino fundamental de «consciencia moral objetiva», estando presentes durante toda su existencia.

Y que esos datos de dicho «impulso» eseral Divino se cristalizan todavía y sus manifestaciones correspondientes siguen aun participando del proceso de la vida eseral terráquea, me fue confirmado, aparte de las investigaciones ya mencionadas, por el hecho de que con suma frecuencia encontré, a causa de ello, ingentes dificultades para practicar mis observaciones habituales, durante estas épocas, desde mi observatorio instalado en el planeta Marte.

El hecho es que, por el ocular de mi *Tesskuano* podía observar libremente, sin dificultad alguna, la existencia desarrollada en la superficie de todos los demás planetas de aquel sistema solar, pero cuando deseaba efectuar mis observaciones sobre el proceso eseral que se desarrollaba en la superficie del planeta de tus simpatías, debido a la coloración especial de su atmósfera, me resultaba muy difícil lograrlo.

Y esta coloración especial se originaba, según pude establecer más tarde, debido a que, de tiempo en tiempo, hacían su aparición, en la presencia de esta atmósfera, de numerosas y frecuentes cristalizaciones que eran objeto de frecuente radiación por parte de la presencia de tus favoritos, en virtud de aquel particular impulso interior que ellos mismos denominan «remordimiento de conciencia».

Y éste tenía efecto, debido a que, en aquellos terráqueos que llegan a recibir y experimentar cierto tipo de «conmoción de la vergüenza orgánica», las asociaciones originadas en impresiones anteriormente percibidas y que consisten en su mayoría en diversos tipos de lo que se llama «basura», se modifican casi siempre, amortiguándose y a veces, incluso, cesando por completo durante algún tiempo.

En consecuencia, se obtiene entonces automáticamente, en estos seres tricerebrados, una combinación tal de funciones, en su presencia común, que pasajeramente son liberados los datos presentes en su subconsciente para la manifestación del «impulso divino de conciencia moral objetiva» y para su participación en el funcionamiento de su consciente ordinario, con el resultado de que dicho «remordimiento de conciencia» se apodera de ellos.

Y puesto que ese «remordimiento de conciencia» da origen a las particulares cristalizaciones ya mencionadas que de ellos emanan, junto con otras

radiaciones, sucede que la totalidad de estas radiaciones suele dar a la atmósfera de este planeta esa particular coloración que dificulta al órgano eseral de la vista, su libre y consciente penetración.

Es necesario declarar, aquí, que tus favoritos, especialmente los contemporáneos, se han vuelto excepcionalmente hábiles en impedir que este impulso interior llamado «remordimiento de conciencia», perdure mucho tiempo en su presencia común.

No bien perciben su comienzo, tratan de «ahogarlo» despiadadamente, de modo que el impulso, aún no completamente formado en ellos, debe «ceder» a la presión ejercida, hasta desaparecer completamente.

A fin de poder «ahogar» cualquier principio de «remordimientos de conciencia», han llegado a inventar, incluso, ciertos medios sumamente eficaces, conocidos por los nombres de «alcoholismo», «cocainomanía», «morfinomanía», «nicotinismo», «onanismo», «yoísmo», «ateneísmo» y otros muchos «ismos» y «manías».

Vuelvo a repetirte, querido nieto, que en la primera oportunidad adecuada te explicaré detalladamente los resultados procedentes de las circunstancias anormalmente establecidas de su existencia ordinaria, las cuales se convirtieron en factores del surgimiento y existencia permanente de esta maléfica división de los terráqueos en diversas castas.

Puedes tener la seguridad de que habré de explicártelo, debido a que los conocimientos que esclarecen esta anomalía pueden servir de excelentes datos para tus posteriores comparaciones lógicas, con el fin de comprender mejor el extraño carácter del psiquismo de estos seres tricerebrados que han cautivado tu fantasía.

Mientras tanto, habrás de transubstanciar en tu ser, lo siguiente:

Cuando la mencionada propiedad psíquica particular del «egoísmo» se hubo formado completamente en la presencia común de tus favoritos y más tarde, cuando también se formaron en ellos diversos impulsos secundarios, ya mencionados, como efecto natural de dicho «egoísmo» —y que permanentemente siguen originándose como consecuencia, sobre todo, de la ausencia total de participación por parte del «impulso sagrado de conciencia moral objetiva» en la vida terráquea de vigilia— estos seres tricerebrados que habitan en el planeta Tierra, tanto con anterioridad al periodo del descenso entre ellos del Santo Ashyata Sheyimash, como después de cumplidas sus Sacrosantas

Actividades, se han esforzado siempre, y siguen esforzándose todavía, a fin de procurarse cierto bienestar relativo durante el proceso de su existencia ordinaria, pero exclusivamente para ellos mismos.

Y, por regla general, en ninguno de los planetas de nuestro Gran Universo existe o puede existir, en medida suficiente, todo lo necesario para el bienestar externo de todo el mundo, independientemente de lo que se llama «méritos objetivos», siendo el resultado de ello que la prosperidad de un individuo acarrea siempre, inevitablemente, la miseria de muchos.

Es precisamente esta preocupación exclusiva por su propio bienestar personal lo que ha ido cristalizando en ellos, gradualmente, las peculiares propiedades de su psiquis, sin precedente en el Universo, tales como por ejemplo, la «astucia», el «desprecio», el «odio», el «servilismo», la «mentira», la «adulación», etc., que a su vez, son por un lado, factores para una manifestación exterior sumamente inapropiada entre seres tricerebrados, y por otro, constituyen la causa de la gradual destrucción de toda posibilidad interior de los terráqueos —depositada en ellos por la Gran Naturaleza— de convertirse en partículas integrantes del «Gran Todo Razonable».

Así pues, querido niño, en la época en que los resultados de los Santos Trabajos del Amador Esencial Ashyata Sheyimash habían empezado ya a fusionarse con los procesos de lo que se denomina vida eseral «interior» y «exterior», y cuando, gracias a ello, los datos para el «impulso divino de conciencia moral objetiva», que habían perdurado en su «subconsciente», comenzaron gradualmente a participar en el funcionamiento de su «consciente de vigilia», la vida eseral, tanto personal como recíproca, comenzó a desarrollarse entonces, también en este planeta, como en casi todos los demás planetas de nuestro Gran Universo poblados por seres tricerebrados.

También tus favoritos comenzaron entonces, pues, a desarrollar relaciones entre sí, semejantes, aunque de grado variable, a las que median entre el ÚNICO CREADOR COMÚN y un individuo dado de su Creación, y a respetarse mutuamente, según los méritos personalmente alcanzados por medio de los «Deberes Eserales de *Partkdolg*», esto es, por medio de los trabajos personales conscientes y de los sufrimientos voluntarios.

Por ello, durante este período perdieron provisionalmente su vigencia en aquellas latitudes las dos formas principales más malignas de su existencia

ordinaria, es decir, la división en diversas comunidades independientes y la subdivisión, dentro de esas comunidades, en diversas «castas» o «clases».

También por aquella época, los seres tricerebrados que habitaban aquel planeta comenzaron a considerarse a sí mismos, y a aquellos seres semejantes a ellos, simplemente como seres portadores de otras tantas partículas de la emanación del Dolor de nuestro PADRE CREADOR COMÚN.

Y todo ello pudo suceder entonces, gracias a que, cuando las acciones de los datos del Impulso eseral Divino comenzaron a participar en el funcionamiento de su consciente de vigilia ordinaria, y los seres tricerebrados empezaron a manifestar relaciones entre sí, conforme tan solo a su consciencia, los señores dejaron, en consecuencia, de privar a sus esclavos de libertad, y los diversos seres dotados de poder renunciaron de buen grado a sus inmerecidos derechos, al percatarse, mediante su consciencia, de que ejercían y desempeñaban derechos y posiciones que no tendían al bienestar común sino tan solo a la satisfacción de sus diversas flaquezas personales, como, por ejemplo, la «vanidad», el «amor propio», la «autoestima», etc.

Claro está que también en aquella época siguieron existiendo toda clase de jefes, directores y «consejeros», quienes se convirtieron en tales, —exactamente del mismo modo que en todos los puntos de todos los planetas del Universo habitados por seres tricerebrados de grado variable de autoperfeccionamiento— principalmente, debido a la diferencia de edad y a lo que se llama «poder de la esencia»; y no ascendieron hasta estos niveles, ni por «derecho hereditario» ni por elección de sus semejantes, tal como sucedía con anterioridad a aquella feliz y agraciada época Ashyatiana y como volvió a suceder, una vez disipadas las Santas enseñanzas del sacro Santo Ashyata Sheyimash.

Todos estos jefes, directores y consejeros se convirtieron en tales, de acuerdo con sus méritos objetivos, personalmente adquiridos y que podían ser verificados realmente por todos cuantos les rodeaban. Así es como se llevaban a cabo estos ascensos:

Todos los seres de aquel planeta comenzaron entonces a trabajar entusiastamente, a fin de adquirir en su consciente la Divina Función de la «verdadera Consciencia» y, con este propósito, como en todos los demás puntos del Universo, transubstanciaron sobre sí mismos lo que se conoce como los «Esfuerzos eserales *obligoluados*», que consiste en los cinco siguientes:

- Primer esfuerzo o deber: Adquirir en la vida eseral ordinaria todo lo realmente necesario para la satisfacción del cuerpo planetario.
- Segundo deber: Adquirir una constante e irrenunciable necesidad instintiva de perfeccionamiento en el sentido del Ser.
- Tercer deber: El esfuerzo consciente por conocer cada vez más acerca de las leyes de la creación del Mundo y de su mantenimiento.
- El cuarto: El deber, contraído desde el principio mismo de la existencia, de pagar por el nacimiento y por la propia individualidad lo antes posible, a fin de estar ya libres para aliviar todo lo posible el Dolor de nuestro PADRE COMÚN.
- Y quinto: El deber de ayudar siempre a los demás seres como a los pertenecientes a otras formas, en el rápido perfeccionamiento de sus presencias, hasta el grado de «*Martfotai*» sagrado, esto es, hasta el grado de la autoindividualización.

En esa época en que todos los seres tricentrados terrestres vivían y trabajaban conscientemente, en conformidad con estos cinco deberes, muchos de ellos, gracias a ello, alcanzaron valiosos resultados objetivos, perfectamente perceptibles para todos los demás. Claro está que estas conquistas objetivas «atrajeron la atención», según se dice, de todos los que los rodeaban, quienes, a continuación, hicieron que aquellos que las habían alcanzado sobresalieran del nivel general, rindiéndoles toda clase de homenajes; así, se esforzaron entusiastamente por merecer la atención de estos seres prominentes y de recibir sus consejos e indicaciones a fin de lograr ellos mismos un grado similar de perfección.

Y estos sobresalientes seres de aquel periodo comenzaron, a su vez a hacer que los que más valiosas conquistas habían alcanzado entre ellos, sobresalieran, de modo tal que estos seres prominentes se convirtiesen automáticamente, sin derecho alguno de herencia o de otra naturaleza, en jefes de todos ellos, y al reconocerlos como jefes, se difundían sus instrucciones en forma consecuente, y este reconocimiento de su autoridad no solo incluía los puntos vecinos de la superficie del planeta, sino también a los continentes e islas vecinas.

En esa época, el consejo y guía y, en general, todas las palabras de estos jefes, se convirtieron en ley para todos los seres tricerebrados que allí habitaban, ley que era cumplida por todos con devoción y alegría; no por cierto en la forma en que solía cumplirse la ley antes de que fueran alcanzados los resultados de la Santa labor de Ashyata Sheyimash, y además, a lo que continúa ocurriendo hoy, después de haberlo destruido ellos mismos.

Es decir, que estos extraños seres tricerebrados que han ganado tu simpatía, llevan a cabo, en la actualidad, las diversas órdenes y mandatos de sus «jefes» y «reyes», según los llaman, solo por temor de las llamadas «bayonetas» y «negros calabozos», de los cuales existe gran número a disposición de dichos jefes y monarcas.

Los efectos de los resultados de la Santa labor de Ashyata Sheyimash también se reflejaron claramente en lo que concierne a la terrible peculiaridad de la manifestación del psiquismo de tus favoritos, esto es, su «irresistible tendencia a la destrucción periódica y recíproca de sus existencias».

El proceso de la destrucción mutua establecido allí como resultado de la terrible particularidad de su psiquismo, dejó por completo de producirse en el continente de Asia, perdurando tan solo, ocasionalmente, en las partes, grandes y pequeñas, de la superficie de tu planeta favorito, situadas a gran distancia del continente de Asia.

Y si en esos lugares continuó desarrollándose dicho proceso, ello se debió tan solo a que la influencia de los «iniciados» y «sumos sacerdotes» no podía cubrir la gran distancia que del centro asiático los separaba.

Pero el resultado más sorprendente y significativo arrojado por la Santa labor de Ashyata Sheyimash, fue que en aquella época no solo comenzó a normalizarse perceptiblemente la duración de la existencia de aquellos infortunados seres, es decir, que comenzó a prolongarse, sino que también disminuyó lo que se denomina el «índice de mortalidad», y al mismo tiempo, el número de efectos manifestados para la prolongación de su generación, esto es, del «índice de natalidad», como ellos dicen, disminuyó por lo menos a la quinta parte.

Quedó así demostrada de modo práctico la ley cósmica denominada «Ley del equilibrio de las vibraciones», esto es, de las vibraciones procedentes de las evoluciones e involuciones de las sustancias cósmicas requeridas por el Muy Grande Trogoautoegócrata Omnicósmico.

Tal decrecimiento, tanto en el índice de mortandad como en el de natalidad, tuvo lugar debido a que en esa época los terráqueos se iban aproximando cada vez más al tipo de existencia normal entre seres tricentrados, de modo que comenzaban ya a irradiar de sí mismos las vibraciones adecuadas a los requisitos de la Gran Naturaleza, gracias a lo cual, la naturaleza necesitaba un menor número de estas vibraciones, vibraciones que tienen su fuente por lo general, en la destrucción de la existencia de los seres.

Habrás de comprender perfectamente esta ley cósmica del «equilibrio de las vibraciones», una vez que te haya explicado detalladamente, en su momento oportuno —como ya tantas veces te he prometido— todo lo concerniente a las leyes cósmicas fundamentales.

Fue pues, de esta forma, querido nieto, y según este orden, como fue implantándose gradualmente entre los terráqueos de aquel período, gracias a la consciente labor del Muy Santo Ashyata Sheyimash, dicho bienestar sin precedentes; pero para el infinito dolor de todos los *individuums* dotados de pensamiento más o menos consciente, en todos los grados de Razón, poco tiempo después de la partida de aquel planeta del Muy Santo Ashyata Sheyimash, estos mismos desdichados, de acuerdo con la costumbre que se había convertido en propia de su naturaleza durante los tiempos anteriores, con respecto a todas las conquistas valiosas de sus antepasados, destruyeron por completo todos los bienes que dicho Santo les había legado; y así fue como ellos mismos destruyeron de la faz del planeta Tierra aquel bienestar, hasta el punto de que ni el más ligero vestigio del mismo ha llegado hasta los seres contemporáneos que habitan aquel planeta.

En algunas inscripciones que han perdurado desde aquellas remotas épocas y que han llegado hasta los contemporáneos, pueden encontrarse, sin embargo, ciertos datos de que en cierta época del planeta, existió lo que se llama un tipo especial de «organización estatal» y de que, a la cabeza de dicho estado, se hallaban ciertos seres de los mayores merecimientos.

Y sobre la base de estos datos, los contemporáneos han inventado un nombre para designar esta organización estatal; la denominan «organización sacerdotal», pero es todo lo que de aquella gloriosa época conservan.

¿Pero en qué consistía esa «organización sacerdotal», y cuál era su razón de ser?… ¡Justamente esa es la última de las preocupaciones de los seres

contemporáneos del planeta Tierra: saber a qué se dedicaban los salvajes de los tiempos antiguos!

Capítulo 28
El principal culpable de la destrucción de los santos trabajos de Ashyata Sheyimash

Como recordarás, ya te he dicho que la base de la iniciativa para el surgimiento de los factores que se convirtieron en la causa final de la destrucción definitiva de los residuos de los beneficiosos resultados obtenidos mediante los trabajos conscientes del Muy Santo Ashyata Sheyimash, en las creaciones posteriores de tus favoritos, no se originó en los sabios que se habían congregado entonces, procedentes de todos los puntos del planeta Tierra, en la ciudad de Babilonia, sino que estos últimos —como ya desde largo tiempo atrás se había hecho característico de estos sabios terrestres de nueva formación— fueron, como los «bacilos virulentos», los propagadores inconscientes de todos los males que entonces existían, entre ellos mismos y entre sus descendientes.

La fuente de todas las posteriores actividades maléficas, grandes y pequeñas, así como de las inconscientes manifestaciones malignas de los sabios de aquella época, con respecto a la destrucción incluso de los vestigios más ínfimos de los beneficiosos resultados obtenidos por el Amador Esencial Ashyata Sheyimash, fue —como lo demostraron mis posteriores y minuciosas investigaciones de las Santas Actividades desplegadas por dicho Sagrado «Individuum»— la «invención» de un sabio, famoso en su tiempo, y también perteneciente al grupo de sabios de nueva formación, llamado Lentrojamsanín.

Como resultado de su existencia interior de doble «centro de gravedad», la «parte eseral superior» de la presencia de este ser tricerebrado terrestre, fue recubierta y perfeccionada hasta el grado requerido por la Razón Objetiva, y más tarde esta «parte eseral superior» se convirtió, como ya te he dicho en cierta oportunidad anterior, en uno de aquellos trescientos trece «cuerpos eserales superiores» denominados «Individuos Hanasmussianos Eternos» que tienen su

lugar de residencia en nuestro Universo, en aquel pequeño planeta conocido con el nombre de «Expiación Eterna».

Ahora bien: en rigor, para hacerte comprender cabalmente todo lo referente a este ser tricerebrado terráqueo de nombre Lentrojamsanín, tendría que explicarte detalladamente, primero, lo que la expresión Hanasmussiano significa; sin embargo, prefiero hacerlo un poco más adelante, en una oportunidad más apropiada dentro de mi relato.

Dicha maligna «invención», o como ellos mismos, esto es, los sabios terrestres contemporáneos, denominan a este invento, esta «composición» e incluso «creación», data como ya te he dicho, de dos siglos antes de mi primera visita a la ciudad de Babilonia, en mi quinto viaje al planeta Tierra.

La maligna composición de aquel sabio de siglos pretéritos llegó hasta los sabios de la época babilónica, por medio de lo que se conoce con el nombre de «*Kasheiratlir*», en el que Lentrojamsanín, con su propia mano, había anotado su invención.

Es absolutamente necesario, a mi juicio, informarte algo más detalladamente acerca de la historia de la aparición de ese Lentrojamsanín, así como acerca de las circunstancias accidentales de su ambiente en virtud de las cuales se convirtió, con posterioridad, en un «gran sabio», adquiriendo inmensa «autoridad» sobre sus contemporáneos de casi toda la superficie del planeta.

Aparte de que esta historia es en extremo significativa por sí misma, puede servir también como excelente ejemplo dilucidatorio de la práctica que desde antiguo se ha establecido inconmoviblemente en el proceso de la existencia de estos seres tricerebrados que se han ganado tus simpatías, cuyo resultado fue que varios de ellos empezaron por convertirse en otras tantas «autoridades» para los demás sabios de «nueva formación», y, de este modo, con posterioridad, para todos los infortunados seres ordinarios de aquel planeta.

Conocí por casualidad los detalles relacionados con las circunstancias que rodearon la aparición de ese Lentrojamsanín y su formación como ser responsable, en el curso de las investigaciones que hice sobre el extraño psiquismo de tus favoritos, cuyos diferentes aspectos ocasionaron la destrucción total de todas las beneficiosas formas y costumbres especiales incluidas en el proceso de su vida eseral que habían sido introducidas y sólidamente fijadas, por la excepcionalmente previsora Razón de nuestro actual *Individuum*

Omnicósmico Muy Santo Ashyata Sheyimash, durante el período en que él se preparaba para llegar a ser lo que actualmente es para todo el Universo.

Fue así como supe que ese Lentrojamsanín surgió o, como se dice en aquellas latitudes, «nació», en el continente de Asia, en la capital de Nievia, que tenía entonces el nombre de Kronbujón.

Fue concebido por la fusión de dos «*Hexioejaris*» heterogéneos, formados en dos seres tricerebrados «*Kestchapmartnianos*» ya bastante viejos.

Sus «fuentes productoras» o, como se dice allí, sus «padres», habiendo escogido como lugar de residencia permanente la capital de Nievia, se trasladaron allí tres años terrestres antes de la venida del que más tarde habría de ser un «*Hasnamuss*» universal.

Para sus ancianos y ricos padres, fue éste lo que se llama un «primogénito», pues si bien la «fusión» de sus «*Hexioejaris*» se había materializado ya muchas veces entre ellos antes de su nacimiento, no obstante, según pude establecerlo fehacientemente, ellos, altamente interesados en el negocio de adquirir riquezas y poco deseosos de que les saliera al paso un obstáculo para el libre desarrollo de sus actividades, recurrieron, en cada materialización de esta sagrada fusión de «*Hexioejaris*», a lo que se llama «*Tussi*» o, como dicen tus favoritos contemporáneos, al «aborto».

Hacia el fin de sus actividades encaminadas a procurarse riquezas, «la fuente del principio activo de su origen» o, como dicen allí, su «padre», poseía varias «caravanas» y también ciertas posadas especiales para caravanas, con las cuales realizaba un intenso intercambio de mercaderías con diversas ciudades del mismo país de Nievia.

Y en cuanto a «la fuente del principio pasivo de su origen» esto es, su madre, perteneció en un principio a la profesión conocida con el nombre de «*Tussidyi*», pero más tarde organizó en una pequeña montaña lo que se llama un «lugar Santo» y propagó profusamente, entre los demás seres, ciertos datos aparentemente muy significativos y de sumo interés para los individuos del sexo femenino, según los cuales las mujeres que no tuvieran hijos podrían, visitando aquel lugar, adquirir la facultad de tenerlos.

Cuando esta pareja, en lo que se llama «el ocaso de sus años», hubo acumulado grandes riquezas, se trasladó a la ciudad de Kronbujón, a fin de instalarse allí y gozar de los bienes adquiridos.

Pero no tardaron en darse cuenta de que sin un verdadero «resultado» o, como ellos dicen, sin un «hijo», su goce no podría ser completo, y, a partir de

entonces, sin ahorrar en gastos, tomaron todas las medidas posibles para lograr este «resultado».

Con este objetivo en vista, visitaron diversos «Lugares Santos» consagrados a aquel fin, claro está que con excepción de su propia «montaña sagrada», recurriendo a toda suerte de «tratamientos médicos», según se llaman, encaminados a favorecer la fusión de los «*Hexioejaris*» heterogéneos. Y cuando, finalmente, por casualidad, llegó a materializarse dicha fusión, surgió, después del tiempo necesario, el hijo «tan ansiado», llamado más tarde Lentrojamsanín.

Desde el primer día, los padres estaban en adoración ante ese «hijo enviado de Dios», y así, dilapidaron enormes sumas de dinero para proporcionarle placeres y lo que se llama una «educación».

Su «ideal» era dar a su hijo la mejor «educación» y la mejor «instrucción», que pudiera recibirse en la tierra.

Contrataron para su enseñanza a varios «preceptores» y «maestros», unas veces procedentes del país de Nievia y otras, de tierras diversas y distantes.

La mayoría de esos «preceptores» y «maestros» extranjeros, procedían del país que hoy se llama «Egipto».

Ya por el tiempo en que ese «querido de papá y mamá» se hallaba próximo a la edad del ser responsable, gozaba, como allí se dice, de una magnífica «instrucción» y «educación», esto es, poseía en su presencia una gran cantidad de datos de toda clase de «Egoplastikures», consistentes, como es lo general allí, de diversos conocimientos fantásticos y dudosos; según los cuales un ser que haya alcanzado la edad responsable, colocado en circunstancias de existencia anormalmente establecidas, reacciona automáticamente a todas las conmociones accidentales correspondientes.

Cuando este futuro gran sabio hubo alcanzado la edad del ser responsable, pese a poseer ciertamente una gran cantidad de «conocimientos» e informaciones, carecía en absoluto de un Ser que correspondiese a esta información o «conocimientos» así adquiridos.

Pues bien, cuando ese «consentido de su papá y de su mamá» se convirtió en un sabio de «nueva formación», se apoderó de él, debido por un lado a que no existía Ser alguno en su presencia, y por el otro, porque ya se habían cristalizado completamente en él las consecuencias de las propiedades del órgano *Kundabuffer*, que se conocen con los nombres de «vanidad», «amor propio»,

«fanfarronería», etc., la ambición de convertirse en un célebre sabio, no solo entre los seres de Nievia, sino también en toda la superficie del globo.

De este modo, se dedicó con toda su presencia a soñar y a pensar en cómo podría lograrlo. Durante muchos días, se dedicó entonces a reflexionar seriamente, hasta que decidió, por fin, en primer término, inventar una teoría referente a un tema que nadie antes que él había tocado, y en segundo término, decidió anotar ese «invento» en un «*Kasheiratlir*» sobre el cual nadie había podido jamás anotar nada y sobre el cual nadie en el futuro sería tampoco capaz de hacerlo.

Y a partir de aquel día, puso en marcha todos los preparativos necesarios para la realización de su decisión.

Con la ayuda de muchos esclavos, empezó por confeccionar un «*Kasheiratlir*» tal como nunca antes había existido. En aquella época del flujo cronológico, los «*Kasheiratlir*» se hacían, por lo general, con una u otra parte del cuero de cierto cuadrúpedo llamado «búfalo», pero Lentrojamsanín hizo Su «*Kasheiratlir*» con las pieles de cien búfalos unidas.

Estos «*Kasheiratlir*» fueron reemplazados más tarde por lo que se conoce con el nombre de «pergamino».

Pues bien, cuando ese «*Kasheiratlir*» sin precedentes estuvo listo, el que poco tiempo después había de convertirse en el gran Lentrojamsanín, consignó en él su invento acerca de un tema que a nadie antes que él se le había ocurrido tratar y que, forzoso es decirlo, no habían tenido tampoco razón alguna para hacerlo.

Así pues, en las «necedades» que allí recopiló, criticó, de todas las formas posibles, el orden existente en la vida colectiva.

Así comenzaba este «*Kasheiratlir*»:

> *«La mayor felicidad del hombre consiste en no depender de persona alguna y en hallarse libre de la influencia de toda personalidad ajena a su propio ser, cualquiera que ésta sea».*

En alguna otra ocasión, habré de explicarte la forma en que tus favoritos, aquellos extraños seres tricerebrados que habitan el planeta Tierra, entienden generalmente la libertad.

Y el futuro «*Hasnamuss*» universal proseguía:

«Innegablemente, la vida, tal como se halla organizada en el presente, es mucho mejor que lo que era en el pasado; pero ¿dónde está esa libertad real, la única que nos puede dar la felicidad?».

«¿Acaso no trabajamos ahora y no nos esforzamos tanto como en todas las formas de gobierno precedentes?».

«¿Es que no tenemos acaso que trabajar y sudar para cosechar la avena indispensable para vivir y no morirnos de hambre como perros encadenados?».

«Nuestros jefes, guías y consejeros no hacen sino hablarnos continuamente de otro mundo, presumiblemente mucho mejor que la Tierra en que vivimos y en el cual la vida es, en todos sus aspectos, beatífica y sana para las almas de aquellos hombres que han llevado una vida recta en la Tierra».

«¿No es 'recta' acaso nuestra vida en la Tierra?».

«¿No trabajamos y sudamos siempre para ganarnos nuestro pan cotidiano?».

«Si todo lo que nuestros jefes y consejeros afirman fuera cierto, y su propio modo de vida en la tierra correspondiese realmente a lo que de sus almas se exige para la otra vida, entonces Dios tendría que proporcionarles, por supuesto, más posibilidades en este mundo que a nosotros, simples mortales».

«Si todo lo que nuestros jefes y consejeros afirman y tratan de hacernos creer es realmente cierto, entonces que nos lo prueben a nosotros, simples mortales, con hechos».

«Hagamos, por ejemplo, que nos demuestren que son capaces por lo menos de transformar en pan un puñado de esa arena sobre la cual, gracias a nuestro sudor o al sudor de nuestro trabajo, crece nuestra avena cotidiana».

«Permitid que os declare a todos que si nuestros jefes y consejeros actuales son capaces de hacerlo, entonces yo seré el primero en correr a postrarme ante ellos y besarles los pies».

«Pero, mientras no sea así, nosotros mismos debemos luchar y esforzarnos sin tregua para lograr nuestra felicidad y procurarnos una verdadera libertad, así como para liberarnos de la necesidad de sudar por nuestros trabajos».

«Cierto es que durante ocho meses del año no nos es difícil obtener nuestro pan cotidiano, pero ¡cuántos esfuerzos nos exigen los cuatro meses de verano, hasta dejarnos totalmente exhaustos por cosechar la avena necesaria!».

«Solo aquel que siembra y siega la avena sabe el trabajo que ello supone».

«Cierto es que durante ocho meses somos libres, pero solamente de los trabajos físicos, y por ello nuestro consciente, es decir, nuestra más clara y mejor parte del ser, debe permanecer día y noche bajo el yugo de estas ilusorias ideas que permanentemente nos hacen creer nuestros jefes y consejeros».

«Pero yo os digo, ¡basta ya! Nosotros mismos, sin nuestros jefes y consejeros actuales, que se han convertido en tales sin nuestro consentimiento, debemos esforzarnos por lograr una verdadera libertad y una felicidad real».

«Pero no llegaremos a conquistar la verdadera libertad y la felicidad real sino actuando todos como un solo hombre, o como se dice 'uno para todos, todos para uno', y para eso, debemos ante todo echar abajo todo lo que es viejo».

«Y debemos echar todo abajo para dejar espacio a la nueva vida que crearemos y que nos aportará verdaderamente la libertad y la felicidad real».

«¡Abajo la dependencia de los demás!».

«Nosotros mismos seremos dueños de nuestro propio destino y no aquellos que gobiernan nuestras vidas sin nuestro conocimiento y sin nuestro asentimiento».

«Nuestras vidas deben ser regidas y guiadas por aquellos que nosotros mismos escojamos de entre nosotros, esto es, por hombres elegidos tan solo entre aquellos que luchan por su pan cotidiano».

«Y nosotros deberemos elegir esos jefes y consejeros sobre la base de derechos iguales, sin distinción de sexo o edad, por medio del voto universal, directo, igual y abierto».

Así finalizaba este famoso «Kasheiratlir».

Cuando el que más tarde habría de ser el conocido «*Hasnamuss*» universal Lentrojamsanín, hubo terminado de consignar este «*Kasheiratlir*», sin precedentes por cierto, dispuso un ampuloso y rico banquete al cual invitó a todos los sabios del país de Nievia, corriendo con todos los gastos de viaje, y al final del banquete les mostró su «*Kasheiratlir*».

Cuando los sabios que allí se habían reunido vieron aquel «*Kasheiratlir*», ciertamente sin precedentes, se mostraron al principio tan asombrados que se quedaron por así decirlo «petrificados», y solo después de un tiempo considerable pudieron comenzar a mirarse entre sí, mudos y perplejos.

Más tarde, ya casi totalmente recuperados, comenzaron a intercambiar opiniones en voz baja, preguntándose cómo era posible que ningún «sabio» ni ser ordinario hubiera tenido la menor noticia de que en su propio país vivía un ser dotado de tan magna sabiduría. De pronto, uno de ellos, el más anciano y que de mayor reputación gozaba, se subió de un salto a la mesa, como un muchacho y, con voz tonante y la entonación propia desde largo tiempo atrás de los sabios de la «nueva formación», profirió el siguiente discurso:

«Escuchad y sabed todos vosotros, que nosotros, los representantes de los seres terrestres aquí reunidos que, gracias a nuestra gran sabiduría, hemos alcanzado ya una individualidad independiente, tenemos la dicha de ser los primeros en contemplar con nuestros propios ojos la creación de un Mesías de la Divina consciencia, enviado desde lo Alto para revelarnos las verdades del Mundo».

A continuación de ello, comenzó lo que se llama una «inflación mutua» de malignos efectos, que desde mucho tiempo atrás se venía practicando entre los sabios de «nueva formación» y por cuya causa, principalmente, ningún conocimiento verdadero que por casualidad llegaba a ellos, podía progresar como lo habría hecho en cualquier otro punto del Universo, al menos por el simple transcurso del tiempo; sino que al contrario, incluso los conocimientos adquiridos alguna vez, son destruidos sin tardanza, sucediendo que sus poseedores se vuelven cada vez más inconscientes.

Entonces, el resto de sabios comenzó a gritar y a empujarse a fin de acercarse lo máximo posible a Lentrojamsanín, y dirigiéndose a él como al «tan largamente esperado Mesías», le transmitieron mediante centelleantes miradas de admiración lo que se denomina sus «altas titilaciones».

Lo más interesante de todo ello es que la razón por la cual todos los demás sabios se sintieron tan azorados, dando rienda suelta a lo que se llama sus «sabios lloriqueos», residió en cierta convicción en extremo extraña que se había formado en la psiquis de tus favoritos —por efecto, como siempre, de las ya tantas veces mencionadas circunstancias de existencia ordinaria anormalmente establecidas— convicción ésta de que si un individuo dado se convierte en discípulo de un individuo famoso e importante, cree, por ese simple hecho, volverse casi tan famoso e importante como su maestro.

Fue, pues, debido a las grandes riquezas y, lo que es más importante, a la amplia fama de Lentrojamsanín, que todos los demás sabios de aquel tiempo, del país de Nievia, manifestaron inmediatamente su ardorosa aprobación a cuanto aquél había dicho.

De modo que, cuando después de dicho banquete los sabios de Nievia se volvieron a sus casas, comenzaron inmediatamente, en primer término, a hablar entre sus vecinos y luego, en círculos cada vez más amplios, aquí, allá y acullá, acerca de aquel «*Kasheiratlir*» sin precedentes, y, en segundo término, a persuadir y convencer a todo el mundo, con espumarajos en la boca, de la verdad de las «revelaciones» que el gran Lentrojamsanín había consignado allí.

Resultado de todo ello fue que no hubo ser ordinario de la ciudad de Kronbujón, ni de cualquier otro punto del país de Nievia, que no hablase de otra cosa que de estas «revelaciones».

Y gradualmente, como suele pasar allí por lo general, casi en todas partes, los seres se dividieron en dos partidos opositores, uno de los cuales estaba a favor de la «invención» del que más tarde habría de ser el «*Hasnamuss*» universal, y el otro, a favor de la forma de vida eseral ya existente y consolidada.

Esto continuó durante cerca de un año terrestre, y en este tiempo las filas de los dos partidos opuestos crecieron en todas partes, y junto con el número de sus miembros, creció una de esas particulares propiedades terráqueas denominada «odio»; y el resultado fue que un triste día estalló en la propia ciudad de Kronbujón, entre los adeptos de los dos partidos rivales antes mencionados, el proceso llamado «Guerra Civil».

Una «Guerra civil» es lo mismo que una «guerra»; la única diferencia es que en la «guerra ordinaria» los miembros de una comunidad destruyen a los miembros de otra comunidad, en tanto que en una «guerra civil» el proceso de

destrucción recíproca se desarrolla entre los miembros de una misma comunidad, como, por ejemplo, cuando un hermano aniquila a otro hermano, el padre al hijo, el tío al sobrino, etc.

En un principio, durante los cuatro días en que el horrible proceso alcanzó su apogeo en la ciudad de Kronbujón y la atención de todos los demás seres del país de Nievia se concentró en su desarrollo, todo se hallaba relativamente tranquilo en las demás ciudades, si bien no tardaron en producirse, aquí y allá, pequeñas «escaramuzas», según suelen denominárseles.

Cuando al fin del cuarto día, aquellos que eran partidarios de la «invención» de Lentrojamsanín, es decir, los partidarios de los «sabios», obtuvieron la victoria en la ciudad de Kronbujón, el mismo proceso comenzó a reproducirse en todos los centros, grandes y pequeños, de la superficie entera de Nievia.

La propagación de este terrible proceso prosiguió hasta la aparición de ciertas «hordas» de sabios quienes, «sintiendo firme el suelo debajo de sus pies» —según reza la expresión popular— obligaron a todos los sobrevivientes a aceptar las ideas de Lentrojamsanín poniendo así término a todo. A partir de entonces, todos los seres tricerebrados de Nievia se convirtieron en ardientes adeptos de la «invención» de Lentrojamsanín, y poco después, en aquella comunidad se estableció por primera vez lo que se llama un «gobierno republicano».

Algún tiempo después, la comunidad de Nievia, que era por entonces grande y «poderosa», comenzó, como suele suceder en aquellas latitudes, a «hacer la guerra» a las comunidades vecinas, con el propósito de imponerles también a ellas su nueva forma de gobierno.

A partir de entonces, querido niño, en el continente más vasto de tu planeta favorito, comenzaron a desarrollarse, igual que antes, numerosos procesos de destrucción recíproca entre aquellos extraños seres tricerebrados, y al mismo tiempo, empezaron a ser gradualmente modificadas y finalmente destruidas las diversas formas de existencia ordinaria tan beneficiosas que habían sido establecidas con anterioridad merced a la maravillosa y previsora Razón del que es ahora nuestro Muy Venerado Santo Ashyata Sheyimash.

Inmediatamente después comenzaron a formarse en la superficie del planeta de tu predilección —solo para ser destruidas nuevamente y dar lugar a otras— numerosas comunidades independientes con toda clase de formas de «gobierno interior». Aunque el efecto directo de la maléfica invención de ese «*Hasnamuss*» universal Lentrojamsanín fue que revivió, entre tus favoritos, la práctica de

habitar en comunidades distintas e independientes, reanudando, de este modo, sus recíprocas destrucciones periódicas, en muchas de estas comunidades independientes recién formadas del continente de Asia, muchos individuos persistieron, no obstante, en adaptar su existencia ordinaria a los sabios y previsores preceptos del Muy Santo Ashyata Sheyimash, preceptos estos que se habían identificado ya en un grado irrevocable con el automático fluir del proceso de su «existencia cotidiana».

Y los culpables de la destrucción final de dichos preceptos y costumbres que todavía perduraban en algunas comunidades fueron precisamente aquellos sabios que se habían congregado en la ciudad de Babilonia.

Y fueron ellos los culpables debido a lo siguiente:

Cuando, en razón de la famosa cuestión del más allá, organizaron aquel «congreso planetario general» de todos los sabios terrestres, acertó a hallarse presente entre los sabios reunidos en Babilonia, el bisnieto del mismísimo Lentrojamsanín, convertido a su vez en «sabio».

Él llevó consigo a la ciudad de Babilonia «entre otras cosas» una copia exacta, escrita en pergamino del famoso «*Kasheiratlir*» de su bisabuelo, cuyo original le pertenecía por herencia.

En el apogeo de la «locura» desatada por la «cuestión del alma», durante una de las últimas reuniones generales de los sabios allí congregados, leyó en voz alta el contenido de la maléfica «invención» de su bisabuelo e inmediatamente sucedió —como era ya habitual entre los «tristes sabios» del planeta, en virtud de su extraña razón— que de un asunto que les interesaba profundamente, pasaron sin transición alguna a otro completamente distinto, es decir, de la cuestión «del alma» a la cuestión «política» como se dice.

De modo que, en la ciudad de Babilonia, comenzaron nuevamente a desarrollarse reuniones y polémicas en todas partes, con relación a las diversas formas de «gobierno» ya existentes y las que, según la nueva opinión, debían formarse en el futuro inmediato.

Fundaban naturalmente sus discusiones en las verdades expuestas en la obra de Lentrojamsanín, tal y como estaban reproducidas en el «pergamino» traído por su bisnieto y del cual cada sabio que se encontraba en Babilonia tenía una copia en el bolsillo.

Durante varios meses discutieron y discutieron los sabios y, como es natural, todo terminó en la «escisión» en dos partidos, es decir, que todos los sabios de la

ciudad de Babilonia se separaron en dos «partidos» independientes, bajo los siguientes nombres:

El primero: «Partido de los Neomotistas. —El segundo—: Partido de los Paleomotistas».

Cada una de estas secciones de sabios no tardó en reunir una gran cantidad de adeptos entre los seres ordinarios de la ciudad de Babilonia, y una vez más las cosas hubieran terminado ciertamente en una «guerra civil», si el rey persa, enterado de todo, no les hubiese propinado un buen golpe a sus cabezas de sabios.

Cierto número de sabios fueron entonces ejecutados por el rey, otros fueron enviados a prisión y otros deportados a lugares tales donde, como diría nuestro estimado Mulaj Nassr Eddin «no puede conseguirse champán francés».

Solo unos pocos de los sabios implicados pudieron regresar a sus países de origen, y aquellos que no habían tomado parte alguna en las «cuestiones políticas» no solo recibieron completa libertad para volver a sus países respectivos, sino que se les realizó una despedida triunfal.

Así pues, querido nieto, aquellos sabios de Babilonia que sobrevivieron, por diversas razones, diseminándose por todos los puntos de la superficie de aquel planeta, continuaron elaborando «necedades» —no conscientemente, claro está, sino de una manera totalmente mecánica— sobre la base de aquellos dos problemas primordiales tratados en el congreso de Babilonia, es decir, la cuestión del «alma humana» y la de la «organización interna de la comunidad».

El resultado de estas «necedades» fue que en todo el continente de Asia comenzaron a estallar nuevas guerras entre diversas poblaciones, multiplicándose el proceso de la destrucción recíproca en masa entre las diferentes comunidades del territorio.

Durante siglo y medio prosiguió la destrucción de los últimos vestigios de la labor consciente del Muy Santo Ashyata Sheyimash. No obstante, a pesar de ello, en algunos lugares de Asia, ciertas costumbres creadas por el Santo Ashyata Sheyimash para el beneficio de la existencia terráquea, se conservaron aquí y allá y hasta continuaron siendo observadas por inercia. Pero cuando los seres tricerebrados que habitaban en el continente vecino, denominado actualmente «Europa», comenzaron a tomar parte en las guerras asiáticas, y cuando las «hordas» conducidas por aquel griego archivanidoso llamado Alejandro de Macedonia, invadieron el continente de Asia, se produjo, según la expresión

popular, una inexorable «barrida» de todo aquello que con tanto esfuerzo se había conservado de épocas más felices; barrida tan inexorable, en verdad, que no quedaron huellas, ni siquiera el recuerdo de que jamás hubiese existido en la superficie de tu planeta semejante beneficio intencionalmente creado para su existencia por una Razón cuyo poseedor es hoy uno de los siete Santísimos «Individuums» Omnicósmicos, sin cuyo consejo ni nuestro COMÚN PADRE UNIEXISTENTE se atreve a materializar cosa alguna.

Y ahora, querido niño, después de mi relato acerca de Lentrojamsanín merced al cual habrás podido obtener cierta idea de las consecuencias que en las generaciones posteriores tuvieron las actividades de un representante típico de los «Individuos Hanasmuss Eternos», será perfectamente oportuno explicarte detalladamente, tal como te había prometido, el significado de la palabra «*Hasnamuss*».

Se define en general con el término «*Hasnamuss*» a todo ser tricerebral —sea que haya revestido ya sus partes eserales superiores, o que todavía esté constituido solamente de su cuerpo planetario— en cuya presencia común, bajo el efecto de ciertos «impulsos individuales» surge cierto «algo» que participa de lo que se conoce con el nombre de «formación completa» de su individualidad independiente.

Ese «algo» surge en estos individuos cósmicos independientes durante el proceso de transformación de sustancias y se fusiona con las cristalizaciones resultantes de la acción del «espectro» integral de los impulsos denominados «*Naluonosnianos*».

Este «Espectro de los impulsos *Naluonosnianos*» está constituido, en su esencia general, según la ley cósmica fundamental del *Heptaparaparshinoj* sagrado, por siete aspectos de diversa naturaleza, desde el punto de vista de la «producción perceptiva» y de la «manifestación resultante».

Si se quisiera caracterizar estos aspectos independientes del «espectro» de impulsos «*Naluonosnianos*», de acuerdo con las ideas de tus favoritos, y expresarlos en su lengua, se los definiría de la forma siguiente:

1. Toda clase de depravación, tanto consciente como inconsciente.
2. La satisfacción íntima que se experimenta al inducir a otro en error.

3. La irresistible tendencia a destruir la vida de otras criaturas.
4. La urgencia por liberarse de la obligación de cumplir con los esfuerzos eserales demandados por la naturaleza.
5. Las tentativas de todo tipo para ocultar artificialmente de los demás los defectos físicos que ellos le reconocen a uno.
6. El goce tranquilo de lo que no se ha ganado personalmente ni se merece.
7. El esfuerzo por ser lo que uno no es.

Este cierto «algo» que surge en la presencia de determinados *individuums* debido a los impulsos *Naluonosnianos* antes enumerados, además de ser la causa en estos mismos individuos de las llamadas «consecuencias expiatorias dolorosas», tiene también la particularidad de que tan pronto como la acción de una de esas «tendencias imperiosas», deja de actuar en uno de estos individuos, la irradiación propia de uno u otro aspecto de la manifestación de este «algo» adquiere un gran poder de influencia sobre los seres circundantes, convirtiéndose en un factor para la generación de los mismos impulsos en ellos.

En la presencia común de todo ser tricerebrado pueden darse, durante el proceso de su existencia planetaria, cuatro clases de individuos «*Hasnamusses*» independientes:

- A la primera clase pertenecen aquellos seres tricerebrados que, durante la adquisición en su presencia común de aquel «algo», solo poseen todavía su cuerpo planetario y que, durante el proceso de su sagrado *Raskuarno*, se hallan sujetos a las consecuencias que acarrean las propiedades de este «algo» en su presencia, por lo cual son destruidos como tales para siempre.
- La segunda clase de individuo «*Hasnamuss*», comprende los seres tricerebrados en cuya presencia común ya se ha revestido el cuerpo *Kesdyan* pero con la participación de ese mismo «algo». Desde ese momento adquieren la propiedad «*Turinorino*» —tal como es propio de dicha formación cósmica—, esto es, que no están sometidos a la descomposición en ninguna esfera de aquel planeta en el que han surgido, pero que deben existir tal cuales,

sometiéndose a ciertas transformaciones, hasta la desaparición en ellos de este «algo».

- La tercera clase de individuo «*Hasnamuss*» es el cuerpo eseral superior o «alma», en cuyo revestimiento participa este «algo». Esos cuerpos también adquieren la propiedad «*Turinorino*», pero propia, esta vez, del cuerpo eseral superior; es decir, que ellos dejan de estar sometidos a la descomposición, no solo en las esferas de aquel planeta en que tuvo su surgimiento el individuo, sino en todas las demás esferas del Gran Universo.
- La cuarta clase de individuo «*Hasnamuss*» es semejante a la tercera pero con la diferencia de que el «*Hasnamuss*» de la tercera clase tiene la posibilidad de «purificarse», un día u otro librándose de este «algo», mientras que, para los de la cuarta clase esa posibilidad está perdida para siempre. Por ello, esta cuarta clase de «*Hasnamusses*» se denominan con la expresión de «Individuos *Hasnamusses* Eternos».

En estas cuatro clases de individuos «*Hasnamusses*», debido a la posesión en sus presencias de este «algo», las mencionadas «consecuencias expiatorias dolorosas» no conllevan los mismos sufrimientos y corresponden a la vez a su naturaleza propia y a las «responsabilidades objetivas», tales como ellas fluyen de la previsión original y de la esperanza de nuestro PADRE COMÚN, con respecto a esas realizaciones cósmicas.

En los «*Hasnamusses*» de la primera clase, —es decir, cuando ese «algo» ha sido adquirido por un ser dotado tan solo todavía de un cuerpo planetario—, la descomposición de este último no se desarrolla de acuerdo con la regla general, es decir que el cese del funcionamiento en su organismo de toda clase de impulsos experimentados no tiene lugar simultáneamente con la proximidad del sagrado «*Raskuarno*», esto es, la muerte.

Pero el proceso del sagrado *Raskuarno* comienza en él ya durante su existencia planetaria, desarrollándose parcialmente, es decir que cada una de sus partes va dejando gradualmente de participar en su presencia común, y lo mismo cada una de sus

«localizaciones espiritualizadas independientes», o sea que, como dirían tus favoritos, en un individuo de este tipo muere primero uno de sus cerebros con todas las funciones que le corresponden; más tarde muere el segundo, y solo después tiene lugar la muerte definitiva del ser.

Además de esto, después de la muerte definitiva, se desarrolla la desintegración de todos los elementos activos de que se hallaba compuesto el «cuerpo planetario» dado, con mucha mayor lentitud que de costumbre y por otra parte, permanece sometida a la acción inextinguible —atenuada tan solo en proporción con la volatilización de los elementos activos— de los «impulsos *naluonosnianos*» sentidos durante la vida, los que no disminuyen sino en función de la volatilización de los «elementos activos».

En la segunda clase de individuos «*Hasnamusses*», —en cuya presencia común ya ha revestido el cuerpo *Kesdyan*— los sufrimientos expiatorios consisten, para esas desafortunadas formaciones liberadas del cuerpo planetario del ser tricerebrado, primero en la imposibilidad de perfeccionarse sin tener que revestirse de un cuerpo planetario, ni de llegar a eliminar de su presencia ese maléfico «algo» —adquirido a veces sin culpa de su parte— lo cual representa siempre y en todas partes en el Universo, un obstáculo para el flujo correcto del «proceso Trogoautoegocrático Cósmico común», y por otro lado, debido a la propiedad del «*Turinorino*» presente en el individuo, esto es, la propiedad de no hallarse sujeto a la descomposición en ninguna esfera del sistema solar en que se ha formado, debe inevitablemente revestir un nuevo cuerpo planetario, y en la mayoría de los casos, con la forma exterior de un ser «uni» o «bicerebrado», lo que los obliga —en vista de lo breve que es, en general, la duración de la existencia de los seres correspondientes a estas formas planetarias—, a recomenzar todo perpetuamente, bajo la forma de otro ser del mismo planeta, con una completa inseguridad acerca del resultado final de este revestimiento.

> Y en cuanto a la tercera clase de individuos «*Hasnamusses*», —constituidos por cuerpos eserales superiores de seres tricerebrados en cuyo revestimiento ha participado ese «algo», pero a tal nivel que la posibilidad de deshacerse de él no se ha perdido para siempre— su problema es más terrible todavía. Ya que como surgimientos eserales superiores —destinados, conforme a la previsión del PRINCIPIO DE LA FUENTE ORIGINAL DE TODO CUANTO EXISTE a servir de ayudantes en la administración del Mundo Omnicreciente, lo que los tornaba responsables, una vez acabada su formación y aun antes de que estuviesen perfeccionados en Razón, de toda manifestación subjetiva, tanto voluntaria como involuntaria— tienen la posibilidad de lograr eliminar de su presencia ese «algo», solo y exclusivamente mediante la acción de los resultados de los deberes de *Partkdolg* deliberadamente cumplidos, es decir, de los «trabajos conscientes y sufrimientos voluntarios».

De lo cual se desprende que esos cuerpos eserales de índole superior, deben padecer siempre, inevitablemente, conforme al grado de «conocimiento de su propia individualidad», hasta que ese «algo» sea destruido por completo de su presencia común.

Como lugar designado para los padecimientos de estos individuos «*Hasnamusses*» de jerarquía superior, los MUY SAGRADOS INDIVIDUOS SUPERIORES, hasta han escogido deliberadamente, entre todas las concentraciones cósmicas, cuatro planetas desarmonizados en su funcionamiento general, situados en los más lejanos y diversos rincones de nuestro Gran Universo.

Uno de esos cuatro desarmonizados planetas, llamado «Expiación» fue especialmente preparado para los «Individuos *Hasnamusses* Eternos» y los otros tres para los «cuerpos eserales superiores» de los *Hasnamusses* que aun tienen en su presencia la posibilidad de eliminar de sí mismos este algo maléfico.

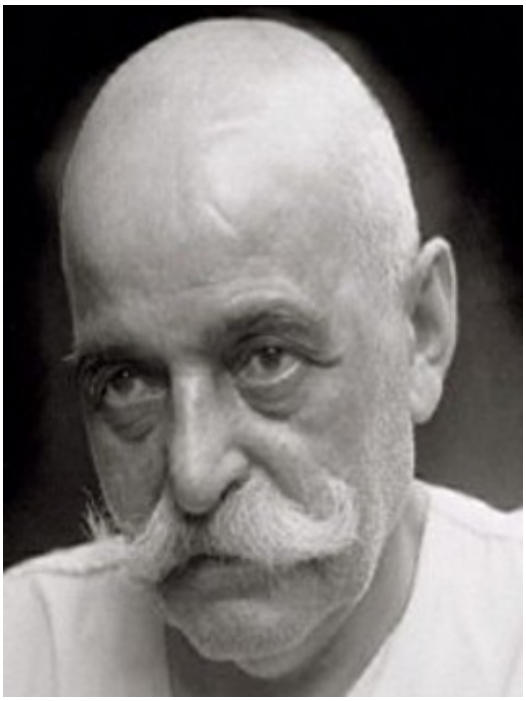
Estos tres pequeños planetas tienen los nombres de:

- Remordimiento de conciencia.
- Arrepentimiento.
- Autocensura.

Es interesante notar aquí que de todos los «cuerpos eserales Superiores» revestidos y perfeccionados bajo toda suerte de formas exteriores de seres tricerebrados de todo el Universo, solo han llegado hasta el presente al planeta «Expiación», trescientos trece «cuerpos eserales Superiores», dos de los cuales surgieron en tu planeta favorito, siendo uno de ellos nada menos que el «cuerpo eseral superior» de Lentrojamsanín.

En aquel planeta «Expiación», estos «individuos *Hanasmusses* eternos» deben soportar constantemente los inconcebibles sufrimientos llamados «*Inkiranondeles*», que no difieren gran cosa del llamado «Remordimiento de Conciencia», solo que son muchísimos más penosos.

«La principal tortura consiste en que esos "cuerpos eserales superiores" deben soportar esos terribles sufrimientos con plena consciencia de no tener ninguna esperanza de que cesen algún día».



G. I. GURDJIEFF, nació en Alexándropol, 14 de enero de 1872, fue un maestro místico, filósofo, escritor y compositor armenio, quien se autodenominaba «un simple Maestro de Danzas».

Nacido a finales del siglo XIX en la Armenia rusa, su principal obra fue dar a conocer y transmitir las enseñanzas del Cuarto Camino en el mundo occidental. Una personalidad misteriosa y carismática, con un agudo sentido crítico, y una elevada cultura tradicional, acaparó la atención de muchos, guiándolos hacia una posible evolución espiritual y humanitaria. Falleció el 29 de octubre de 1949 en Fontainebleau, Francia.

Según los autores que han estudiado su obra, sus planteamientos constituyen un conjunto de ideas interrelacionadas muy innovadoras, que tienen el objetivo de producir la evolución consciente en el hombre.

«*Gurdjieff mostró que la evolución del hombre […] es el resultado del crecimiento [y desarrollo] interior individual; que tal apertura interior es la meta de todas las religiones, de todos los caminos, […] pero que requiere un conocimiento directo y preciso, […] pero que solo se puede adquirir con la ayuda de algún guía con experiencia y a través de un prolongado estudio de sí y del trabajo sobre sí mismo*».

Notas

[1] Mulaj Nassr Eddin o como también suele llamársele, Nassr Eddin Jodya, es poco conocido, al parecer, en Europa y América, pero es muy famoso en todos los países del continente asiático; este legendario personaje equivale al Tío Sam de los norteamericanos o al Till Eulenspiegel de los alemanes. Muchos cuentos populares en Oriente, afines a los sabios aforismos, algunos de origen antiguo y otros más recientes, fueron atribuidos y se atribuyen todavía a este Nassr Eddin. <<

[2] *Cheshma* significa velo. <<

[3] La palabra Kilpreno significa, en el lenguaje de Belcebú, cierto espacio de tiempo aproximadamente igual a la duración del fluir cronológico que denominamos una «hora». <<

[4] La palabra Zilnotrago es el nombre de un gas parecido a lo que nosotros llamamos «ácido cianhídrico». <<

[5] «Kldatsajti» significa «oscuridad». <<

[6] *Tesskuano* significa «telescopio». <<

[7] (1) El frío, (2) el calor, (3) el agua. <<

[8] Significa: «día». <<

[9] Significa: «mes». <<